



Has sido  
un regalo

**Leire Milanesi**

Has sido un regalo

Leire Milanesi

© Leire Milanesi, 2020

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa del autor, la distribución o la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido el tratamiento informático o la reprografía, y el alquiler o préstamos públicos de ejemplares.

# Índice

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[EPÍLOGO](#)

## CAPÍTULO I

Sentada en una silla delante de toda aquella gente vestida con togas negras, Gara se preguntó qué sería de ella si le quitaban a la niña. No entendía de juicios ni de procedimientos legales ni de custodias, solo era una tatuadora que se ganaba la vida con mucho esfuerzo y trataba de sacar adelante a su sobrina de ocho años. Cómo podría vivir sola en aquel piso de San Andrés sin verla por allí correteando, sin tener que prepararle la cena o sin ordenarle que arreglara su habitación.

Aquel juez iba a decidir el destino de Marisela y a Gara se le encogía el estómago cada vez que lo miraba. Hubiera preferido a una jueza, aunque Elena, su abogada, le dijera que eso daba igual, que un juez aplicaba justicia y que el caso estaba bastante de su parte. Ahora, sentada en la sala de vistas no lo sentía en absoluto así. El juez no había considerado necesario escuchar a la niña, así que esta se había tenido que quedar fuera, en el pasillo, con la ayudante de Elena.

Toda aquella gente que tanto le imponía a Gara estaba sentada tras una mesa de madera beige con las vistas fijas en los documentos que tenían delante, y solo levantaban los ojos de vez en cuando para hablar. El estrado formaba una especie de «U» invertida. A la derecha se hallaba su abogada, vestida con su toga negra y su peinado moderno. A Gara le daba confianza cada vez que tomaba la palabra. Aunque era tan joven como ella, sentía que aquella mujer sabía lo que hacía, pero el pellizco en el estómago no se le iba. Había tenido un mal presentimiento desde el primer instante en que llegó a los juzgados y esa sensación tan molesta seguía ahí, como una sombra amenazante que ninguna de las palabras de ánimo de Elena había conseguido espantar.

Al otro lado del estrado estaban la fiscal y el abogado de Fran, el padre de Marisela. Fran se encontraba en la misma situación que Gara. Sentado en una silla igual a la suya, separado de ella por un par de metros, y también atento a lo que decían los letrados. Pudo ver cómo se restregaba las manos en el regazo y se alegró de que él también se sintiera nervioso, eso significaba que tampoco las tenía todas consigo.

De pronto el juez dirigió la mirada a Elena y le preguntó:

—¿Cuál es el parentesco que une a la menor con la persona titular de su custodia?

—Es su tía, señoría —contestó la abogada de Gara.

—Hermana de su madre, ¿verdad?

—Así es, señoría.

El juez volvió la vista hacia el abogado de Fran.

—En la demanda solicitan ustedes la guardia y custodia de la menor.

—Sí, señoría. Francisco Morillo Chávez es el padre de la niña y creemos que tiene derecho a criar a su hija.

—Ha tenido derecho durante los últimos años y no ha aparecido —contestó el juez con cierta acritud y Gara no pudo reprimir una sonrisa al oírlo. También su abogada, Elena, sonrió disimuladamente y eso la alegró aún más. Ahora la severidad del juez se dirigía contra Fran y Gara dejó de tenerle tanto miedo.

—Mi cliente vivía en el extranjero y le resultó imposible ocuparse de la niña —afirmó el abogado—. Aun así, ha mantenido contacto telefónico con ella cada vez que ha podido.

Elena intervino entonces.

—Hablar con su hija una vez al año para felicitarle el aniversario no es mantener el contacto, señoría.

A Gara le molestaba que no se refirieran a Marisela por su nombre en ningún momento. Todas aquellas personas estaban allí reunidas para decidir lo que sería de ella y ninguna se dignaba a pronunciarlo. Gara respiró hondo, resignada.

—¿Qué solicita el Ministerio Fiscal? —le preguntó el juez a la mujer que se sentaba a su derecha con toga negra y que no había hablado hasta entonces.

—Esta fiscal cree que lo mejor, señoría, es que la custodia de la menor permanezca en manos de Gara San Román. —Gara casi dio un salto de alegría. Elena le había dicho que era fundamental que tuvieran el apoyo de la fiscal, si no, sería muy difícil que ganaran. Pero no iba a resultar tan fácil—. Eso sí, también apoyaríamos un régimen de visitas y el establecimiento de una pensión alimenticia por parte del padre, Francisco Morillo. De esa manera, se podrían crear los vínculos propios de padre e hija previos al cambio de custodia, en caso de que se produjese más adelante.

¿Cambio de custodia? ¿Qué significaba eso? ¿Pero no había dicho que quería que la custodia se la dieran a ella? Todas esas preguntas bullían en su cerebro. Con su mirada, buscó el rostro de Elena con la intención de obtener alguna respuesta, pero no fue así. La abogada parecía ahora más preocupada.

—¿Qué tiene que decir el abogado demandante? —preguntó el juez.

—Nos oponemos, señoría. Mi cliente cree que en estos momentos ya se reúnen las condiciones para que se le otorgue la guardia y custodia de su hija.

—¿Y la abogada demandada? ¿Qué tiene que decir?

—Señoría, el demandante, Francisco Morillo, se ha desentendido por completo de su hija en sus primeros ocho años de vida, dejándola en manos de su tía y de su abuela desde que murió su madre. No existe el menor arraigo entre Marisela y su padre y esta letrada cree que sería del todo perjudicial para la niña que se la saque de su entorno familiar. Solicitamos que se mantenga la custodia en manos de Gara San Román y que, en todo caso, antes de decidir, Marisela sea oída en esta vista.

El juez levantó las cejas y suspiró. Luego, observó a Gara por primera vez y se quedó mirándola unos segundos, como si le costara decidir. Esta permaneció en silencio en su asiento y sintió todo el peso de los ojos del magistrado sobre ella.

—¿Qué edad ha dicho que tiene la niña, letrada?

—Ocho años, señoría.

—No tiene los doce que prescribe la ley para ser oída.

—No, señoría, pero la ley también señala que se la puede interrogar si tiene suficiente juicio. En este caso, se da esa circunstancia.

—No sé —respondió el juez indeciso—. Con ocho años...

—Es una niña muy madura —dijo Gara, aunque sabía que no debía intervenir sin que le dieran permiso, pero el juez lo pasó por alto.

—Tal vez más adelante —respondió con autoridad—. ¿Tenemos el informe de la trabajadora social? —le preguntó a la secretaria judicial que tomaba notas en una mesita algo apartada.

—Aún no, señoría. Lo recibiremos en breve, aún están dentro del plazo.

—Bien. Cuando lo recibamos, decidiremos. Mientras tanto, voy a conceder un régimen de visitas de un fin de semana al mes para que la menor pueda conocer a su padre y también estableceré una pensión alimenticia de cuatrocientos euros al mes. La decisión sobre la guarda y

custodia quedará postergada hasta que este tribunal tenga la posibilidad de hacerse una opinión más formada.

En ese momento, Gara no sabía si había ganado o perdido. Desvió su mirada hacia Fran, en el otro banco, que parecía sentir lo mismo. Su abogado asintió cuando vio que su cliente anhelaba una respuesta y Fran sonrió de oreja a oreja. A Gara le pareció que le clavaban un hierro al rojo vivo en mitad del vientre y lo retorcían dentro de ella. Buscó en su abogada algo de consuelo, pero no lo encontró. Elena esquivaba sus ojos sin disimular siquiera. Dedicaba toda su atención a recoger los documentos que tenía sobre la mesa y meterlos en una cartera negra de cuero. Gara sintió que un puño le apretaba el estómago al tiempo que el mal presentimiento aparecía de nuevo. No eran buenas noticias lo del régimen de visitas.

Entretanto, el juez se levantó de su asiento y desapareció de la sala sin decir nada más por una puerta lateral que se abría a la derecha. Todos los letrados, con sus togas negras, también se levantaron y se dispusieron a marcharse.

—Vamos —le dijo Elena cuando pasó al lado de Gara. Las dos mujeres salieron de la sala a un pasillo desierto y caluroso al contraste con el aire acondicionado de dentro.

Allí estaba la ayudante de Elena, una joven de pelo negro y sonrisa abierta, sentada en uno de los bancos. Marisela se encontraba agachada debajo de otro banco un poco más allá. La niña permanecía concentrada intentando alcanzar algo. Cuando se dio cuenta de que su tía había salido de la sala, levantó la vista para mirarla, pero torció el gesto al ver su cara de contrariedad.

—¡Qué putada! Hemos perdido —exclamó Marisela antes de volver a su tarea de búsqueda, fuera la que fuese.

—No digas tacos —la regañó Gara.

—Hmm...

Elena se mantuvo en silencio al ver que el abogado de la parte contraria también salía de la sala acompañado de Fran. Cruzaron un saludo escueto y se alejaron por el pasillo. Fran, por el contrario, no saludó a Gara, aunque le guiñó un ojo a su hija cuando llegó a su altura y esta esbozó una sonrisa.

—Adiós, papá —dijo la niña.

—Adiós, preciosa.

Gara los siguió con la mirada hasta perderlos de vista en la primera esquina.

—No te voy a engañar, Gara —le dijo Elena—. El hecho de que el juez haya establecido un régimen de visitas ya es una señal a favor del padre, pero no quiero que te vengas abajo. Nos queda el informe de la trabajadora social. Si es favorable a nosotros, va a ser muy difícil que te quiten la custodia. A lo más que podrá aspirar Francisco es a mantener ese régimen de visitas. De todos modos, seguiremos insistiendo en que se escuche a la niña. Esa también es otra de nuestras armas.

—Conocemos a la trabajadora social desde que murió Nerea —dijo Gara—. Siempre nos ha ayudado. Estoy segura de que el informe será favorable.

—Muy bien. Un régimen de visitas no es una custodia. Un fin de semana al mes es muy poco y así se puede pasar meses. Y ya te lo he dicho, tarde o temprano tendrán que escuchar a la niña.

Gara se volvió entonces hacia Marisela. Seguía agachada debajo del banco metálico del pasillo. Su cabello castaño claro recogido en una cola sobre la nuca era idéntico al de Nerea, su madre, y también su constitución delgada y su rostro. Gara no pudo evitar alegrarse de que apenas se pareciera a su padre. Si Nerea siguiera viva, nada de aquello estaría pasando.

—Tengo otra vista en quince minutos. ¿Estarás bien? —dijo Elena.

—Sí, claro.

—Saluda a tu madre de mi parte.

Elena le dio dos besos en las mejillas a modo de despedida y le acarició el brazo en señal de apoyo. Su ayudante se levantó y se despidió también. Luego ambas se alejaron mientras Gara las contemplaba escuchando el sonido de los tacones golpeando en el suelo.

—Adiós, Marisela, guapa —dijo cuando pasaron a la altura de la niña. La ayudante se inclinó para darle un beso.

—Adiós —respondió Marisela.

La niña se puso de pie y se dirigió corriendo a donde estaba su tía.

—Mira, tía, me he encontrado un euro.

—¿Un euro? ¿Y qué vas a hacer con tanto dinero?

—Bah, no es tanto.

—Vamos. Tienes que volver al *cole*.

—¿Al *cole*? Me dijiste que hoy me libraba.

Gara tomó la mano de su sobrina y ambas se marcharon en la dirección opuesta a la que lo había hecho la abogada.

—Te dije que si se nos hacía tarde te librabas. Pero aún es temprano.

—¡Vaya mierda!

—Oye, Marisela, ¿qué te dije el otro día de los tacos?

—¿Mierda es un taco?

—Sí, es un taco. ¿Qué te dije?

—Que no podía decir ninguno hasta que cumpliera catorce años.

—¿Y cuántos tienes?

—Ocho.

—¿Cuántos te quedan para los catorce?

—Seis.

—Muy bien.

—¿Has visto, tía? Lo he sabido sin contar con los dedos.

—Estupendo, a ver si este año apruebas matemáticas a la primera.

—Hmm...

\* \* \*

Damián podía ver la silueta desnuda tumbada en la cama a través del espejo del baño mientras sonreía abiertamente al tiempo que se anudaba la corbata. Haber conseguido a aquella mujer lo hacía sentir un triunfador. Casi tanto como su éxito en los negocios. Esa misma tarde iba a ser nombrado presidente del Club Deportivo Tenerife, el equipo de fútbol de la isla y tenía grandes planes después de eso. Su imagen subiría como un cohete camino de la luna.

Pero Vicky Velasco era un bien del todo distinto. Aquella conquista apelaba a su ego como hombre. Que el supiera, la joven había tenido solo un amor importante en su vida y resultó toda una conmoción que ella decidiera suspender su compromiso de matrimonio. Desde entonces no se le conocía otra relación, ni siquiera esporádica. Cuando los rumores de que Damián Esquivel se la había llevado a la cama se extendieran, todos lo envidiarían. Pero esa envidia no lo haría sentir tan bien como imaginar el momento en que el padre de Vicky, César Velasco, su gran rival en los

negocios hoteleros, se enterase. A la gente le gustaba hablar de esas cosas y él estaba encantado de que lo hicieran.

Salió del baño y se dirigió hasta una silla que había en un rincón donde descansaba su chaqueta. Se la puso sobre la camisa blanca. Vicky seguía dormida. A él le hizo gracia que después de todo el ruido que había hecho, ella no se hubiese despertado. «Duerme como un tronco», pensó. Luego, se sentó en el borde de la cama y buscó sus zapatos. Los encontró junto a una de las patas. Al agacharse a recogerlos, vio sus bragas en el suelo. Recordó como en un *flash* el momento en el que se las había quitado. Ese simple gesto lo representaba todo. Contemplar su desnudez le había supuesto un momento de confianza como no recordaba otro. ¿Cuántas veces había visto ese mismo acto en decenas de mujeres? ¿A cuántas había desnudado de la misma manera? Sin embargo, Vicky representaba algo más. Ella era el gran trofeo.

La joven cambió de lado en la cama, pero no se despertó. Damián se detuvo un instante a mirarla. Era bellísima. De pelo castaño con mechas rubias naturales, la piel tostada por el sol y los ojos marrones que ahora permanecían ocultos tras los párpados. También sus labios eran perfectos y su cuerpo de escándalo. Aún podía revivir en su memoria cada pulgada de piel que había acariciado. Se preguntó si para él sería posible enamorarse de ella. Ya sabía que eso no ocurriría, que Damián Esquivel no se enamoraba, pero no pudo evitar planteárselo. Ir cogido de la mano de una mujer así atraería todas las miradas. Vicky Velasco y él serían la pareja del momento y todos los admirarían.

Entonces, meneó la cabeza negándose a tal posibilidad para concentrarse en atarse los cordones. «Yo no me enamoro», se dijo. Cuando era más joven, lo vivía como una discapacidad. Como el que no tiene sentido del olfato o es ciego. Ahora era su gran ventaja. Podía disfrutar de la vida, del sexo y de todas las mujeres que quisiera sin tener que preocuparse por los sentimientos. A muchas les parecía despreciable que él fuera así, y las entendía, pero no se sentía culpable, ni mucho menos. Y viendo a aquel *bellezón* tumbado en la cama no se le ocurriría nunca pedir perdón por ser como era.

Se puso de pie y se alisó la corbata y la chaqueta. Luego se pasó la mano por el pelo castaño recién peinado y se dirigió a la puerta. La abrió con cuidado de no hacer ruido y se marchó con una sonrisa en los labios.

\* \* \*

A Vicky la despertó un sonido brusco, como de un golpe, y hasta que no extendió el brazo para acariciar el lado opuesto y vacío de su cama, no comprendió que lo que la había despertado era la puerta al cerrarse. Abrió los ojos y se restregó los párpados con los puños antes de enfocar la vista y comprobar que él no estaba a su lado. Se lamentó entonces de no haberse levantado antes y haberlo abrazado y retenerlo un poco más junta a ella. Habría empleado cualquier truco para que Damián no se fuera tan pronto. Lo habría incitado a hacerle el amor de nuevo y así quedárselo un poquito más.

Pero ahora ya era tarde. Damián Esquivel se había ido dejándola sola. Vicky estaba contenta de haber pasado la noche con él, de haberse dejado seducir por el hombre más deseado. «El soltero de oro», decía aquella revista. En sus brazos se había sentido como embriagada, como si no fuera dueña de su propia voluntad y aquella sensación le había resultado más intensa que ninguna antes con cualquier otro hombre.

Paso la palma de la mano por la sábana fría que antes había recibido el calor de su cuerpo. ¿Estaba enamorada? «No —se dijo—, eso era para niñas idiotas que escribían el nombre de su chico en los cuadernos del colegio». Ella era una mujer adulta, con ambiciones. Claro que se sentía atraída por él, pero no iba a dejar que sus sentimientos la cegaran. No con Damián. Si hacía eso, ya se podía dar por abandonada, como las demás.

Ahora tenía que pensar en su siguiente paso. Se sentó en la cama y tomó el móvil de la mesilla de noche. Buscó en la agenda el nombre de su prima y lo pulsó.

—Vicky, ¿dónde estás? —respondió la voz femenina de Eloísa al otro lado.

—En la cama.

—¿En la cama? ¿Estás enferma?

—No, estoy perfectamente. Mejor que nunca, de hecho.

—¿Y por qué no estás aquí? Tu padre ha preguntado por ti. Quiere saber por qué has pedido esa cantidad de dinero.

—¿Y qué le has dicho?

—La verdad, que no lo sabía.

—Bien. Déjame a mi padre a mí.

—Oye, ¿y por qué dices que estás mejor que nunca? ¿Has dormido acompañada?

Vicky sonrió de oreja a oreja. A Eloísa no le podía ocultar nada, la conocía demasiado bien, y tampoco lo pretendía.

—Sí, he dormido acompañada.

—¿En serio? Y de todos los candidatos, ¿quién ha ganado?

—Damián Esquivel.

Por un momento, se hizo el silencio al otro lado de la línea. Ya sabía lo que estaba pensando Eloísa y también que se lo iba a decir en el segundo siguiente.

—No me lo puedo creer, Vicky. Pensaba que eras más lista. ¿Cómo te has dejado arrastrar por ese? Vas a ser una muesca más en su cinturón.

—No será así.

—¿Cómo que no? A estas horas ya estará alardeando con sus amigos de que se ha llevado a la cama a Vicky Velasco. ¿Sabes a lo que te expones?

—Que alardee lo que quiera. Va a ser mío, solo que aún no lo sabe.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tienes en la cabeza?

Vicky no respondió. Lo tenía todo planeado, pero aún no estaba segura de que fuera a funcionar, sobre todo, porque se trataba de Damián Esquivel, el tipo más alérgico al compromiso que había conocido en su vida.

—¿No me vas a contestar? —preguntó su prima en el teléfono.

—Te lo contaré todo más tarde, ahora tengo que vestirme. Voy a tener un día ocupado.

Vicky meditó un momento después de colgar. Consumaría con Ginés Ventura todas las negociaciones secretas que había tenido con él en los últimos días. Tan secretas que se las había ocultado incluso a su padre. Y de esas negociaciones dependía que Damián fuera suyo o no.

\* \* \*

Damián echó un vistazo al listado que le había preparado Rosa, su secretaria. Comprobó cada uno de los nombres, y las acciones que poseían, a la derecha de estos. Su parte era la más grande,

pero no lograría la presidencia sin el apoyo de los demás, en especial de Ginés Ventura. Por suerte lo tenía bastante amarrado. Aquel tipo se había resistido todo lo que había podido y más. Primero le pidió una cantidad exorbitante de dinero por sus acciones en el Tenerife, pero había podido convencerlo de que ocupara un cargo en la junta directiva a cambio de su voto.

Por esa parte no había de qué preocuparse. Dejó el papel a un lado y cerró los ojos apretando con sus dedos el puente de la nariz. Lo pasó bien la noche anterior, pero no había dormido lo suficiente y ahora estaba cansado. Mientras se relajaba con la cabeza perdida en los recuerdos del cuerpo de Vicky, oyó que la puerta se habría muy despacio y alguien entraba en su despacho. No podía ser otro que Javier, su hermano menor. Nadie más se atrevía a hacerlo sin llamar.

Damián abrió los ojos y vio su sonrisa dibujada en sus labios. Su hermano se sentó en una de las sillas frente a su mesa y cruzó los brazos. Se le veía intrigado.

—Dime que lo has hecho.

Damián ya sabía a lo que se refería, pero decidió darle un poco de suspense.

—¿Qué es lo que se supone que he hecho?

—Vamos, Damián, no te escabullas. Te vi anoche cenando con ella en el Palenque.

—¿Ahora te dedicas a espiarme?

—Te puedo perdonar que no me contaras que tenías una cita con ella, pero no me voy a enterar de la gran noticia por otro. Me lo vas a contar tú.

—¿La gran noticia? No sé a qué te refieres.

—Ya, no lo sabes. ¿Y entonces por qué tienes esa sonrisa de idiota en la cara?

Damián se rio. Estaba claro que no se lo podría ocultar por más tiempo, así que se repantingó en su asiento y dejó que su hermano lo dedujera por sí mismo.

—¡Joder! ¡Así que lo has hecho! ¡Te has tirado a Vicky Velasco!

Damián se encogió de hombros haciéndose el humilde, pero lo cierto es que se sentía orgulloso de la hazaña. Los tapujos de caballero discreto no iban con él. Ninguna mujer le había llegado lo bastante como para que no la considerara poco más que un divertimento. Desde luego, no le iba a ocurrir lo mismo que a su padre.

—¿Cómo ha sido? ¿Es buena?

—La verdad es que sí —comentó soltando una risita—. De las mejores.

—¡Qué cabrón! Cuéntame algo, vamos.

—Ni hablar. No pienso decirte nada más.

—Vamos, no te hagas el reservado, ahora. Eres el tío menos respetuoso que he visto en mi vida, no puedes ir de caballero.

—Pues lo soy, aunque no lo creas. Un caballero no habla de sus conquistas.

—Venga, hombre, ¿conquistas? ¿De dónde has salido? ¿Del siglo XVIII? Tú no has sido un caballero en tu puta vida.

—¿De verdad quieres saber lo que hicimos?

—Por supuesto.

—Es que, si te lo digo, te vas a morir de la envidia. Y no quiero perder a mi hermano por un motivo tan feo.

—No te preocupes, creo que sobreviviría al impacto de la información.

—Luego te lo cuento, si te portas bien. Ahora tenemos la reunión de lo del Tenerife —respondió Damián mientras se ponía de pie.

—¿Vas a volver a verla?

—Claro que no, ¿estás loco?

—Si ha sido tan buena...  
—Ninguna es lo bastante buena.  
—¿Y si insiste?  
—Bueno, es su problema.  
—¡Qué hijo de puta! ¿Y no me vas a dar ningún detalle, entonces?  
—Anda, vamos, morboso.

\* \* \*

Mientras conducía en dirección al colegio, Gara no dejaba de darle vueltas a una duda. Marisela permanecía callada junto a ella, girando entre los dedos su euro recién encontrado. Rememoró entonces el momento en el que recibieron en casa la maldita carta. En ella se la informaba de que Fran había interpuesto una demanda de guarda y custodia por su hija. Desde ese mismo instante, todo giró en torno a evitar que tal cosa sucediese. Tanto Gara como su madre centraron toda su atención en el miedo que sentían de perder a Marisela, de que se la llevara su padre a Ámsterdam, donde vivía, y no la volvieran a ver. Sin embargo, ahora Gara no podía evitar pensar que tal vez se habían olvidado de lo que opinaba la niña. Se había quejado de que el juez no quisiera oírla, pero ¿y ella? ¿la había oído ella? ¿Y si no habían tenido en cuenta que tal vez Marisela quisiese estar con su padre? Era verdad que Fran había abandonado a Nerea cuando aún estaba embarazada, pero eso la pequeña no lo sabía.

Gara aparcó frente a la puerta verde y metálica del colegio. Se quedó en silencio un instante, pensando, mientras Marisela levantaba su mochila que tenía a los pies. Estaba decepcionada, podía sentirlo. Se había hecho a la idea de que disfrutaría de un día libre y ahora debía volver a las clases. Alargó su brazo casi con resignación y tiró del pestillo de la puerta.

—Marisela, espera un momento —le dijo Gara.

La niña se detuvo y la miró con sus grandes ojos de color miel que tanto le recordaban a su hermana.

—Ya te he dicho que tendrás que pasar un fin de semana con tu padre.

—¿Este fin de semana?

—Este no, pero tal vez el siguiente.

—Vale.

—¿Te hace ilusión? ¿Tienes ganas de estar con él?

Marisela se encogió de hombros.

—No sé.

—¿No quieres conocerlo?

—Ya lo conozco, siempre hablamos en mi cumpleaños.

—Me refería a conocerlo más, a pasar más tiempo con él.

—Sí... No sé.

Marisela parecía incómoda por las preguntas. No le había dado tiempo de digerir la nueva información y, al fin y al cabo, por muy madura que fuese, solo tenía ocho años.

—Vale, no te preocupes —le dijo—. Anda, ve al cole, que pronto tocarán a recreo.

La niña abrió la puerta, pero se resistió a salir.

—Tía Gara...

—¿Sí?

De nuevo los ojos de miel se posaron en ella.

—Yo no quiero vivir con él. Yo quiero seguir viviendo contigo y con la tía.

—Claro, cariño, eso no va a cambiar, te lo prometo. Dame un beso.

Marisela sonrió de par en par y se abrazó a Gara y la besó en la mejilla antes de salir corriendo en dirección al colegio. Gara la siguió con la mirada hasta que la vio adentrarse en el edificio con la mochila dando botes en su espalda mientras subía los escalones de la entrada. Luego ella también sonrió y arrancó su coche preguntándose si estaba en condiciones de cumplir esa promesa.

\* \* \*

Sus colaboradores eran tres, alineados alrededor de la mesa de juntas. Eran los más estrechos, aquellos en los que más confiaba. Estaban ensimismados en sus notas, en silencio, y Damián también tendría que estar mirando las suyas, pero se hallaba distraído. La asamblea del Tenerife de ese día era el gran acto con el que se iba a consagrar como uno de los hombres más importantes de la isla, sin embargo, no se podía quitar de la cabeza el mensaje que acababa de recibir en su móvil. Era de Rosa, su secretaria:

«Hay un hombre aquí en la puerta de su despacho. No tiene cita, pero dice que ha venido solo para verle y no le importa esperar».

«¿Cómo se llama?» —preguntó él.

«Ken Worthington. Parece americano»

Nada más recibir los mensajes tuvo el impulso de levantarse e ir corriendo a verlo. Si había aparecido en Tenerife después de siete meses de terminar su trabajo era porque había averiguado algo sobre aquella mujer. Pero Damián se obligó a permanecer sentado en su sillón. Aquella reunión era lo más importante en ese momento. Debía preparar su llegada al club de fútbol de forma minuciosa. Ya se ocuparía de Ken cuando acabara. Y entonces, Maya, una de sus colaboradoras, se aclaró la garganta y levantó la cabeza de sus papeles.

—¿Empezamos o estamos esperando algo? —inquirió.

—No, empezamos —contestó Damián apartando a Ken de su mente, aunque sabía que volvería a pensar en él a lo largo de la reunión.

—Bien —dijo Maya—. Como supongo que ya tendrás resuelto el tema de la votación, te he escrito el discurso de toma de posesión. Tienes una copia en tu email.

Damián abrió el correo de Maya y luego le hizo un vistazo al archivo adjunto. Como siempre, el texto decía exactamente lo que él quería expresar. Esa mujer tenía el talento de poner en palabras todo lo que pasaba por su cabeza. El discurso reflejaba un tono positivo, optimista, y capaz de despertar ilusión entre los accionistas, pero sobre todo iba dirigido a los aficionados. Si Damián se hacía con las riendas del Tenerife, había que llenar el estadio en cada partido y discursos como ese ayudarían.

—¿Quieres hacer algún cambio? —preguntó ella.

—No, está perfecto. Gracias, Maya.

Detrás de sus gafas de pasta, a Damián le pareció ver un gesto de satisfacción, una sonrisa sutil de orgullo que enseguida ocultó bajo su máscara de profesionalidad. Maya era la jefa de comunicación y también la persona más perfeccionista que había visto en su vida. Desde que entró a trabajar en el grupo, su labor había supuesto que la propia imagen de Damián como empresario

hubiera mejorado en una progresión geométrica.

Después dirigió su mirada a su hermano Javier. Al contrario que Maya, era despistado y extrovertido, pero su lealtad era irremplazable. Y además, a su manera, bastante eficaz resolviendo situaciones difíciles.

—Hay un problema con Ventura —dijo.

—¿Qué pasa con él? —le preguntó Damián.

—Pues que no nos coge el teléfono desde ayer.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Porque no estoy seguro de cuál es la razón.

—Nos dijo que contáramos con sus votos —aseguró Damián.

—Sí, y seguro de que es así. Igual se fue de juerga y no ha visto su móvil, o le ha surgido una emergencia.

—Hoy es el día de la votación, Javier. Necesito estar seguro de que Ginés Ventura está de nuestra parte. Si se le ocurre votar que no, todo se va a la mierda. El trabajo de meses, a la basura.

—Votará que sí. Seguro que esto no es más que una tontería. En cualquier momento verá las llamadas perdidas y me llamará.

—Ya. Sigue intentándolo.

—Sí, jefe —respondió Javier llevándose la mano a la frente para mostrar un saludo militar.

Entonces, Damián se dirigió a Emilio. Era un chico muy joven, de pelo negro y peinado con una raya a un lado, como si fuera a recibir la primera comunión esa misma tarde. Tan tímido que apenas levantaba la vista del papel que tenía delante.

—Bueno, Emilio, vamos al día después. ¿Qué situación nos vamos a encontrar en el club cuando lleguemos?

—Una situación delicada, señor Esquivel —dijo—. Le he preparado unos gráficos...

Emilio era un experto en gestión y enseguida desplegó en la pantalla de la sala de juntas unos elaborados gráficos con las proyecciones en las que había estado trabajando. La voz del joven sonaba aguda y apenas le salía del cuerpo. Cierto que era preocupante, pero nada que no pudieran arreglar con una reestructuración inteligente.

Después de un rato de cifras y dibujos de futuros ingresos y gastos, la mente de Damián empezó a divagar. No dejaba de darle vueltas a la razón por la que Ken Worthington había viajado desde Nueva York hasta Tenerife después de que ya no tuvieran ningún tipo de relación. Tenía que haber encontrado una pista, sin duda.

Nada más acabar Emilio de hablar, Damián dio por terminada la reunión y se dirigió veloz a encontrarse con el detective.

\* \* \*

Gara no podía apartar la mirada de la pareja del rincón. Le recordaban al desastre que había sido ella toda su vida con los hombres. La chica era muy joven, no le echaba más de veintitrés o veinticuatro años, teñida de rubio, piel bronceada y delgada, muy delgada. Desde luego más que Gara. Llevaba los labios pintados de rojo chillón y las mejillas maquilladas con colorete. A sus párpados los oscurecía una sombra de ojos de color granate y el rímel le dibujaba una mirada misteriosa. A él, aunque vuelto de espaldas, lo conocía perfectamente, sobre todo, porque había

sido su novio durante tres años, hasta que la dejó porque ya no sentía lo mismo que al principio. «¡Imbécil!», pensó. ¿Por qué le molestaba tanto verlo allí con otra? Ya debería de haberlo superado.

—¿Un cortado? —le preguntó Pablo desde el otro lado de la barra interrumpiendo su mala leche.

—Sí, y un cuchillo para cortarme las venas.

Pablo le sonrió y entonces, su mujer, Ruth, se acercó hasta colocarse frente a ella.

—¿Quién es esa? —inquirió Gara señalando con la cabeza a la rubia que ahora se besuqueaba con su exnovio.

—Se llama Laura —respondió Ruth—. Llevan un par de semanas saliendo.

—No es del barrio.

—Que yo sepa, no.

—Pues vaya. ¿Y no tenían otro sitio donde quedar que en el bar de enfrente de mi casa?

—Él es un hombre libre, y ella también.

Entonces, Laura se dio cuenta de que Gara la miraba. Inclino la cabeza hacia delante y le comentó algo a Alex. Antes de que él volviera la cara, Gara se enderezó y miró hacia Ruth avergonzada. Sentía que los colores se le habían subido a las mejillas. Ruth y ella eran amigas desde que iban a la guardería juntas. Ahora la observaba con una sonrisa en los labios.

—Deja de mirarlos —susurró—. Que se te notan mucho los celos.

—Cuando pienso que estuve a punto de dejar a Marisela con mi madre solo porque ese imbécil me lo pidió, me dan ganas de...

—La culpa la tienes tú. Si no hubieras decidido convertirte en una monja laica, ahora le estarías restregando por la cara a algún maromo y no al revés.

—Qué exagerada. Una monja laica. Solo he aprendido a vivir sola. Es bastante sano, estoy mejor que nunca.

Ruth le agarró la mano y escrutó con atención sus dedos.

—¿Qué ocurre?

—Estoy mirando si ya se te han borrado las huellas dactilares.

Gara retiró la mano de golpe.

—¡No seas guarra! —exclamó risueña.

—¿Qué tal te ha ido en el juzgado?

Gara movió la cabeza decepcionada. En ese momento, Pablo colocó la taza de café frente a ella y se alejó para atender a otro cliente.

—¡Gracias, Pablo! Le ha puesto un régimen de visitas a ese cabrón.

—¿Y eso es malo?

—Podría serlo. Por lo visto, a veces, un régimen de visitas es el primer paso para una custodia completa.

—¡Joder, qué mierda! Si no se ha preocupado por Marisela desde que nació.

—Eso mismo he dicho yo. Por suerte nos queda el informe de la trabajadora social como arma. Por lo visto es muy importante.

—¿Y ha sido positivo?

—Aún no se ha presentado, pero la que tiene que redactarlo nos conoce. Es una suerte.

Entonces, un hombre con un uniforme azul de la compañía eléctrica se acodó en la barra a unos pasos de Gara.

—Ruth, ¿me pones un cortado, por favor?

—Claro.

Ruth se alejó para dirigirse a la máquina del café. Colocó una pequeña taza bajo el surtidor y dejó que las gotas del líquido negro y caliente la llenaran. Gara se dio cuenta entonces de que, en un extremo del mostrador, tras un vaso largo de zumo de naranja, la observaba una mujer de unos cincuenta años, quizá algo más, muy delgada y con el pelo entre blanco y gris ceniza y cortado a lo garzón. Cuando ella la miró, la mujer desvió sus ojos hacia su bebida como si la hubieran pillado en falta. Ruth le puso la taza delante al electricista.

—Gracias.

—Elena dice que podríamos ganar si escuchan a Marisela —continuó Gara cuando Ruth se acercó—, incluso sin informe, pero de momento el juez no está muy por la labor de oírla.

—Creía que en los procesos de custodia se escuchaba a los niños.

—Debe tener más de doce años. Si no es así, están sujetos a la decisión del juez. Se supone que tiene que ser lo suficientemente madura para contestar a las preguntas que le hagan.

—Qué injusto. Marisela podría explicarse perfectamente. No conozco a una niña de su edad más madura que ella.

—Ya.

Por el rabillo del ojo, Gara vio que la mujer del pelo corto y gris la seguía observando desde su lugar. Cuando volvió la cabeza hacia ella, la mujer no apartó la mirada esta vez. Esbozó una sonrisa discreta y ella se la devolvió preguntándose si la conocía de algo. Sin embargo, como si la propia sonrisa tuviese un efecto mágico, la mujer puso los ojos en blanco y se desvaneció de su asiento produciendo un gran ruido al caer al suelo.

—¡Joder! —exclamó Gara mientras corría hacia ella. La cafetería entera pareció adquirir una nueva naturaleza. Tan solo un minuto antes era un lugar tranquilo en el que la clientela tomaba su desayuno, ahora el revuelo se había apoderado del establecimiento. Los clientes se levantaron de sus asientos y se acercaron preocupados formando una barrera humana entorno a Gara, que había llegado junto a la señora tendida en el suelo y ahora le sostenía la mano y trataba de levantarle la cabeza. Ruth se había alzado sobre la barra y las observaba con medio cuerpo por fuera.

A Gara le pareció que aquella mujer presentaba un aspecto mucho más frágil del que había observado en ella cuando le sonreía. Estaba muy delgada y su piel reflejaba un color cetrino que no se veía nada sano. Tampoco su cuerpo desprendía mucho calor, de hecho, estaba helada. Gara acercó su oído a la boca de la mujer y se sintió aliviada al comprobar que respiraba.

—Llama al ciento doce —le dijo a Ruth y esta desapareció tras la barra. Entonces pasó una mano por su frente fría y sus dedos se humedecieron con unas gotas de sudor tan helado como su piel. Los ojos de la mujer parpadearon un instante y se volvieron a cerrar—. ¿Puede oírme?

Ella asintió como única respuesta.

—¿Sabe dónde está?

—No.

—Es la cafetería Billy Jean, en San Andrés. ¿Recuerda que se estaba tomando un jugo de naranja en la barra?

—Ah, sí.

En ese momento abrió los ojos y volvió a aparecer la sonrisa serena de hacía un rato. Unos ojos claros que se fijaron en Gara y se quedaron mirándola, en silencio.

—Ya viene una ambulancia —dijo Ruth apareciendo de nuevo sobre la barra.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Gara a la mujer.

—Claudia. ¿Qué me ha pasado, querida?

—Se ha desmayado, pero no se preocupe, ya vienen a ayudarla.

—¿Quién viene a ayudarme?

—Los servicios sanitarios.

—Ah.

Inmediatamente, alguien trajo un trapo húmedo y se lo puso en la cabeza, otro le acercó un vaso de agua a los labios, pero Claudia no quiso beber. Su mano seguía aferrada a la de Gara y no la dejaba retirarse. Después de unos minutos llegaron los sanitarios, un hombre y una mujer jóvenes, que le colocaron una mascarilla conectada a una botella de oxígeno y le abrieron una vía en la mano para colocarle un gotero de suero. Cuando la subieron a una camilla con ruedas y emprendieron camino hacia la ambulancia, Claudia le dijo:

—No me dejes sola, Gara, no tengo a nadie más.

\* \* \*

A medida que Damián aceleraba el paso por el corredor que conducía a su despacho, también sentía la adrenalina acelerarse por sus venas. Ansiaba volver a ver a Ken. Quería recibir sus noticias, y al mismo tiempo lo temía. No estaba seguro de qué le daba más miedo, si saber que la había perdido definitivamente o, todo lo contrario.

Cuando llegó a la antesala, donde se encontraba la mesa de Rosa, vio que, frente a ella, en los sillones negros tapizados de cuero, se sentaba aquel hombre de pelo rubio, algo encanecido, y con bigote. Sus brazos largos y fuertes se extendían por el respaldo de los sillones y su sonrisa afable habitual iluminó su rostro al ver a Damián. Sabía que Ken Worthington tenía buenas noticias en cuanto lo vio.

—¡Amigo! —exclamó con un fuerte acento americano al tiempo que se ponía de pie. Luego se dirigió hacia él con la mano extendida y apretó la suya con energía.

—¡Ken! ¡Cuánto tiempo! Ya no esperaba verte.

—No, yo tampoco, pero... —Hizo una pausa y miró hacia Rosa que les devolvió la mirada con curiosidad. Luego acercó su cabeza a la de Damián y le dijo en un susurro—: ¿Hay algún lugar donde podamos hablar?

—Sí, claro, pasa a mi despacho.

Damián no se sentó en su sillón de presidente de la empresa. Acompañó a Worthington hasta un sofá que tenía junto a la ventana donde estarían más cómodos.

—¿Quieres tomar algo, Ken?

—No, no, tranquilo, estoy bien.

El americano sonrió y se atusó el bigote. Damián lo observó con atención.

—Has encontrado una pista.

—Sííí... —dijo satisfecho—. Cuando la perdí en Nueva York, me quedé con mal sabor de boca. La subestimé. No había ningún motivo para que se marchara así, solo la estaba vigilando, nada más. ¿De qué tenía miedo? Pero bueno, da igual. El caso es que la he encontrado.

Damián levantó las cejas. En los últimos meses, se había convencido de que aquella mujer había desaparecido para siempre.

—¿En serio? ¿Sabes dónde está?

—Así es. Está aquí, en Tenerife.

—¿Aquí? ¿Claudia Ackerman ha vuelto?

—Exacto. ¿No te parece increíble? Después de tanto buscarla... Encontré una pista en Londres, hace unos meses, y después otra en Ámsterdam. Aún no sé por qué se largó, de qué se escondía, pero tal vez tengas la oportunidad de preguntárselo. No vive muy lejos de aquí. Tiene un apartamento en la Plaza de los Sabanderos.

—Eso está en Tomé Cano.

—Supongo, no conozco mucho la ciudad. Solo llevo unos días en ella.

Damián no se podía creer lo que estaba oyendo. Tampoco él sabía por qué había desaparecido. Sólo quería hablar con ella, conocerla, y averiguar por qué un hombre inteligente y con la cabeza bien amueblada como era su padre había echado su vida a perder por culpa de Claudia. No era más que curiosidad. Desde luego no esperaba despertar tanta alarma en aquella mujer.

Ahora se repetía las palabras que acababa de pronunciar Ken Worthington. Tendría la ocasión de preguntárselo, pero ¿quería hacerlo? ¿Sería capaz de sentarse frente a frente con una mujer que había sido tan importante en su vida? Tan funesta, en realidad.

Ken seguía sonriente. Se inclinó hacia delante y sacó una pequeña tarjeta blanca del bolsillo de su chaqueta.

—Es su dirección —dijo el americano entregándosela.

Damián sostuvo la pequeña cartulina entre los dedos y leyó y releyó las letras abigarradas y diminutas, como si fueran una hilera de hormigas, escritas sobre el papel. Sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo. Antes o después la vería, y hablaría con ella, pero aún no era el momento.

—Quiero que la vigiles —le dijo a Ken.

Este lo miró como si no hubiera entendido lo que le decía. De repente, parecía inseguro con el idioma, a pesar de lo bien que lo hablaba.

—No comprendo —dijo—. ¿Para qué quieres que la vigile? Ya la tienes aquí.

—No quiero que la pierdas de nuevo.

No dijo esta frase para herirlo, sin embargo, Ken reaccionó como si hubiera encajado un golpe.

—No fue culpa mía —dijo—. Pensé que era un trabajo más normal, no que esa mujer iba a resultar tan escurridiza.

—Lo sé, perdona Ken, no te echo la culpa. Es solo que quiero que la tengas bajo control las veinticuatro horas.

—¿Las veinticuatro horas? Estoy solo, tendré que contratar a un ayudante local.

—Contrata a quien quieras, te pagaré lo que haga falta.

Ken se encogió de hombros ante el interés de su cliente. «Cada uno malgasta su dinero en lo que quiere», parecía pensar. Se palmeó los muslos y se puso de pie.

—Como quieras. Te prometo que esta vez no se me va a escapar.

Mientras lo veía salir de su oficina, Damián se sintió el hombre más cobarde del planeta. Aquella mujer había sido toda su vida una sombra que oscurecía cada paso que daba. Como si algo en el fondo de su mente hubiera quedado sin resolver y tuviera que enfrentarse a ello. Y ahora que por fin se presentaba la oportunidad de conocerla, lo postergaba. ¿Por qué la eludía? Suspiró cuando percibió un nudo en la boca del estómago y se echó hacia atrás en el sofá. Apoyó la nuca en el respaldo y tomó aire. ¿Por qué le tenía tanto miedo a Claudia Ackerman?

## CAPÍTULO II

Aunque los sanitarios no le habían permitido que la acompañara en la ambulancia, de alguna forma, sentía que había adquirido una especie de obligación con Claudia. Cuando le pidió que no la dejara sola, Gara había asentido y fue como si le hiciera una promesa.

Ahora se hallaba sentada en la sala de espera de las urgencias del Hospital Universitario de Canarias. Le había parecido muy triste aquel tono suplicante que empleó para decirle que no tenía a nadie. ¿A nadie? ¿Cómo se podía estar tan sola en el mundo? Y a su edad. ¿No había sido capaz de hacer amigos a lo largo de los años? ¿Ni de tener familia? Sí, tristeza era lo único que se le ocurría para describir lo que aquella mujer, de la que solo sabía su nombre, desprendía.

Bueno, y también despertaba su curiosidad. Tenía ganas de saber de ella. Claudia la estaba mirando. Un segundo antes de que se desmayara en Billy Jean la miraba a ella. Tal vez esa fuera otra razón por la que estaba sentada en la sala de espera del hospital. Porque sentía una extraña necesidad interior de conocerla.

Observó el espacio en el que se encontraba. Había estado antes allí, hacía cuatro años, una noche lluviosa de noviembre en la que Marisela se había tragado una canica y se lo dijo como la que cena eso cada día. La había pillado in fraganti intentando engullir una de aquellas bolas de cristal y le preguntó entonces si ya se había tragado alguna.

—Sí, una —dijo con total naturalidad.

A partir de ese momento todo fueron nervios y preocupación. Sus recuerdos de aquella noche estaban envueltos en un velo difuso a través del cual podía ver algunas imágenes sueltas que aparecían como relámpagos. Se vio a sí misma cargando a la niña en brazos y descendiendo las escaleras del edificio con cuidado de que su madre, que vivía en el piso de abajo, no se enterara. Luego otros flashes de ella conduciendo bajo la lluvia con Marisela a su lado tan tranquila. «¿Por qué corres tanto, tía?», le preguntó en un momento dado. Más tarde, atravesaba la puerta de urgencias y le contaba a una enfermera de forma atropellada lo que había sucedido.

La dejaron pasar con la niña y acompañarla mientras le hacían todo tipo de pruebas. Un médico le explicó después, con mucha amabilidad, que esas cosas eran bastante habituales y que el mayor riesgo es que obstruyera las vías respiratorias. Como ese no parecía el caso, lo mejor era esperar a que expulsara la canica de forma natural e intervenir solo si no era así. Por suerte, todo sucedió como el médico había dicho, pero la noche en urgencias y el susto aún lo sentía en el pecho cada vez que se acordaba.

Y entonces, para rescatarla de sus recuerdos, una mujer de unos treinta años, con una bata blanca, apareció en la puerta de la sala y dijo en voz alta:

—¡Familiares de Claudia Ackerman!

Gara se levantó de su asiento al oír ese nombre que le parecía tan exótico y elegante. Miró a su alrededor como en un acto reflejo, como si se asegurara de que ningún familiar verdadero de Claudia fuera a aparecer de repente liberándola de la obligación. Pensó que aquella mujer debería estar acompañada por algún ser querido, no por ella, que solo le había sostenido la mano en la cafetería de su amiga.

Al acercarse a la doctora, esta sonrió levemente.

—¿Es usted familiar de Claudia Ackerman?

—Soy una amiga. No sé cómo localizar a sus familiares.

—Bueno, supongo que la podré informar a usted. Verá, solo estaba un poco deshidratada. Creemos que esa es la causa del desmayo. Le hemos puesto un gotero y subido a planta. Se ha negado a que hagamos más pruebas, pero tampoco creo que sea necesario.

—¿Se ha negado?

—Sí, no podemos obligarla, y tiene mucho carácter, —A Gara le había parecido todo lo contrario, una mujer amable y educada—, pero no importa, no parece que sea nada más que eso. El corazón está bien y sus funciones motoras también. A simple vista no parece que haya daño cerebral. Al menos ha aceptado pasar aquí el resto del día y la noche próxima, en observación, y mañana, si todo va bien, le daremos el alta.

—Menos mal.

—Sí, menos mal. Puede subir a verla si lo desea. Habitación trescientos veintitrés. —Entonces la doctora llevó sus ojos hacia el papel que tenía en las manos y pronunció un nuevo nombre en voz alta—: ¡Familiares de Roberto García!

La habitación trescientos veintitrés no era muy amplia. Tenía dos camas, separadas por una cortina, y una ventana grande desde la que se podía ver el mar a lo lejos. El color predominante en la decoración era el blanco. Las paredes eran blancas, las camas blancas, como la propia cortina, tras la que descansaba una chica joven de no más de dieciocho años envuelta en sábanas blancas con el logotipo del hospital en azul y con un móvil en la mano. Al menos el suelo era de baldosas negras, para contrastar.

Claudia estaba en su cama, leyendo una revista de famosos. Al ver a Gara aparecer echó la revista a un lado y le sonrió.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó al tiempo que arrimaba una silla a la cama y le acariciaba la mano.

—Muy bien, parece que esto me está ayudando. —Señaló a los tubos que surgían del envés de su mano hasta una bolsa llena con un líquido transparente y colgada de un soporte metálico.

—La médica ha dicho que solo se había deshidratado, pero que está bien.

—Tutéame, por favor. Si me hablas de usted, me sentiré mucho más mayor de lo que soy.

—Vale.

El silencio se hizo en la habitación. Gara no sabía de qué hablar. En el fondo no conocía a aquella mujer de nada y se sentía algo incómoda.

—Gracias por acompañarme —dijo Claudia para romper el silencio.

—Tranquila, era lo mínimo que podía hacer.

—No, no... Ha significado mucho. En momentos así, estar solo es realmente terrible. Me sentí reconfortada cuando me cogiste la mano.

—Bueno, me alegro de que así fuera. No eres de aquí, ¿verdad? No tienes acento canario.

—En realidad, sí que lo soy. Nací en Tenerife, pero llevo tantos años en Nueva York que mi acento debe de haber quedado muy atrás.

—¡Guau! ¡Nueva York!

—¿Lo conoces?

Gara negó con la cabeza después de reír. La pregunta le parecía tan absurda...

—Ya quisiera yo. La única vez que he salido de Canarias fue para ir a Madrid a hacer un examen para unas oposiciones y me salió fatal. Además, me perdieron la maleta... En fin...

—Lo siento.

—Da igual.

No pudo evitar una honda tristeza por aquella mujer que no dejaba de sonreírle. Gara pensó que debía de sentirse muy sola si le servía de compañía una desconocida como ella. Y sin embargo se mostraba contenta. Como si le bastara con tenerla a su lado. Como si de alguna forma la hubiera elegido como a su única compañía en este mundo. Se la veía vulnerable, indefensa y mostraba mucha fragilidad por su delgadez, pero la expresión de su rostro era la de una mujer fuerte. Detrás de esa sonrisa cálida, su mirada ardía, el carácter del que le había hablado la doctora estaba allí, en su interior. Gara podía percibirlo. Conservaba unos ojos vivos e inteligentes y los restos de una belleza que debió de impresionar en su juventud. Calculó que no tendría más de sesenta años, más o menos la edad de su madre, aunque Claudia no se teñía el pelo. Lo llevaba entre blanco y gris, corto, de peinado moderno, y las arrugas que se le dibujaban en las comisuras de los labios mientras sonreía le daban una apariencia amable, lo que hizo incomprensible para ella que aquella mujer no estuviera rodeada de hijos y nietos.

Y entonces se acordó de lo que quería preguntarle. Era una curiosidad que le había rondado desde que vio cómo los sanitarios se la llevaban a la ambulancia.

—Claudia, ¿me conoces de algo?

Durante una décima de segundo, el rictus de aquella mujer cambió. Fue solo un momento. El suficiente para que Gara viera desaparecer la afabilidad y apareciera el ceño fruncido y los ojos entornados, como si la pregunta la hubiera asustado de alguna manera. Pero enseguida recuperó la compostura. Tan rápido que incluso Gara dudó de haber observado realmente ese cambio o de si se lo había imaginado.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Un momento antes de que te desmayaras me pareció que me mirabas como si me conocieras.

—¡Ah, eso! Me recuerdas mucho a alguien. Últimamente, me he vuelto muy sentimental. Los recuerdos tristes me visitan con demasiada frecuencia.

Claudia guardó silencio y perdió la vista en la ventana. Gara prefirió no insistir. Fuera cual fuese ese recuerdo, aquella mujer deseaba guardárselo para sí.

Y entonces le sonó el teléfono. Lo sacó de su bolso y al ver la palabra «mamá» escrita en la pantalla se olvidó del asunto.

—Disculpa —le dijo a Claudia antes de pasar un dedo por el cristal y contestar—. Hola, mamá.

—Hola, hija, ¿todavía estáis en el juzgado?

—No, ya he llevado a Marisela al colegio y yo estoy en el hospital.

Nada más pronunciar esas palabras, se arrepintió de decirlas. Supo enseguida que le acababa de dar un susto a mi madre, así que se apresuró a tranquilizarla.

—Estoy acompañando a una amiga, no te preocupes, no me pasa nada.

—Ah, menos mal. Por un momento... Y entonces, ¿qué ha pasado en el juzgado?

—Bueno... La verdad es que no sabría decirte. De momento, Marisela se queda con nosotras. Esas son las buenas noticias.

Notó la alarma al otro lado de la línea. No había manera de evitar que su madre se sobresaltara.

—¿Y cuáles son las malas?

—El juez ha decidido que Fran se la lleve un fin de semana al mes.

—¿Que se la lleve? ¿A dónde?

—A su casa, que pase el fin de semana con él.

—¡Pero si vive en Ámsterdam! ¿Se la va a llevar allí?

—No, ha señalado una dirección en la isla. De momento no se la llevará de Tenerife.

—¿De momento? ¿Eso qué quiere decir?

Sabía por el tono de su voz que el miedo a perder a su nieta se había apoderado de ella, pero a Gara no se le ocurría cómo calmarla si ni ella misma las tenía todas consigo.

—Mamá, todo esto es bastante temporal. El proceso está abierto. La abogada dice que en cuanto reciban el informe de la trabajadora social nos darán la razón, así que no te preocupes demasiado.

—Pero ¿cómo no me voy a preocupar? Se va a llevar a Marisela a su casa los fines de semana.

—Solo uno al mes.

—¿Por qué tenía que aparecer justo ahora, Gara, con lo tranquilas que estábamos? No quiere a la niña. Lo hace solo para hacernos daño.

—Ya lo sé, mamá. Estoy segura de que el juez se dará cuenta.

—No sé, Gara.

—Ten confianza. Lo conseguiremos. Elena es buena abogada.

—Ya. Bueno, te dejo. ¿Vienes a comer?

—Sí, mi amiga parece estar bien.

Claudia sonrió al oír la palabra «amiga».

—Estupendo, te espero.

—Adiós, mamá.

—Adiós, hija.

Cuando colgó, se sintió algo reconfortada con la mirada serena de Claudia. Su sola presencia, su dominio de sí misma, aunque estuviera acostada en una cama de hospital, le producía la misma calma que contemplar el mar o una puesta de sol.

—¿Tienes problemas legales?

—Bueno, andamos metidas en un conflicto con mi excuñado. Yo tengo la custodia de mi sobrina y él ha decidido, después de unos cuantos años, que eso ya no le parece bien.

Ella misma se sorprendió de contar sus problemas tan francamente a una verdadera extraña.

—¿La niña no tiene madre? —le preguntó.

—No, murió.

Gara bajó la mirada de forma inconsciente. Siempre lo hacía cuando recordaba a Nerea. Era consciente de ello y aun así no lo podía evitar. Después de más de siete años, no había nada que le causara más tristeza que recordar a su hermana. Había aprendido a vivir con su ausencia, pero solo eso, aprendido.

—Perdona, no debí preguntar. No es asunto mío.

—No, no importa, Claudia. —Gara miró la hora en su móvil—. Uf, qué tarde, tengo que irme. Siento mucho dejarte sola. ¿Quieres que localice a alguien por ti? ¿Alguna amiga?

—No, tranquila, vete. No te preocupes, ya has hecho bastante.

—¿Seguro?

—Sí, claro. Ya nos veremos cuando esta gente me dé la libertad, y entonces te invitaré a un café.

—Por supuesto. Y lo aceptaré encantada.

Gara se inclinó entonces sobre Claudia y le dio un beso en la mejilla. Pudo notar entonces un perfume delicado y fresco que le pareció que olía a flores y que no supo identificar. El aroma de ese perfume la acompañó mientras recorría el pasillo del hospital, salía luego a la calle y se subía a su coche para conducir en dirección a San Andrés.

\* \* \*

Estaban sentados a una mesa grande que ocupaba toda una sala de la notaría. En la cabecera, el notario sostenía el contrato de compraventa entre los dedos mientras Vicky se mantenía en silencio, con las manos en el regazo y observando a aquel hombre que debía certificar el siguiente paso en su estrategia. Porque de eso se trataba, de seguir el plan trazado contra todo y contra todos. Sabía que su padre no lo aprobaría, por eso no le había dicho nada. Su madre se pondría de parte de él como hacía siempre, así que tampoco podía contar con su apoyo. Lo mejor era seguir adelante sin contárselo a nadie. Cuando ya lo supieran, todo estaría en marcha.

Y para el plan era indispensable el hombre que se sentaba frente a ella, a la derecha del notario. Tenía los ojos de sapo y algunas marcas en la piel por la vejez. Su papada cubría la totalidad del cuello y casi ocultaba su barbilla. Ginés Ventura era un tipo astuto que miraba a Vicky como si sintiera cierta pena por ella. «Quizá crea que me ha engañado», pensó. No había sido un engaño. Vicky sabía perfectamente lo que pagaba, aunque a su padre le iba a parecer una barbaridad. De hecho, si Damián hubiera pagado tal cantidad, ahora no tendría que preocuparse de ser elegido presidente.

Y entonces el notario se aclaró la garganta y tanto ella como Ginés giraron sus cabezas en su dirección.

—Bien, procedamos. Estamos aquí reunidos para certificar el contrato de compraventa de doce mil quinientas quince acciones del Club Deportivo Tenerife Sociedad Anónima Deportiva entre los señores...

Mientras el notario relataba los pormenores del contrato, la cabeza de Vicky viajó a la noche anterior. No podía olvidar el contacto de los dedos de Damián sobre su piel, ni el de sus labios. Cada vez que lo recordaba se excitaba, e incluso le divertía pensar que aquellos dos hombres tan serios que tenía delante no se podrían imaginar jamás con qué fantaseaba. El cuerpo desnudo de Damián sobre el suyo mientras ella lo apremiaba a que siguiera moviéndose cada vez más rápido. Aquella noche, ella había llegado al orgasmo por lo menos tres veces casi seguidas. Tenía ganas de él desde hacía mucho y sabía que Damián también llevaba tiempo detrás de ella, así que por fin se lo concedió. Era una manera de mostrarle otra ventaja, que el sexo juntos podía ser muy bueno. Formaba parte de su estrategia, pero si no se andaba lista, no lo volvería a ver.

Su prima Eloísa tenía razón. Damián no era de los que se comprometían. Jamás tendría algo serio con Vicky si ella no le empujaba un poquito, y por eso estaba allí, frente a aquel hombre con ojos de sapo que creía que la había engañado.

—¿Las cantidades acordadas han sido satisfechas? —preguntó el notario.

—Sí —respondió ella—, mediante transferencia bancaria.

—La he recibido —confirmó Ginés Ventura.

—Bien, pues procedamos con las firmas.

El notario acercó el taco de folios impresos a lo largo de la mesa para colocarlos frente a Vicky. Esta tomó su bolígrafo y firmó una a una las hojas que tenía delante. Luego, Ginés hizo lo

mismo y sonrió.

—Pues esto ya está —dijo el notario—. La nueva titular de las acciones es Doña Victoria Velasco Ruiz.

Los tres se levantaron de la mesa y estrecharon sus manos. No había mucho más que hacer allí, así que se dirigieron a la salida. El notario se despidió de ellos en la puerta, con un nuevo apretón de manos y luego los dejó ir. Ahora Vicky tendría que compartir ascensor con Ginés y eso no le apetecía nada.

—Lo que no entiendo es por qué tu padre no ha hecho la operación él mismo —dijo Ginés mientras apretaba el botón del cero. El ascensor comenzó a descender.

—Yo estoy lo bastante capacitada —respondió ella, pero se arrepintió al instante. Lo último que quería era enzarzarse en un debate con aquel hombre sobre su capacidad profesional.

—Lo sé, lo sé... Es solo que tu padre es mucho más duro negociando. No te ofendas, pero él jamás habría pagado el precio que has pagado tú.

Ahí estaba, la punzada de desprecio que tantas veces aparecía en estos casos. Había tenido que oír tantos comentarios de ese estilo insinuando que, por ser mujer, o por ser joven, o ambas cosas, era mucho peor que su padre en lo que fuera que ya sabía cómo comportarse para que no se le notase el enfado.

—No me ofendo —respondió tratando de no darle más pábulo a los comentarios. Solo quería que el ascensor se detuviese cuanto antes y largarse de allí.

—Tampoco Damián Esquivel hubiera pagado esta cantidad. Claro, que más le hubiera valido. Así ahora no te tendría enfrente.

—Me prometiste que mantendrías en secreto la operación hasta esta noche.

—Sí, y cumpliré mi promesa. La gente de Damián lleva toda la mañana intentando localizarme y yo sigo dándoles largas.

Entonces el ascensor se detuvo anunciándolo con unas campanitas y enseguida se abrieron las puertas. Los dos salieron a un vestíbulo con zócalos de mármol y un portero tras una mesa de madera del mismo color que la del notario.

—¿Quieres tomar un café? —se ofreció Ginés.

—No, gracias, tengo que irme. Voy con un poco de prisa.

—Claro, otro día entonces.

Vicky extendió su mano para despedirse, pero Ginés se saltó el protocolo y con una familiaridad que a ella le resultó de lo más incómodo le plantó dos besos en las mejillas, como si fueran amigos de toda la vida. Hizo un esfuerzo por sonreír y, después de sacudirse la incomodidad que sentía, salió a la calle contenta de haber dejado atrás por fin a ese ejemplar del jurásico. Ahora le quedaba otro dinosaurio con el que enfrentarse, y este tenía los colmillos más afilados. Su padre.

\* \* \*

Cuando Gara aparcó el coche frente a su casa, no se podía creer quién la estaba esperando. Incluso, por un momento, pensó que su propia vista la engañaba. Pero no, su aspecto era inconfundible. Ese aire chulesco, algo distraído, con los pulgares en los bolsillos y apoyado en la pared junto a su puerta. Ahora el pelo lo llevaba algo más despeinado que esa misma mañana en el juzgado y la camiseta que vestía no tapaba los tatuajes de sus antebrazos como lo hacía la

camisa blanca de hacía un rato. Algunos de esos dibujos los había hecho ella misma años atrás. Gara se preguntaba qué vio su hermana en él para plantearse siquiera tener una hija juntos. Sin embargo, esa misma pregunta había sonado tantas veces en su cabeza que ya sabía que no tenía respuesta.

Salió del vehículo y se dirigió a la puerta de su casa, donde Fran la esperaba. Vivía en un edificio de tres plantas, con un local diminuto abajo y dos pisos, uno encima del otro, donde vivían su madre y ella. Olivia en el primero y Gara en el segundo. A medida que se acercaba, podía sentir la mirada de Fran que la saludó cuando estuvo a su altura.

—Hola.

—¿Qué quieres? El juez aún no ha fijado las fechas de las visitas.

—No he venido por eso.

Gara lo miró extrañada antes de introducir la llave en la cerradura.

—¿Ah, no? ¿Y a qué has venido?

—Quiero hablar contigo. Sin abogados.

No giró la llave, sino que se detuvo para escucharlo.

—¿De qué tenemos que hablar tú y yo?

—Un minuto. Es todo lo que te pido.

Gara suspiró mientras se pensaba si concederle un minuto al hombre que más detestaba en aquel momento.

Se sentaron en una mesa de la terraza de la cafetería y pidieron una cerveza cada uno. Los ojos de Ruth reflejaban la misma estupefacción al verlos juntos que seguramente había mostrado Gara cuando se encontró a su excuñado esperándola.

—¿No vas a buscar a Marisela al colegio? —preguntó Fran y a Gara la mera pregunta la ofendió. ¿Cómo era posible que se quisiera llevar a la niña si no sabía nada de ella?

—Almuerza en el comedor.

—Ah.

—Fran, ¿qué es lo que quieres?

Fran no respondió al instante. Se llevó la cerveza a los labios y la miró con ojos temerosos, como si tuviera miedo de abrir siquiera la boca.

—Verás... —Hizo una pausa antes de completar la frase y volvió a beber. Gara se empezaba a impacientarse—. Mi situación en Ámsterdam no es buena. Tengo problemas con mis negocios.

«A saber cuáles serán tus negocios —pensó ella—. Nada muy honesto, seguro».

—¿Y a mí qué más me da?

—Pues a eso iba. El caso es que debo bastante dinero.

—No me lo puedo creer, Fran —respondió Gara moviendo la cabeza a un lado y a otro.

—Aún no he dicho nada.

—No hace falta. Me estoy imaginando lo que me vas a pedir y...

—Vale, pues lo diré sin rodeos. Necesito cien mil euros.

—Pero ¿cómo puedes hacer esto? Te importa una mierda tu propia hija. ¿Lo has montado todo para sacarnos esa cantidad?

—Claro que me importa, y sé que con vosotras estará bien. Es solo que... Estoy desesperado, Gara.

—No tenemos cien mil euros.

—Tenéis esa casa de ahí enfrente. Podéis hipotecarla.

—¿Hipotecarla? Mi madre cobra una pensión y yo estoy endeudadísima con mi estudio de

tatuajes. ¿Qué banco nos va a dar una hipoteca?

—Pues vended la casa.

Ahora su tono se había vuelto más brusco. Ya no era la voz suave que quería hacer comprender a Gara su situación. Lo que acababa de decir era más bien una exigencia, casi una amenaza.

—¿No te importa dejar a tu hija en la calle?

Fran no respondió al instante. Se quedó pensando en lo que le acababa de preguntar Gara, como si de verdad estuviera buscando una respuesta. Entonces se levantó despacio de su silla y apuró de pie el último sorbo de su cerveza. Luego miró a su excuñada con una sonrisa cínica y dijo:

—No se va a quedar en la calle. Tú no lo permitirías. Cien mil euros y termino con todo esto. Os firmaré un documento renunciando a mis derechos.

Gara se quedó de piedra. No le salían las palabras. Entonces Fran, dejó su vaso vacío en la mesa y se alejó calle abajo.

—¡Iremos a juicio! —le gritó Gara, pero él, sin volverse, le respondió:

—No te conviene. Soy su padre. Tarde o temprano me darán la razón.

Lo perdió de vista cuando torció la esquina. Aún no se podía creer lo que acababa de suceder. ¿Cómo era posible que hubiera una persona tan pérfida en el mundo como para negociar con su propia hija? ¿Y si tenía razón? ¿Y si los tribunales acababan dándole la custodia a ese canalla? A ninguna de esas preguntas encontró respuesta. Se quedó paralizada en su silla, sin poder moverse, mientras Ruth se sentaba a su lado.

—¿Qué quería ese? —le preguntó.

—Cien mil euros.

—¿Qué? ¿Cien mil euros? ¿Por la niña? ¿Y se los vas a dar?

—No podría, aunque quisiera. No he visto tanto dinero junto en toda mi vida.

—¿Y qué vas a hacer?

—Seguir con el proceso, no me queda otra. El informe de la trabajadora social es nuestra gran baza. Más vale que sea favorable, porque si no...

Ruth posó su mano sobre la de Gara.

—Tranquila, vas a ganar.

—Eso espero.

\* \* \*

Mientras Gara saboreaba el guiso de lentejas, su mente estaba a kilómetros de distancia, en el juzgado. Imaginaba al juez, con su aspecto severo, declarando a Fran como el titular de la custodia. También veía a su madre, llorando junto a ella. En esos momentos se le cerró el estómago y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para seguir comiendo y que Olivia no sospechara que le ocultaba algo.

Después de pensarlo, había decidido que no le contaría la oferta de su excuñado. Sabía que su madre sacrificaría todo lo que tenían con tal de mantener a Marisela a su lado y que se acabara de una vez la pesadilla. Gara se inclinaba por confiar en Elena, pero no sabía cómo convencer a Olivia, así que de momento era mejor mantener la boca cerrada.

La comida apenas si le bajaba por el gaznate y tuvo que ayudarse con un vaso de agua. Entonces vio que su madre levantaba la cabeza y olfateaba el ambiente. Luego la miró a ella y le

preguntó:

—¿Has cambiado de perfume? Me resulta familiar ese olor, pero no sé de qué.

—¿De perfume? No, llevo el mismo de siempre. Ah, es el de esa amiga de la que te hablé. La acompañé al hospital y se me debe de haber impregnado cuando me despedí de ella.

Olivia frunció el ceño.

—¿Cómo se llama tu amiga? —le preguntó.

—Claudia.

—No recuerdo a ninguna amiga tuya con ese nombre.

—Bueno, en realidad, no somos amigas. Se desmayó en la cafetería de Ruth y yo fui la primera en atenderla. Al parecer, estaba sola e insistió en que la acompañara al hospital. Quizá la invite un día de estos. Debe de tener una edad similar a la tuya. Seguro que te cae bien.

—Claudia —susurró Olivia—. ¿Y era grave lo que le ocurría?

Gara estaba aliviada de que la conversación girara en torno a la mujer del desmayo. Si seguía hablando de juzgados, custodias y abogados, se le iba acabar notando que ocultaba algo y acabaría metiendo la pata.

—No, una deshidratación. Le darán el alta mañana.

—¿En qué hospital está?

—En el Universitario. Es un perfume alucinante, ¿no te parece? —preguntó Gara oliéndose las solapas de la camisa.

—Sí, sí que lo es.

—Creo que le pediré la marca. Si no es muy caro, igual me compro un frasco.

—Huele como si lo fuera.

—Sí, es verdad. Y ella maneja pasta, se le nota. Debería esperar a quitarme unas cuantas deudas.

—Tampoco te ayuda mucho tener el estudio de tatuajes cerrado toda una mañana por culpa de este dichoso proceso de custodia.

—No, eso tampoco —respondió Gara metiéndose una cucharada en la boca y esperando a que su excuñado no apareciera en la conversación.

\* \* \*

Damián apoyó el codo en el brazo de su sillón. Suspiró y echó un vistazo a la ventana por la que entraba la luz del sol que iluminaba el despacho. ¿En qué momento lo que debía ser un día magnífico se había convertido en un día de mierda? No dejaba de darle vueltas en la cabeza a esa idea. Se había acostado con Vicky Velasco, estaba a punto de convertirse en el presidente del equipo de la isla y Javier lo miraba como si fuese un dios viviente. ¿Por qué entonces no dejaba de pensar en todo lo que se estaba torciendo? Era como si la llegada de Claudia Ackerman a su vida le hubiera robado toda la seguridad en sí mismo.

Por eso, la ausencia de Ginés Ventura lo tenía tan preocupado. Un sexto sentido le decía que no se confiara, que allí había gato encerrado. Se sentía atenazado por el temor de que se le hubiera escapado algo y todo se derrumbara como un castillo de naipes. Entonces descolgó de nuevo el teléfono de su mesa y oyó la voz de Rosa.

—¿Sí, señor Esquivel?

Aquella mujer llevaba trabajando para la empresa desde que aún vivía su padre. Todavía le

quedaban unos años para jubilarse, pero seguía conservando la misma eficiencia de siempre. Y además sus formas eran bastante clásicas, casi una reliquia del pasado que a Damián le hacía bastante gracia. Nada de nombres de pila ni de confianzas innecesarias.

—¿Sabes algo de Ginés Ventura?

—No, señor Esquivel. Sigue sin contestar al teléfono.

—Gracias, Rosa. Dile a Javier que venga.

—Sí, señor Esquivel.

Al colgar, Claudia ocupó de nuevo su atención. ¿Por qué había vuelto después de tantos años? Damián trató de quitarle importancia. Había nacido en la isla, lo raro era precisamente lo contrario, que no hubiese vuelto nunca. Era normal que visitara su tierra de vez en cuando. Sin embargo, algo le decía que su desaparición en Nueva York, justo cuando la había encontrado, y su aparición ahora en Tenerife estaban relacionadas de alguna forma. Su intuición no solía fallar en estas cosas. Podía sentir una inquietud en la boca del estómago.

Luego, Damián pensó en su madre. ¿Cómo se tomaría saber que Claudia Dorta había regresado? Sabía lo que esa mujer la había hecho sufrir. ¿Debía contárselo? No estaba seguro. De momento, lo que tenía que hacer era hablar con Claudia, saciar su curiosidad y olvidarse para siempre de esa sombra.

Los nudillos sonaron en la puerta e interiormente agradeció la interrupción. Cuando se abrió, asomó la cara risueña de su hermano por el hueco.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Te estás poniendo nervioso?

Javier entró en el despacho y se sentó frente a él.

—¿Has hablado con Ventura? —le preguntó Damián.

—No. Desaparecido en combate.

—Nos la va a jugar.

—No, no nos la va a jugar. Tendrá el móvil sin batería o se lo habrá olvidado en casa.

—¿Lo has llamado a su despacho?

—Sí, y no está.

—¿Y no te parece raro?

—Joder, Damián, te estás volviendo paranoico. Esta noche serás el nuevo presidente del Tenerife, incluso si Ginés no se presenta. Su abstención también nos vale.

—Eso si Ginés no ha cambiado de idea y vota en contra de mí, con Velasco.

—Pero si lo hemos hablado mil veces. Está con nosotros. Votará a tu favor.

—¿Y si Velasco ha hecho algo?

—¿Qué iba a hacer? ¿Pagarle la millonada que pide Ginés por sus acciones? César Velasco nunca haría algo así. Aprecia demasiado su dinero.

—¿Y por qué no contesta entonces?

—Ya te lo he dicho. Puede haber mil razones.

—Incluida la traición.

—¿Qué ganaría traicionándonos? Nuestra oferta es muy generosa. Por eso nos va a apoyar.

—Ya.

Damián se sintió un histérico ante la calma de su hermano. Se le daba bien mantener la cabeza fría y el buen humor, por eso no entendía cómo podía estar tan nervioso.

—Oye —dijo Javier—. ¿Quién era ese tipo de bigote que vino a verte esta mañana? Resultaba bastante pintoresco.

—Se llama Ken. Es americano. Le encargué un trabajo hace algún tiempo que no pudo terminar

y ahora ha podido hacerlo.

—¿Un trabajo?

A Damián no le apetecía nada seguir con la conversación. Javier solo era hermano de madre. Ni Minerva ni él habían hablado nunca en su casa de lo sucedido entre Claudia y Jorge Esquivel, como si fuera un secreto vergonzoso del que fuesen incapaces de desprenderse. Así que se miró el reloj de la muñeca y dijo:

—Se me hace tarde. Tengo un almuerzo y si no me doy prisa, no llego.

—Vale, no te retengo. Te mando un mensaje si localizo a Ventura.

—Sí, por favor —respondió Damián al tiempo que salía del despacho a toda velocidad.

\* \* \*

Nada más abrirse la puerta del ascensor, se encontró de frente con la mesa de su prima en la antesala del despacho de su padre. César le había ofrecido ser su secretaria para que aprendiera los resortes desde dentro del grupo familiar. Más adelante le daría más responsabilidades, como había hecho con ella.

Allí sentada, el pelo rojo de Eloísa se recortaba contra la luz solar que entraba por la ventana, a su espalda. Tenía el auricular del teléfono pegado a la oreja y levantó la vista cuando la vio. Vicky recorrió los pasos que la separaban de ella, con decisión, y el sonido de sus tacones quedó amortiguado por la moqueta naranja. Eloísa era su mejor amiga, además de su prima, y desde su posición privilegiada podría anticiparle el humor del viejo, como ella lo llamaba.

Vicky aguardó de pie a que terminara la conversación telefónica y echó un vistazo rápido a la puerta cerrada tras la que se preguntaba si estaría su padre.

—Claro, Juan —dijo Eloísa—, te avisaré en cuanto sepa algo. *Ciao*.

Al colgar, levantó las cejas y apoyó los codos en la mesa para mirar a Vicky fijamente. Esta podía sentir el reproche supurando de cada poro de su piel, pero le dio igual.

—No me puedo creer que te hayas enredado con ese. Por Dios, Vicky, si es el tío más mujeriego de la isla. ¿Qué crees? ¿que no estará ahora presumiendo de su conquista?

—No me importa.

—Claro que te importa. Cuando todos sepan que te has enrollado con Damián Esquivel, nadie te respetará. Pensarán que eres una cualquiera.

—¿Una cualquiera? —preguntó Vicky con una expresión divertida—. ¿En serio has usado esa expresión? ¿Alguien habla así todavía?

—Tú ya me entiendes.

—Sí, ya te entiendo, pero no tienes nada de qué preocuparte. Lo tengo todo controlado.

—Pues entonces, aún me preocupo más si crees que puedes controlar a ese tío.

Vicky no contestó. Era demasiado pronto para contarle a su prima sus planes, y antes tenía que lidiar con el viejo. Por eso se quedó mirando la puerta cerrada de su despacho.

—¿Está? —le preguntó a Eloísa.

—Sí, está reunido con un proveedor. Enseguida sale. Más vale que puedas justificar el dinero que te has gastado.

Justo en ese instante se abrió la puerta y por ella apareció César Velasco, su padre, el viejo, con su porte aristocrático y su sonrisa afable enmarcada por la barba blanca de filósofo griego. Durante un segundo, su mirada se posó en su hija. Solo un segundo, pero lo suficiente para que

cada vello de la piel de Vicky se erizara. Luego la atención de César se desvió hacia el hombre que lo acompañaba. Le estrechó la mano con firmeza y, sin dejar de sonreír, le dijo:

—Me ha gustado mucho esa oferta que me has presentado. Estamos a punto de reformar dos hoteles en Los Cristianos. Seguro que te pido presupuesto.

—Cuando quieras, César. Sabes que estamos a tu disposición.

—Te lo agradezco.

César Velasco le apretó de nuevo la mano al proveedor y se quedó observándolo con su sonrisa amable en los labios mientras se marchaba, pero cuando miró a Vicky, su cara se ensombreció de repente.

—Entra —le ordenó.

Vicky le dedicó una última mirada a su prima. Esta apretó los labios y se encogió de hombros. Luego, Vicky se dirigió hacia el despacho de su padre como el que va a un duelo de espadas.

—Cierra la puerta —ordenó César en cuanto la vio aparecer.

Vicky obedeció solícita. Después cruzó el amplio despacho y se sentó frente a él, que la esperaba en su gran sillón negro con los codos apoyados en los brazos, los dedos entrelazados frente a su boca y una mirada de fuego que pretendía fulminarla allí mismo.

—¿Por qué le has transferido dos millones ciento cuarenta mil euros a Ginés Ventura?

Se sorprendió al comprobar que su padre sabía más de lo que ella pensaba, y luego se sintió una idiota por sorprenderse. César Velasco no tenía un pelo de tonto. Si pretendía engañarlo es que la tonta era ella. Lo mejor era no mentir.

—No puedo decírtelo, papá.

—¿Eso qué significa?

—Pues eso, que no puedo decírtelo.

César frunció el ceño y estudió la expresión de su hija, pero ella se mantuvo en sus trece. ¿Qué le iba a decir? ¿Que hacía todo aquello por un hombre? ¿Y que además no era el tipo más recomendable con el que se podía relacionar? No, estaba claro que no lo entendería. Era mejor guardar silencio, aunque su padre no se iba a quedar conforme con esa simple excusa.

—Cuando te puse la frente del fondo, lo hice con la condición de que me tuvieras informado de las inversiones. Ahora estoy a oscuras y eso no me gusta nada. ¿Qué estás buscando? ¿Que te despida? ¿Que despida a mi propia hija?

—No, papá. Simplemente, me gustaría que confiaras en mí.

—¿Confiar en ti? ¿Y tú? ¿Tú puedes desconfiar de mí ocultándome lo que estás haciendo?

—Pronto lo sabrás. Tal vez esta noche.

—¿Esta noche? ¿Qué pasa esta noche? —César se quedó pensativo un momento— ¿Tiene algo que ver con la asamblea del Tenerife? Ya he oído los rumores de que Ventura ha llegado a un acuerdo con Damían Esquivel. ¿Qué has hecho?

«No se le escapa una», pensó.

—En serio, no te lo puedo decir. Ten paciencia.

Esta vez, César Velasco guardó silencio. Su mirada oscura se clavó en Vicky como si pudiera leerle el alma. Pero ella sabía que no era así, que se trataba solo de su imaginación la que la hacía creer eso. Su padre permanecía tan ajeno a lo que ella había planeado que no estaba segura de que fuera a mostrar la paciencia que le pedía. Pero lo hizo. Suspiró y luego, despacio, asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo—. Pero te voy a advertir una cosa. Sea lo que sea que estés planeando, como la cagues, estás fuera del fondo. Aunque seas mi hija.

—Lo aceptaré sin rechistar —respondió Vicky sonriente—, pero no la cagaré.  
—Eso espero.

\* \* \*

El cliente era un hombre de unos cuarenta años, de La Laguna, que había viajado a San Andrés solo a que lo tatuara Gara, porque alguien la recomendó. Eso la llenaba de orgullo, así que trató de esmerarse para no decepcionarlo. Esparció el gel antiséptico sobre la piel de su hombro. La cantidad justa. No demasiado para que la tinta no perdiera su forma ni muy poco para que las heridas provocadas por el tatuaje no se infectaran. Era un tipo fuerte, de músculos trabajados en el gimnasio y bastante callado, lo cual agradecía. A veces les daba conversación a los clientes para que se sintieran cómodos, pero lo cierto es que prefería trabajar en silencio.

Colocó la hoja con el dibujo sobre la piel y la restregó para que la tinta del papel hectográfico quedara fijada. Eran unos colmillos de tigre de una fotografía que le había enviado por email. Gara se esforzó en que la imagen quedara lo más realista posible, pero le había aportado un toque personal, que era un cierto brillo en uno de los colmillos que al cliente le encantó. Apartó el papel y vio el dibujo calcado en la piel. Ahora empezaba el verdadero trabajo. Se puso la mascarilla y encendió la máquina de tatuar. El ruido del motor inundó la habitación.

Al tiempo que la aguja entraba y salía de la piel del cliente, a Gara los colmillos le recordaron a Fran. Representaban a la perfección a un depredador como él. Siempre había ido un poco a la suya, por eso su relación con Nerea no había funcionado, pero lo que le pidió a cambio de renunciar a Marisela sobrepasaba todos los límites de maldad. Mientras trazaba las líneas de los dientes de tigre, comparó el dinero del presupuesto de aquel tatuaje con los cien mil euros. ¿Cuántos colmillos tendría que tatuar para pagarle aquella cantidad? Miles. Necesitaría más de diez años para conseguir ese dinero con su trabajo.

Gara ya había decidido que le pagaría si no le quedaba otro remedio. No en ese momento, claro. Pero si el juez sentenciaba que Marisela tenía que irse con su padre, acabaría hipotecando la casa y lo que hiciera falta, aunque alguien que era capaz de vender a su propia hija no se merecía que le saliera bien. Había que luchar con todas las fuerzas para no llegar a eso.

De cualquier modo, aunque en algunos momentos dudara, Gara se sentía tranquila. En cuanto el juez recibiera el informe de la trabajadora social rechazaría sus pretensiones, por muy padre que fuera. Como mucho accedería a oír a la niña, lo que también la beneficiaba. Suspiró y se centró en el trabajo. En esos momentos era cuando más echaba de menos tener a un hombre a su lado, a un compañero. Alguien a quien contarle sus dudas y sus preocupaciones y que este la aconsejara o al menos que la comprendiera. Pero era un desastre para las relaciones. Siempre se quedaba hecha polvo cuando terminaban y todo el esfuerzo para que salieran bien no merecía la pena si después de tanto nadar acababa ahogada en la orilla. «Es mejor estar sola», pensó.

\* \* \*

La luz de la habitación había cambiado por completo. Tanto que no parecía el mismo lugar. El sol de la mañana ya no la invadía, ahora era la luz rala de la tarde la que llenaba el cuarto de sombras y Claudia no pudo evitar cierta melancolía al pensar que ya se iba otro día de los pocos que le quedaban. La tristeza por el día perdido se unió a la de los años pasados, su propia belleza

desaparecida y la juventud que ya no volvería. Allí, en la habitación del hospital, esa nueva vulnerabilidad en que se hallaba se hacía más presente que nunca. Pero no iba a llorar. No había nada que le diera más vergüenza.

Oyó que unos sonidos de pasos se acercaban a la puerta sin que Claudia pudiera ver de quien se trataba. Esperaba que fuera alguna de esas enfermeras o algún médico el que entrara en la habitación y le preguntara cómo estaba, con ese ánimo enérgico que solían emplear. Sin embargo, no fue así. Su visitante, fuera quien fuese, se quedó unos segundos en el pasillo, sin decidirse a pasar y proyectando su sombra en el suelo. Parecía pensarse si dar el paso que le quedaba para mostrarse ante Claudia o marcharse sin más. Ella no dijo nada. No lo invitó a entrar, tan solo esperó.

Y entonces, el visitante lo hizo. Entró despacio, con cautela, y Claudia se quedó de piedra al verla. Durante un instante no supo qué decir. Su cerebro regresó como en un viaje ultrasónico a la época en que vivieron juntas, en que fueron las mejores amigas.

Se fijó en su rostro. Comparó las arrugas de su cara y su cuello con la piel tersa de aquella joven ingenua que mecía a Gara entre sus brazos. Ahora el pelo lo llevaba corto, como ella, solo que teñido de rojo. Pasó en silencio por delante de su cama y se sentó en la silla que tenía al lado sin pedirle permiso. No lo necesitaba.

Entonces miró a Claudia por primera vez. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que aquellos ojos se despidieron de ella? ¿Veinticinco años? ¿Veintiséis? Mucho tiempo, desde luego. Ahora eran dos mujeres en la cincuentena y Claudia se preguntó cuánto quedaría de su antigua amistad.

—Hola —dijo.

—Me parecía imposible que fueras tú —respondió Olivia.

—¿Y cómo lo supiste? ¿Te lo ha dicho Gara?

—No, pero llegó oliendo a ti. Llevas el mismo perfume desde hace veinticinco años. Ya no debe ni fabricarse, ¿dónde lo consigues?

—Se lo encargo a un perfumista de Lyon. Me cuesta un buen dinero.

—Pensé que no te volvería a ver nunca más. Me devolvían todas las cartas que te enviaba a Nueva York.

—Cambié de dirección.

—¿Por qué no me diste la nueva?

—Porque no podía soportar esas cartas. Aquellas fotos que me enviabas... Sé que lo hacías con la mejor intención, pero era demasiado doloroso. Me producían una gran tristeza y unos remordimientos insuperables.

—No me extraña. No sé cómo has podido vivir todos estos años después de lo que hiciste.

—Te acabas acostumbrando.

—Yo no me acostumbraría.

—Tú eres una buena persona, yo no. Nunca lo he sido.

—Una mala persona no tiene remordimientos.

—Siempre me has visto con buenos ojos, por eso confíé en ti —dijo Claudia—. Pero no, no es así. Tienes remordimientos cuando sabes que has hecho algo mal.

—¿Le vas a contar la verdad a Gara?

—No, puedes quedarte tranquila. No le diré nada.

—Y entonces, ¿qué haces aquí?

—Me muero.

—¿Qué? —dijo Olivia con incredulidad.

—No me queda mucho. Se me ha ocurrido una forma de irme con la conciencia tranquila. Necesito a Gara para lo que tengo que hacer.

—¿A Gara? ¿Para qué la necesitas?

—No puedo decírtelo, no lo aprobarías.

—Por favor, te lo suplico. No la utilices. No quiero que acabe como yo.

Claudia no contestó. Sus ojos se dirigieron hacia la luz que entraba por la ventana. El sol ya se estaba escondiendo y ahora no le molestaba tanto. Tenía razón Olivia. Iba a utilizar a Gara, pero es que no se le ocurría otra forma de hacerlo. Y tampoco es que la chica fuera a salir mal parada, o al menos eso esperaba ella.

—Si la haces sufrir... —dijo Olivia enfadada.

—No te molestes. En mi situación, ninguna amenaza me afecta. —En ese momento entró en la habitación su compañera transportando su gotero con un soporte de ruedas—. No es mi intención hacerla sufrir.

—Perdón —dijo la compañera—. Seguid, seguid, como si yo no estuviera.

Era una chica muy joven que se acostó en su cama y corrió la cortina para tener un poco de intimidad.

—Supe lo de la muerte de tu hija —dijo Claudia—. Lo sentí mucho.

—Gracias. Me hubiera gustado recibir tu pésame.

—Lo siento.

—Márchate, por favor. Vuelve a Nueva York. Si quieres tener la conciencia tranquila, déjanos en paz. No metas a Gara en tus líos.

En ese momento, el móvil de Claudia comenzó a vibrar sobre la mesita de noche. Reconoció el número y por nada del mundo iba a permitir que Olivia supiera quién la llamaba.

—Gracias por tu visita —le dijo, dando por terminada la conversación y siendo más brusca de lo que hubiera deseado.

Olivia se quedó mirándola un momento, como si aún quisiera decirle algo más, pero Claudia agitó el móvil en el aire y le dijo:

—Disculpa, tengo que contestar.

Vio cómo su amiga apretaba los labios y sin despedirse salía de la habitación, pero antes de que desapareciera la detuvo:

—¡Olivia! —Olivia se dio la vuelta para escucharla—. No quiero contarle a Gara lo que ocurrió, pero si te inmiscuyes entre ella y yo, lo haré.

Claudia lamentaba haber tenido que despedirla de esa manera, se había alegrado de volver a verla, pero dejaron de ser amigas hacía mucho y ahora la situación era completamente distinta. Entonces, pasó el dedo por la pantalla del teléfono y contestó.

—Dime.

—No creo que salga bien —dijo la voz del hombre al otro lado.

—¿Por qué no? ¿Has hecho lo que te dije?

—Sí, hable con Gara. Le conté que tenía deudas en Ámsterdam y luego le pedí el dinero. Por esa parte no hay problema, pero es que no tienen un duro. Gara está endeudada con su estudio y Olivia es pensionista. ¿De dónde van a sacar cien mil euros?

—Ya te lo dije, eso no es asunto tuyo. Tú sigue presionando.

—Vale, pero no sé yo...

—¿Te entrevistaste con la trabajadora social?

—Sí.

—¿Te comportaste como te dije?  
—Sí, seguí tus instrucciones al pie de la letra. Creo que le causé buena impresión.  
—Muy bien. Pues no tengas dudas, confía en mí.  
—Ya.  
—Adiós, Fran.  
—Adiós, Claudia.

\* \* \*

Damián no dejaba de aflojar y apretar la hebilla de su reloj en un gesto compulsivo que era incapaz de evitar. Javier, sentado a su lado, le susurró unas palabras de ánimo al oído al ver su nerviosismo, pero no sirvieron de nada. La mandíbula de Damián reflejaba la tensión de un general que sabe que hay algo que se le escapa en el campo de batalla.

El salón en el que se encontraban parecía un teatro, con el suelo entarimado de madera clara y dos hileras de asientos que se iban llenando poco a poco. Muchas de las caras eran conocidas por los dos hermanos. Las habían visto mil veces en el estadio Heliodoro en los días de partido. Sin embargo, un rostro en concreto no conseguía verlo por ninguna parte. La única persona que le importaba en ese momento, el hombre que le daría la presidencia del club y lo colocaría en una posición tan notoria. Ginés Ventura no aparecía.

—Tranquilo, vendrá —le dijo Javier—, por la cuenta que le trae. Si no, se queda sin cargo.  
—No, no aparecerá. Algo va mal.

Entonces se alzó un murmullo en la puerta de entrada al acto. Los periodistas y fotógrafos corrieron hacia allí y se formó un tumulto momentáneo. Damián miró levemente y luego se volvió hacia adelante. No le hacía falta esforzarse mucho para saber quién acababa de llegar. Dos personas hicieron su aparición como si fueran miembros de la Familia Real y varios de los asistentes se levantaron para saludarles. César Velasco y su hija Vicky, agarrada de su brazo, caminaban por el corredor lateral como si levitaran. A Damián le revolvió las tripas ver cómo aquellos dos eran capaces de atraer toda la atención solamente con aparecer, sin tener que hacer nada. César y él eran enemigos, no lo ocultaban. Se habían hecho tantas putadas que haberse acostado con su hija lo resarcía. Se preguntó si ya se habría enterado.

Los Velasco se sentaron en la primera fila, como no podía ser de otra manera, en la hilera opuesta a donde se hallaban Javier y Damián. El viejo zorro, de pelo plateado y porte aristocrático, no se volvió para mirarlo. La que sí lo hizo fue Vicky. Ella tenía los ojos clavados en Damián. Estaba seria y él se imaginó que sería porque no le había enviado siquiera un mensaje en todo el día.

La sala siguió llenándose. Sobre la tarima que presidía el lugar había situada una mesa larga cuyo frontal lo cubría una lona blanca con el dibujo del escudo azul y blanco del Club Deportivo Tenerife. Poco a poco, los consejeros fueron ocupando sus asientos tras la mesa y, después de unos diez minutos en los que Damián casi destroza la hebilla del reloj, apareció el presidente.

Baldomero García había trabajado para el grupo Esquivel hacía algunos años. A Damián siempre le había merecido el mayor desprecio aquel tipo. Sobre todo, desde que supo que era un topo de los Velasco. Enviaba información sensible de su grupo empresarial directamente a César. Tuvo suerte de no acabar en la cárcel. El juez le impuso una indemnización que acabó pagando el zorro plateado.

Después de aquel asunto, César empleó toda su influencia para que fuera presidente del Tenerife, como una forma de restregarle a Damián su poder. Ahora tenía la oportunidad de devolverle la jugada, pero el maldito Ginés Ventura no aparecía por ningún lado.

Entonces, el presidente simuló una leve tos ante el micrófono y en la sala se hizo el silencio. Su rostro reflejaba una satisfacción nada propia de alguien que estaba a punto de perder su cargo. El corazón de Damián se puso a mil cuando lo notó. A esas alturas ya estaba seguro de que se la habían jugado y ahora solo quedaba saber de qué manera. Tendría que esperar unos minutos para averiguarlo.

—Bien. Como sabrán —empezó Baldomero—, esta asamblea se ha convocado con un único punto en el orden del día: elegir a un nuevo presidente del Club. Y la votación se llevará a cabo en breve, pero antes creo que es justo informar a los accionistas de un hecho de relevancia. Se ha producido un traspaso accionarial importante que podría influir en el resultado de la votación. El señor Ginés Ventura Garrido ha vendido toda su participación a la señora Victoria María Velasco Ruiz.

Al oír esto, la sala emitió un sonoro murmullo como si expresara una sola voz de sorpresa. La gente no parecía comprender lo que estaba pasando, y mucho menos Damián. Todos se miraban los unos a los otros y luego observaban a Vicky, como la protagonista absoluta de la situación. El primer pensamiento de Damián fue que César Velasco se la había vuelto a jugar, pero enseguida vio su cara de furia con sus ojos encendidos y fijos en su hija. Vicky actuaba por su cuenta, eso estaba claro, ahora solo tenía que averiguar por qué.

Damián acercó rápidamente la boca al oído de Javier y elevó la voz por encima del ruido y la confusión de la asamblea.

—¡Pide un receso!

Su hermano lo miró extrañado.

—¿Un receso? ¿Para qué? Hemos perdido.

—¡Hazlo!

Javier se puso de pie y alzó la mano. El presidente se fijó en él y ordenó callar al público para poder oírlo, pero necesitó varias llamadas al orden hasta que la calma se hizo en el lugar.

—Solicitamos un receso, señor presidente —dijo Javier—. A la vista de la nueva información necesitaremos algún tiempo para tratarla.

—Bien. ¡Queda establecido un receso de quince minutos!

«¿Quince minutos? —pensó Damián—. Tiene prisa por despacharme». Entonces los accionistas presentes en la sala se pusieron de pie y el murmullo volvió a crecer. Damián se fijó en Vicky. Ni ella ni su padre se habían levantado, al contrario, seguían discutiendo cada uno en su asiento.

«Esto no es una maniobra del viejo zorro. Aquí hay algo más».

Damián se dirigió hacia ellos y al verlo acercarse cesaron el debate. Cuando se detuvo, César ni siquiera se dignó a mirarlo. Vicky, en cambio, le dedicó una franca sonrisa.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó.

Ella asintió, se puso de pie y lo acompañó a un pequeño cuarto situado en un lateral de la sala. Damián cerró tras de sí y el murmullo de la gente cesó de golpe.

—¿De qué va esto, Vicky?

—Parece bastante obvio, ¿no?

—Puede que lo sea, pero yo no termino de verlo. ¿Por qué no me lo explicas?

—Tú quieres ser presidente y yo tengo las acciones necesarias para que lo consigas.

Entonces Damián recordó la disputa entre César y ella.

—¿Y estás dispuesta a votar en contra de tu padre? ¿Por eso discutíais?

—Discutíamos porque le he dicho que deseaba negociar contigo.

—¿Negociar qué?

—Bueno, el objeto de nuestra negociación no se lo he contado.

—¿Negociar qué? —insistió Damián.

—Quiero que me pidas matrimonio.

—¿Qué? ¡Estás loca!

—No, no lo estoy. Sé muy bien lo que hago.

—Vicky, tú y yo ni siquiera tenemos una relación. ¿Cómo vamos a casarnos?

—Bueno, lo de anoche...

—Lo de anoche no significó nada —la cortó Damián secamente.

—Ya lo sé, no es que me haya hecho ilusiones, es que creo que puede salir bien.

—Pero no nos queremos.

—No te estoy pidiendo que me quieras, al menos no de momento.

—¿Y qué me estás pidiendo entonces?

—Que unamos intereses.

—¿Que unamos intereses? ¿Sabes siquiera lo que estás planteando?

Damián le dio la espalda y se peinó el pelo hacia atrás con los dedos.

—Lo sé perfectamente —respondió ella.

Entonces él se volvió para mirarla de nuevo.

—Supongamos que digo que sí. Yo seré presidente, pero ¿qué ganas tú?

—Uniremos las dos grandes familias hoteleras de la isla.

—Creo que se te ha ido la cabeza. Mira, Vicky, estoy dispuesto a ofrecerte un buen trato por tus acciones. Seguro que llegamos a un acuerdo.

—Pide mi mano. Es el único acuerdo que me interesa.

—¿Y tu padre estaría dispuesto a aceptar un matrimonio de conveniencia?

—El secreto formaría parte del acuerdo. Mi padre debe creer que nos queremos.

—Esto es una locura.

—Venga, Damián. Este tipo de acuerdos se ha hecho siempre. Somos dos personas inteligentes, atractivas, y nuestro sexo es fantástico. Puede funcionar. De hecho, creo que funcionaría mejor que si nos quisiéramos.

Por un momento, Damián no supo qué contestar. Aquellos argumentos en los labios de Vicky Velasco adquirirían un sentido que hacía que la locura pareciera razonable. Años atrás se había prometido así mismo que jamás se casaría, pero entonces no se le había ocurrido un matrimonio como ese. Pensaba más bien en el amor y el compromiso, dos cosas a las que era alérgico. De todos modos, no lo terminaba de ver.

—Tengo una propuesta más sensata —le dijo—. Te ofrezco la vicepresidencia. Dirigiremos juntos el club.

—¿Me tomas el pelo?

—Piénsalo. Tendrás la oportunidad de salir de debajo del ala de tu padre.

—Ni hablar.

Damián dio un paso al frente y se situó a un palmo de ella. Podía oler el perfume que la noche anterior tanto lo había excitado. El mero olor le trajo recuerdos placenteros, pero se obligó a dejarlos de lado.

—Vota a mi favor, sé mi vicepresidenta y tal vez me plantee lo del matrimonio. Demuéstrame que me eres leal.

Damián no esperó respuesta. Oyó que el presidente, Baldomero García, llamaba de nuevo a los asistentes para que regresaran a la sala. Salió entonces del cuarto en que se hallaban con la esperanza de que el último giro surtiera efecto.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Javier cuando se sentó a su lado.

—Luego te cuento.

—¿Va a votar a nuestro favor?

—Eso espero.

Y mientras el presidente se extendía explicando las normas de la votación, Damián no le quitaba ojo a Vicky. Ella mantenía su atención centrada en Baldomero y su padre, hierático a su lado, parecía haberse tragado un sapo sin masticar.

—Bien, procedamos —exclamó el presidente—. Los que estén a favor del nombramiento como presidente de Damián Esquivel que levanten sus tarjetas.

Damián levantó la suya, como hizo Javier y algunas personas más, pero Vicky parecía pensárselo.

«Vamos, levántala», le ordenó Damián con la mente. Ella lo miró como si lo hubiera oído. Luego observó su tarjeta, que la tenía en el regazo. Por un momento parecía que la iba a levantar. Dudaba. Y entonces suspiró y miró a Baldomero sin inmutarse. El presidente contó las acciones que estaban a favor y después instó a que se expresaran los votos en contra.

—Aún nos queda una esperanza —dijo Javier—. Si se abstiene, ganamos.

Ante la nueva orden del presidente, las tarjetas de los que estaban en contra se levantaron, incluido César Velasco, que le dijo algo al oído a su hija. Vicky, no obstante, parecía no decidirse. Esta vez el presidente se demoró algo más en expresar el resultado, cosa que Damián ya daba por hecha. «Fiel a su amo Velasco hasta el último aliento», pensó.

Vicky volvió a mirar a Damián. Este hizo un leve gesto de negación con la cabeza. «No la levantes», murmuró entre dientes. Pero, finalmente, Vicky alzó la tarjeta, elevando un murmullo de excitación en la sala. Una ola de periodistas y fotógrafos recorrió el pasillo lateral y se apostaron frente a Damián con sus micrófonos y sus cámaras ensordeciéndolo con las preguntas que le hacían. Era el gran derrotado de la noche y sus primeras impresiones valían oro.

—No voy a hacer declaraciones —respondió elevando la voz por encima de las de los periodistas. Y por el rabllo del ojo vio cómo Vicky abandonaba la sala antes de que los flashes de las cámaras lo cegaran.

\* \* \*

Janet estaba sentada en el sofá cuando el televisor comenzó a fallar. Reía ante un programa de humor y la sobresaltó que el aparato cambiara solo de canal, que se volviera loco. Apenas tenía once años y no se explicaba cómo aquello era posible, así que tomó el mando a distancia de encima de la mesa y pulsó para volver al canal que estaba viendo. Luego se recostó de nuevo en el sofá, pero la tele parecía tener vida propia. Los canales se movían solos hasta que se detenían en uno en concreto, siempre el mismo, que emitía un discurso de Margaret Thatcher. Y entonces sucedió lo inesperado. Algo que, unido al resto de los acontecimientos extraños que habían ocurrido en la casa en los últimos días, aterró a Janet sobremanera. Y lo que sucedió fue que el

mando había desaparecido ante sus ojos. Estaba ahí, sobre la mesita baja, y de repente ya no estaba. Su corazón se aceleró, buscó bajo la mesa, bajo el sofá, en el suelo, no hubo forma de encontrarlo. ¿Cómo podía ser eso posible? Si ella misma lo había colocado allí delante, sobre la superficie de madera.

Pero justo en el momento en el que se lo preguntaba, el teléfono sonó estridente en la otra habitación. Janet se sobresaltó, pero enseguida se calmó y se fue a contestar al vestíbulo abandonando la sala de estar por un instante.

—Casa de la familia Hodgson —contestó—. Ah, hola, mamá... Sí, un poco... Acabo de comer, no tengo mucha hambre... —Y entonces tosió, y al toser vio el mando a distancia de la televisión en el último lugar en el que esperaba encontrarlo. Desde donde estaba podía ver el viejo sillón situado en una esquina de la sala. Janet no comprendía cómo el mando podía haber acabado allí. El vello de su piel se erizó mientras la voz de su madre sonaba por el auricular—. Sí, estoy aquí... ¿Vas a venir pronto? —Ahora su voz sonaba aterrada—. Vale... Adiós, mamá.

Janet colgó y observó el mando a distancia. A esas alturas ya sabía que no se trataba de un despiste. Habían sucedido demasiadas cosas raras como para que... Se armó de valor, se fue a por el mando y lo agarró con fuerza, como si se lo arrebatara a lo que quiera que fuese que se hubiera apoderado de él. En la televisión seguía sonando el discurso de Margaret Thatcher. Janet cambió de canal rápidamente y regresó al programa de humor que le gustaba, pero ahora ya no le hacía gracia. Su mirada recorría la sala buscando la amenaza que, estaba segura, la observaba desde la oscuridad. Volvió a mirar el sillón, sin embargo, nada en él parecía haber cambiado. Seguía allí, como un viejo mueble testigo de lo que sucedía. Ahora su respiración se había agitado y el corazón le golpeaba en el pecho como si clamara por salir.

Y de pronto, la imagen de la televisión desapareció. Una pantalla gris la sustituyó y un ruido molesto reemplazó a las voces de los personajes. Janet agarró el mando a distancia y pulso los botones con frustración. El aparato hacía la función de cambiar de canal, pero en la pantalla tan solo aparecía esa imagen gris, como si no recibiera señal alguna. La niña se levantó, se acercó al televisor muerta de miedo y movió la antena. ¿A quién pretendía engañar? Solo tenía once años. ¿Cómo iba ella a arreglar el televisor? Colocó la antena como pudo y después le dio un par de golpes en un lateral que hizo que la tele se apagara. Y cuando lo hizo, el reflejo que apareció fue el del viejo sillón de la esquina, solo que ahora no se hallaba vacío. Una figura tenebrosa la observaba con el mando a distancia en la mano. Era la viva imagen de un anciano decrepito que provocó que Janet se volviera inmediatamente para mirarlo con sus propios ojos. Pero el mando a distancia se mantuvo solo en el aire, como si alguien invisible lo sostuviera durante una décima de segundo y luego lo dejara caer. Ahora sí que estaba aterrorizada. No podía apartar la mirada del mando tirado en el suelo ni del sillón vacío. Se hallaba tan paralizada por el miedo que no se dio cuenta de que el anciano que un momento antes la observaba desde el reflejo del televisor ahora se encontraba a su espalda, observándola con los mismos ojos de la muerte.

—¡Mi casa! —gritó el viejo con fuerza por encima del hombro de la niña.

Janet gritó aún más, se apartó de él y cayó al suelo. Se arrastró como pudo para alejarse, luego se volvió para ver si seguía allí, pero justo en el momento en que lo hacía, el fantasma desapareció. Janet gritó otra vez, y entonces, la televisión se encendió de nuevo y comenzó a verse con normalidad. La niña miraba aterrorizada a su alrededor sin comprender lo que sucedía.

Gara pulsó entonces el botón de pausa. Cayó en la cuenta de que también su respiración estaba agitada y su corazón acelerado. ¿Por qué le gustaban esas películas si le daban tanto miedo? Miró a la derecha y comprobó que Marisela se había dormido a su lado, en el sofá. En un rato la

despertaría y la haría regresar a la cama. Pero entonces, el pomo de la puerta de su propia casa comenzó a girar. Le hubiera dado un infarto si no fuera porque ya sabía quién era. Una de las ventajas de que solo hubiera dos pisos en su edificio es que no podía ser otra persona que su madre. Por eso casi nunca cerraban con llave. Les valía con cerrar la puerta de abajo.

—No sabía si aún estabas despierta —dijo Olivia mientras asomaba su rostro por la rendija.

—Sí, ¿a dónde has ido hoy? Cuando hemos vuelto no estabas.

Olivia entró al pequeño piso y atravesó la sala para sentarse en el sillón vacío al lado del sofá. Por un momento, Gara pensó en el sillón de la película y se estremeció.

—¿Qué estás viendo?

—Una de miedo. *Expediente Warren*.

—¿Y la dejas ver esas películas? —Olivia señaló a Marisela dormida en el sofá.

—Sí, ya ves el miedo que le da, que hasta se ha quedado frita.

—Bueno... Oye, quería comentarte una cosa.

—¿Sí?

—Esta tarde he ido al hospital a ver a esa mujer de la que me hablaste. La que se desmayó en la cafetería de Ruth.

—¿Por qué has hecho eso?

—La conozco desde hace muchos años. De hecho, fuimos las mejores amigas. Incluso vivimos juntas.

—¿En serio?

—Sí, se marchó al extranjero, a América, y perdimos el contacto. Cuando me hablaste de ella, no estaba segura de que fuera Claudia. Ha sido una sorpresa que haya vuelto.

—Vaya, ¿y qué tal? ¿Os habéis puesto al día o algo así?

—Sí, supongo que sí. Verás...

Gara frunció el ceño. La inquietaba esa expresión de su madre.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Esa mujer... No te conviene estar cerca de Claudia.

A Gara se le escapó una risita. Se sentía como si aún fuera adolescente y su madre le advirtiese de las malas amistades en el instituto.

—¿Qué quieres decir? ¿Que esa mujer de más de cincuenta años y tan educada y elegante será una influencia perniciosa para mí?

—No la conoces. Es...

—¿Sí?

—No es mala persona, pero... Tiene la rara habilidad de hacer sufrir mucho a sus amigos.

—No somos amigas, mamá. En realidad, ni siquiera la conozco. Solo la he acompañado al hospital y me ha despertado mucha compasión verla tan sola.

—Podrías preguntarte por qué está tan sola.

—¿Qué os ocurrió? ¿Por qué hablas así de ella?

—Digamos que no debí dejar que me influyera tanto. —Entonces Olivia miró a su hija fijamente—. No confíes en ella, Gara. Te diga lo que te diga, te cuente la historia que te cuente, no confíes en ella.

Los ojos de Gara se volvieron solos a la película pausada en la pantalla. Al oír todas esas advertencias de su madre, le volvió a la memoria el rostro del viejo fantasma detrás de la pobre niña indefensa. A su lado, Marisela se movió un poco y cambió de postura, pero siguió dormida como un tronco.

—Deberías acostarla —comentó Olivia.

—Sí, ahora la llevo a la cama.

—Hazme caso con respecto a Claudia, Gara. Es posible que yo sea la que mejor la conoce.

—Sí, no te preocupes.

Gara se quedó mirando a su madre mientras esta se levantaba del sillón y se dirigía a la puerta. No se parecía en nada a Claudia. ¿Cómo podían haber sido tan amigas siendo tan distintas? Ahí había una historia que merecía la pena escuchar. Tal vez algún día se la contase.

\* \* \*

Damián se arrellanó en el sillón negro iluminado por la luz cálida y tenue del bar Dorman. Le gustaba aquel local para momentos como el que estaba viviendo porque era un lugar discreto en el que los camareros no le solían dar conversación. Se apoyó el vaso de whisky con hielo en el muslo y se lamentó de que esa noche el alcohol no le hiciera el efecto habitual. Iba a tener que emborracharse para quitarse de encima esa nube que le apagaba el ánimo, pero no le apetecía nada hacerlo. No quería levantarse al día siguiente con una resaca de órdago, así que decidió que se terminaría el whisky y se iría a casa. Pero entonces una mirada se cruzó con la suya.

Una mujer joven, vestida con elegancia, en traje de chaqueta y una melena morena y ondulada que le caía sobre los hombros disimuló cuando sus ojos se cruzaron. Él también disimuló, ya se conocía los trucos. Levantó la mano y llamó al camarero, que se acercó diligente.

—¿Sí, señor?

—¿Podría cargar a mi cuenta lo que aquella joven esté tomando?

—Claro, señor.

Ahora sucedería lo de siempre. El camarero se acercaría a la joven, le diría en voz baja que estaba invitada por el caballero del traje negro y ella lo miraría para darle las gracias con un gesto y luego esbozaría una leve sonrisa. Damián se llevó el whisky a la boca respondiendo a su gesto con otro asentimiento, pero no se movió. Dejaría unos minutos para que la situación tomara forma. Ella lo miraría de vez en cuando y él también a ella. Pensó que sería una buena forma de terminar aquella noche en la que todo había salido al revés de como esperaba.

Se preguntó qué había hecho mal. ¿Y si él le hubiera comprado las acciones a Ginés Ventura? El ofrecimiento de un puesto en la junta directiva iba a ser suficiente para convencerlo. No, no había sido un error pensar así. Lo que pedía Ventura era... Vicky debía de haber pagado mucho dinero para convencerlo y eso hizo que se le volviera a agriar el ánimo. ¿Cómo se iba a casar con semejante arpía? Volvió a negar con la cabeza. No había actuado mal. No era su culpa. Vicky lo había tomado por sorpresa. No era más que una cuestión de mala suerte y ahora tenía que pensar en cómo solucionarlo.

Y al sonar la mala suerte en su cabeza apareció la imagen de aquella mujer. Claudia Dorta, o Ackerman o como se llamara, había regresado a Tenerife como un pájaro de mal agüero. Damián no era un hombre supersticioso, pero no podía evitar verla como a las viejas brujas medievales que, cuando llegaban a una población, sembraban la desgracia a su paso. Le había destrozado la vida a su padre muchos años atrás y ahora, de alguna forma, intuía que también se la destrozaría a él, aunque aún no sabía cómo. Por lo pronto, las cosas empezaban a salirle mal y eso lo ponía muy nervioso.

Echó un nuevo trago y pensó que todo era absurdo, que no era más que un idiota por tener esas

ideas descabelladas. Claudia Ackerman y Vicky Velasco no tenían nada que ver. Ni siquiera se conocían. ¿Qué relación podía guardar una cosa con la otra? Ninguna en absoluto. Y entonces, como si se tratara de una invocación, su móvil vibró en el bolsillo de su chaqueta. En la pantalla se iluminó el WhatsApp de Vicky y el inicio de un mensaje. Lo abrió y movió la cabeza a un lado y a otro cuando lo leyó.

«Estoy en casa. Ven y hablamos».

Damián no sabía si responderle o no. Por un momento, pensó en dejarla esperando, pero luego decidió que contestaría. Al menos se liberaría de la impotencia que le atenazaba.

«Vete a la mierda, Vicky Velasco».

Después de pulsar el botón de enviar se sintió pletórico y liberado, como si se hubiese quitado un peso de encima. Incluso la sonrisa apareció en sus labios al apagar el móvil y concentrarse en la joven que lo miraba desde la barra. Era el momento. Se levantaría y se acercaría hasta ella.

—Soy Damián Esquivel —le diría.

Y ella también se presentaría. Se darían dos besos en las mejillas y empezarían a charlar. No importaba de lo que hablasen, Damián se la comería con los ojos y comprobaría si ella se sentía molesta o halagada. Si percibía lo primero, se despediría con cualquier excusa. No tenía ganas de que se lo pusieran difícil. En cambio, si se trataba de lo segundo...

### CAPÍTULO III

Gara suspiró cuando por fin consiguió meter su vehículo en el hueco tan estrecho. Había tenido suerte, podría acompañar a Marisela a la puerta y no despedirse de ella en el coche, rápidamente, mientras los que la seguían la apremiaban con sus bocinas. Ambas descendieron del vehículo y caminaron despacio hacia el colegio. Los otros alumnos y sus padres se agolpaban en la puerta verde de hierro mientras Gara y Marisela esperaban, cogidas de la mano, a cruzar el paso de peatones. Gara miró a su sobrina, pero esta seguía enfurruñada. Un coche azul se detuvo para dejarlas pasar. Cuando llegaron a la puerta del colegio, Gara se acuclilló junto a Marisela.

—No pongas esa cara, estás muy guapa con la trenza que te ha hecho la yaya.

—Yo quería el pelo suelto. Mis amigas lo llevan así.

—El pelo suelto es muy incómodo y se ensucia más.

—Pero la trenza es de niña pequeña. Tú nunca llevas trenza.

—Porque la yaya no me la quiere hacer. Si ella quisiera, yo la llevaría a todas horas.

—Mentira.

—Dame un beso.

Marisela acercó su cara a la de su tía y la rozó con los labios en la mejilla.

—Acuérdate, no digas tacos. No quiero que tu *profe* me dé las quejas de nuevo.

—No, tía.

Gara miró hacia el interior del colegio y observó que el grupo de amigas de Marisela ya se había alineado frente a la puerta interior.

—Venga, entra. Tus amigas ya están formando la fila.

Marisela comenzó a caminar arrastrando los pies. A Gara le hizo gracia recordar que también ella hacía un drama de cualquier menudencia a su edad. Entonces la niña se volvió.

—Tía, ¿puedo ir después del *cole* a casa de Ayoze a jugar a la *play*?

—¿A la *play*? Bueno, pero hasta las siete, que luego te dejas la tarea sin hacer.

—¡Guay!

Sonrió al ver que Marisela se ponía de mejor humor. Se marchó más tranquila. La niña ya parecía haberse olvidado de la trenza. Cuando caminaba hacia su coche, le sonó el móvil en el bolso y se sorprendió al ver el nombre de Elena en la pantalla. ¿Qué querría la abogada a esas horas?

—Dime, Elena.

—Buenos días, Gara. ¿Te pillo en mal momento?

—No, no. Acabo de dejar a Marisela en el colegio. Dime, ¿qué ocurre?

—Ha llegado el informe de la trabajadora social y no son buenas noticias.

Gara se detuvo en seco en mitad de la acera. Por un momento le pareció que la conversación era irreal. Como si escuchara una charla ajena.

—¿Cómo que no son buenas noticias? Conozco a Irene desde hace años. Siempre nos ha tramitado las ayudas que hemos podido necesitar.

—Ha recomendado que se le entregue la custodia al padre —soltó la abogada de sopetón.

—¿Qué?

—Escucha, te he enviado el informe por email. Es largo, pero te lo resumiré. La trabajadora social considera que sería bueno para el desarrollo de Marisela que viviese con su padre y la pareja de este. Dice que la niña necesita una familia estable y un hogar en el que hallar cierta tranquilidad.

—¡Qué hija de puta! La niña ya tiene todo eso.

—Ya, pero ella no piensa lo mismo.

—Joder, Elena, ¿vamos a perder a Marisela?

—Bueno, aún no hay nada decidido, pero no te voy a engañar, este informe no nos viene bien. Quizá podamos conseguir que el juez escuche a tu sobrina, pero...

Gara pensó en Fran. ¿Cómo era posible que nadie se diera cuenta de lo hipócrita que era? Allí, en la mesa de la cafetería de Ruth, mientras la intentaba extorsionar, a nadie se le hubiera ocurrido que aquel hombre le proporcionaría a Marisela una familia estable ni un hogar en el que hallar tranquilidad.

—Ayer me pidió cien mil euros por olvidarse del asunto —dijo.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo la verdad, Gara? Si te lo has inventado porque estás desesperada, lo entiendo, pero es mi deber advertirte de que no es buena idea.

—No me lo estoy inventando, Elena. Me contó que sus negocios en Ámsterdam no le iban bien y que si le daba cien mil euros renunciaría a la custodia.

—¿Había testigos o te dijo algo por escrito? Un email, un mensaje de WhatsApp...

—No —respondió Gara con desánimo. Sabía lo que significaba esa pregunta, que no tenía nada a lo que agarrarse.

—Si acudimos al juez con esto y él lo niega, perjudicará tu imagen. Te hará parecer una manipuladora. Ha ocurrido demasiadas veces, y los jueces suelen tener mucha precaución si sospechan siquiera que la denuncia puede ser falsa. Si no consigues alguna prueba de lo que dices, es mejor que nos lo callemos.

Gara ya sabía que ese era un camino cerrado, que no conseguiría ninguna prueba. Fran se había asegurado de hacerle su oferta cuando nadie más lo oyera. Sin embargo, nada de eso la enfadaba tanto como la traición que le ardía en el pecho. ¿Cómo era posible que Irene le hubiera clavado tal puñalada? Las conocía a ella y a su madre casi desde que Nerea había muerto.

—¡Esa hija de puta me va a oír! —espetó.

—Gara, no empeores las cosas.

Pero Gara ya no oyó nada más. Colgó y se dirigió a su coche a grandes zancadas y con los puños apretados.

\* \* \*

Cuando salió de la ducha, Damián contempló los cabellos negros de la muchacha y su piel morena y delicada que apenas se movía al ritmo de la respiración. Era más joven de lo que parecía en el bar. Tenía los párpados cerrados y se le había formado una sonrisa en los labios. Esos mismos labios que él besó por primera vez en la calle, al salir del Dorman, y que había besado muchas más veces en la cama donde ahora dormía. Movi6 la cabeza preguntándose por qué no podía amar a una mujer así. Era bellísima y simpática y sabía que él le gustaba. Lo único que tenía que hacer era quedar con ella de nuevo. Salir a comer o a cenar y volverla a invitar a su

casa. Escucharla y que ella lo escuchara a él. No se necesitaba mucho más y, sin embargo, pensar siquiera en el menor compromiso tensaba cada músculo de su cuerpo como si se estuviera preparando para pelear.

Se puso un pantalón de chándal y una camiseta procurando hacer el menor ruido posible para no despertarla y luego repitió su nombre en voz baja. «Berta». Tenía que acordarse. No era necesario humillarla olvidándose de cómo se llamaba después de la buena noche que le había hecho pasar. Se fue después a la mesilla de noche y cogió su móvil. Entonces, salió de la habitación, atravesó el salón y se dirigió a la cocina donde se prepararía el desayuno.

Mientras caminaba encendió su teléfono. Vio una llamada perdida de Vicky Velasco y torció el gesto. «Igualita que su padre, el desaliento no va con ella», se dijo y no se permitió pensar nada más. La apartó enseguida de su mente y su imagen fue sustituida por la de esa otra mujer elegantemente enfundada en un traje de chaqueta caminando por una calle de Nueva York. Claudia Ackerman había vuelto por primera vez después de tantos años y ahora él tendría que cerrar el asunto. Estaba decidido, iría a verla.

Buscó en la agenda el nombre deseado y lo pulsó. Esperó varios tonos y el acento americano de Ken Worthington sonó al otro lado.

—Dime, Damián.

—¿Dónde está Claudia ahora?

—Pues verás, ha pasado la noche en el hospital.

—¿En el hospital? ¿Qué le ocurre?

—No lo sé, no he podido averiguarlo, pero no parece nada grave. Le han dado el alta hace un rato.

—Bien, ¿y dónde está?

—Bueno, verás...

Damián supo al instante que había problemas.

—¿Qué ocurre?

—La he perdido.

—¿Cómo que la has perdido? ¿Otra vez?

—Sí, giró en una esquina, y cuando llegué allí, había desaparecido. No sé cómo lo hace, pero se me ha escapado. Sé que ha sido una chapuza, pero no te preocupes, la encontraré. Tengo a mi ayudante apostada en su casa. Si aparece por allí lo sabré.

—¿Sabía que la seguías?

—Me temo que sí, Damián.

—Ya.

—Se me escapó en Nueva York, pero te prometo que aquí no se va a repetir.

—Eso espero, Ken. Escucha, cuando la encuentres, avísame.

—Bien.

Damián colgó sin despedirse. Estaba contrariado. ¿Cómo podía ser tan escurridiza? Movi6 la cabeza y se dirigió hacia la nevera donde lo esperaban sus seis huevos de cada mañana. Sacó el envase y lo colocó encima de la encimera. Luego tomó dos boles de uno de los muebles y una a una fue separando las claras de las yemas y echando cada una en un bol distinto. Mientras lo hacía oyó unos pasos descalzos en la tarima del salón, pero no le dio importancia. Luego puso la sartén al fuego con una pizca de aceite y esperó a que este se calentara al tiempo que ponía café en la cafetera y la encendía.

Los pasos llegaron hasta la cocina y se detuvieron un instante a su espalda. Damián no se

volvió. Los oyó acercarse mientras él echaba las claras en la sartén y las gotas minúsculas del aceite caliente saltaban como si fuesen seres diminutos huyendo de la quema. Unos brazos femeninos rodearon su abdomen y un rostro se apoyó en su espalda.

—Buenos días —dijo Berta.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido?

—Muy bien. ¿Qué haces?

—El desayuno. Una tortilla de claras y café. ¿Te apetece?

—¿Tortilla de claras? ¿Cómo los culturistas?

—O tostadas con mantequilla, si lo prefieres.

—Sí, mejor.

Berta se apartó de Damián y se fue a sentar a la mesa situada como una isla en el centro de la cocina. Tenía una sonrisa dibujada en los labios mientras lo observaba.

—Me encantan los hombres que cocinan —comentó.

Él la miró por primera vez y también le sonrió. Estaba guapa recién levantada, pero no hizo el menor comentario. Abrió uno de los muebles y sacó una bolsa llena de pan de molde. Extrajo dos rebanadas y las metió en las hendiduras del tostador.

—He visto que tienes una colección de películas impresionante. ¿Todas son de miedo?

—Sí, son las que más me gustan.

—Uf, yo prefiero las comedias. Reírme un rato, ya sabes.

—Claro.

Damián le dio una vuelta a la tortilla en el aire moviendo la sartén con un golpe de muñeca. Esperó un rato y puso la tortilla en un plato. Luego sacó dos tazas y vertió en ellas el café. Después les llegó el turno a las tostadas. Cuando saltaron del tostador, cogió la mantequilla de la nevera y se dirigió con todo ello hasta la mesa donde estaba sentada Berta.

—Qué rico —dijo ella.

—Sí que lo está.

—Oye, esta noche se celebra el cumpleaños de un amigo. ¿Te apetece venir?

—No creo que pueda.

—Podemos quedar a comer si lo prefieres.

—Tengo un almuerzo de trabajo.

—Vale, lo pillo.

Berta comenzó a extender la mantequilla por una de las tostadas. Parecía decepcionada y eso a Damián lo incomodaba. Sobre todo, porque aquella chica podía ser una pareja perfecta. ¿Por qué no se permitía a sí mismo tener eso que buscaba tanta gente?

—Lo siento, es que no busco nada serio.

—Tranquilo —dijo ella y se llevó la tostada a la boca.

\* \* \*

La tenencia de alcaldía se encontraba atestada de gente a esa hora de la mañana. La sala en la que esperaban los usuarios de los servicios sociales no era muy grande. Sus paredes estaban pintadas de color vainilla, con un zócalo gris oscuro, casi azul, en el que se alineaban decenas de sillas, todas ocupadas. Un murmullo creciente se apoderaba del ambiente a medida que iban pasando los minutos. Allí, las personas que esperaban a ser atendidas se conocían del barrio,

aunque solo fuera de vista.

Gara saludó al llegar y se quedó junto a la entrada, con el hombro apoyado en el quicio, y observando airada la única puerta que daba a la sala como si pudiera derribarla con la mirada. A su lado había una de esas máquinas que expenden los números que designan el turno, pero ella no cogió ninguno. No pensaba esperar más que unos minutos.

Un torbellino de emociones se iba acumulando en su cabeza sin que pudiera apartarlas de ninguna forma. Se sentía furiosa, eso sin duda, pero sobre todo estaba asustada. El miedo a perder a Marisela se había hecho más presente que nunca. Hasta ese momento, tan solo había sido una posibilidad lejana. Elena siempre le daba muchos ánimos y en ningún momento permitieron, ni Gara ni Olivia, que el pesimismo entrara en sus vidas. Sin embargo, ahora la cosa había cambiado. Lo de los cien mil euros era una quimera. No podría conseguir tanto dinero sin perder todo lo que tenían ella y su madre. Porque esta vez no se engañaba con falsas esperanzas. Sin el informe favorable de la trabajadora social no ganarían.

Por primera vez empezó a vislumbrar la ruina que se avecinaba. Y la única alternativa era despedirse de su sobrina. Pero hasta esa denominación le parecía rara. Era su hija, la había criado ella. No la sentía de ninguna otra manera, aunque no la llamara mamá. Entregársela a Fran era como si le arrancaran un brazo o una pierna. Le resultaba tan inconcebible imaginar su casa sin Marisela; o levantarse por las mañanas sin tener que llevarla al colegio; o no poder reñirla cuando dijera tacos... Notó cómo las lágrimas empezaban a asomar en sus ojos y respiró profundamente para tranquilizarse. No estaba allí para llorar, sino para que la oyeran.

Y en ese preciso instante se abrió la puerta. La trabajadora social salió del pequeño despacho acompañada de una joven adolescente con un niño en brazos. Le dio dos besos y se despidió de ella con una sonrisa. Luego miró un papelito que tenía en la mano y dijo en voz alta:

—El cuarenta y siete.

Una mujer de mediana edad, con sobrepeso, envuelta en un vestido amplio y estampado comenzó a levantarse de su asiento lentamente. «No es tu turno —pensó Gara—, es el mío y me va a oír». Dio entonces un paso al frente y la trabajadora social la miró sorprendida.

—¡Eres una auténtica hija de puta, Irene! —le espetó.

La mujer que se acababa de levantar se quedó paralizada al oírla. Todo el murmullo de la sala se tornó en silencio y las miradas se dirigieron hacia ella.

—Comprendo que estés enfadada, Gara —respondió Irene—, pero esas no son las formas...

—Tú informe va a hacer que me quiten a Marisela. No me hables de formas, maldita cínica.

—Pasa a mi despacho, por favor. Te explicaré por qué he redactado ese informe. Será solo un minuto, Cande —le dijo a la mujer que esperaba.

Ambas pasaron al despacho e Irene cerró la puerta tras de sí. Cuando Gara se sentó en aquella silla metálica y desangelada, no cabía más desprecio en ella. Observó a aquella mujer mientras ocupaba su asiento y abría una carpeta de cartulina en la que guardaba unos documentos con la foto de Marisela en una esquina.

—No me lo puedo creer, Irene. Nos conoces de toda la vida. Tú has tramitado todas las ayudas sociales que hemos solicitado. ¿Cómo puedes recomendar que la niña viva con ese que ni siquiera la ha visitado en Navidades? Me la van a quitar por tu culpa.

—En primer lugar, Gara, no soy yo la que decide si te la quitan o no. Es el juez. Yo solo emito un informe con mi opinión.

—Pues vaya opinión que tienes de nosotras.

Irene suspiró al oírla.

—Precisamente por eso he escrito ese informe. En todos estos años me ha parecido encomiable lo que habéis hecho Olivia y tú para sacar a Marisela adelante, y ha sido un gran trabajo. Tampoco a mí me parecía justo que su padre se hubiera desentendido de su hija. Es una buena noticia que Fran haya decidido asumir sus responsabilidades. He hablado con él, he conocido a su pareja... Creo que le pueden dar un buen hogar a su hija. Como también creo que no es justo que sigáis sacrificándoos cuando ya no es necesario. El padre de Marisela ha decidido ocuparse de ella. Sinceramente creo que ambos, Fran y la niña, merecen esa oportunidad. Y vosotras también merecéis que se os libere de esta gran responsabilidad.

—Ese padre tan fantástico al que has conocido me ha pedido cien mil euros por renunciar a su hija. ¿Qué te parece?

—Mira, Gara. Si quieres un consejo, después de los años que llevo ocupándome de vuestra situación, no te inventes mentiras tan burdas. Tú no eres así. Solo saldrás perjudicada. Todo el informe está redactado pensando en el bienestar de Marisela.

—¿El bienestar de Marisela? ¿Le has preguntado a ella si quiere irse con su padre?

—En las entrevistas que he tenido con la niña, ha expresado claramente su deseo de conocer más a Fran y a su pareja. Todo lo he mencionado en el informe.

—¿El deseo de conocer a su padre no es el deseo de irse con él!

—A Marisela la ampara el derecho a tener un padre, Gara. Ya sé que no lo ves así, pero es su bienestar lo que se discute aquí, no el tuyo.

—Tienes respuesta para todo, ¿eh? —Gara se puso de pie y se dirigió a la salida, pero antes se dio la vuelta y espetó—: Te diré una cosa, Irene. Está decidiendo sobre una niña un montón de gente que apenas la conoce. Si crees que sabes lo que le conviene por un par de entrevistas, estás muy equivocada. Yo la he criado. Puede que no sea su madre, pero sí que soy lo más parecido a una que ha tenido. Yo la conozco mejor que nadie y te puedo decir que si se la entregáis a Fran le vais a destrozár la vida.

Y se fue dando un portazo.

\* \* \*

La maqueta que tenían delante impresionaba. Un complejo hotelero de cinco estrellas en Samaná, en la República Dominicana. Aquella era la expansión del Grupo Velasco, la gran apuesta internacional. La habían traído esa misma mañana, instalado en el vestíbulo y ahora todos los empleados de la empresa desfilaban por allí para verla. Y eso a César lo ilusionaba como a un niño el día de los Reyes Magos. Vicky lo miró desde una esquina de la sala. Estaba rodeado de sus colaboradores más estrechos, todos con sus trajes oscuros e impolutos, todos adulando al gran jefe delante de su juguete. Al menos, parecía haber olvidado lo de la noche anterior, o eso creía ella, porque la mirada que le dedicó un instante mientras recibía los agasajos la convenció de lo contrario.

César rodeó la mesa donde estaba la maqueta caminando despacio y dejó atrás a su corte de empleados. Se acercó hasta Vicky sin mirarla, como si necesitara hacerlo de forma disimulada, hasta que se apostó a su lado. Su hija cruzó los brazos. Estaba tensa.

—La maqueta es preciosa —dijo para romper el hielo—. Lo de Samaná va a ser un éxito.

—Eso espero —respondió él—. Hemos invertido mucho allí.

—Lo será, ya lo verás.

—¿Me vas a contar qué pasó en la asamblea del Tenerife o lo tendré que averiguar por mí

cuenta?

Ahí estaba. Directo al grano. César Velasco en toda la extensión de su carácter.

—No hay mucho que contar. Le compré sus acciones a Ginés Ventura y después voté en contra de Damián.

César la miró directamente a los ojos. Cuando hacía eso, a Vicky le parecía que podía leerle cada pensamiento que surgía de su mente.

—Pagaste una fortuna por esas acciones. Hemos conservado la presidencia del club, pero a costa de que todos crean que los Velasco negociamos fatal. ¿Cuál era el plan?

—Damián y yo nos vamos a casar.

Las cejas de César se alzaron como dos resortes. Ahora sí que lo había sorprendido de verdad. Vicky sabía que se estaba anticipando, pero estaba tan segura de que Damián aceptaría su oferta que no dudó en darlo por hecho.

—Pero... ¿estabais saliendo? ¿por qué no me dijiste nada?

—Bueno, aún no se lo hemos dicho a nadie.

—¿Y qué tienen que ver las acciones de Ventura con eso?

Había llegado el momento de adornar un poco la verdad, si no, su padre la iba a desheredar allí mismo.

—Sabía que Ginés Ventura le iba a dar su apoyo a Damián para que fuera presidente y no estaba dispuesta a que a los Velasco se nos dejara atrás. Compré las acciones para ser yo quien le diera el apoyo. De esa manera, mandaríamos juntos en el club.

—Y entonces, ¿por qué votaste en contra?

—Porque Damián se cabreó y no aceptó mi voto. Fue una forma de enseñarle que no iba a ser una esposa sumisa.

Velasco sonrió sutilmente. Vicky sabía que le gustaban las muestras de carácter de su hija, pero debía seguir mostrando su contrariedad por lo ocurrido, así que se puso serio de nuevo.

—Hija, sabes que los Esquivel y los Velasco hemos sido rivales en los negocios desde hace décadas.

—Lo sé, papá, pero ya es hora de que enterremos el hacha de guerra. Juntos podemos ser imparables.

—¿Le quieres?

—Sí, le quiero —respondió y se sintió bien cuando oyó sus propias palabras. Hasta entonces, había pensado que esa atracción que sentía por él era suficiente para levantar un matrimonio juntos, aunque ahora se preguntaba si podría haber algo más y no la asustaba que fuera así, pero también sabía que tenía que ser lista. Si se dejaba llevar por romanticismos, no pensaría con claridad y el matrimonio con Damián se alejaría.

—No eres tonta, sabes cómo es Damián Esquivel, lo que se dice de él. No quiero que te haga daño. ¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—Muy segura, papá. No te preocupes por mí, sé manejar esta situación.

—Bueno. —César le puso una mano en el brazo a su hija y la miró con ojos compasivos—. Eso espero.

Vicky lo vio alejarse para reunirse con sus colaboradores de trajes oscuros y respiró aliviada. No se sentía bien mintiéndole a su padre, pero de ninguna manera le podía confesar que le había ofrecido a Damián un matrimonio de conveniencia.

\* \* \*

Damián estaba sentado solo al frente de la gran mesa de juntas. En muchas reuniones esa mesa la completaba más de una docena de personas, pero cuando necesitaba meditar alguna decisión importante, aquella sala grande y acristalada le parecía el refugio perfecto. Observó por el enorme ventanal que hacía de pared el puerto de Santa Cruz, con un lujoso barco de crucero anclado en unos de sus muelles, y la cordillera de Anaga al fondo, rodeando la ciudad como un gigantesco muro de color marrón casi negro con las pequeñas manchas verdes de sus bosques.

Sonaron unos golpes en la puerta y luego el sonido del pomo al girarse. Por el hueco asomó la cara sonriente de Javier que lo miró tras las gafas de pasta verde que se ponía cuando las lentillas le irritaban los ojos.

—Estás aquí —dijo y entró en la sala. No necesitaba el permiso de su hermano para hacerlo. Javier, no.

Damián era consciente de que solo lo tenía a él como amigo. Le confiaría su vida si fuera preciso. Por eso no comprendía por qué se mostraba incapaz de contarle quién era Claudia Ackerman. Y no lo hacía porque sabía lo que le diría. Que se olvidara de ella, que formaba parte de un pasado tan remoto que no tenía la menor importancia en su presente. Y eso era precisamente lo que no quería oír.

Javier se sentó a su lado y le extendió una carpeta de cuero negro. Damián la abrió y se encontró con unos documentos impresos.

—¿Qué es esto?

—La oferta por el hotel Mogador. Necesito que la firmes.

Damián sacó la pluma del bolsillo de su americana azul y firmó el documento sin leerlo siquiera. Se fiaba de Javier.

—Tío, ¿estás bien?

—Sí, claro.

—Oye, lo de anoche fue un palo, lo comprendo, pero nos levantaremos. Siempre lo hacemos. Encontraremos la forma de esquivar a los Velasco y quedarnos con el Club.

—Bien.

—Hay algo que no me has contado. Lo que sea que te dijera Vicky Velasco en aquel cuarto te tiene descentrado.

Damián volvió la cabeza y su mirada se fue de nuevo hacia las montañas de Anaga. Qué a gusto estaría ahora deambulando por aquellos bosques, respirando el aire húmedo de la naturaleza, y no preocupado por la oferta tan fría de Vicky.

—Matrimonio —susurró. Lo dijo como si expresara en voz alta lo que estaba pensando, no con la intención de explicarse, pero ya lo había dicho y ahora tenía que contárselo a Javier.

—¿Matrimonio? ¿De qué hablas?

—Vicky quiere que me case con ella. Esa es la condición para que pueda ser presidente del Tenerife.

—¡Joder!

—Sí.

Damián no quiso continuar. Ambos tenían claro que la oferta de Vicky no era sentimental, si no empresarial. Pero no había más que ver a aquella joven tan bella, tan elegante, tan segura de sí misma, para comprender que no sería muy extraño que acabase sintiendo algo por ella. Y eso lo aterraba. Si no había querido acompañar a un cumpleaños a la chica con la que había dormida por

miedo a acabar sintiendo algo más, ¿cómo iba a plantearse siquiera casarse con Vicky Velasco?

Y ese mismo miedo era el gran obstáculo que detenía su ambición, el gran paso hacia adelante en su carrera empresarial que no se atrevía a dar. Ser el presidente de un club de fútbol te colocaba en un lugar privilegiado. A su edad, se convertiría en uno de los referentes de la isla. Y si conseguía ascender al equipo a Primera División, sería conocido en toda España.

—Me siento como un tren varado en mitad de una estación perdida —reflexionó—. Soy incapaz de decidir qué camino tomar. Y no estoy acostumbrado a esta indecisión.

—Mira, Damián. Soy el primero en admirar tus conquistas. Ya quisiera yo que hubiera pasado por mi cama la décima parte de las mujeres que han pasado por la tuya. Sé que te parece una cursilería cualquier sentimiento romántico, pero un matrimonio de conveniencia... No sé, tío. Yo creo que hay algo sagrado en una boda, aunque la ceremonia no sea religiosa. Si te unes a una mujer de esa manera, tiene que haber más que un simple cálculo.

«Algo así debía de pensar mi padre», meditó Damián. Cuando se casó con su madre, fue por amor. Y también, cuando los abandonó para siempre, lo hizo por la misma razón. Pero él no era su padre. Toda su vida había luchado por no parecersele. ¿Y qué no haría jamás Jorge Esquivel en su situación? Casarse con una mujer por interés. Y entonces lo supo. Esa era su brújula, hacer todo lo que no haría su padre.

—Me casaré con ella —aseguró poniéndose de pie.

—Joder, Damián, ¿has escuchado una sola palabra de lo que te acabo de decir?

—Claro que sí, hermanito, pero hazme caso, no hay otra manera de que nos quedemos con el club.

\* \* \*

Tenía un efecto curativo la espuma del mar recorriendo los huecos entre sus dedos, el empuje y el talón. Estaba fría, pero a Gara la reconfortaba sentir cómo los pies se le hundían en la arena mientras el mar avanzaba y se retiraba de la orilla llevándose con él los pensamientos que la hacían llorar.

Las Teresitas. Aquella era su playa. Allí se había criado, se había enamorado por primera vez, y algunas veces más. Allí se despidió de su hermana Nerea para siempre y allí paseó a Marisela en brazos, dándole la bienvenida a su vida sin ser consciente de lo que eso significaba, del compromiso tan profundo que había adquirido con aquella niña. Y ahora tendría que empezar a tomar decisiones para no despedirse de ella como había hecho con su madre.

Lo primero era contarle a Olivia la situación. Después habría que ir al banco, a intentar hipotecar la casa. Con las deudas que tenía por el estudio de tatuajes, ya sabía que aquello era poco menos que una misión imposible. Habría que poner la casa en venta. Si Fran la apremiaba por el dinero, no tendría más remedio que venderla muy por debajo de su precio y eso sería un desastre.

Gara se llenó los pulmones de aire y contempló el horizonte. Al otro lado del rompeolas, el océano era más oscuro, y también más bravo. Chocaba con las rocas, a lo lejos, pero desde donde ella estaba podía oír su fuerza. También se sentía un poco así. Una mujer brava estrellándose una y otra vez contra las rocas. Como si ninguna de sus acciones sirviese para nada. Se retiraba, como las olas, y volvía a embestir. Y con cada nueva sacudida se sentía más impotente, y poco más cansada. ¿Para qué tanta lucha?

Y entonces se sorprendió al ver a Claudia. La imagen de aquella mujer vulnerable, de constitución frágil acercándose por la orilla le resultó reconfortante, como si se encontrara con una vieja amiga.

—Hola, querida —dijo cuando se halló a la altura de Gara—. He estado en tu local, pero estaba cerrado.

—Sí, necesitaba estar sola.

—Ah, disculpa entonces. Ya te veré luego.

—No, no te preocupes. Ya me encuentro mejor. Estaba a punto de volver al trabajo.

—¿Tus problemas legales se han complicado?

—Sí, eso parece.

Claudia llevaba un periódico en la mano. Se lo colocó bajo el brazo, miró al horizonte, como Gara, y cerró los ojos.

—Qué mañana más estupenda —murmuró—. ¿No te lo parece?

—Sí, sí que lo es.

—A veces viene bien hablar, aunque solo sea para oírse una misma.

—Hmm...

—Se me da bien escuchar.

—Da igual.

—Bien, como quieras. Solo he venido a darte las gracias por acompañarme al hospital, eso era todo. Será mejor que te deje.

Claudia comenzó a alejarse despacio por donde había venido, pero la voz de Gara la detuvo.

—¡Me van a quitar a Marisela!

La mujer se volvió y la miró con el ceño fruncido y una expresión de compasión en el rostro. Recorrió de nuevo el camino de vuelta y se paró a su lado. Gara sintió ganas de llorar, pero se contuvo.

—Es mi sobrina, pero es como si fuera mi hija. No tiene a nadie más que a nosotras. Ni siquiera puede contar con su padre, que la utilizará para conseguir lo que quiere. Y lo que quiere nos arruinará a mi madre y a mí. Esa es toda la historia. En cuatro frases.

—Lo siento.

—Ya. Todo el mundo lo siente.

—¿Lo sabe Olivia?

Cuando Gara oyó el nombre de su madre en la boca de aquella mujer, recordó que habían sido amigas hacía mucho.

—No, no me he atrevido aún a decírselo.

—Has dicho que el padre de Marisela la utilizará para obtener lo que quiere. ¿A qué te referías?

Gara se pensó un instante si contestar. La miró fijamente y se preguntó si era tan poco digna de confianza como su madre le había advertido. Decidió que fuera lo que fuese que hubiese pasado entre ellas no le incumbía. Claudia le caía bien y ella necesitaba decírselo a alguien. Sacarlo todo.

—Fran me ha pedido cien mil euros por olvidarse de la custodia.

—¿Cien mil euros?

—Increíble, ¿verdad? Podría contárselo al juez y desenmascararlo, pero mi abogada dice que me perjudicaría porque no tengo pruebas. Se lo he contado a la trabajadora social y me ha tratado como a una mentirosa. Nadie me cree. Ni siquiera mi abogada, aunque no me lo diga.

—Yo te creo.

—Qué bien. Es una pena que no seas jueza.

—Y no tienes cien mil euros para resolverlo.

—Ni me acerco. Solo tengo deudas. Tendremos que vender la casa en la que vivimos mi madre y yo.

—Entiendo.

Las dos mujeres comenzaron a pasear por la playa sin decir más palabra. Gara iba descalza por la orilla, con sus botas de estilo militar atadas por los cordones y colgadas de uno de sus hombros. Claudia caminaba a un par de metros alejada del mar, por la arena. Calzaba unas zapatillas deportivas e iba vestida con unos tejanos azules y una blusa blanca sin mangas. Después de un rato en silencio, Claudia dijo:

—Se me está ocurriendo...

Gara la miró atenta. ¿Qué se le estaría ocurriendo a aquella mujer que parecía tan misteriosa?

—Verás, me vendría bien tu ayuda para hacer algo que tengo en mente.

—¿Mi ayuda?

—Sí. De hecho, creo que eres perfecta.

«No confíes en ella», parecía decirle su madre al oído.

—¿Perfecta para qué?

Claudia se detuvo y se le quedó mirando.

—Si me ayudas, te daré los cien mil euros.

—¡Joder! ¿Y qué ayuda se supone que vale cien mil euros? ¿Tengo que matar a alguien?

Claudia se rio, pero no dijo nada. Empezó de nuevo la marcha con la vista fija en el suelo. Parecía que no se atrevía a desvelar lo que necesitaba y a Gara se la comía la impaciencia.

—Tengo una condición —dijo la mujer misteriosa.

—¿Solo una? Por cien mil euros, puedes poner las condiciones que quieras.

—Sí, solo una. Cuando te lo cuente, no quiero preguntas. Es lo único que te pido.

—Me estás intrigando.

—Bueno, allá va. He venido a Tenerife por un solo motivo. Ese motivo es algo que se queda para mí, pero te necesito para llevarlo a cabo.

—¿Cómo te puedo ayudar?

Claudia tomó el periódico que sostenía bajo su brazo y se lo extendió a Gara. Esta lo desplegó lo suficiente para ver la portada. En ella salía una especie de salón de actos lleno de gente con una mano alzada. Leyó el titular y se preguntó que tendría que ver aquello con Claudia Ackerman. «Rechazada la candidatura de Damián Esquivel a presidir el Tenerife».

—¿Has oído hablar de él?

—¿De Damián Esquivel? No, no me gusta el fútbol. No tengo ni idea de quién es.

—Es un joven muy inteligente y rico.

—Ya. ¿Y estás aquí por él?

—Más o menos.

—¿Y qué tengo que hacer yo?

Claudia la miró como si temiera contestar a la pregunta, como si la respuesta fuera tan descabellada que Gara huiría al instante de ella. Al final pareció decidirse, pero fue incapaz de mirarla a la cara mientras lo hacía.

—Quiero que lo seduzcas.

Gara se detuvo en seco y se le abrieron los ojos como platos.

—¿Qué? —acertó a preguntar—. No te he oído bien, disculpa. ¿Puedes repetirlo?

—Sé cómo suena, querida. Puede parecerme muy marciano, pero es lo que necesito.

—¿Marciano? ¿Qué me estás proponiendo, Claudia? ¿Quieres que me acueste con este tío por cien mil euros?

—No, no te estoy proponiendo eso. Si te acuestas o no con él, es cosa tuya. Lo que te pido es que consigas que se enamore de ti.

A Gara se le escapó la risa. Fue una carcajada espontánea y liberadora. Tenía gracia la broma, y le servía para olvidarse por un instante de sus problemas. Aún no estaba segura de si aquella mujer era una loca o tenía un sentido del humor muy retorcido. Por un momento había pensado que hablaba en serio, que le daría los cien mil euros, pero bueno, al menos se había reído.

—Claudia, por favor, aprecio tus intenciones. Ya sé que lo haces para que desconecte de mi situación por un momento, pero no estoy para bromas. Mi problema es bastante grave.

—No es ninguna broma, querida. Soy consciente de que es una propuesta fuera de lo común, pero también te voy a pagar una cantidad fuera de lo común.

Gara se quedó mirándola como si buscara en su expresión alguna señal de que en realidad se estaba burlando de ella. Sin embargo, su rostro permanecía serio. Parecía que lo que le acababa de proponer fuera lo más normal del mundo.

—¿Y se puede saber cómo voy a hacer lo que me pides? Ni siquiera lo conozco. Además, yo no sirvo para estas cosas. Soy una cortada. Si un tío me gusta, enseguida me sonrojo.

—Te enseñaré a seducirlo.

—¿Tú me enseñarás? Estupendo, entonces ya está todo resuelto. Claudia, por favor...

Claudia comenzó a caminar en dirección contraria, alejándose de Gara. Esta se quedó quieta mirándola.

—Te dejaré un tiempo para pensarlo. Mientras tanto, búscame en internet. Cuando averigües quién soy en realidad y lo que he estado haciendo los últimos diez años, toda esta situación no te parecerá tan extraña.

La mujer no dijo nada más. Siguió paseando a lo largo de la orilla, por donde había venido, y se fue haciendo cada vez más pequeña en la lejanía sin que Gara se atreviera a moverse. No estaba segura de si lo que se le presentaba delante de los ojos era la oportunidad de resolver todos sus problemas o una forma de meterse en la fantasía de una chiflada.

## CAPÍTULO IV

Gara no podía creer lo que veía en la pantalla del ordenador. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que algo así pudiera existir. Claudia Ackerman la observaba sonriente desde una imagen estática vestida con un traje de chaqueta de color rosa y con los brazos cruzados, mostrando toda la seguridad de una mujer triunfadora. Su pelo no era blanco como en estos momentos, sino rubio, e iba elegantemente maquillada, lo que hacía que pareciera una mujer de poco más de cuarenta años en lugar de los más de cincuenta que realmente tenía. Pero lo que más le sorprendió, sin duda, fue el título de la página. Escrita con grandes letras arabescas de color también rosa, como su vestido, sobre un fondo blanco, aparecía la leyenda: «Cómo seducir a un millonario». Debajo estaba el botón que te invitaba a entrar en su mundo, a saber más.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Ruth, que permanecía sentada a su lado en una de las mesas de la cafetería Billy Jean, junto a la ventana que daba a la avenida marítima. Tenía la misma cara de estupefacción que ella.

—Desde luego, estos americanos son de lo que no hay. De todo hacen un negocio.

Gara dirigió la flecha del ratón hasta el botón de «entrar» y pulsó sobre él. Ante sus ojos apareció una página en cuatro idiomas que explicaba cómo una mujer tiene derecho a progresar en la vida. Cómo en un mundo de hombres, las féminas deben usar sus armas para abrirse camino y convertirse en unas personas triunfadoras. Casi en cada párrafo aparecía una nueva foto de Claudia en distintas poses. Más abajo, hablaba de ella misma. Afirmaba que había conseguido seducir a tres millonarios hasta llevarlos al matrimonio y se mostraba dispuesta a contar sus secretos. Desde allí te dirigía a un formulario de inscripción y luego a la página del pago con tarjeta.

—No sé yo si esto es para mí —murmuró Gara.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que yo no sé hacer esto. No creo que con cuatro consejos me vaya a convertir en la Preysler. Con mi historial amoroso, lo único que voy a conseguir es hacer el ridículo.

—Bueno, la página web parece seria. Y la Claudia esa es una mujer inteligente y si te va a dar cien mil euros como si nada, también debe de ser bastante rica. Algo sabrá de esto.

—Mi madre la conoce. Fueron amigas hace años y dice que no me fie de ella.

—Vaya.

—Además, me puso como condición que no le hiciera preguntas. ¿No te parece muy turbio todo?

—Sí que lo parece.

—¿Y si me meto en esto y empeoro las cosas?

—¿Empeorarlas cómo?

—No sé, quizá haya algo ilegal detrás. Una estafa o algo así. Podría acabar en la cárcel.

—Puede, ¿pero tienes otra alternativa?

—Cruzar los dedos y esperar a que el juez se decida por escuchar a Marisela para contrarrestar el informe de la trabajadora social.

—O sea, depositar todas tus esperanzas en una niña de ocho años.

—Ya, pero es que...

—¿Es que?

—Aunque quisiera, yo no soy capaz de hacer esto. —Gara señaló a la pantalla del ordenador—. Me voy a tener que comportar como esos cachorros que hacen cabriolas alrededor de sus dueños para llamar su atención. Tendré que pavonearme ante Damián Esquivel, o peor aún, entrarle y exponerme a que me dé largas. Va a ser muy humillante.

—Bueno, todo el mundo hace el ridículo alguna vez. Y seguimos adelante con el pellizco en el estómago siempre que nos acordamos.

—También está la cuestión moral.

—¿Qué cuestión moral?

—Pues que el amor es algo bonito, o al menos debería serlo. Tendría que surgir espontáneamente entre dos personas, no como una estrategia trazada por una especie de mago de Oz con apariencia de mujer de mediana edad en las sombras dirigiendo los hilos y que no para de llamarme «querida».

—No digas tonterías. El amor no siempre es bonito. Todas y todos tenemos nuestras estrategias, nuestros trucos... ¿Quién no ha actuado alguna vez de forma mezquina para atraer a la persona que le gustaba si no quedaba otra opción?

—Ya, pero es que a este Esquivel no lo conozco de nada. ¿Cómo voy a saber si lo que hago está bien o mal? Igual es un tipo despreciable. O una bellísima persona a la que voy a atraer quién sabe a qué embrollo. Una persona honesta le diría que no a Claudia y también a Fran. Confiaría en la justicia y pelearía por la custodia en los tribunales.

—Te voy a decir una cosa, Gara. Aquí todo el mundo está jugando sucio. Si eres la única que juega limpio, tu madre y tú acabaréis arruinadas. Eso sí, te quedará el consuelo de que habrás sido la tía más honrada en todo este asunto.

—Elena dice que confíe, que aún podemos ganar.

Ruth se levantó de la mesa para atender a un cliente que acababa de entrar en la cafetería.

—Un cortado, por favor —dijo este.

—Mira, Gara —exclamó Ruth desde el otro lado de la barra, mientras preparaba la máquina del café—. Más vale que espables, te quites todos esos tapujos y aproveches esta oportunidad. Pelear en los tribunales es cosa de abogados. No va a ser esa Elena la que pierda, sino Marisela y tú. Coge los putos cien mil euros y a otra cosa. ¿A ti que más te da si ese tío acaba sufriendo?

Gara se mantuvo en silencio. No tenía argumentos para discutir la opinión de Ruth, pero algo le decía que aquello era mucho más complicado de lo que se veía a simple vista. Si aceptaba, se iba a meter en un juego para el que no se sentía preparada en absoluto.

\* \* \*

¿Por qué le costaba tanto pulsar el botón de llamada? La decisión ya estaba tomada. Le había dado muchas vueltas, pero la conclusión quedaba clara. Los Velasco y los Esquivel, unidos, serían invencibles, como había dicho Vicky. ¿Por qué entonces esos resquicios morales? ¿Por el recuerdo de su padre? Jorge Esquivel podía ser todo lo romántico que quisiera, pero él no. Él era mucho más duro, mucho más fuerte. Damián respiró hondo y se decidió por fin. Pulsó el botón, esperó los tonos y oyó la voz femenina al otro lado.

—Hola.  
—Hola —respondió ella—. ¿Cómo estás?  
—Bien, ¿y tú?  
—Bien.  
—¿Te parece si quedamos para comer?  
—Tal vez debería mandarte a la mierda, como tú a mí anoche.  
—No me pienso disculpar.  
—Ya, lo supongo. Damián Esquivel no se disculpa ante nadie.  
—Tú me quitaste la presidencia del Tenerife.  
—Entonces, ¿estamos en paz?  
—No, ya te avisaré cuando estemos en paz.  
—Vale.  
—¿Qué dices entonces?  
—¿Para qué quieres que almorcemos? Si no es para hablar de mi propuesta, casi prefiero que...  
—¿A las tres?  
—¿Has oído lo que acabo de decir?  
—Lo he oído perfectamente. ¿A las tres?  
Damián ya sabía que Vicky leería entre líneas.  
—Vale, a las tres. ¿Dónde?  
—En el restaurante del hotel Reims Esquivel.  
—¿En uno de tus hoteles? Debería exigir un terreno neutral.  
—Sí, pero no lo vas a hacer. Sabes que te vas a meter en la boca del lobo y eso es precisamente lo que te gusta.  
—¿Por qué un hotel? ¿Por qué no un restaurante al uso?  
—No te hagas la tonta, no te pega. Ya sabes por qué.  
La oyó reír al otro lado de la línea. Luego Vicky dio por terminada la llamada sin decir nada más, no hacía falta. Damián se sorprendió al descubrir que la sonrisa no se le borraba de la cara. Empezaban a disiparse las dudas sobre la propuesta de matrimonio. Quizá hasta saliese bien. Pero la sonrisa desapareció cuando el móvil comenzó a vibrar y vio quién lo llamaba. Ken Worthington.  
—Ha aparecido —dijo con su acento americano.  
—¿Dónde está?  
—Enfrente de su casa. Está tomando un refresco en la terraza del bar Burbujas, en Tomé Cano.  
—Sé dónde es. Voy para allá. No la pierdas de vista.

\* \* \*

Gara estaba absorta en la pantalla de su móvil. Lo que tenía delante era el único vídeo que había logrado encontrar de Damián Esquivel. Se trataba de una entrevista en la presentación de un proyecto hotelero, o algo así. A él se le veía cómodo, sentado en un sillón en el vestíbulo de un hotel. Iba vestido con una camisa gris con un par de botones abiertos en el cuello mostrando unos centímetros de su pecho y arremangada hasta los codos. Su pelo castaño estaba bien peinado con gomina y lucía una barba cuidadosamente descuidada. Pero lo que más le llamaba la atención a

Gara era su mirada. Sonreía con los ojos, tranquilo, seguro de sí mismo, seduciendo a la entrevistadora. Estos eran de un azul oscuro, intenso, y resultaban bastante penetrantes cada vez que miraba a cámara.

A Gara no le despertó el menor interés lo que decía. Hablaba de hoteles, de proyectos futuros, del turismo en general... Sin embargo, su voz... Era profunda, pero no igual a la de los locutores de radio. No resultaba impostada. Su tono era más bien cálido, familiar, como si conociera a la entrevistadora de toda la vida.

—¿No tienes hambre?

La voz de Olivia se había colado en la burbuja en que se hallaba Gara. Por un momento, no supo de dónde venía, pero enseguida cayó en la cuenta de que estaba en la cocina de su madre con los auriculares puestos. Se los quitó de los oídos y observó el plato que tenía delante. Unos filetes empanados acompañados de papas fritas.

—¿No comes?

—Ah, sí, perdona.

—¿Era interesante?

—¿Qué?

—El vídeo ese que estabas viendo. Parecías muy concentrada.

Gara no sabía qué responder. El vídeo era aburridísimo, pero la visión de aquel hombre le había despertado una gran curiosidad. Su apariencia era magnética. Era elegante y seductor, y muy guapo, lo que hacía que le produjera terror con solo pensar que tendría que acercarse a él, darle conversación y comportarse como una de esas mujeres de las películas de James Bond, enfundadas en trajes ceñidos, mostrando sus curvas y riéndose ante las ocurrencias del maromo. ¿Cómo se le había pasado por la cabeza a Claudia que ella podía comportarse así? Este Damián tendría a las mujeres más bellas y sofisticadas haciendo cola solo para que las mirara, mientras que Gara no era más que una tatuadora en un barrio de las afueras.

—No, era una tontería —dijo mientras dejaba el móvil a un lado—. ¡Qué buena pinta tiene esto!

—De postre he hecho frangollo.

—¡Qué rico!

—Sabía que te gustaría. A Marisela también le gustará cuando venga del cole.

—Hoy vendrá más tarde. Ha quedado con unos amigos para jugar a la *play*.

—Ah, vale. Oye, ¿se sabe algo del informe de Irene?

—No, aún no.

Gara no se sentía cómoda mintiendo a su madre, así que agachó la cabeza y se concentró en la comida con la esperanza de que el tema terminase ahí y le hablase de otra cosa, pero no hubo suerte.

—Quizá debería ir al centro social y meterle prisa ¿no te parece? Nos jugamos mucho con ese informe. Sé que Irene es una buena profesional, pero no puede tenernos en ascuas durante tanto tiempo.

A Gara se le erizó la piel con solo pensar que su madre pudiera descubrir que Irene las había traicionado. Tal vez debería decírselo, que supiera qué clase de persona era esa gran profesional, pero sabía que una cosa llevaría a la otra y acabaría contándole lo de los cien mil euros.

—No, no hace falta que vayas. Estará muy liada. Siempre tiene que atender a mucha gente. Si el juez lo necesita, ya le meterá prisa él.

—¿Tú crees?

—Sí, claro que sí. No nos preocupemos por eso.

—Bueno.

Al acordarse de los cien mil euros, había mirado durante un instante la imagen congelada de aquel hombre en su móvil. Su pose segura le recordaba a la de Claudia en su web. Gara trató de imaginar la clase de mujeres que acudían a servicios como el que ella ofrecía. Debían de ser ambiciosas, claro, ¿inteligentes o todo lo contrario? Tal vez no se tratase más que de personas ingenuas que creían que por unos cuantos dólares, o euros, según el caso, experimentarían el sueño de Cenicienta: un príncipe azul postrado a sus pies y colmándolas de amor y atención. No obstante, aquel servicio no podía ser un fraude. Debía de tener éxito para llevar tantos años con él y en la web había algunos testimonios de casos que habían salido bien. Además, si no fuera así, Claudia no le daría cien mil euros. Debía de confiar mucho en sus propios métodos. A menos que estuviera loca.

—Oye, mamá, esa mujer...

—¿Qué mujer?

—Claudia. ¿Tú crees que está mal de la cabeza?

Olivia se puso recta. Gara pudo notar cómo su madre se ponía a la defensiva.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿La has vuelto a ver?

—Sí, esta mañana. Ha venido a darme las gracias por acompañarla al hospital.

—¿Sólo eso?

Se percibía su desconfianza a leguas de distancia.

—Sí, solo eso. ¿Crees que tiene algún problema mental?

—¿Claudia un problema mental? Yo diría que todo lo contrario. Es muy lista y sabe perfectamente lo que se hace. ¿Por qué? ¿Te ha dicho algo raro?

—¿Raro? No.

«Rarísimo», pensó.

—¿Qué te ha hecho pensar que está loca?

Gara se sentía incómoda. En ese instante se arrepintió de haber sacado el tema. Ahora tendría que mentirle a su madre, una vez más.

—No, es por las cosas de las que habla.

—¿A qué te refieres?

—A nada, no te preocupes.

—Gara, ya sé que eres una mujer y que tomas tus propias decisiones, pero al menos en esto deberías hacerme caso. Mantente alejada de Claudia. La conozco bien, no trae más que problemas.

—Sí, no te preocupes —respondió Gara mientras se introducía un bocado en la boca y seguía comiendo en silencio y preguntándose por qué su madre le tenía tanto miedo a aquella mujer.

\* \* \*

Damián la divisó en cuanto aparcó su coche. Se bajó del vehículo, levantó la vista y la vio sentada en la terraza del bar que le había dicho Ken. Por un momento, le pareció irreal. Era la primera vez que veía a Claudia Ackerman en persona, la primera vez cuya imagen no era estática ni reflejada en una pantalla de ordenador. Cruzó la avenida de Tomé Cano y se dirigió hacia la escalera que conducía a la terraza elevada del bar.

Claudia pareció sorprenderse al verlo, pero enseguida recuperó la compostura y se acercó el refresco a los labios. Luego, se acomodó en su silla y esbozó una tranquila sonrisa mientras Damián se aproximaba.

Había estado en cientos de reuniones tensas, se había enfrentado con todo tipo de personas, algunas de ellas bastante difíciles, pero en ninguna de aquellas ocasiones sentía su corazón palpar como en aquel momento en que sus pasos lo dirigían hacia la mujer que había destruido a su padre. Intentó calmarse, mantener la serenidad que ella parecía desprender, agarrarse a su temple, que tantas veces lo había salvado, pero fue inútil. Cuando llegó hasta la mesa de Claudia, Damián estaba tan nervioso como el día en que se plantó frente al sacerdote para recibir la primera comunión.

—Después de despistar a ese idiota del bigote, me preguntaba cuánto tardarías en aparecer, querido —comentó ella con un tranquilo tono de voz. ¿Era una pose o realmente le daba igual tener a Damián delante?

—Tenía ganas de verte en persona.

—Bien, pues aquí me tienes. Siéntate, por favor.

Damián se sentó frente a ella y la miró de arriba abajo con desprecio. Ese odio, al menos, hizo que recuperara el dominio de sí mismo.

—¿Decepcionado? —le preguntó ella.

—Un poco.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no te has quedado en Nueva York?

—Nací aquí. Supongo que sentía nostalgia.

—¿Nostalgia tú?

—Sí, tienes razón. Soy un ser frío e incapaz de mostrar sentimientos. ¿Esa es la imagen que te has hecho de mí en todos estos años?

—Algo parecido.

—La bruja mala del cuento.

—La más mala de todas.

—Supongo que algo de eso hay. ¿Qué es lo que quieres, querido?

Esa sí que era una pregunta difícil de responder. Había pagado a un detective norteamericano para que la localizara. Durante meses se había preguntado cómo era aquella mujer, y ahora la tenía delante y no se le ocurría una respuesta sencilla a aquella pregunta.

—Supongo que quería comprobar por mí mismo si eras una mujer tan impresionante como para hacer perder la cabeza a un hombre como mi padre.

—¿Y?

—No eres nada del otro mundo.

—He hecho perder la cabeza a unos cuantos hombres. Si crees que eso se hace con un físico impresionante es que no sabes nada del amor.

—¿Lo echaste de menos?

Claudia se puso seria. Por primera vez, la sonrisa que la hacía parecer tan segura desapareció de su rostro y Damián creyó ver cierta tristeza.

—No lo amaba —dijo llanamente.

Fue como si le clavara un puñal. En ese momento se sintió un ingenuo, un idiota. Había dado por hecho que Claudia Dorta y Jorge Esquivel se enamoraron más de veinticinco años atrás y aquella historia de amor había conducido a la muerte trágica de su padre. Jamás imaginó que le

fuera a responder eso a la cara. Jamás pensó que él muriera tan engañado. Apretó los puños en su regazo y le costó infinitos esfuerzos dominarse.

—Entonces, no eres más que una oportunista.

Claudia recuperó su sonrisa. Le habrían dicho tantas veces cosas similares a lo largo de su vida que no mostró ninguna incomodidad por ello.

—No sé qué decir, querido. Supongo que sí, que aprovecho mis oportunidades.

—¿Mi padre no te despertó nunca la menor compasión?

De nuevo apareció la expresión triste en su rostro.

—Claro que sí. Lo que le ocurrió fue un desafortunado giro del destino.

—¿Por qué lo dejaste?

—¿Por qué no se lo preguntas a tu madre?

—¿A mi madre? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Pues que, si no se hubiera inmiscuido, ahora tu padre sería feliz.

—Por Dios, si tú misma acabas de admitir que no lo querías. ¿Alguna vez te has sentido culpable?

—¿Eso es lo que quieres escuchar? ¿Por eso estás aquí? ¿Quieres oírme decir que lo siento? No creo demasiado en las palabras, prefiero los hechos.

—Pues no sales muy bien parada con ellos —le dijo—. Los hechos demuestran que no eres más que una zorra. Una de tantas. Sin sentimientos, sin emociones, sin capacidad para comprender el sufrimiento ajeno. ¿Tienes la más remota idea del daño que hiciste?

Damián no le quiso dar la oportunidad de responder. No quería que se defendiera con ese cinismo tan hiriente, como si nada tuviese importancia. Le dio la espalda y notó que se iba desprendiendo de la tensión que acumulaba a medida que se alejaba de ella. Pero Claudia Ackerman no iba sucumbir tan fácilmente.

—¡Voy a disfrutar cuando haya desaparecido toda esa arrogancia! —exclamó. Damián se detuvo y se volvió para mirarla por última vez.

—¿Qué quieres decir?

—Que te vas a comer cada una de las palabras que me has dicho. Vas a acabar como tu padre, te lo prometo.

No se podía creer que, después de lo que ella le había confesado, todavía tuviera la desfachatez de amenazarlo.

—Pues te vas a quedar con las ganas —le respondió y se marchó.

\* \* \*

Cuando Claudia abrió la puerta de su apartamento, deseó con fuerza que él estuviera allí. Su presencia había sido un regalo inesperado ofrecido por su enfermedad. Sin duda le había alegrado la vida en el último año. Ahora lo necesitaba de nuevo a su lado. Sobre todo, porque la conversación con Damián la había inquietado demasiado para su precaria salud.

Él la observaba desde el sillón de orejas que había junto a la ventana. Su silueta recortada contra la luz del mediodía, que apenas se filtraba a través de la cortina, no se movía. Claudia avanzó por el pequeño vestíbulo y llegó hasta la sala donde él se encontraba y dejó su bolso sobre la mesa. Desde allí pudo verlo mejor. Jorge Esquivel conservaba su porte elegante, su mirada cálida y la fortaleza que emanaba de su presencia.

—Hola —saludó. Su voz profunda sonó con una resonancia especial en medio de aquel silencio.

—Hola —respondió Claudia.

—¿Ha aceptado la chica?

—Aún no, pero lo hará.

—Bien, ya está todo en marcha, entonces.

—Voy a pararlo, Jorge. Volveré a Nueva York y me olvidaré de este asunto. Va a salir mal.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Pues que la he conocido mejor y es una chica estúpida. Y tu hijo es un estúpido engreído que le va a hacer mucho daño.

Claudia empezó a pasear nerviosa por la sala. Aún tenía en la cabeza la conversación mantenida con Damián. Sintió que perdía cierto control sobre su cuerpo y apartó una de las sillas que rodeaban la mesa de la sala para sentarse. Luego apoyó la mejilla en la mano cerrando los ojos.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Jorge—. ¿Estás bien?

—Sí, querido. Es solo que tengo un cáncer terminal y me estoy muriendo, aparte de eso estoy bastante bien.

—Ya, perdona la pregunta.

—No, perdona tú el sarcasmo. Es solo que... Estoy preocupada.

—Vamos, eres toda una experta en estos temas. Sabrás como hacer que mi hijo...

—Lo he conocido en persona —lo interrumpió Claudia.

—¿A Damián? ¿Cuándo?

—Hace un rato, y creo que he metido la pata. Lo he puesto sobre aviso. Eso empeorará aún más las cosas y se las pondrá más difíciles a Gara.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

Claudia abrió los ojos y miró hacia la silueta medio oculta en las sombras.

—He dicho algo que no debía.

—Por favor, ¿quieres explicarte?

—Le dije que iba a disfrutar cuando desapareciera toda su arrogancia.

—Bueno, no es tan grave.

—Cuando me ha preguntado qué quería decir, le he respondido que iba a acabar como tú.

—¿Qué? ¡Maldita sea! ¿Sabes cómo suena eso?

—Sí, lo sé. A amenaza.

—¿Por qué lo has hecho?

—Me ha dicho cosas horribles y yo me he enfadado y me he dejado llevar por la ira.

—Bueno, no has desvelado nada de nuestros planes. Tus palabras eran muy genéricas.

A Claudia le gustaba el sempiterno optimismo de Jorge. Se controlaba tanto, tenía ese dominio de sí mismo que lo había convertido en un pilar fundamental en todo lo que ella estaba llevando a cabo. Pero no creía que esta vez tuviera razón.

—Ahora estará más alerta. Si se da cuenta de nuestros planes, todo se derrumbará por mi culpa. Yo he fallado, pero será Gara la que sufra las consecuencias. Ahora las probabilidades de que todo salga mal son mucho más altas. Y ella no tiene ni idea de aquello en lo que se va a meter.

Jorge respiró hondo y se esforzó porque su calma se impusiera a los negros pensamientos de Claudia.

—No tiene por qué descubrirlo, sabes cómo lidiar con los detectives de ahí abajo.

—No me preocupan esos detectives. Lo que me preocupa es que Damián esté a la defensiva cuando llegue el momento.

—¿Por qué no se lo cuentas todo a la chica?

—No, ni hablar. Si le dijera lo que pretendemos, no aceptaría. Es demasiado honesta. Lo mejor es largarse y terminar con todo esto.

Jorge se levantó y fue a sentarse junto a Claudia. Le tomó la mano y le dijo:

—No pierdas la confianza. Es un buen plan. Nadie se va a enterar de nada hasta que todo haya terminado. Eres buena en esto.

—¿Tú crees?

—Claro que lo creo. Eres la mejor.

Claudia cerró de nuevo los ojos y se inclinó hasta apoyar la frente sobre el pecho de él. No le mintió a Damián cuando le había dicho que no lo había amado, pero en ese momento de su vida Jorge Esquivel era su único amigo.

\* \* \*

No era territorio neutral, desde luego. Cada uno de los camareros que la atendía trabajaba para Damián. Las servilletas llevaban el sello bordado del Hotel Reims Esquivel, como el escudo de los vasos y el grabado en los cubiertos. Todo lo que la rodeaba era territorio Esquivel y, sin embargo, estaba contenta. Vicky no creía que la hubiera citado precisamente para charlar. Como él le había dicho por teléfono, no era tonta. Sabía que su propuesta sería aceptada y también sabía cómo sellarían el trato, de ahí que fuera en un hotel. Si Damián hubiera decidido rechazarla, se limitaría a no verla más.

Por eso cuando él apareció por la puerta del restaurante, el corazón le dio un brinco y tuvo que bajar la mirada para disimular. Se sentía contenta, más de lo que había estado en meses. ¿Significaba que aquello era algo más que una simple atracción? ¿Y qué más le daba? No tenía tiempo para sentimientos profundos. Pensó en todas las mentiras que le había contado a su padre, y la culpabilidad asomó entre la alegría, pero la descartó. Era algo que tenía que hacerse así. A un hombre como Damián Esquivel no se le podía conquistar con mariposas en el estómago. Tenía que hablar el mismo idioma que él, el idioma de los negocios.

Cuando llegó hasta su mesa, Damián se inclinó y le dio un beso en los labios. Un simple roce, pero al menos no eran los dos besos protocolarios en las mejillas. Eso significaba algo y Vicky se llenó de orgullo. Él se sentó frente a ella, después colocó la servilleta en su regazo. Tenía el ceño fruncido y evitaba encontrarse con su mirada, lo que le provocó cierta preocupación. ¿Estaba equivocada? ¿Había ido allí para rechazarla en persona porque no estaba bien hacerlo por teléfono? Decidió probar suerte.

—Estás muy serio —le dijo.

—¿Qué? Ah, sí. Es que acabo de tener una reunión bastante tensa.

—Vaya, lo siento. ¿Quieres contármelo?

—No, no... No tiene la menor importancia.

En ese momento apareció el maître del restaurante e inclinó la cabeza como saludo. Aparentaba ser mayor de lo que era, con el traje negro, la corbata y la camisa blanca, pero visto de cerca apenas si pasaba de los treinta años. A Vicky le pareció que actuaba de una forma bastante exagerada, pero no se extrañó, sobre todo, considerando que quien estaba allí sentado era

su jefe.

—Buenas tardes, señor Esquivel. Señora.

—Buenas tardes, David.

—Buenas tardes —dijo ella, aunque ya lo había saludado antes, cuando lo despidió aduciendo que esperaba a Damián.

El maître entregó un menú a cada uno y dijo:

—Pueden avisarme cuando estén listos para pedir.

—Muy bien, gracias —respondió Damián.

David se inclinó de nuevo y se dirigió hasta su puesto a la entrada de la sala.

Vicky volvió a mirar al hombre que tenía delante, pero este recorría con sus ojos los platos del menú.

—¿Qué te apetece? —le preguntó él.

«Que me digas que sí», pensó, pero contuvo la risa que le provocó el imaginar que se le hubiera ocurrido decirlo en voz alta.

—No lo sé. Es tu restaurante. ¿Qué me recomiendas?

—Las almejas al jerez están muy ricas. Y podemos pedir bombones de gambas y boletus confitados en un plato para compartir.

—Vale.

—Y para beber, un Sanamaro. Lo tenemos nuevo este año y es muy bueno.

—De acuerdo.

—¿Seguro que no quieres otra cosa?

—No, está bien.

Damián levantó una mano con discreción y el maître apareció solícito para tomar nota de las comandas. Mientras él pedía, Vicky lo observaba y se imaginaba a sí misma como la mujer de aquel hombre, comiendo o cenando en aquel mismo restaurante, y con una alianza en el dedo anular. Todas las mujeres de la sala la envidiarían por haber sido ella la que había conseguido que Damián Esquivel sentara la cabeza.

—Bueno, ¿para qué me has invitado a comer? No creo que sea para que pruebe las delicias de tu hotel.

Damián fijó su mirada en ella por primera vez. Sus ojos ardían, podía sentirlo. Había una especie de furia en sus pupilas, como si la odiara con todas sus fuerzas, como si fuese un felino que quisiera devorarla allí mismo por pretender atraparlo en sus redes. Pero la pregunta que le hizo la dejó un poco descolocada.

—¿Habría hijos?

—Sí —dijo ella sin pensárselo. ¿Por qué había contestado tan deprisa? Claro que le gustaría ser madre, pero quizá a él lo espantara la idea. Pensó en poner alguna objeción, en preguntarle si estaba dispuesto, pero las palabras no le salían de la boca. Prefirió callarse y esperar su respuesta.

Sin embargo, él no contestaba. Se limitaba a mirarla con esos ojos azul oscuro que parecían estudiar cada uno de sus movimientos. Estuvo así un rato, sin hablar nada hasta que finalmente asintió.

—Acepto —dijo Damián, y Vicky notó que su propio cuerpo se relajaba. Fue consciente entonces de la tensión que había soportado durante los últimos minutos. Sonrió de par en par y extendió su mano para acariciar la de Damián, apoyada en la mesa. Creía estar segura de que diría que sí, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de cuánto temía que no fuera así.

Sin embargo, el permanecía serio. Más parecía haber recibido una cadena perpetua que una propuesta de matrimonio. Vicky siguió acariciándole la mano y él desvió sus ojos hacia las caricias con desprecio, pero no la retiró.

—Sé lo que estás pensando —dijo ella.

—¿Ah, sí?

—Sí. Crees que te he chantajeado, pero no es así. Te he ofrecido un acuerdo del que los dos saldremos favorecidos. Serás muchos más importante de lo que eres ahora, y yo seré un gran activo a tu lado.

—Un gran activo.

—Sí, el mayor apoyo que has tenido jamás. Ahora puede parecer que te he obligado a pasar por el aro en algo que no te apetecía nada, pero ya verás que se trata precisamente de todo lo contrario. Con el tiempo te darás cuenta de la suerte que tienes de contar conmigo. Te lo prometo.

—Pasar por el aro —repitió él despacio.

—No lo veas así, por favor.

Entonces Damián agarró la mano de Vicky que lo estaba acariciando y tiró de ella con autoridad. No lo hizo de forma brusca, no le causó daño, pero sí dejó claro que quería que se levantara con él.

—Ven conmigo —ordenó.

Y los dos prometidos recorrieron la sala del restaurante, pasando junto al camarero que llevaba sus platos y que se quedó mirándolos confuso. Luego salieron al vestíbulo y Damián la condujo hasta los ascensores. Aguardaron unos instantes frente a la puerta metálica mientras los números indicaban que el elevador se acercaba a la planta donde se encontraban. Damián no decía nada y Vicky tampoco se atrevía por mucho que se preguntase qué era lo que pretendía.

De pronto, la puerta se abrió y salió del pequeño habitáculo un grupo de personas que charlaban animadamente entre ellos. Por el idioma y el aspecto, a Vicky le pareció que eran alemanes, u holandeses, no estaba segura, y tampoco le importó demasiado. Damián tiró de su mano, la introdujo en el ascensor y pulsó el número cinco. Cuando las puertas se cerraron, se vio empujada con fuerza contra la pared metálica. Estaba presa entre la superficie fría y dura a su espalda y el cuerpo fuerte y caliente de Damián frente a ella. Su mirada de furia no había desaparecido, aunque la contemplara desde unos centímetros de distancia. Su boca estaba tan cerca de la suya que podía sentir su aliento cálido acariciándole los labios. Estaba a punto de preguntarle qué pretendía, pero su beso se lo impidió. Sus labios se posaron en los de ella. Eran calientes y tersos, y estaban un poco húmedos. Vicky cerró los ojos y sintió cómo el corazón le palpitaba en el pecho. Entreabrió un poco la boca para que la lengua de Damián entrara en ella. Y vaya si lo hizo. Se movió con fuerza, con ansia, como si tuviera unas ganas irresistibles de poseerla y quisiera empezar por la boca. Sus manos la sostuvieron por las mejillas y en ese momento sintió la incomodidad de sus pezones erectos rozando contra el sujetador. ¡Qué excitada se sentía!

El beso no cesaba. Damián saboreaba su lengua, sus labios y sus dientes y ella era incapaz de apartarse, aunque le faltara la respiración. Sentía cómo le succionaba el labio inferior al tiempo que el corazón ya le asomaba por la garganta.

Y entonces él se apartó. De súbito. Ella hizo un vano intento de retenerlo, pero Damián no se lo permitió. Se quedó a unos centímetros de su rostro, mirándola con la misma furia de antes.

—Serás mi mujer, pero en un matrimonio de conveniencia y sin sentimientos —dijo, y Vicky no supo qué significaba aquello después de lo que acababa de pasar. ¿Sin sentimientos?

—Sí —respondió.

—Quiero introducir una nueva cláusula.

Ahora sí que estaba confusa. Aquel hombre no dejaba de sorprenderla.

—¿De qué estás hablando?

—Me follaré a mi mujer cuando quiera y como quiera.

Vicky lo miró anonadada. ¿Qué responder? ¿Qué significaba aquello? ¿Damián Esquivel sería tan frío como para hacer el amor sin que se acabara despertando algún tipo de emoción más profunda? ¿Una emoción parecida a la que ella estaba empezando a sentir? No, no sería capaz, estaba segura. Acabaría sintiendo algo por ella, si no lo sentía ya. Lo que pasaba es que se encontraba ante un hombre con el orgullo herido. Un hombre que utilizaría el sexo para mantener su parcela de poder. Y ella se lo iba a conceder.

—Vale —dijo.

En ese momento, se abrió el ascensor y se encontraron con un matrimonio de jubilados observándolos desde el pasillo. Damián agarró la mano de Vicky y la arrastró hasta fuera del ascensor, a un pasillo de hotel, largo y estrecho, con el suelo enmoquetado y ante la atenta mirada de los jubilados.

—Vamos a firmar el contrato —dijo él y ella rio.

A partir de ese momento, a Vicky le pareció que su voluntad se había anulado. Se dejó conducir por aquella mano viril hasta la puerta de una habitación. Antes de abrir, la empujó contra la superficie de madera de la puerta y la besó de nuevo. Luego, sacó una tarjeta de su bolsillo y la introdujo en la ranura. «Todo preparado», pensó ella. Se preguntó a cuántas mujeres había llevado a aquella habitación, pero le dio igual. Ya lo conocía, ya sabía con qué tipo de hombre se iba a casar.

Al entrar, la actitud de Damián pareció relajarse. Dejó de besarla, cerró la puerta a su espalda y la miró durante un instante. El cuarto era de dos piezas. Se encontraban en una especie de sala de estar, con un sofá, una mesa baja, dos sillones y una televisión. En la otra pieza, estaba la cama. Vicky podía verla desde su situación. No necesitaba saber más. Comenzó a desabrocharse la blusa, pero Damián la detuvo.

—No, no te desnudes.

Ella frunció el ceño, intrigada. Damián recorrió despacio la sala y se sentó en uno de los sillones. Era blanco, con un diseño ergonómico que recordaba a un huevo cortado por la mitad.

—Ven aquí —le ordenó.

Cuando Vicky estuvo frente a él, Damián sostuvo su mano y empujó de ella hacia abajo. Supo al instante qué era lo que quería. Se arrodilló obediente y se acomodó entre sus piernas. Sin que tuviera que decirle nada, Vicky descorrió la cremallera de sus pantalones e introdujo por el hueco su mano. Sonrió satisfecha cuando notó la erección. Él, sin embargo, no sonreía. Tan solo la miraba.

Sacó su pene y disfrutó durante un instante de su visión. Le gustaba la forma que tenía. Lo veía poderoso, con fuerza, el símbolo de la masculinidad que la iba a llevar al altar. Lo agarró por el tronco venoso y se lo acercó a la boca. Primero besó su glande, luego lo lamió durante un rato, y más tarde se lo metió en la boca recreándose con cada movimiento. Damián había permanecido impertérrito hasta esta última maniobra. Entonces echó la cabeza hacia atrás y la respiración se le volvió más agitada.

Vicky comenzó a recorrer con sus labios toda la extensión del miembro, cada vez más profundo, hasta que notó que chocaba con el fondo del paladar. Siguió con la maniobra unos

cuantos movimientos más antes de parar, pero entonces, la mano de Damián se posó en su nuca, con delicadeza, y la empujó para que siguiera. Entró mucho más en su boca hasta resultarle incómodo en la garganta. Siguió al ritmo que la marcaba la mano en la nuca. Le faltaba el aliento e incluso hubiera querido parar, pero se obligó a seguir. De alguna forma, sabía que Damián necesitaba aquello. Cómo si ella también tuviese que pagar el precio de pasar por el aro. Y lo aceptó.

Después de unos minutos, percibió los espasmos del miembro en la boca y adivinó que ya estaba a punto. Entonces, los gemidos de su hombre se hicieron mucho más intensos, más animales, al tiempo que sus caderas se movían a la cadencia que ella le marcaba. Siguió subiendo y bajando y él gimiendo y empujándola con su mano. Y entonces explotó. La mano de su nuca se apretó mucho más y la retuvo. No podía liberarse, no podía apartarse. Estaba presa de aquella mano que la retenía. Entendió entonces lo que Damián quería impidiéndole que se retirara, lo que quería que hiciera, y también esto se lo concedió.

Cuando por fin se vio liberada, Damián la observaba en silencio. A ella se le habían saltado las lágrimas y el rímel corría por sus mejillas. El espectáculo no debía de ser muy atractivo, sin embargo, él parecía más satisfecho que antes.

Entonces, Damián se levantó sin dejar de mirarla y se subió la cremallera de los pantalones. No hizo ni dijo nada más. Simplemente se dirigió hacia la puerta y se marchó.

Al quedarse sola en la habitación, Vicky sonrió satisfecha. Aún tenía su sabor en la boca, se había dejado someter, pero porque sabía que lo tenía, que Damián Esquivel era suyo.

\* \* \*

El tatuaje era un dragón enroscado en su cola. Cubría todo el brazo de Raúl, desde el hombro hasta la muñeca, y la cabeza del dragón refulgía por encima del codo. La cola llena de escamas seguía hacia abajo. Gara ya tenía trazados los contornos en negro y el dibujo había tomado toda la forma, pero aún no estaba terminado, ni mucho menos. Quedaban los rellenos. La piel del dragón sería verde y el fuego que saliera de su boca mezclaría el rojo, el amarillo y el naranja. Sin embargo, mientras aplicaba la tinta en la piel mediante los centenares de golpecitos de la aguja, su cabeza estaba en otro sitio. El rostro de Damián Esquivel se le cruzaba continuamente con los cien mil euros y las escamas del tatuaje. Le costaba tanto concentrarse que el trabajo avanzaba a una lentitud desesperante.

Raúl estaba sentado en el sillón, con la cabeza en el respaldo y el brazo algo levantado y apoyado en un cojín para que no se cansara. Aun así, se le notaba incómodo. Si no le había reprochado hasta el momento el tiempo que estaba tardando, era por la confianza que se tenían. Gara lo conocía desde niño. Habían ido juntos al colegio y luego durante dos años al instituto. Después ella continuó con sus estudios hasta terminar Diseño Gráfico y Raúl se puso a trabajar con su padre en el taller mecánico que heredó cuando este se jubiló. Su mujer, Ainhoa, fue muy amiga de Nerea cuando tenían catorce o quince años, aunque luego se distanciaron bastante. Al morir su hermana, les mostraron todo su cariño tanto a Gara como a Olivia y eso era algo por lo que siempre les estaría agradecida.

—¿Qué te pasa, Gara? —le preguntó.

—Nada, ¿por qué?

—Joder, has pintado tres escamas en una hora. Si fuera posible, me gustaría tener el tatuaje

antes de Navidad.

—Sí, perdona. Estoy un poco distraída.

Gara centró entonces toda su atención en el dibujo. Mojó la punta de la aguja en el cubilete de tinta y continuó con la tarea. La concentración no le duró más de quince segundos. «Si un tipo como Esquivel me entrara en una discoteca —pensó—, me sentiría halagada, pero ¿entrarle yo? ¿Cómo coño se hace eso?». Y entonces le vino a la mente la web de Claudia. Aquello no era más que un curso para aprender a ligar. Lo de los millonarios tan solo era un reclamo. Lo que le había pedido era mucho más complicado. Seducirlo para enamorarlo. Vaya tela. Precisamente a ella, que se mostraba incapaz de mantener a un hombre a su lado. Entonces resopló y siguió con el coloreado.

—Oye, Raúl, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro, si eso te sirve para que acabes de una vez.

—¿Tú crees que yo soy una mujer seductora?

Enseguida notó cómo los músculos de su amigo se pusieron tensos. Su mirada se volvió suspicaz e inclinó la cabeza un poco a un lado.

—¿Por qué me lo preguntas? Mira, Gara... A mí me va muy bien con Ainhoa. Yo...

—Eh, para, para... Que no va de eso. Que no te estoy tirando la caña, listo. Solo es una pregunta. Se contesta con un sí o un no.

—Una pregunta.

—No sé qué os pasa a los tíos. Una simple pregunta sobre algo que se acerque a lo romántico y ya os creéis que vamos detrás de vosotros. Olvídate de lo que te he dicho.

—Perdona. Bueno, te contesto.

Gara lo miró atentamente.

—Seductora, seductora... A ver, estás buena, pero yo creo...

—¿Sí?

—No te enfades.

—Que no me enfado, coño. Dime lo que piensas.

—Eres buena gente. Quizá ese sea el problema.

Gara levantó las cejas sorprendida.

—¿En serio? ¿Desde cuándo ser buena gente es un problema?

—No, me he explicado mal. No es que sea un problema, es que...

—¡Me quieres hablar claro de una vez!

—Pues que te falta picante, tía.

—¿Eso qué quiere decir?

—Yo que sé. Que no juegas. Que te lo tomas muy en serio.

Gara guardó silencio mientras continuaba con el tatuaje. Nunca habría pensado así de sí misma. ¿Eso era lo que ocurría? ¿Que era demasiado seria? ¿Que no era divertida?

—¿Te has enfadado? —le preguntó Raúl.

—¿Qué? No, no... Es solo que... Da igual.

—Gara, eres una tía estupenda. Cada uno tiene su carácter, eso es todo.

—Sí, claro, tranquilo. No estoy enfadada.

«Zapatero a tus zapatos», pensó. Lo único que se le daba bien eran los tatuajes. ¿Por qué se iba a meter en un tema tan complicado? Pero claro, ¿cómo iba a conseguir cien mil euros tatuando dragones?

\* \* \*

—Y ha dicho que sí —dijo Vicky después de contarle a Eloísa todo lo que había tenido que hacer para que Damián aceptara casarse con ella. Lo único que se guardó para sí fue la escena de sexo oral en la habitación del hotel, pero en lo demás, incluso se recreó en los detalles.

Estaba contenta. Nunca pensó que diría estas palabras tan pronto. Le divertía ver la cara de sorpresa de Eloísa mientras sostenía la taza de café en el aire, a medio camino de su boca. La tarde era calurosa y húmeda, pero en la terraza de la cafetería se estaba bien.

—¿En serio?

—Totalmente en serio.

—Si he de ser sincera, jamás creí que ese tipo se fuese a comprometer con nadie. Hubiera jurado que renunciaría a la presidencia del Club con tal de seguir soltero.

—Pues ya ves, lo conozco mejor que tú.

—Eso seguro, pero tu padre está muy cabreado.

—Lo sé. No le gusta que le oculten cosas. Y Damián no le hace ninguna gracia. Prefiere a un marido que quiera mucho a su hijita y que la mime tanto como él. No sabe que me aburriría al cuarto de hora de estar casada.

—¿Y crees que va a ser más divertido un matrimonio con Damián Esquivel?

—No me caso por diversión.

—Oye, Vicky, ¿tú sientes algo por él?

Vicky no pudo evitar revivir el episodio de hacía un par de horas en aquella habitación. ¿Se hubiera dejado someter así si no sintiera algo? Se obligó a dejar de pensar en ello y respondió a la pregunta.

—Somos iguales. Nos entendemos bien. Además, no hay nadie más que esté a mi altura. Quiero que nos admiren cuando nos vean cogidos de la mano. Que piensen que somos la pareja perfecta.

—Es lo menos romántico que he oído en mi vida.

—No se puede seducir a un hombre como Damián con romanticismo. Es un pragmático, como yo.

—Ya, un hombre como Damián. Pues entérate bien, los hombres como Damián son unos egoístas que no quieren a nadie. Si lo que deseas es un complemento para lucirte, como un bolso caro o unos zapatos de lujo, entonces te irá de maravilla, pero en privado, cuando tengáis que convivir, eso ya será otra cosa.

—Con el tiempo aprenderemos a compenetrarnos —afirmó con seguridad, le estaban empezando a molestar las reticencias de su prima. Nunca hubiera dicho que fuera tan romántica—. No habrá ninguna diferencia con cualquier otro matrimonio.

—Vas a ser la mujer con más cuernos de toda la isla.

—Ya me ocuparé de que ninguno de esos cuernos sea importante.

—¿Qué quieres decir?

—Ya me conoces. Soy implacable. No voy a dejar que ninguna de esas aprovechadas que lo rondan se acerque lo suficiente. No me importan las aventuras, mientras yo sea la única importante.

—Creo que vas a ser muy infeliz. Ojalá me hicieras caso y te olvidaras de él.

\* \* \*

Minerva se hallaba sentada en la mesa del jardín. Había una taza de café humeante delante de ella y leía con atención una novela de misterio, que eran las que le gustaban. Aún no se había percatado de la presencia de su hijo. Damián echó un vistazo al lugar. A veces, Minerva tomaba el café de la tarde junto a su marido, Rodrigo, pero en esta ocasión estaba sola. Rodrigo era un buen hombre, catedrático de química en la universidad de La Laguna, que habría sido un buen padre para Damián si este se lo hubiera permitido. Se llevaban bien, pero la relación no pasaba de cierta formalidad que Minerva siempre había intentado romper en vano. A sus dos medio hermanos sí que los quería como a tales. Javier era su mano derecha y Rocío su niña mimada. Ahora ella estaba de Erasmus en Florencia y apenas si daba señales de vida.

Damián se acercó despacio, por detrás, sin hacer ruido. Se inclinó sobre su madre y le dio un beso en la mejilla. Cuando Minerva se sobresaltó, Damián rio como un niño pequeño que acababa de hacer una travesura.

—Te has asustado.

—Pues claro. A la última persona a la que esperaba a estas horas era a ti. Te veo muy poco últimamente.

—He estado ocupado —respondió Damián mientras se sentaba. En la mesa, junto a la taza de café, había un ejemplar del periódico del día con él como protagonista de portada. «Rechazada la candidatura de Damián Esquivel a presidir el Tenerife», decía el titular.

—Ya. ¡Aurelia, por favor! —exclamó Minerva.

Casi inmediatamente apareció por la salida al jardín una mujer de unos cuarenta años, delgada y con el pelo cardado, vestida con un uniforme gris. Al llegar a donde estaban, sonrió a Damián.

—¿Qué tal estás, Damián? —le preguntó con amabilidad.

—Muy bien, Aurelia. ¿Y tú?

—Bastante bien, gracias. ¿Quieres un café?

Minerva siempre había insistido en que el personal de servicio los tutease. Nada de señor o señora. «No somos una familia aristocrática y decadente —decía—. De hecho, no somos muy distintos de la gente que trabaja para nosotros, tan solo hemos tenido más suerte». Aurelia llevaba trabajando para ellos unos diez años, y aunque Damián apenas había convivido con ella antes de irse a estudiar fuera, siempre lo trataba con aprecio.

—Sí, por favor —respondió.

Aurelia se alejó y entonces Damián se encontró con la mirada fija de su madre.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué me iba a pasar algo? ¿No puedo venir simplemente a hacerte una visita?

—Claro que puedes, pero tu mirada está apagada. Siempre está así cuando te preocupa algo.

—No me preocupa nada. En realidad, he venido a darte una buena noticia.

—¿Ah, sí?

—Sí, me voy a casar.

Minerva levantó las cejas y se le quedó la boca abierta. Tardó unos segundos en articular palabra.

—¿De verdad? No me lo puedo creer. ¿Quién ha sido la valiente? Tengo que conocerla, debe de ser un espécimen bastante raro.

—Ya la conoces. Es Vicky Velasco.

—¿Vicky Velasco?

Los ojos de Minerva se dirigieron hasta el periódico.

—¿Esto no tendrá nada que ver con lo que ocurrió anoche en la asamblea de accionistas del Tenerife?

—¿Te lo ha contado Javier?

—No. Tu hermano te guarda una lealtad que ni siquiera yo soy capaz de resquebrajar. ¿De qué va esto, Damián?

—He descubierto que la unión hace la fuerza, eso es todo.

—¿Que la unión hace la fuerza? ¿Qué es, una especie de trato?

—Algo así. Juntos podemos hacer grandes cosas. Los Velasco y los Esquivel, unidos, seremos imparables.

—¿Estás hablando de un matrimonio o de una fusión empresarial?

—En realidad, se parecen bastante ¿no? Se trata de establecer una serie de objetivos y unirse para conseguirlos.

—Nunca he aprobado esa vida que llevas sin comprometerte nunca con ninguna mujer, pero esto es aún peor. ¿Tú te estás oyendo?

—Claro que me oigo, mamá. Sé perfectamente lo que hago.

—¿La quieres?

—Los sentimientos lo entorpecen todo. La gente habla del amor como la panacea que cura todos los males para siempre. Si eso fuese así, no habría divorcios. ¿Papá te quería? ¿Y entonces por qué hizo lo que hizo?

—Eso es un golpe bajo, Damián. Tu padre y yo nos quisimos muchísimo. Nos casamos enamorados y eso no tuvo nada que ver con lo que sucedió después.

Damián se sintió culpable. Si no estuviera tan enfadado por su encuentro con Claudia, jamás se le hubiera ocurrido hablarle así a su madre.

—Lo siento. No pretendía...

—Tú no eres así, Damián. Te comportas como un ser vengativo y resentido. Culpas a todas las mujeres de tu desgracia. Es como si tuvieras la necesidad de castigarlas no dejándolas acercarse demasiado. ¿Y ahora Vicky Velasco? ¿Le vas a hacer pagar de alguna manera todas tus frustraciones? Si estuvieras enamorado de ella, no pondría ninguna objeción, pero no lo estás. Le vas a amargar la vida y también te la vas a amargar a ti mismo haciéndolo.

—Nos llevamos bien, nos entendemos. Somos iguales. No nos vamos a amargar la vida, como tú dices.

—Estás describiendo una comunidad de intereses, no un matrimonio.

En ese momento, apareció Aurelia con una bandeja y la conversación se detuvo. La criada depositó una taza frente a Damián y empezó a verter el líquido negro en su interior.

—Lo tomas solo, ¿verdad, Damián?

—Sí, Aurelia. Muchas gracias.

La criada se marchó, pero el silencio se había establecido entre ambos y ahora les costaba continuar con la conversación anterior. Fue Damián el que lo rompió. Meneaba el café con su cucharilla y no se atrevía a levantar la mirada mientras trataba de reunir el valor para lo que iba a decir a continuación.

—¿Te puedo hacer una pregunta, mamá?

—Claro.

—¿Llegaste a conocer a Claudia Dorta?

Su madre respiró hondo. Ahora sí que la había sorprendido de verdad. Minerva se inclinó

hacia su taza de café y bebió un sorbo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé. Tengo curiosidad.

—Sí, la conocí. Fue después de que me enterara de que tu padre tenía un *affaire* con ella. Claudia había sido recepcionista en uno de los hoteles y me llegaron rumores acerca de ellos. Me dolió, pero me engañé a mí misma pensando que los rumores serían falsos. Pero Jorge cambió, estaba más serio, más taciturno y, desde luego, mucho menos cariñoso, así que empecé a sospechar que su historia podía ser cierta. Y entonces, un día, aprovechando que tu padre estaba de viaje por negocios, abrí uno de sus cajones del escritorio y encontré una foto, una maldita fotografía de Jorge con esa mujer.

»Aquello me abrió los ojos. No dormí en toda la noche. Me debatía entre llamarlo y preguntárselo directamente o callármelo y seguir adelante con la esperanza de que su relación terminara sola. Al día siguiente, que era domingo, lo recuerdo como si fuese ayer, hice algunas llamadas a cualquier amigo que pudiera conocer su relación, muerta de la vergüenza, y conseguí averiguar el paradero de Claudia Dorta. Durante horas estuve meditando si ir a verla o no. Puedes imaginar mis dudas. ¿De qué serviría? ¿Se reiría de mí aquella mujer?

»El caso es que a media tarde conseguí reunir el valor suficiente para enfrentarme a la responsable de mi desgracia. Te cargué en brazos y me presenté en un apartamento de la Avenida Pérez Armas, donde vivía con una amiga. También ella sostenía a una niña que debía de tener tu misma edad. Por un momento pensé que era su hija, pero enseguida se apresuró a aclarar que se trataba de la hija de su compañera de piso. De hecho, esta salió de una de las habitaciones y se llevó al bebé a pasear para que pudiéramos estar solas.

»Claudia me invitó a café y estuvo sorprendentemente amable. Yo no iba dispuesta a pelearme con ella, ya me conoces, mi intención era, más bien, tratar de hacerla entender lo que había provocado. Creo que eso la descolocó e hizo que se relajara. La escena resultaba hasta cómica ahora que lo pienso. Dos mujeres merendando como dos amigas y enamoradas del mismo hombre.

Damián reprimió un comentario cuando oyó esto último. Si su madre supiera que Claudia nunca había estado enamorada de su marido...

—Ella debía de tener la misma edad que yo —prosiguió Minerva—. Por el lugar en que vivía supe que su vida no había sido tan fácil como la mía. Aquella joven tenía muchas más armas que yo para conseguir lo que quería, porque había aprendido a hacerlo. Yo me había limitado a esperar a que todo me fuera dado. Fue tu padre el que me enamoró, el que me sedujo. Yo no tuve que hacer nada más que sentirme halagada y dejar que nuestra relación se consolidase. Todo resultó bastante natural, como si el hecho de casarnos fuese el camino lógico que ambos debíamos recorrer. Se veía a simple vista que Claudia Dorta no era como yo. Ellos se habían enamorado de otra manera. Era una de esas relaciones clandestinas que parece que se disfruten más por el toque de aventura, ya sabes. Creo que Claudia le podía ofrecer algo distinto. Tuve mucha suerte.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió? —preguntó Damián.

—Después de que le pidiera que lo dejara, no me respondió. Se quedó pensando durante un buen rato y luego me ofreció más café. No volvimos a hablar más de Jorge aquella tarde. Me estuvo haciendo preguntas sobre ti. Cómo había sido mi embarazo, si fue un parto difícil... Al final nos despedimos sin que yo supiera muy bien qué pensar. Durante unos días tuve la sensación de que me había manipulado. Preguntándome por mi hijo, había desviado la atención lo suficiente como para ahorrarse una situación desagradable. Me sentí como una verdadera idiota y esperé a que en cualquier momento tu padre me dejara.

»Pero después supe que habían roto. Alguien, no recuerdo quién, me lo dijo en confianza, como si se tratara de un secreto que me interesara mucho conocer. Y tanto que me interesaba. Supe en ese momento, que Claudia lo había hecho por mí. Aquella mujer, que hubiera tenido a tu padre comiendo de la mano el tiempo que hubiese querido, no quiso romper una familia. El resto de la historia ya la conoces.

»Con los años he aprendido a perdonar. Y no sabes cómo me duele, hijo, que tú no lo hayas hecho. No estoy segura de que esa mujer fuera una oportunista. Se entrometió en mi familia y al final fueron sus acciones las que acabaron desbaratándola por completo, pero tu padre tomó sus propias decisiones. No la hago a ella responsable de los actos de mi marido. Lo que ocurrió... Bueno, había pasado un año desde que ella lo dejó. Fue él quien no pudo superarlo, fue a él a quien ni tú ni yo le resultamos suficiente. Ella estaba enamorada tanto como yo y lo perdí como yo le perdí.

Y entonces Damián comprendió la razón de la amenaza. ¿Le había mentado respecto a los que sentía por su padre?

—Nos hace responsables a ti y a mí de que no pudiera tener a mi padre —dijo—. Quiere vengarse.

—No digas tonterías. Ha pasado demasiado tiempo. ¿Por qué te preocupas ahora de Claudia Dorta? Esa mujer vive en América. Ni se acordará de nosotros.

—¿Sabes que ha vuelto?

—¿Ha vuelto?

—Sí, ahora se llama Claudia Ackerman, por su último matrimonio.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué tiene que ver su regreso con nosotros? ¿Por qué dices que quiere vengarse?

—He estado buscándola durante meses. Contraté a un detective, incluso. Quería conocerla. Saber qué tipo de mujer me había dejado sin padre. El caso es que hoy he ido a verla.

—Damián, eso no...

—Me ha amenazado.

—¿Amenazado?

—Sí, ¿cómo casa eso con la idea de la mujer comprensiva que tienes de ella? ¿Se apartó para que pudieras seguir con tu vida? Mamá, esa mujer nos odia y ha vuelto para ejecutar alguna especie de venganza.

—Eso no puede ser. Nosotros no le hemos hecho nada.

—Pues ya ves. Debe de estar loca.

Minerva guardó silencio. Damián podía sentir cómo los resortes del cerebro de su madre trataban de encajar las piezas que le acababa de entregar.

\* \* \*

Marisela estaba enfadada. Hacía un rato, le había preguntado a Gara si podría tener una *Playstation 4* para su cumpleaños y esta le había respondido que el trato era que tenía que sacar mejores notas. Pero la niña, que, de tonta no tenía un pelo, era incapaz de estudiar lo suficiente. Ahora Gara la observaba desde la cocina mientras hacía la cena. Estaba sentada en el sofá con un móvil en la mano y toda su atención en la pantalla.

—Ese móvil —alzó la voz—, ¿te lo ha prestado alguna amiga?

—No, es mío.

—¿Cómo que tuyo? ¿te lo ha comprado la yaya?

—Me lo ha comprado mi padre.

—¿Tu padre? ¿Cuándo lo has visto?

—Esta tarde, al salir del cole.

—Me dijiste que ibas a jugar a la *play* con Ayoze.

—Fui después.

—No tienes permiso para llevar móvil. Eres demasiado pequeña.

—No me tienes que dar permiso, me lo ha dado mi padre.

—Pues él no es quien para hacerlo.

—¡Es mi padre! ¡Tú no eres mi madre!

—¡Marisela! ¡Dame el móvil!

—¡No!

—Marisela, no hagas que me enfade.

—Eres una dictadora. Siempre tengo que hacer lo que tú dices. La mitad de mi clase lleva móvil. Ya soy mayor para tener uno.

—No, no lo eres. Te dije que te compraría uno cuando tuvieras diez años.

—Tú siempre estás con las tonterías esas de las edades. No puedes decir tacos hasta que tengas catorce, no puedes llevar móvil hasta que tengas diez... Mi padre dice que ya puedo tener uno y, además, le hace gracia que diga tacos.

Gara se dirigió hasta la sala. Estaba furiosa. Le hubiera arrancado el móvil de buena gana de las manos de Marisela, pero se contuvo. Se sentó a su lado y le dio una nueva oportunidad de obedecer. Extendió la palma de su mano y con la voz más calmada de que era capaz dijo:

—Dame el móvil. Se lo voy a devolver a tu padre.

—¡No!

—Dame el móvil, Marisela.

La niña empezó a llorar. Se aferró a su teléfono y lo estrechó contra su pecho.

—Tenías que haberle dicho que no podías aceptarlo, que me lo preguntara a mí. Dámelo.

Marisela soltó su móvil con furia sobre el sofá y se dirigió corriendo hacia su habitación, pero antes de entrar en ella, se volvió y le gritó:

—Eres lo peor. Lo que te dije ayer en el colegio era mentira. Ojalá el juez decida que me vaya con mi padre.

Luego cerró de un portazo. Las paredes parecían de papel. Podía oír a la niña llorar al otro lado. Gara no era insensible a su sufrimiento. De hecho, le rompía el corazón verla así, pero si dejaba que Fran socavara su autoridad cuando le viniera en gana, la convivencia se iba a convertir en un infierno. Alargó su mano para tomar el móvil que descansaba en el sofá. Lo encendió y vio que Marisela había estado introduciendo en la agenda los nombres de sus amigos. Pero uno de esos nombres le llamaba más la atención que los demás. «Papá». Respiró hondo y pulsó sobre el botón de llamada.

—Hola, preciosa, ¿estás probando el móvil?

—Marisela no tiene permiso para tener móvil. Me lo tenías que haber consultado.

—Ah, eres tú.

—Sí, soy yo.

—Es mi hija. Puedo decidir sin tener que consultártelo.

—No es verdad. Yo tengo su custodia.

—Eso me da igual. Ve al juez y te quejas si quieres.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—No. Te voy a hacer la vida imposible.

—¿Es que no tienes el menor sentimiento? ¿No te importa perjudicar a tu hija con tal de conseguir lo que quieres?

—Parece que sea a ti a la que no le importa. Todo esto se arreglaría muy fácilmente.

—No tengo cien mil euros, ya te lo dije.

—Tienes la forma de conseguirlos. Hipotecad vuestra casa, o vendedla, me da igual.

Gara suspiró. Se hallaba indefensa ante tanta artimaña. Aquel hombre estaba usando a su propia hija como rehén en una negociación que de ninguna manera ella podría ganar. Finalmente, claudicó.

—Te conseguiré los cien mil euros —le dijo—, pero deja en paz a Marisela.

—Date prisa.

Fran le colgó sin decir nada más. Después de asegurarse que cedería, Gara se sintió como si toda la dignidad la hubiera abandonado de repente. ¿Cómo podía rendirse a un chantaje tan burdo? Un leve apretón de tuercas, un simple móvil comprado sin su consentimiento, y toda su determinación se había derrumbado como un castillo de naipes. ¿Qué habría hecho Nerea? Habría luchado por su hija, con todas las armas a su alcance. Gara, en cambio, se limitaría a pagar a un chantajista. ¿Eso era lo único que podía hacer para mantener a Marisela a su lado? ¿Tendría que meterse en un asunto extraño como el que le proponía Claudia para deshacerse de un tipo tan turbio como Fran? Desde luego, no se le ocurría nada mejor que hacer. Tomó esta vez su propio móvil y la llamó.

—Hola —dijo.

—Hola, ¿qué tal estás, querida?

—Bien. Oye, Claudia... Acepto tu propuesta.

—¡Fantástico! ¿Te puedes tomar el día libre mañana?

—Sí, supongo que sí. Tengo cita con un par de clientes, pero creo que podré aplazarlas. ¿Por qué tan pronto?

—No tenemos tiempo que perder, querida. Nos ha salido una adversaria.

\* \* \*

Alicia aparcó en el lugar habitual. Ya era noche cerrada y llegaba un poco tarde, unos minutos. Los suficientes como para notar la cara de contrariedad de Ken Worthington, su nuevo jefe. «Chuck Norris a punto de atrapar a los malos», pensó. Apagó las luces, descendió del vehículo y lo vio dar unos toques a su reloj con el dedo índice. ¿En serio? ¿La estaba riñendo?

—Tengo cosas que hacer —le recriminó con su acento americano cuando estuvo a su altura—. No puedo permitirme estos retrasos.

—Solo siete minutos, Ken. Tampoco es para tanto. Te hago los peores turnos, podías abrir un poco más la mano conmigo.

—Abrir la mano, abrir la mano... Hay que ser más serio en el trabajo, Alicia. Si no, no llegarás a nada.

—Claro, Ken, gracias por el consejo. ¿Ha salido de casa la señora?

—Sí, ha salido. Ha hecho algunas compras en el supermercado y luego ha dado un paseo corto

antes de volver. Eso es todo. Me voy, se me hace tarde.

Worthington se subió a su *SUV* y salió marcha atrás de su aparcamiento. «Hay que ver lo que les gusta a los americanos los coches grandes», pensó Alicia. Luego Ken atravesó el semáforo en ámbar y aceleró para hacer lo mismo con el siguiente. Ella lo vio desaparecer al torcer hacia la Avenida Tres de Mayo y se preguntó a dónde iba con tanta prisa un tipo que estaba a nueve mil kilómetros de su casa y que no conocía a nadie en Tenerife.

—Qué tío más raro —murmuró y lanzó una mirada hacia las persianas bajadas del piso de Claudia Ackerman.

No habían pasado ni diez minutos cuando aquella mujer tan elegante salió de su edificio, miró a un lado y a otro, y se acercó por la plaza con paso tranquilo, como si estuviera dando un paseo. Alicia se apoyó en el capó de su coche y encendió un cigarrillo. Le dio una larga calada mientras la observaba. Se movía con cierta gracia y sonreía mucho, pero su mirada reflejaba cansancio. Se le habían dibujado unas ojeras oscuras a ambos lados de la nariz y los párpados no los conseguía abrir en su totalidad. Claudia se dirigió hasta la detective y se detuvo a su lado. Apoyó una mano en el capó como si no pudiera mantenerse en pie por sí misma y cerró los ojos para aspirar el humo del tabaco de Alicia.

—¿Quiere uno?

—¿Un cigarrillo? Sí, por qué no.

Alicia le acercó el paquete para que Claudia lo cogiera. Luego le encendió el mechero y aquella mujer chupó como si se estuviera deleitando con un manjar digno de los dioses.

—Llevaba sin fumar veinte años por lo menos —dijo.

—¿Y por qué ha roto la racha? Yo llevo veinte años queriendo dejarlo.

—No puedes llevar veinte años, querida, eres muy joven.

—Sí, era una exageración. Llevo fumando desde los dieciséis y he intentado acabar con el hábito tres veces.

—No tienes fuerza de voluntad.

—Será eso.

Claudia sacó del bolsillo de los pantalones un sobre blanco y alargado que le entregó a Alicia. Esta lo abrió y vio los billetes verdes y amarillos de cien y doscientos.

—Estupendo —dijo, y luego tiró el sobre al interior de su coche.

—¿No sospecha nada tu jefe?

—Nada de nada —respondió Alicia—. Este Chuck Norris es un idiota. En mi turno puede usted ir a donde quiera, por eso no se preocupe. El americano no se entera de nada.

—Bien, gracias.

Claudia le dio una nueva calada al cigarrillo y tosió un poco.

—He perdido la costumbre.

—Ya. Oiga, ¿qué tiene en contra de Esquivel?

—¿Qué te hace pensar que tengo algo contra él?

—Llevo una antena en el coche con la que puedo oír las conversaciones a una cierta distancia. Lo amenazó con acabar con él.

—Solo fue una forma de hablar.

—¿Una forma de hablar? Pues el tío se ha acojonado.

—No les viene mal a los hombres así acojonarse un poco.

—Lo suyo con Damián Esquivel viene de lejos, ¿no?

—Muy de lejos.

—¿Se lio con su padre?

—Creo que estoy un poco cansada, querida. Hoy ha sido un día muy intenso. Será mejor que me marche y cene algo.

Claudia se alejó por la plaza en dirección a su edificio con la misma parsimonia con la que había venido. Sin volverse, oyó la pregunta de la detective.

—¿No me va a decir lo que tiene contra él?

—¡No confío en la gente que se deja comprar!

«Vaya con la vieja», pensó Alicia. Luego meditó durante un rato su respuesta. Cuando se metió en ese trabajo, jamás pensó que acabaría traicionando a uno de sus clientes, pero las facturas no se pagaban solas y su propio negocio de detectives tampoco era un éxito comercial.

## CAPÍTULO V

A Gara le sorprendió que aquella mujer tan elegante y refinada pudiera llegar tarde a una cita. La vio aparecer por la entrada del parque García Sanabria y atravesar la terraza de la cafetería hasta llegar a la mesa donde estaba ella sentada con un café. Gara se levantó y se saludaron con dos besos en las mejillas.

—Disculpa mi retraso, querida —dijo Claudia—, pero he calculado mal el tiempo que tardaría en llegar. Mis recuerdos me engañan con las distancias. Hubiera jurado que el parque estaba más cerca.

—No te preocupes. ¿Te apetece tomar algo?

Claudia miró el café y luego negó con la cabeza.

—No, demos un paseo. Hace una mañana estupenda.

Las dos mujeres se adentraron despacio en el parque. A esas horas apenas si había gente en él, tan solo los jardineros que lo cuidaban y que trabajaban ajenos a ellas y algún solitario corredor. Claudia se agarró entonces del brazo de Gara y olió el aroma de las flores

—Me alegro mucho de que hayas decidido aceptar. Hazme llegar tus datos bancarios a mi móvil y te entregaré los cien mil euros.

—¿Ya? ¿Y si no soy capaz de hacer lo que me pides?

—Oh, no te preocupes por eso, querida. Serás capaz, estoy segura. En el caso remoto de que no funcione, me doy por satisfecha con haberlo intentado.

—¿Y si me quedo con el dinero y después paso de ti?

A Claudia se le escapó una risita.

—Paso de ti —repitió—. Me encanta cómo hablas. Hacía tiempo que no oía estas expresiones. Las echo de menos. No creo que vayas a pasar de mí. Confío en ti. Pero dejemos de hablar de dinero.

—Vale. He estado ojeando tu web.

—¿Y qué te ha parecido?

—¿De verdad puedes hacer que cualquier mujer enamore a un millonario o es cosa de marketing?

—Lo he hecho los últimos diez años. Ya te dije que hay un montón de mujeres satisfechas con mis servicios. No sé por qué tú no deberías estarlo.

—¿Pero eso se puede hacer? Quiero decir, lo de seducir a un tipo en concreto. Si no hay química entre ambos, por mucha técnica que emplee...

—La técnica es precisamente para eso, querida, para que haya química desde el principio.

—Ya, ¿y me vas a enseñar a entrarle a un tío como este Esquivel? Porque ahora mismo no tendría ni idea de por dónde empezar.

—¿Entrarle a un tío? Supongo que te estás refiriendo a tomar tú la iniciativa. Escúchame bien, querida. Jamás se hace eso con un hombre como Damián. Si fuera tímido, quizá, pero no es el caso. A los hombres como él les atrae el gusto por la conquista. Es una cuestión de carácter. Será él quien te entre. ¡Qué expresión más horrible!

—¿Y entonces qué se supone que tengo que hacer? No me conoce de nada.

—Ya llegaremos a eso. De momento, olvidémonos de Damián Esquivel y centrémonos en la persona más importante de este juego: tú.

—Vale.

Gara recordó las palabras de Raúl mientras lo tatuaba: «No juegas, te lo tomas muy en serio».

—Lo primero es tu mirada.

—¿Qué le pasa a mi mirada?

—Eso mismo digo yo, ¿qué le pasa a tu mirada? ¿Por qué no eres capaz de levantarla del suelo? Mira a la gente a los ojos. Jamás apartes la mirada, ni por timidez, ni por una falsa coquetería. Jamás lo hagas. Tanto si te ruborizas por algo o alguien te intimida, mantén alta la vista.

»Presta atención cuando te hablen, no trates a nadie con desdén, aunque consideres que quien lo hace es un pesado o no vale la pena perder el tiempo con esa persona. Escucha a los demás como si no hubiera nadie más en el mundo en ese momento. Ah, y sonríe. Tienes una sonrisa preciosa, enséñala. Nada atrae más a hombres y a mujeres que la alegría.

—¿Aunque la alegría sea falsa?

—No hay nada de malo en fingir, querida.

—¡Vaya! ¡La sinceridad ha muerto!

—Hay otra regla que debes seguir. No te quejes y no hables de tus anteriores novios ni de decepciones amorosas. Parecerás una amargada y a ningún hombre le gustan las amargadas. El amor es un juego en el que tú eres el premio. La confianza es tan atractiva como la belleza, nunca olvides eso, querida. Muéstrate refinada y segura y todas las miradas se dirigirán hacia ti.

—¿Y ya está? ¿Sonríe y miro a los ojos y ya soy una seductora? ¿Cuánto sueles cobrar por estos consejos?

—Sarcasmo, eso está bien. Con alguien como Damián Esquivel, ser sarcástica te puede ser útil.

—Vale, ser sarcástica, eso no se me da mal.

—Solo acabamos de empezar, querida. Estas son tus primeras lecciones. Si las recuerdas, ya tendrás mucho ganado.

Aún caminaron un rato en silencio. De cuando en cuando, Claudia se detenía y cerraba los ojos mientras respiraba hondo tratando de recuperar el aliento. Gara le preguntó la primera vez si se encontraba bien, pero en las dos o tres ocasiones siguientes no insistió. Cuando se sentaron en el poyete que rodeaba el parque, para descansar, le preguntó:

—¿Qué querías decir anoche con que nos había salido una adversaria?

Claudia suspiró como si le molestara que se hubiera roto el silencio.

—Damián Esquivel se ha comprometido.

—¿Y yo voy a romper esa relación?

—Sí, es justo lo que quiero que hagas.

—No me siento cómoda con esto, Claudia. Esa chica estará enamorada de él y yo le voy a hacer un daño terrible.

—No creo que esa chica esté enamorada. No deberías preocuparte por ella, no tiene un pelo de tonta. Y no dudará en morderte si cree que eres una amenaza, así que no sientas ninguna pena.

—¿Por qué hacemos esto?

—Ya te lo dije, eso es cosa mía. Tú solo piensa en los cien mil y en que no vas a tener problemas para mantener a tu sobrina a tu lado. Lo demás, déjamelos a mí. —Claudia se puso de

pie—. Vamos, ahora nos ocuparemos de tu apariencia.

\* \* \*

Después de toda la noche sin dormir, extrañamente, en esos momentos de la mañana, Alicia se sintió más despierta que nunca. Aún le faltaba un poco el aliento después de regresar corriendo desde el parque García Sanabria. Luego vio las fotos que había tomado de la Ackerman con aquella chica y sonrió satisfecha. No sabía para qué le servirían, pero estaba segura de que eran importantes si la vieja se mostraba tan dispuesta a pagar el dinero que le estaba dando. Y todo para que Worthington no se enterara de sus salidas.

Se sentía algo inquieta, aunque sabía que era por el efecto de la cafeína que corría por sus venas, y su cerebro hacía todo tipo de elucubraciones por su cuenta. A lo que más le daba vueltas era a qué hacían ella y el americano ese que se parecía a Chuck Norris, salvo en que no llevaba sombrero, vigilando a aquella mujer de mediana edad. ¿Por qué Esquivel le daba tanta importancia a lo que ella le había dicho? Claudia Ackerman parecía inofensiva y seguirla en la distancia cuando iba al supermercado o a la farmacia lo confirmaba.

Aquello desde luego no encajaba en absoluto con la idea que tenía de un detective privado cuando había decidido dedicarse a ello. Estudió tres años en su Salamanca natal y luego emigró a Tenerife en busca de nuevas oportunidades. Y tampoco es que allí hubiera muchas. En el último mes había recibido dos encargos, una infidelidad y un asunto de estafa entre los dos socios de un restaurante. El dinero que le iba a pagar Ken Worthington le había salvado los siguientes tres meses, pero lo mejor era la bonificación que se llevaba bajo cuerda de Claudia. Le había dolido su comentario acerca de que se dejaba comprar, pero qué más le daba a ella toda aquella gente a la que parecía que le sobraba el dinero. Tenía que sobrevivir como fuera y no iba a pedir perdón por ello.

Le dio un nuevo trago al café y contempló las ventanas cerradas del quinto piso. Velar el sueño de Claudia Ackerman era lo más aburrido del mundo, sobre todo porque sabía que no estaba allí. Cuando vio que por la acera se acercaba Ken, con su paso vivo y su sonrisa radiante bajo ese bigote tan pasado de moda, todo su cuerpo se relajó de repente. Venía a relevarla y ahora podría dormir a pierna suelta hasta que le llegara el nuevo turno.

El americano se subió al coche. Llevaba dos cafés y le extendió uno a Alicia.

—Gracias, para luego —respondió ella enseñándole el que ya estaba tomando.

—¿Qué ha pasado? Alguna novedad.

Ken también miró a la ventana cerrada del apartamento de la quinta planta.

—Ninguna. Sigue dormida. Anoche apagó las luces a las doce y cuarto y hasta ahora.

—Bien. ¿Estás cansada?

—Sí, un poco, pero el café me ha despabilado.

—Vale, puedes irte. Yo me quedo.

Alicia asintió y se dispuso a arrancar el coche. Ken hizo ademán de levantarse y salir del vehículo, pero antes ella le dijo:

—Oye, Ken... Ya sé que me has pedido discreción y todo eso, pero este asunto me tiene superintrigada. ¿Quién es esa mujer?

Los ojos de Ken se dirigieron hacia la ventana. Había cierto desconcierto en su mirada, como si aquella pregunta fuera imposible de contestar.

—Ojalá lo supiera realmente. Tal vez por eso estamos aquí, para averiguar quién es.

Alicia aguardó un instante mientras él salía del coche. Tenía la esperanza de que Ken se explayara un poco más y no fuera tan críptico, pero no fue así. Se quedó pensativo un momento, le dio un sorbo a su café y se dirigió hacia su coche enorme para iniciar la vigilancia de un piso vacío. Finalmente, Alicia se marchó ansiosa por llegar a su cama.

\* \* \*

Ocuparse de su apariencia significaba pasarse la mañana de tiendas. A Gara le resultó divertido probarse todo tipo de ropa cara, zapatos de todas clases, gorros y complementos sin tener que preocuparse por su precio. En una tienda fina de la plaza Weyler se hicieron con dos jerséis de cuello alto que le quedaban perfectos. Más abajo, en otra de la calle del Castillo, fueron varias blusas y dos blazers, uno color crema y el otro azul marino. En El Corte Inglés compraron varias faldas y algunos pantalones y le encargaron a un sastre situado enfrente dos abrigos de entretiempo.

También visitaron varias zapaterías. En ellas Gara se calzó unas botas de caña alta, unos botines con tacón y varios tipos de zapatos diferentes. Mientras se probaba las distintas clases de calzado se olvidó de lo surrealista que le parecía toda la situación. A su lado, daba la impresión de que las compras le concedían a Claudia una energía extra. El cansancio que sufría en el parque se había evaporado, e incluso parecía que se trataba de otra mujer. Desde luego, mucho más fuerte y llena de vida mientras elegía las prendas. Porque, eso sí, no dejó que Gara eligiera ni una sola.

Después de la última compra, Claudia insistió en que se dejara puesta la última ropa que había escogido para ella, un blazer negro, una blusa también negra con el escote de encaje y unos pantalones blancos. Luego, cuando se vieron en la calle cargadas de bolsas, su maestra comentó:

—Bueno, querida, creo que con esto será suficiente.

Y Gara pensó que ya habían terminado, pero aún le quedaba la sorpresa definitiva, y, por supuesto, no iba a ser tan agradable como hasta ese momento.

—Ahora —dijo— nos ocuparemos de tu pelo.

—¿Mi pelo?

—Sí, Gara, tu pelo. El cabello lo es todo. No basta con un buen peinado, tiene que ser el perfecto para realzar tu rostro, para llamar la atención, pero no demasiado, para que las cabezas de los hombres se giren en tu dirección. Ninguna mujer es bella si no tiene un peinado que le encaje.

Y así se sintió ella media hora más tarde. Encajada en una silla mientras miraba su reflejo en el espejo. Muerta de miedo cuando vio que la peluquera se acercaba por detrás y le colocaba las manos en los hombros. A Gara le pareció un estrangulador de las películas de terror que le gustaban. Incluso su sonrisa se asemejaba a la de un psicópata asesino, y a punto estuvo de salir corriendo.

Claudia se había sentado detrás, hojeando una revista, y el cuerpo de la peluquera la tapaba a su vista, pero podía oírla, y eso era aún peor.

—Bueno —dijo la peluquera—, ¿tenéis pensado algún corte en particular?

—Sí —respondió Claudia—. Probemos un Bob.

—Un Bob. ¿Corto o largo?

—Corto. Tiene un cuello precioso y no lo muestra lo suficiente. Además, tíñelo de rubio.

—Espera, espera —protestó Gara—. ¿Cómo de corto? ¿Y rubia? Yo no soy rubia. No me gusta ser rubia, no me queda bien.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó la peluquera mirando de forma alterna a Claudia y a Gara.

—Haga lo que le he pedido, por favor —contestó Claudia al tiempo que se levantaba y se acercaba a Gara con una sonrisa falsa en los labios—. Escucha, querida, tienes la piel clara, te irá bien el rubio. Todo esto es para potenciar lo que ya tienes. Confía en mí. Tengo muchos años de experiencia. Cuando acabe contigo, te prometo que no te sentirás decepcionada.

No estaba segura de si se iba a sentir decepcionada o no, pero lo que sí sintió fue un escalofrío recorriéndole la espalda cuando oyó el sonido de las tijeras en su nuca haciendo el primer corte. Gara cerró los ojos y apretó sus uñas contra la palma de su mano. La peluquera humedecía su pelo, apartaba las capas con el peine y cortaba y cortaba y cortaba... Mientras, ella fantaseaba con la idea de detenerla y usar esas mismas tijeras para degollarla. Aquello parecía que no iba a acabar nunca. ¿Cómo era posible que se hubiera dejado dirigir de esa manera sin oponer la menor resistencia? Ya había aceptado formar parte de un plan tan descabellado como aquel, pero al menos debería haber puesto algún límite.

Todos esos pensamientos estaban revolviendo su estómago al tiempo que la sensación de su cuello despejado de cabellos se hacía cada vez más incómoda. En un momento se atrevió a abrir un ojo, pero lo cerró enseguida. ¿Adónde había ido su melena?

—Claudia, esto no va a salir bien.

—Claro que sí, querida. No te preocupes, está quedando estupendo.

Después de una media hora eterna, las tijeras cesaron en su ruido infernal y comenzó la aplicación del tinte. «Y para colmo, rubia», pensó Gara. Ahora sí que no se atrevió a abrir ni siquiera un ojo. Mantuvo cerrados los párpados hasta que el agua caliente retiró los excesos de tinte y la peluquera comenzó a peinar con energía.

—Esto ya está —dijo.

Y entonces, muy despacio, Gara abrió los ojos para observar la imagen de aquella joven en el espejo. Por un momento, no se reconoció. Le pareció que estaba viendo el reflejo de otra clienta. Después, ni siquiera fue capaz de articular palabra. Se miraba a sí misma con una perplejidad que no había sentido nunca. ¿Cómo era posible que ella tuviera esa apariencia? El pelo rubio peinado hacia un lado le daba un aspecto sofisticado que solo había visto en las modelos de las revistas; y su cuello despejado, como el de un cisne, mostraba una elegancia que no sabía que tenía.

—¿Te gusta? —le preguntó Claudia a su espalda.

¿Qué si le gustaba? ¡Se acababa de enamorar de sí misma! Si alguna vez alguien le hablaba de autoestima, tendría que acordarse justo de ese momento. Jamás se había visto mejor.

—Me encanta —dijo.

—Bien. Ahora ya solo nos queda manicura y pedicura, y algo de maquillaje, para tu primera salida esta tarde.

—¿Qué pasará esta tarde?

—Te he conseguido una invitación para el club de pádel Schläger. ¿Tienes alguna amiga con la que puedas ir?

—¿Por qué no tú?

—No, yo no puedo.

—Pero ¿qué tengo que hacer en ese club? Yo no sé jugar al pádel.

—No irás a jugar, solo al bar. Para dejarte ver, nada más. Y soltarte un poco, flirtear si se

presenta la ocasión...

—¿Flirtear?

—No te preocupes, hoy comeremos juntas y te daré algunos consejos sobre el arte del flirteo. No todo son miradas, ni estar presentable. También tendrás que hablar.

Gara tragó saliva ante lo que se avecinaba.

\* \* \*

El almuerzo con Claudia le había resultado a Gara bastante interesante. Le explicó la manera de comportarse, cómo debía ser una primera conversación si algún hombre se acercaba, y en sus palabras parecía todo tan fácil que ya había dejado de estar nerviosa. Luego llamó a su amiga Ruth y le pidió que la acompañara. Fue una suerte que su marido pudiera cubrirla en la cafetería.

Sin embargo, en el club Schläger, toda la seguridad que había acumulado en la charla con Claudia desapareció nada más entrar. No era un simple club deportivo a donde iba a ejercitarse los aficionados al pádel. Se trataba de un lugar muy exclusivo y con pinta de ser bastante caro. Ruth y Gara se sentaron a una mesa junto a la cristalera principal desde la que se podían contemplar las distintas pistas de pádel. Seis o siete dispuestas unas junto a las otras que, desde donde ellas estaban, parecían un suelo de losetas de color rojo o azul, según el caso. Al poco de sentarse, apareció un camarero joven, vestido con una camisa blanca, un chaleco negro sin mangas y con corbata que les preguntó obsequioso:

—¿Qué van a tomar las señoras?

—Una copa de vino blanco, por favor —respondió Gara.

—¿Le traigo la carta de vinos o tiene algo en mente?

—¿Puede recomendarme alguno?

—Claro, el *Château Greysac* de dos mil catorce es ideal para esta hora de la tarde.

—Ese estará bien.

El camarero se alejó después de inclinar la cabeza y Gara se encontró con la mirada estupefacta de Ruth.

—¿El *Château Greysac*? —dijo su amiga—. Seguro que vale su peso en oro. Espero que lo de dos mil catorce sea el año y no el precio.

—Paga la maestra.

—Menos mal. Yo he estado a punto de pedir una cerveza.

—Claudia dice que con todo lo que hacemos enviamos un mensaje.

—¿Ah, sí? ¿Y qué mensaje enviamos bebiendo vino? Porque al *gorrilla* de las Teresitas le gusta el Don Simón que no veas.

—Pues sí, lo mismo pensé yo. Dice que bebiendo vino nos mostramos refinadas y damos la impresión de que no nos llevamos cualquier cosa a la boca.

—Pfff... ¿Dijo eso? ¿A la boca? Vaya con la señora elegante.

Gara contempló de nuevo las pistas. No se encontraba tan fuera de lugar como esperaba. Vestía bien y se sentía atractiva. Podría decir incluso que estaba disfrutando de la velada, pero la asaltó cierta inquietud cuando lo vio. Jugaba en una pista de suelo rojo, rodeada de unas paredes de metacrilato. Corría y golpeaba con fuerza la bola y, cuando perdía, se quejaba en voz alta. Su voz era fuerte, rotunda, con autoridad. Eran cuatro en la pista. Sus compañeros bromeaban, pero Esquivel se lo tomaba en serio. «No le gusta perder», pensó Gara.

—Es él —dijo señalándolo con la barbilla.

Ruth desvió la vista hacia la cristalera junto a la que estaban y más allá. Entornó los ojos mientras observaba a varios jugadores.

—¿Cuál de ellos?

—El del polo gris y el pantalón corto negro.

—Ah, ya. Oye, pues el tío está bastante bien. No parece que vaya a ser un trabajo muy duro.

En ese momento, apareció el camarero, depositó dos copas sobre la mesa y vertió en ellas el vino. Cuando terminó les dijo:

—Están ustedes invitadas por aquellos dos caballeros de la barra.

Gara levantó la vista y vio que dos hombres jóvenes vestidos con ropa deportiva le sonreían. Uno de ellos llevaba el pelo ondulado y peinado hacia atrás, mientras que el otro lo lucía muy corto, como si fuera un militar. El del pelo ondulado hizo un gesto de saludo con la cabeza y ella le correspondió devolviéndole también la sonrisa, pero se sintió tan tímida que bajó la mirada. «¡Mierda!», pensó. A la primera ocasión ya había incumplido una de las reglas de Claudia.

—Se están acercando —dijo Ruth que también los había mirado.

—Claudia dice que la seducción es un juego y que si no me divierto es que la cosa no está funcionando.

—Y entonces, ¿por qué te has puesto tan colorada?

—¡Joder! La voy a cagar —susurró—. Soy un premio, soy un premio...

—No digas tonterías y dale un buen trago al vino.

Gara vio acercarse a los dos jóvenes por el rabillo del ojo mientras bebía. Se inclinó hacia delante y le dijo a Ruth:

—Hace un montón que no ligo con un tío, ¿qué hago?

—¿Y las lecciones de tu mentora?

—Se me han olvidado todas.

—Vaya un premio que estás hecha. Piensa en los cien mil euros que vas a ganar, te será más útil.

—Hola —dijo el joven del pelo ondulado cuando se apostó frente a ellas.

—Hola, ¿qué tal? —saludó su amigo—. ¿Podemos sentarnos?

Ambas apartaron un poco sus sillas para hacer sitio. El del pelo ondulado se sentó junto a Gara, mientras que el del estilo militar lo hizo al lado de Ruth.

—Estábamos tomando unas cervezas y nos preguntábamos si os habíamos visto antes. Sacadnos de dudas, por favor. No sois socias ¿verdad?

—No —respondió Gara y no le salió ni una palabra más.

—Nos lo estamos pensando —dijo Ruth—. Por eso hemos venido.

—Ah, qué bien. Yo me llamo Tomás —dijo el joven del pelo ondulado.

—Yo, Reit.

Se dieron dos besos como saludo.

—Gara.

—Ruth. Qué nombre tan peculiar el tuyo —le dijo Ruth a Reit.

—Es un apodo. No quieras conocer mi verdadero nombre.

—¿Y de dónde viene el apodo?

Reit se acercó un poco más y extendió su brazo izquierdo por el respaldo de Ruth dejando su rostro a un palmo del de ella.

—No te conozco lo suficiente —le dijo—. Tal vez te lo cuente cuando tengamos más confianza.

Ruth levantó la mano y le mostró la alianza en el dedo anular.

—Pues me voy a quedar con las ganas —le respondió ella—. Tú y yo no vamos a tener más confianza.

—¿Y por qué queréis ser socias? —preguntó Tomás sin apartar la vista de Gara—. ¿Os gusta el pádel?

—No tengo ni idea de cómo se juega al pádel —respondió ella tratando de parecer natural, pero lo dijo tan seria que él frunció el ceño y torció un poco el gesto.

En ese momento, Gara volvió un poco la cabeza hacia las pistas avergonzada y se sorprendió al comprobar que Damián Esquivel había desaparecido. Ya no estaba jugando, así que lo buscó con la mirada.

—Vas a necesitar a alguien que te enseñe —dijo Tomás mostrándose de nuevo relajado.

Gara ni siquiera lo oyó. Sus ojos recorrían las pistas tratando de encontrar al hombre del polo gris y los pantalones negros.

—Sí —respondió Ruth—, tendremos que entrevistarnos con algunos instructores para ver quién nos conviene más.

—Nosotros somos expertos en pádel —dijo Reit—. Nadie os enseñaría mejor.

—¿A eso os dedicáis? ¿Sois instructores o algo así? —preguntó Gara tratando de regresar a la conversación una vez que había perdido a Esquivel.

—Justo a eso. Trabajamos en el club.

—Somos los mejores —aseguró Reit.

—O sea, que en realidad esta charla es una especie de reunión de ventas —dijo Ruth llevándose la copa a los labios.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tenéis pocos clientes y por eso os habéis acercado?

—No, claro que no. Esto es una charla agradable entre amigos.

Y de pronto, Damián Esquivel entró en el bar. Le brillaba la cara por el sudor y tenía húmedo el pelo de las sienes. También su polo gris estaba empapado, pero en ningún caso le hacía parecer sucio o descuidado. Más bien todo lo contrario, a Gara le pareció que desprendía un atractivo más primario, más natural. No pudo evitar seguirlo con la mirada. Iba acompañado de otro hombre que superaba los cuarenta y al que reconoció como su pareja en la pista. Se dirigieron a la barra y pidieron unas cervezas y luego siguieron hablando ensimismados.

Durante un buen rato, los dos instructores siguieron conversando del juego y del club y de la gente que conocían, se notaba que querían impresionarlas con sus contactos, pero Gara era incapaz de seguir la conversación. Su mirada estaba fija en aquel hombre al que se suponía que debía seducir. ¿Cómo iba a conseguir que se fijara en ella? Estaba absorto en la conversación con su amigo y ni siquiera era consciente de su presencia. Y aunque lo fuera, si al charlar se comportaba de forma tan cortada como con aquellos dos instructores, se iba a lucir.

Su acompañante le contaba algo con mucho énfasis y Esquivel lo escuchaba con atención. Al terminarse las cervezas, se despidieron del camarero dirigiéndose a él por su nombre y Gara los siguió con la mirada hacia el exterior del bar. Allí torcieron a la izquierda, hacia un pasillo con un cartel pequeño en la pared que decía: «Vestuarios».

—¿Siempre estás tan distraída? —le preguntó Tomás.

—¿Qué?

—Dicen que van a salir a tomar unas copas, que si los acompañamos —respondió Ruth—. Yo les he dicho que no es posible, que tenemos otras cosas que hacer.

—Ah, sí, es cierto. No podemos, en serio.

—Pues es una lástima —dijo Tomás—. Tal vez en otra ocasión.

Entonces sacó de su bolsillo una tarjeta blanca y se la dio a Gara. Reit hizo lo mismo con Ruth.

—Si os decidís por este club, llamadnos —comentó Reit—. Lo de que somos los mejores iba en serio.

—Claro —respondió Gara.

Los vieron alejarse y salir del bar por la misma puerta por la que lo había hecho un rato antes Damián Esquivel.

—Vaya mierda —dijo Gara—. He estado tan cortada...

—No seas tan dura contigo misma. La presencia de Esquivel te ha distraído.

—No, lo que pasa es que Claudia está como una cabra. ¿A quién se le ocurre que voy a ser otra persona solo porque me pinte el pelo y me vista bien? La seducción de la que ella habla es cosa de películas. Y además de las malas.

Ruth se encogió de hombros y apuró su copa.

—Está bueno este vino. Chica, ¿qué quieres que te diga? Te va a dar los cien mil euros que te van a sacar del apuro. ¿Por qué te comes tanto la cabeza?

—Ya.

\* \* \*

Gara llevaba todo el día fuera y no le había dado tiempo de pensar en lo que le diría su madre o Marisela cuando vieran su nuevo aspecto. Aún se sentía insegura, fuera de lugar, como si solo llevara un disfraz. Abrió la puerta de su piso, pero todo estaba tranquilo y a oscuras y se alegró de ello. Con el cabello no podría hacer nada, pero al menos se quitaría aquella ropa tan fina y el maquillaje y se pondría cómoda, así el choque no sería tan brusco.

Con unos vaqueros, una camiseta y unas zapatillas había recuperado parte de su identidad. Cuando se miró en el espejo de la entrada, no se reconoció con su nuevo pelo. Salió a la escalera y oyó a Olivia y a Marisela charlar en el piso de abajo. Descendió despacio, como si cada peldaño midiera kilómetros. Las voces le llegaban sin nitidez alguna, tan solo el tono emocionado de la pequeña y el resignado de Olivia. Giró el pomo de la puerta y respiró hondo. Era mejor no dar demasiadas explicaciones, solo esperaba que no le hicieran muchas preguntas. Se acercó hasta la cocina y las observó mientras manipulaban la batidora y un paquete de harina.

—¿Qué hacéis? —les preguntó.

Olivia se dio la vuelta cuando la oyó y se quedó de piedra. Sus ojos se abrieron de par en par, casi no era capaz de articular palabra.

—¿Qué te has hecho? ¿Por qué...?

—No sé, me apetecía cambiar de *look*.

—Estás guapísima, tía Gara. Pareces una Barbie, pero con el pelo corto.

—¿Una barbie? Pues vaya.

—Las Barbies son guapas, ¿no?

—Claro que sí, cariño —respondió Gara. Le alegró ver que Marisela no seguía enfadada por lo del móvil—, muchas gracias. No me habéis dicho que es lo que hacéis.

—Ah, pues unas tortillas de calabaza —respondió Olivia—. Marisela tiene que llevar al colegio una receta tradicional para el día de Canarias.

—Ah, qué ricas.

—Tengo que presentar el plato y decir cómo se prepara —dijo Marisela.

—Muy bien.

Olivia abrió el sobre de la harina y vertió varias cucharadas soperas en el vaso de la batidora.

—¿Has apuntado las seis cucharadas de harina?

—Sí, yaya.

—Vale, pues ahora la levadura.

En ese momento le sonó el móvil a Gara. Lo sacó de su bolsillo y se dirigió al salón para contestar al ver de quién se trataba.

—Hola, querida —dijo Claudia—, ¿qué tal la experiencia?

Gara pensó en las palabras de Ruth, «Te va a dar los cien mil euros que te van a sacar del apuro. ¿Por qué te comes tanto la cabeza?», y se le ocurrió que podría mentirle para acabar con las lecciones y que todo el asunto quedara atrás cuanto antes, pero entonces se sintió mal y decidió ser sincera.

—No muy bien, la verdad. Unos hombres nos invitaron a unas copas y no me sentí muy cómoda.

—¿Por qué? ¿Aplicaste mis enseñanzas?

—No, se me olvidó todo. Estaba tan cortada que no sabía qué decir. Me sentía un fraude, como si aquel no fuese mi lugar. Todo era falso, impostado... Yo no me encuentro cómoda haciendo estas cosas, Claudia.

—Entiendo, querida. Muchas mujeres a las que he ayudado se han sentido así al principio.

—¿Al principio?

—Sí, claro. Es normal tener dudas cuando una sale de su zona de confort. Lo que te ha ocurrido hoy con esos hombres es, en realidad, muy bueno.

—¿Ah sí?

—Claro que sí. Ya sabes lo que no hay que hacer.

—Vaya un consuelo.

—Lo que vas a hacer es repasar en tu cabeza lo que les hubieras dicho a esos hombres si fueras una mujer segura de ti misma, una seductora.

—No, por favor. Lo único que quiero es olvidarlo y pasar página. ¿Cuál es el siguiente paso?

—El siguiente paso es el que te acabo de decir. La lección se llama «Aprender de tus errores» y es más vieja que el hilo negro. Repasa toda la conversación, cada frase, cada palabra que dijiste y lo que tenías que haber dicho en su lugar. Prueba con la ironía. Se te da bien y ayuda a mantener la distancia con tus inseguridades.

—Vale —respondió Gara sin ningún convencimiento.

Se preguntó si todas aquellas mujeres de Nueva York que acudían a sus cursos para aprender a seducir expresarían tantas dudas como ella. Sin embargo, la mayor duda de todas era acerca de su objetivo. Se sintió tan minúscula cuando lo vio que la empresa le resultaba del todo imposible.

—No me dijiste que Esquivel fuera a estar allí.

—¿Lo has visto? No estaba segura. Va muchas tardes, pero no todas. ¿Qué te ha parecido?

—Es muy atractivo.

—Bien, eso hará más agradable tu trabajo.

—Ni siquiera me ha mirado.

Claudia rio levemente al otro lado de la línea.

—Eso es normal, no te preocupes. Todo va según lo previsto, aunque aún no lo veas.

—No sé cómo voy a atraerlo si ni siquiera me puedo acercar a él. Yo creía...

—¿Conoces la regla del siete? —la interrumpió Claudia.

—No, ¿qué es eso?

—Viene del mundo del marketing. Los técnicos dicen que para que alguien compre un producto que no conoce tiene que verlo al menos siete veces para familiarizarse con él. Tú solo llevas una.

—¿Soy un producto?

—Lo que haces no es muy distinto de vender un producto. De hecho, todos lo somos, sobre todo, al principio. Por eso tienes que darte a conocer. No se puede amar lo que no se conoce. Ese ha sido mi trabajo durante los últimos diez años, enseñar a mis chicas a mostrar lo mejor de sí. Mañana tendrás una nueva oportunidad de hacerlo.

—¿Qué pasa mañana?

—Es la presentación de una exposición de Juan Gris en la Fundación Esquivel. Aún no está abierta al público, solo irán personalidades importantes. Te he conseguido una invitación.

—¿Quién es Juan Gris?

—Un pintor no muy conocido.

—¿Y tendré que hablar con él? Porque no tengo ni idea de cuadros.

—No, querida, no tendrás que hablar con él. Lleva muerto casi cien años.

Gara se sintió una inculta por completo.

—¿Qué pinto yo allí, Claudia?

—Pues que de las siete veces que tendrá que verte, esta será la segunda. Ah, y vas a tener que estudiar.

—¿Estudiar?

—Sí, querida. Te enviaré información sobre el pintor y su época. No mucho, pero lo suficiente para que no desentones.

—No creo que funcione. Se me va a notar mucho.

—Ya verás como no.

—¿Cómo has conseguido la invitación?

—Hay algunas esposas de las personalidades que acudirán que lo son gracias a mí. Se muestran agradecidas y de vez en cuando les pido algún favor. Por cierto, no creo que lo hagan, pero si alguien te pregunta, estás allí porque eres amiga de la mujer del Vicepresidente del Parlamento de Canarias.

—¡No jodas! ¿Y a qué se supone que me dedico? No podré decir que soy tatuadora.

—¿Por qué no? Es lo que eres. Escúchame bien, que no se te ocurra mentir sobre eso. Más pronto que tarde te descubrirían y sería letal para nuestra estrategia. No generarías la menor confianza.

—Ya, pero sí puedo aparentar que sé de cuadros.

—No vas a aparentar que sabes de cuadros. Cuando te estudies la información que te voy a dar vas a saber de Juan Gris lo suficiente como para hablar de él, nada más. No tendrás que hacerte pasar por una experta, solo quiero que tengas algo que decir, querida.

—¿Y cómo se va a sentir atraído un tipo tan importante como Damián Esquivel por una tatuadora? No le veo ningún sentido.

—Cuando os vayáis conociendo, te darás cuenta de que habrá cosas en las que os parezcáis. Siempre es así. Aquello que compartáis servirá para establecer una conexión entre vosotros, pero es lo que os diferencia lo que despertará su curiosidad. Y la curiosidad es la semilla del amor en un hombre.

—¿Y si la cago cuando lo conozca?

—No la vas a cagar, querida. Haz caso de los consejos que te he dado y todo saldrá bien. Y no te olvides de dejar la seriedad y las preocupaciones en la puerta. Haz lo único que se debe hacer en un juego, jugar.

—¿Y cuándo se acaba este juego, Claudia? Yo no voy a mantener una relación con él, no estoy preparada. En estos momentos, no me apetece nada tener a un hombre en mi vida.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Durante unos segundos solo se oyó la respiración, pero entonces sonó la voz suave y serena de Claudia.

—En el instante en que te confiese su amor, estamos en paz. Después haz lo que quieras.

—No veo nada claro que eso vaya a ocurrir.

—Bueno, todavía es muy pronto, querida. Te haré llegar la invitación para la exposición y la información que te he dicho. Trata de descansar esta noche. El sueño es el mejor tratamiento de belleza.

—Vale.

Al colgar, volvió a sentirse como si estuviera viviendo en una realidad paralela. Parecía que todo aquello le estaba sucediendo a otra Gara, que era rubia y se suponía que una seductora, pero en el fondo tan insegura como la Gara de pelo castaño y alborotado.

## CAPÍTULO VI

Gara bostezó. No le había hecho ningún caso a Claudia con respecto al sueño. Se había pasado hasta la tres de la madrugada leyéndose toda aquella información sobre Juan Gris y ahora estaba muerta de cansancio. Y además, era consciente de que estaba descuidando su negocio. Sobre su mesa de dibujo la contemplaba el esbozo de la calavera pirata que había quedado sin terminar. Tendría que llamar al cliente para aplazar la cita y no sabía cómo se lo tomaría. Tal vez decidiese acudir a otro taller más serio. Dejó sobre el escritorio el periódico deportivo que había comprado solo porque Damián Esquivel salía en la portada y se puso a recoger los enseres de dibujo. Los guardó en los cajones y buscó por el taller un trapo con el que limpiar la tabla.

Halló un trapo amarillo con unas líneas rojas en sus bordes y lo pasó con energía por el escritorio. Rascó con fuerza las manchas de tinta y luego miró el periódico. Leyó de nuevo el titular: «El anuncio del compromiso de boda entre Damián Esquivel y Victoria Velasco facilitará la elección del primero como presidente del C. D. Tenerife».

Gara pensó en la expresión que había usado Claudia para referirse a aquella atractiva joven que aparecía en la foto abrazada a Damián, «la adversaria». Al parecer, lo había anunciado en su Instagram y los medios se habían hecho eco. En ese preciso instante, mientras veía la imagen de aquella pareja, le pareció más locura que nunca lo que estaba haciendo. Aquellos dos eran príncipes anunciando una boda real. ¿Qué pintaba ella en todo aquello? Empezaba a dudar seriamente de que Claudia Ackerman estuviese en sus cabales. Una cosa es enseñar a alguien a relacionarse con millonarios con la esperanza de pescar a alguno y otra muy distinta trazar todo un plan de seducción para embaucar a un tipo como aquel, que no tenía un pelo de tonto, además de inmiscuirse en una pareja hecha. Si no fuera por los cien mil...

Gara agarró entonces su móvil y buscó en la pantalla la aplicación de su banco. Introdujo la contraseña y aparecieron las cifras de su saldo dejándola perpleja. Ciento un mil quinientos cuarenta y cuatro euros. Jamás en toda su vida había tenido tanto dinero. «Qué pena que le tenga que pagar la mayor parte a ese pedazo de sinvergüenza», pensó. Y después se le fueron los pensamientos a todas las cosas que podría comprar con tanto billete. Era cierto que el día anterior había renovado su vestuario, pero le vendría bien un coche nuevo. Y viajar. ¿Adónde iría? A la India. Sería magnífico poder visitar aquel país sin preocuparse por los gastos. Gara suspiró y todos los sueños se evaporaron en el aire. Conservaría a Marisela a su lado y ese también era un buen premio.

Buscó en la agenda el número de Fran y lo pulsó. No tardó ni dos tonos en contestar.

—Dime.

—Tengo el dinero.

—¿Ya? ¿Tan pronto? ¿Ves como al final lo ibas a conseguir? Debería pedirte más, seguro que eres capaz de conseguirme por lo menos otros cincuenta mil.

—Si haces eso, te quedas sin nada. Me guardo el dinero y me espero a ver qué decide el juez. Si pierdo, pierdo, qué le vamos a hacer, pero no me vas a sangrar como si fuera tu cajero automático.

—Vale, tranquila. ¡Qué carácter! ¿Cuándo me lo vas a dar?

—Vas a renunciar a la custodia.

—Firmaré lo que quieras.

—Bien. Te llamo en diez minutos.

Gara buscó entonces el nombre de su abogada. Pulsó sobre él, pero ella no contestó. Le dejó la llamada perdida y apoyó los codos en el escritorio mientras pensaba en toda la situación en que se hallaba. El asunto Esquivel no resultaría nada fácil, iba a merecer demasiado esfuerzo para que al final Fran se acabara quedando con los frutos. Meneó la cabeza y se lamentó en silencio de su suerte. Entonces sonó el móvil y vio el nombre de Elena en la pantalla.

—¿Me has llamado?

—Sí, Elena, gracias por devolverme la llamada. Oye, verás... Fran está dispuesto a firmar un acuerdo extrajudicial.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Una renuncia a la custodia.

—¿Renuncia completa? ¿Sin régimen de visitas?

No había hablado nada de eso, pero Gara recordó las palabras de su excuñado: «Firmaré lo que quieras». Y lo que quería era eso, que desapareciera de su vida.

—Renuncia completa. ¿Puedes redactar el acuerdo?

—Sí, claro. Ahora estoy en el juzgado, pero cuando llegue a la oficina me pongo a ello. Yo creo que en un par de horas puede estar.

—¿Un par de horas? ¡Fantástico!

—Oye, Gara. No deseo saber qué has hecho para conseguirlo, pero quiero que sepas que lo entiendo. Podríamos haber ganado con la declaración de Marisela, pero no estoy muy segura de que el juez estuviera por la labor.

—Gracias, Elena.

Después de estas palabras de la abogada, Gara colgó convencida de que había obrado bien. De todos modos, ¿qué le importaba a ella el pijo ese de Damián Esquivel ni la pija de su novia? Si la propuesta de Claudia había servido para conservar a Marisela a su lado, pues estupendo. Cuando todo hubiese acabado, seguiría su camino y se olvidaría del asunto.

\* \* \*

Elena estaba seria sentada a la mesa de juntas del notario, pero más por la presencia de Fran frente a ella que por el acuerdo que había redactado. Gara permanecía a su lado, atenta a las palabras que leía aquel hombre severo en la cabecera de la mesa. Fran en cambio parecía relajado, como si se hubiera quitado un peso de encima. A Gara no le cabía duda de que, si al final le hubiesen dado la custodia, Marisela hubiera acabado siendo un problema para él. Ella también sentía un alivio inmenso, como si fuera consciente de repente de que llevaba a todas partes una gran roca que doblaba su propio peso.

El notario leyó en voz alta el contenido del documento de Elena. Mientras, Fran sacó su móvil y se puso a pasar el dedo por la pantalla. Gara no podía creer la desfachatez de aquel hombre. Siempre le había parecido un caradura, desde jovencito, pero los años no lo había mejorado en absoluto. El notario terminó de leer y se dirigió a él, lo que lo obligó a retirar la vista de su teléfono.

—¿Es usted consciente de lo que significa este documento?

—Sí, señor.

—Sus derechos como padre no quedan conculcados por firmarlo. Puede acudir a los tribunales para hacerlos valer en cualquier momento, pero debe saber que el hecho de asumir la renuncia a la custodia de su hija le perjudicará notablemente en futuros procedimientos.

—No habrá futuros procedimientos. He renunciado a la custodia de mi hija convencido de ello.

—Bien, entonces firme aquí.

El notario le extendió los documentos y Fran los firmó sin leerlos siquiera.

—¿Ya está? —preguntó al acabar.

—Sí, ya hemos terminado —respondió el notario.

El padre se Marisela se levantó y salió de la sala mientras Gara y Elena permanecían sentadas en sus sillas. El notario separó las copias de los originales y le entregó un ejemplar a Gara. Luego también ellas salieron de la sala después de saludar con un apretón de manos al notario.

En la antesala las esperaba Fran. Ahora sí se le veía nervioso. Elena apenas hizo caso de él. Le dio dos besos a Gara y le dijo:

—Bueno, supongo que aquí acaba esto.

—Sí, creo que sí. Te estoy muy agradecida, Elena. Sin ti habría perdido a Marisela.

—Al final tengo la sensación de que no he hecho nada.

—Eso no es verdad.

—Si me necesitas para algo, para lo que sea, ya sabes dónde encontrarme, Gara. Dale un beso a tu madre de mi parte.

—Gracias, lo haré. Adiós, Elena.

Gara se quedó mirándola mientras la abogada se marchaba, y por el rabillo del ojo vio cómo quien se acercaba era Fran.

—Falta un último detalle —le comentó.

Gara sacó su móvil y entró en la aplicación de su banco. Sin decir una sola palabra, escribió la cifra y le dio a la tecla de aceptar. Luego le enseñó el teléfono a Fran. «Transferencia realizada. 100.000 euros».

—¿Conforme?

—Conforme.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me voy a Ámsterdam. Despídeme de Marisela, ¿quieres?

—¿Ni siquiera piensas despedirte de ella?

—No quiero que se ponga triste.

—Eres un miserable. ¿Tu hija no te importa nada?

—Claro que me importa, pero ya te lo dije. Sé que está bien cuidada por ti y por Olivia. Yo solo sería un estorbo.

—En eso te doy la razón.

—En fin, Gara. Ha sido un placer ponerme de acuerdo contigo. Seguiría charlando, pero tengo prisa. Me espera un vuelo en un par de horas.

—Claro, no te preocupes. Ya charlaremos otro día —le contestó ella esforzándose en que su tono sonara lo más sarcástico posible. Como decía Claudia, el sarcasmo se le daba bien.

Mientras lo veía marcharse, el desprecio tensó cada músculo de su cuerpo. Se lamentó de que Marisela sufriera la mala suerte de tener a un padre como él. Eso sí, a todo ese desprecio se unía la sensación de que se había quitado un peso de encima para echarse otro del que dudaba si no

sería más grande aún.

\* \* \*

La sede de la fundación Esquivel era un edificio majestuoso, de estilo modernista con fachada de piedra, que hacía esquina entre la calle El Pilar y Valentín Sanz, mirando hacia la Plaza del Príncipe. Gara había decidido dejar su coche en los aparcamientos subterráneos del mercado Nuestra Señora de África y llegar hasta allí dando un paseo para calmar los nervios. Sin embargo, a medida que se acercaba, la inquietud iba en aumento. Al menos un par de veces estuvo a punto de darse la vuelta. Si no fuera porque el dinero de Claudia le había permitido quitarse a Fran de encima, no lo hubiera dudado.

Se detuvo frente a la entrada de la fundación y la observó con interés. Era una puerta enorme que se abría a un vestíbulo con los suelos de mármol y una escalera ancha y recta que partía de él. Gara tomó aire para dejar los nervios atrás y se adentró en el edificio. Pensó en la *regla del siete* que le había contado Claudia y se preguntó si sería real o una excusa inventada sobre la marcha para tranquilizarla. ¿Y si Esquivel estuviese enamorado de la adversaria? De ser así, solo tendría ojos para ella y ninguna regla de marketing iba a cambiar eso.

Ascendió las escaleras, atenta a cada peldaño. Iba vestida con elegancia, con un pantalón negro y una blusa de color beige, y calzaba zapatos de tacón. Un mal paso y todas sus pretendidas dotes de seducción se irían al suelo con ella. Por suerte se había decidido por un pequeño bolso de mano que le dejaba los brazos libres para equilibrarse.

Cuando llegó a la planta alta, se encontró con una sala cálidamente iluminada, y algunos corrillos de gente elegante. En ningún momento de su vida se había sentido tan indefensa como entonces. Ni siquiera tenía el apoyo de Ruth a su lado. Estaba sola y no sabía cómo iba a salir aquello.

Y entonces, una voz junto a ella la hizo volverse.

—Señorita.

La que le hablaba era una joven de pelo corto y vestida con un traje de chaqueta azul a modo de uniforme.

—¿Sí? —preguntó Gara.

—Necesito ver el código QR.

—¿El código qué?

—Se lo habrán enviado al móvil. Lo necesito para comprobar su invitación.

Gara recordó el mensaje con aquel recuadro que le había enviado Claudia hacía un par de horas.

—Ah, sí.

Sacó su móvil y se lo mostró a la joven. Esta levantó uno de esos lectores de láser que parecen pistolas e iluminó con una luz roja su teléfono. Luego miró el ordenador que tenía a su lado y dijo:

—Muy bien, señora San Román. Gracias por venir, disfrute de la exposición.

—Gracias.

Gara avanzó por la sala más ocupada y vio que se habían formado varios corrillos de cuatro o cinco personas. Algunos la miraron, pero siguieron con sus conversaciones. Allí no pintaba nada. Llegó hasta otra donde había mucha menos gente. En esta, todo el protagonismo lo ocupaban los cuadros. La visión le pareció irreal. Había estudiado aquellas pinturas durante la noche y ahora

creía un lujo tenerlas delante. Solo por eso ya había merecido la pena haberse acercado hasta allí. Paseó despacio y se detuvo en cada una de ellas.

Estaban todos esos cuadros a los que había conocido en blanco y negro sobre una hoja de papel. El *Retrato de Madame Josette Gris* en sus tonos grises, negros y blancos; *La guitarra sobre la mesa*, con su azul predominante; *La mujer con una mandolina...*

Pero se quedó de piedra cuando vio el *Arlequín con Guitarra*. Era el cuadro que más la había impresionado en la información de Claudia y ahora lo tenía allí delante. Veía los trazos del pincel del pintor y no se podía creer que hiciera más de cien años que se habían hecho.

—¿Señora? —dijo una voz de hombre a su espalda.

Cuando Gara se volvió, se encontró con un camarero que portaba una bandeja llena de copas de champán. «No está nada mal», pensó. Tomó una y le dio las gracias para volver a sumergirse en los cuadros. Siguió avanzando y se detuvo esta vez en *Botellas y cuchillo*, uno de los primeros cuadros cubistas de Gris. Se acordaba de su descripción. Era un bodegón cortado con duras líneas oblicuas que le daban un volumen fuera de lo común.

«Vaya, no se me ha olvidado».

Y entonces la interrumpió una mujer cargada con una bandeja de canapés, pero declinó la oferta al recordar las palabras de Claudia cuando le había dado hacía un rato las últimas lecciones sobre cómo comportarse. «No comas nada, nunca se sabe lo que se te puede quedar pegado en los dientes».

Gara siguió caminando y torció una esquina para encontrarse en una sala solitaria en la que figuraba un solo cuadro. No se podía creer lo que estaba viendo. Aquello sí que era una sorpresa. ¿Cómo era posible que una obra como esa estuviera ante sus ojos? Cuando leyó sobre ella en las hojas impresas de Claudia, apenas si le había llamado la atención, pero ahora, a simple vista, la dejaba sin palabras. La estuvo mirando por lo menos durante diez minutos. El tiempo a su alrededor pareció detenerse y perdió la consciencia de todo cuando la rodeaba. La única realidad eran las formas de aquel retrato.

—Es la joya de la exposición —le dijo una voz detrás. Gara volvió en sí y el corazón se le aceleró. No se tuvo que volver, ya sabía de quién se trataba—. Todas las obras son préstamos del Museo Reina Sofía, pero no sabes lo que ha costado que el *Metropolitan* nos preste este.

—Es el único cuadro de la exposición que no es de Juan Gris —respondió ella.

—Cierto.

Cuando Gara se dio la vuelta, se encontró con los ojos azul oscuro y la barba recortada del hombre atractivo al que había visto en el club de pádel y que miraba la pintura con una copa de champán en la mano y la misma pasión que ella. Luego, sus pupilas se encontraron y su piel se erizó sin pretenderlo. «No bajes los ojos, no bajes los ojos», pensó, y no lo hizo. Los dirigió de nuevo al cuadro y dijo:

—Es el retrato que Modigliani le hizo a Gris en 1915. Dicen que lo pintó en una sola sesión. Si eso es verdad, resulta prodigioso.

Se sorprendió de que toda esa información almacenada en su cabeza le saliera de forma tan natural.

—¿Eres experta en Juan Gris o en Modigliani?

A Gara le hizo gracia que Esquivel usara la palabra experta para referirse a ella.

—En ninguno de los dos. Me interesan mucho los artistas de principios del siglo XX, pero mi camino no ha seguido por el arte. Ya me hubiera gustado.

«¡Vaya trola!».

—Me llamo Damián Esquivel.

—Gara San Román, encantada.

Se estrecharon las manos y a Gara le gustó su tacto. Eran suaves y su apretón firme, aunque no demasiado.

—Te vi ayer en el club de pádel, no te había visto antes por allí. ¿Eres socia?

Gara se quedó sorprendida. Hubiera jurado que su presencia en el club había sido imperceptible para todo el mundo salvo para aquellos dos instructores.

—No, no... qué va. Iba a acompañar a una amiga.

—Ah. ¿Aquí también vienes acompañando a alguien?

—Aquí vengo por Juan Gris. No podía esperar a que se expusiera al público. Una amiga me consiguió una invitación.

—Tienes muchas amigas.

—La verdad es que sí.

—Me estabas diciendo que tu camino no había seguido por el mundo del arte.

—Bueno, me gustaría pensar que en cierto modo hago algo de arte, aunque delante de un Modigliani casi me da vergüenza.

—Me tienes intrigadísimo, ¿a qué te dedicas?

—Soy tatuadora.

—¿En serio? Te estás quedando conmigo. No tienes pinta de tatuadora.

—¿Y qué pinta tiene una tatuadora?

—Los tatuadores suelen llevar una muestra de su trabajo encima.

Gara vio los ojos de Damián recorriendo su cuerpo. «Confianza», le había insistido Claudia, así que no se iba a cortar por esa mirada. Incluso la disfrutó. Se sintió bella con su nueva apariencia y los ojos de Esquivel se lo estaban confirmando.

—¿Conoces a muchas tatuadoras?

—A ninguna. Soy antitatuajes.

—¿Antitatuajes? ¿Eso es un eufemismo para decir que padeces belonefobia?

—¿Y eso qué es?

—Miedo a las agujas. Es habitual entre algunos de mis clientes.

—Yo no tengo... ¿Tú tampoco llevas tatuajes? Eres una tatuadora muy rara.

—Ah, a eso te referías con lo de llevar el trabajo encima. Tengo tatuajes, solo que no a simple vista.

—Hmm... ¿Me voy a quedar con las ganas de ver tu arte? Tú has visto el mío —dijo señalando a los cuadros.

En otro tiempo, la mirada de Gara se hubiera ido al suelo casi directamente ante la insinuación tan descarada. Sin embargo, por alguna razón que no comprendía, las palabras de Claudia se hacían eco en su mente por encima de sus complejos. «No mires al suelo. Esto es un juego, juega. Tú eres el premio». Así que hizo lo que haría cualquiera cuando algo le hacía gracia. Se rio.

—Me voy a quedar colgado de esa risa —comentó Damián mirándola a los ojos.

—¡Vaya! Vas a saco, ¿eh?

—Solo cuando merece la pena.

Alguien se aclaró la garganta a un metro de distancia y ambos se volvieron hacia la tos. Un hombre de baja estatura y muy delgado se restregaba las manos con la cabeza gacha.

—Disculpe que lo moleste, señor Esquivel —dijo con un evidente acento francés—, pero el Consejero de Cultura del Gobierno de Canarias, el señor Fierro, está a punto de llegar.

—Bien, Armand, gracias. Enseguida bajo.

Después de decir esto, Damián se volvió hacia Gara.

—Discúlpame, mis obligaciones... Ya sabes. Tal vez podamos seguir hablando luego. A ver si me enseñas algún tatuaje.

—No cuentes con ello.

Damián se alejó de ella riendo.

En la siguiente media hora, la afluencia de gente a la exposición se dobló o triplicó. Hombres con traje y corbata y sus mujeres vestidas con elegancia se agrupaban alrededor de los cuadros comentando lo bonitos que les parecían. La pequeña sala del Modigliani fue la que más éxito tuvo y Gara se lamentó de no poder disfrutar de aquella belleza en soledad, como lo había hecho hasta entonces. Contempló a una comitiva de políticos, de unas diez personas, encabezada por un hombre orondo enfundado en un traje negro acompañado de Damián Esquivel, con su traje sin corbata, que se desenvolvía con mucha más naturalidad que el político. Una mujer iba agarrada de su brazo. Gara la reconoció como a Victoria Velasco, su prometida. «La adversaria», como decía Claudia.

Victoria Velasco sí que era guapa. Desde luego mucho más que cualquiera de las otras mujeres que llenaban la exposición. Tenía el pelo negro y rizado que le caía en forma de melena sobre los hombros. Llevaba un vestido blanco y discreto con falda por debajo de las rodillas y sin mangas ni escote. Durante un segundo, a Gara le pareció que sus miradas se cruzaban, pero Vicky comenzó a hablar con una mujer que tenía a su lado. A Damián se le veía entusiasmado contando anécdotas sobre los cuadros y sobre el pintor mientras los políticos lo escuchaban con atención. Gara comprendió entonces que su función se había terminado y que su actuación, después de todo, no había estado nada mal.

\* \* \*

La chica le dio un beso y luego salió de la habitación. Cuando Kevin Bacon se quedó solo en la cama, Gara ya supo lo que iba a pasar en no demasiado tiempo. Le había hecho gracia ver al actor tan joven, era al único al que conocía, pero la película la estaba aburriendo hasta el bostezo. Bacon empezó a fumar marihuana y casi al instante una mano apareció de debajo de la cama y le sujetó la frente. Una punta metálica, como de una flecha, le atravesó el cuello haciéndole chorrear una sangre más falsa que un Velázquez pintado con rotuladores.

«Suficiente», pensó y detuvo la película arrepintiéndose de haber aguantado hasta los cuarenta minutos. *Viernes 13* no había envejecido bien. A todos los efectos especiales se les veía el cartón, los actores eran malísimos y la música muy estridente. Ella estaba más acostumbrada a las películas actuales. Le daban más miedo.

Volvió la cabeza hacia la habitación de Marisela. La puerta permanecía entreabierta y por ella se reflejaba la luz de su teléfono. La había entristecido la noticia del regreso de su padre a Ámsterdam. Gara le contó una excusa para explicar por qué no se despidió de ella, pero le permitió conservar el móvil. Al menos eso la alegró algo y ahora la tenía entretenida.

Pero ella sí que estaba contenta. El día no había ido nada mal después de todo. Aunque no le gustaba cómo Fran había dejado tirada a su hija, se dijo que no era una noticia tan mala, que Marisela estaría mejor sin él. Y luego, la exposición. El encuentro con Damián Esquivel fue divertido. Gara se sentía orgullosa por cómo había lidiado con un toro como aquel. El tipo tenía

tablas, se le veía a la legua, pero ella no se había quedado atrás. Jugó bien sus cartas. Quizá contase con unas cualidades para tratar a los hombres que no había descubierto hasta ese momento. De lo que no tenía ni idea era de cuál iba a ser el siguiente paso. Estaba segura de que le tocaría a él darlo, eso lo tenía bastante claro, pero ¿cómo debía comportarse entonces? ¿Seguiría jugando o tendría que pararle los pies de una forma más seria? Ya empezaba a comprender que ser escurridiza era la clave de todo. En medio de todas esas dudas, llamó a la única persona que se las podría aclarar, su gurú particular.

—Hola, querida.

—Lo he conocido, Claudia.

—¿Ya? ¿Tan pronto? Va más rápido de lo que pensaba. ¿Has seguido mis consejos?

—Sí, creo que sí. Procuré relajarme y todo se desarrolló bastante fluido.

—Genial.

—Ah, por cierto. Me había visto en el club.

—¡Oh, querida! Esa es una magnífica noticia. Significa que se fijó en ti. ¿Y él, qué tal? ¿Se mostró relajado, o inseguro...?

—Nunca había conocido a un hombre tan seguro de sí mismo. Me tiró la caña desde el minuto uno. No se va por las ramas, te lo aseguro.

—Está acostumbrado a que le digan que sí. Ahora, lo normal, querida, es que dé él el siguiente paso. Tu misión será administrar su interés.

—¿Y cómo se hace eso?

—Para los hombres como Damián, acostarse con una mujer es el fin del camino. Creen que así la poseen y luego pueden dedicarse a la siguiente conquista. Se lleva a las mujeres a la cama sin molestarse en conocerlas, de esa manera le resulta más fácil dejarlas. Normalmente, las que acceden a sus deseos lo hacen obnubiladas por su poder y su atractivo, pensando que si se muestran solícitas y complacientes él las mantendrá a su lado. Casi siempre es todo lo contrario, querida.

»Tú vas a hacer que te persiga, porque mientras lo hace te irá conociendo, que es precisamente lo que no desea. Querrá saber qué hay de especial en ti para que no caigas rendida a sus pies, como las demás.

—Pero yo no tengo nada de especial. En cuanto me conozca...

—Te equivocas, querida. Serás especial para él. Déjame eso a mí. Tú haz lo que yo te diga.

—¿Y después?

—¿Después qué?

—¿Me tengo que acostar con él?

—Bueno, solo si te apetece. No entra en el trato. Normalmente, no debería ser necesario. Habrás despertado sentimientos en él antes de llegar a eso. En cuanto te confiese su amor, se habrá terminado nuestro acuerdo.

A Gara se le escapó una risa nerviosa.

—¿Qué ocurre, querida?

—Todo esto me sigue pareciendo delirante. Solo hemos hablado una vez y ya estás pensando en cómo se va a declarar.

—Eso es porque sé que lo hará.

—¿Y qué vas a hacer tú cuando eso ocurra? ¿Por qué me pides todo esto?

—De eso no te tienes que preocupar ahora.

—¿Es algo ilegal? ¿Eres una chantajista o una timadora o algo así?

—¡Qué! —Claudia soltó una carcajada—. ¿De dónde has sacado eso?

—No sé, es lo que parece. Le he dado muchas vueltas y no se me ocurre otra razón por la que quieras que se enamore de mí.

—Hay una buena razón, pero no es la que te imaginas.

—¿Y por qué no me lo puedes decir?

—En primer lugar, porque eso fue lo que acordamos. Me gusta que se respeten los tratos que hago. Y, en segundo lugar, porque si lo supieras no cumplirías con tu parte tan bien como lo estás haciendo. Y no me hagas más preguntas, querida, eso también formaba parte del trato. Estoy cansada, me voy a la cama. No olvides mis lecciones. Deja que te vaya descubriendo poco a poco y empiece a imaginarse a tu lado fuera del dormitorio.

—Hay otra cosa que me preocupa.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Claudia un poco exasperada.

—Su novia.

—La adversaria.

—Se les ve bien juntos, y es muy guapa. Es rica y tiene estilo.

—Mira, Gara. Esa mujer ha decidido sacrificar su dignidad para que la vean con Damián a su lado. Y eso, querida, nunca es buena idea.

—¿Cómo sabes todo eso?

—¿Qué te he dicho de las preguntas?

—Ya, perdona.

—Descansa esta noche, querida. Lo has hecho muy bien.

—Gracias, lo mismo te digo.

Al colgar, Gara pensó en él. ¿Cómo sería tener a un tipo como Damián interesado en ella?

\* \* \*

Claudia colgó el móvil y suspiró. Colocó el aparato en la mesilla de noche y luego se puso las gafas para seguir leyendo la pantalla de su *iPad*.

—¿Y bien? —preguntó Jorge Esquivel echado a su lado.

—Tu hijo ha mordido el anzuelo.

—¿En serio? ¿Tan pronto?

—Es un cazador y Gara es una pieza a la que no se ha podido resistir.

—¿Ves como no había de qué preocuparse? Si no os relaciona a ti y a la chica, la amenaza no hará más que confundirlo.

—No era una amenaza.

—Ya, pero sonaba como tal. ¿Qué es eso? —inquirió Jorge señalando al *iPad*.

—Es el correo electrónico de Victoria Velasco. Le gusta que la llamen Vicky. Estos malditos diminutivos... En fin.

—¿Cómo has conseguido meterte en su correo electrónico?

—En este país, los informáticos están muy mal pagados. No ha sido muy difícil encontrar a uno que haga el trabajo. También me he metido en su WhatsApp.

—¡Dios santo! Eres mucho peor de lo que pensaba.

Claudia rio.

—Esto no es nada. He hecho cosas mucho peores. Hay que tener al enemigo vigilado. Solo

estamos empezando y todo se puede estropear en cualquier momento.

## CAPÍTULO VII

Vicky advirtió que Damián, de espaldas a ella, estaba demasiado tranquilo. Observaba a una mujer que permanecía absorta ante el cuadro de Modigliani en la sala adyacente. Se acercó hasta él y le dio la mano.

—¿No estás nervioso? —le susurró al oído.

—¿Nervioso? ¿Por qué?

—Esta exposición ha levantado mucha expectación. No siempre podemos tener una colección tan amplia de Juan Gris en Tenerife. Vendrán todas las personalidades, hasta el consejero de cultura.

—Parece que seas tú la que me quiere poner nervioso.

—No, es solo que siempre me sorprende que tengas tanta tranquilidad.

—Eso es porque sé lo que va a ocurrir.

—¿Ah, sí? ¿Ves el futuro?

—En este caso, sí. Aparecerán los políticos, me estrecharán la mano y me dirán que he realizado una gran labor por la cultura en Canarias. Nos haremos fotos sonriendo delante de los cuadros y nos felicitaremos por lo importantes que somos todos.

Vicky lo miró a los ojos sin perder la sonrisa.

—Eres un cínico.

—He aprendido a serlo.

—¿No crees que puedan ser sinceros cuando expresan su alegría?

—No estoy rodeado de mucha sinceridad.

A Vicky se le heló la sonrisa en el rostro.

—¿Ahora de quién estás hablando?

—Me voy a casar contigo, voy a ir a la iglesia a expresar un montón de promesas que no pienso cumplir y vamos a representar ante todo el mundo una farsa bastante convincente.

—Nadie te obliga.

—Tiene gracia que me digas eso precisamente tú. «No vas a ser presidente del Tenerife a menos que te cases conmigo». ¿No fueron esas tus palabras?

—Puedes renunciar a la presidencia.

Ahora Damián la miró directamente al interior de sus pupilas. Podía percibir lo molesto que estaba. Vicky lo retaba a que rompiera el compromiso porque pensaba que no lo haría, pero si se pasaba, si hería su orgullo, ya se podía despedir de la boda.

—Me preguntaba... —empezó él a decir.

—¿Sí?

—En un matrimonio como el nuestro, sin sentimientos, no habrá lugar para los celos, ¿no?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Bueno, supongo que no habrás pretendido en ningún momento que te guarde fidelidad.

Ahí estaba, la respuesta a su reto.

—¿Quieres castigarme por obligarte a casarnos? Ya te lo he dicho, siempre puedes decir que no.

Damián se puso serio. En un momento, había desaparecido la sonrisa sardónica de sus labios.

—No te voy a ser fiel —aseguró.

—No soy idiota, ya me lo imagino.

—¿Y vas a poder aguantarlo?

—Es posible que aún no te hayas dado cuenta, pero voy a ser la mujer más importante de tu vida. ¿Crees que me van a inquietar todas esas chicas insignificantes que pasarán por tu cama y de las que no te vas a acordar ni del nombre?

Damián guardó silencio un instante, pero enseguida volvió al ataque.

—¿Ves a la joven rubia que está frente cuadro de Modigliani?

Vicky levantó la vista por encima de los hombros de su prometido.

—Sí —dijo.

—¿Y si voy hasta allí y le tiro los tejos?

—¿Pretendes humillarme?

—No hay celos, ¿no?

—Estás probando mis límites, ¿verdad?

—Sí, quiero saber antes de casarme cuánta libertad tengo. Cuánto eres capaz de aguantar.

—No soy tu enemiga, Damián.

—¿Entonces?

—Te iba a decir que no voy a sufrir por ello, pero no estoy segura de si eso es lo que quieres oír o, todo lo contrario.

—Ya veremos si sufres o no.

Damián se dio la vuelta y se dirigió a la pequeña estancia donde la joven rubia contemplaba el cuadro solitario. Vicky vio cómo le hablaba a su espalda y cómo ella se giraba y le respondía. Luego entablaron una conversación mientras la futura señora de Esquivel los observaba con un puñal clavado en el corazón.

—¡Armand! —exclamó y enseguida apareció el empleado francés de la fundación, con su aire solícito y aquella sonrisa falsa que tanta grima le daba a Vicky.

—¿Señora?

—¿Quién es? —le preguntó señalando con la barbilla a la joven que hablaba con Damián.

—No recuerdo su nombre, señora Velasco —respondió Armand con acento francés—. Pero creo que es amiga de la mujer del vicepresidente del Parlamento. Fue ella la que llamó para conseguirle una invitación.

—Ya.

—¿Quiere que averigüe cómo se llama?

—No hace falta. Ve a avisar a Damián. Dile que el Consejero de Cultura está a punto de llegar.

—Sí, señora.

El resto de la tarde le resultó como si estuviese paseando por una calle empinada. Cada vez le costaba más sonreír a los invitados de Damián y mostrarse simpática. Cuando tenía ocasión, le echaba un vistazo a aquella joven que permanecía distraída en los cuadros y luego se hacía a sí misma la pregunta que le había hecho Damián un rato antes. ¿Iba a ser capaz de aguantar? Tal vez si le daba la impresión de que no le importaba, él perdería interés en las demás mujeres. Vicky era atractiva y lo sabía. Sería capaz de darle lo mismo que cualquiera.

Mientras el Consejero de Cultura observaba el Modigliani y Armand le contaba la curiosidad de cómo el pintor italiano había retratado a Juan Gris, Vicky se deslizó entre los invitados y se colocó junto a su prometido. Apretó su mano a la de él y apoyó la mejilla en su hombro.

—¿Qué tal la rubia? —le preguntó al oído.

—Creía que te daba igual.

—Y me da igual, es solo curiosidad.

—No estoy seguro de que esto vaya a salir bien, Vicky. No sé si esperas que cambie, pero eso no va a ocurrir.

—Saldrá bien, ya lo verás. Y no espero que cambies.

En ese momento, el consejero se volvió y se dirigió a Damián.

—Es fantástico. No sé cómo lo has hecho, pero es todo un éxito que tengamos aquí un Modigliani.

—Es solo un préstamo, consejero —respondió él.

—Ya, ya, pero aun así es algo increíble.

Vicky pensó en lo aburrida que iba a ser la cena posterior, con todos esos hombres importantes hablando de cuadros y halagando a Damián por ser tan hábil.

\* \* \*

Damián apoyó las manos en la nuca y se recostó en su sillón. La exposición de Juan Gris había sido todo un éxito y ahora podía disfrutar de que en los periódicos el apellido Esquivel se asociara a un hito cultural y no al fracaso de la asamblea del Tenerife. También eso se arreglaría pronto, aunque lo de Vicky aún lo tenía desconcertado. No era un simple matrimonio de conveniencia. Los celos habían aparecido por primera vez en ella —cualquiera se hubiera dado cuenta— cuando él se había fijado en aquella chica frente al Modigliani.

Le pareció un juego haberse acercado a ella ante la mirada de su prometida. Una pequeña maldad para hacerle pagar a Vicky la osadía de pretender atraparlo. Pero ahora no dejaba de pensar en la joven tatuadora que le provocaba un familiar hormigueo, una excitación por la caza que estaba por llegar. Además, seguro que la pieza resultaría de calidad. No iba a ser una simple conquista a la que había conocido en un bar. De alguna manera, sabía que acostarse con aquella muchacha representaría todo un reto. Y era imposible que a Vicky le diera igual, como afirmaba. Desde luego, ser su mujer no le iba a parecer un camino de rosas. La pondría a prueba, y mucho. La tatuadora era solo el principio.

Tomó el auricular del teléfono de su mesa y marcó decidido.

—Dime —contestó Javier al otro lado.

—Oye, ¿crees que puedes conseguir el teléfono de alguien que estaba ayer en la exposición?

—No lo sé. Las invitaciones se entregaron por código QR, supongo que puedo llamar al informático. ¿Cómo se llama?

—Gara San Román.

—Mmm, una mujer. ¿Quién es?

—¿Recuerdas a una rubia de media melena? Delgada, guapa, ojos verdes...

—Uf, ni idea. Pero déjame intentarlo. En un rato te digo algo.

—Estupendo. Gracias, Javier.

No pasó más de una hora antes de que su hermano lo llamara.

—Apunta.

Le recitó los números y Damián los escribió veloz en su propio móvil.

—¡Magnífico! —exclamó—. Eres el mejor.

—Ya lo sé. No me pagas lo suficiente.

—Si tuviera que pagarte todo lo que te mereces, me arruinaría.

—Ya será menos, puto tacaño.

Damián rio mientras colgaba y luego marcó el número que le había dado su hermano. Cruzó los dedos para que aquella muchacha no fuera de las que no contestan a números desconocidos. Sonaron los tonos y una alegría recorrió su cuerpo cuando oyó la voz al otro lado.

—¿Sí?

—Hola, soy Damián Esquivel. No sé si me recuerdas, pero estuvimos charlando ayer en la exposición de Juan Gris.

—Ah, sí, al que le daban miedo las agujas.

—Te gusta meter el dedo en la llaga, ¿eh?

—Es mi pasatiempo favorito.

—Oye, ¿cuándo nos tomamos algo tú y yo?

—Sí, también recuerdo que eras bastante directo.

—¿Para qué perder el tiempo? ¿Esta noche? Paso a recogerte.

—Espera, voy a consultar mi agenda —Se hizo un silencio al otro lado de la línea—. Veamos... No, esta noche no puedo.

—Mañana.

—Es que voy a estar muy ocupada los próximos veinte años.

—Pues se te van a hacer muy largos, porque voy a ir detrás de ti hasta que aceptes.

—Vaya, un acosador.

—Tranquila, soy inofensivo. Eso sí, muy pesado.

—¿Sabes a cuántos moscardones como tú me he quitado de encima a lo largo de mi vida?

—Con lo buena que estás, supongo que a unos cuantos, pero ninguno era como yo, te lo aseguro.

—¿Qué te hace tan especial?

—Sal conmigo y lo averiguarás.

—Ya, pero es que no soy idiota.

—Claro que no, si fueras idiota no te invitaría a salir.

—Sé perfectamente el tipo de hombre que eres, ya me lo mostraste en la exposición, con tu novia no muy lejos de nosotros. ¿Cuántas mujeres han pasado por tu vida? ¿Las has contado siquiera? Yo me tengo en mejor estima.

Lo siguiente que oyó Damián fue el sonido del fin de la llamada. Por un momento sintió el enfado al sentirse rechazado y cómo subía por su pecho hasta la cara. Por suerte esa sensación tan desagradable la vivía pocas veces, pero cuando ocurría le servía como acicate. «Esta sabe jugar tanto como yo —pensó—. Voy a tener que provocarla un poco».

Tomó de nuevo el teléfono fijo y llamó a Rosa.

—¿Sí?

—Oye, Rosa. ¿Me puedes conseguir la dirección de una empresa?

—Claro, señor Esquivel. ¿Cuál es el nombre de la empresa?

—No tengo ni idea. Su titular es Gara San Román. Es tatuadora, así que tendrá algún estudio de tatuaje o algo así.

—Vale, un estudio de tatuaje. Enseguida se lo busco.

—Gracias, Rosa.

\* \* \*

Se había pasado todo el día pensando en ella y ahora estaba delante de su estudio. Era la primera vez que Damián iba a entrar en un establecimiento como aquel. Había pasado infinidad de veces por delante de muchos de ellos, pero nunca se fijó demasiado. En su imaginación, se había hecho a la idea de que se encontraría con una cueva oscura llena de gente rara con pinta de moteros esperando a que le grabasen en la piel todo tipo de dibujos siniestros. En ningún caso se le pasó por la cabeza que un lugar así pudiera tener ese aspecto.

Se detuvo frente a la puerta de cristal y echó una mirada al interior con curiosidad. Era una sala de espera de paredes blancas y suelo del mismo color, con un pequeño mostrador de madera en un extremo que cubría la entrada a un pasillo largo e iluminado con lámparas fluorescentes. Los muebles tampoco parecían decorados por los Ángeles del Infierno, como se imaginaba. Había unos sillones cuadrados de color gris alrededor de una mesa baja de cristal. Aquello parecía más la consulta de un dentista que el estudio de una tatuadora. Si no fuera por el cartel de la fachada hubiera pensado que Rosa se había equivocado de dirección.

Damián agarró con seguridad el pomo de la puerta, lo giró y empujó para encontrarse con el molesto sonido de un timbre que sonó un par de veces. Se quedó parado en el umbral sin saber muy bien qué hacer. De pronto, del fondo del pasillo surgió la misma voz que el día antes le estuvo hablando de Modigliani en la exposición.

—Enseguida salgo. Seas quien seas ponte cómodo.

Damián se sentó en uno de los sillones grises y se recostó en el respaldo. Echó un vistazo al lugar para fijarse en las fotos que colgaban de las paredes. Al principio le costó encontrarles formas más allá de los tatuajes, pero después comprendió que se trataba de distintos miembros corporales decorados con todo tipo de dibujos. A él siempre le había parecido de muy mal gusto decorarse la piel con aquellos esperpentos, pero vistos así, por separado —un bíceps, un muslo, un antebrazo...—, aún le pareció más grotesco.

Desde el pasillo llegaba un sonido uniforme, como de un motor, que no paraba nunca. Al menos durante diez minutos no se oyó nada más. Luego, el motor se detuvo y la voz de Gara sonó en la lejanía.

—Vale, por hoy hemos terminado. Te lo voy a vender y seguimos en la próxima sesión.

Después se hizo el silencio hasta que aparecieron dos personas caminando por el pasillo. Uno era un tipo enorme, con músculos de Hulk, y vestido con un pantalón corto beige y polo negro. Llevaba los brazos tatuados y un aparatoso vendaje en la pantorrilla. Lo acompañaba la joven experta en cuadros. Esta levantó las cejas cuando vio a Damián en el sillón gris, pero no dijo nada. Continúo su camino hacia la puerta y una vez allí, la abrió para su cliente.

—Bueno, Peter, ya sabes que debemos esperar a que se cure antes de continuar. Te buscaré un día dentro de unas cuatro semanas.

—Vale, ¿me llamas? —respondió el cliente con acento extranjero.

—Sí, no te preocupes. Te llamo y te digo qué día quedamos. Acuérdate de usar mucha crema hidratante.

—Sí, tranquila, no es mi primer tatuaje.

—Ya veo. Adiós, Peter. Cualquier imprevisto, ya sabes mi número.

—*Ok, bye.*

Gara cerró la puerta de cristal y luego se volvió hacia Damián.

—Si es el acosador —dijo.

—Como si no estuvieras encantada de que te acose.

—Eres un poco creído, ¿no?

—Sí, me lo dicen mucho.

—¿A qué has venido? ¿Preparo las agujas?

—No hace falta. He venido a invitarte a una copa.

—Ya te dije que no podía en los próximos veinte años.

—También me dijiste que te tenías en bastante buena estima como para salir con alguien como yo.

—Así es.

—Pues fíjate que yo creo que es todo lo contrario.

—¿Y eso?

—No voy a negar que he estado con un montón de mujeres, aunque no tantas como dicen. Y tú no te atreves a salir conmigo porque no crees que tu suerte sea muy distinta a la de todas ellas.

—¿Eres psicólogo o algo así?

—No hay que serlo para darse cuenta. Tienes miedo de ser una más, de no sentirte especial, por eso ni lo intentas. No es que no confíes en mí, es que no confías en ti misma.

—¡Guau! Vaya un análisis más profundo, sobre todo porque no me conoces de nada.

Damián se puso de pie y se acercó despacio a Gara. Ella no retrocedió, lo que le pareció buena señal.

—Me gustaría conocerte —dijo en un tono más conciliador.

—No creo que eso sea verdad.

—¿Por qué crees que estoy aquí entonces?

—Ya, estás obnubilado con mi personalidad —respondió ella con ironía.

—¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Porque no te lo crees ni tú y se te nota mucho.

—Acepta mi invitación y déjame demostrarte que estás equivocada. Tampoco te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Gara se le quedó mirando. Había duda en sus ojos y Damián supo que ya estaba casi convencida.

—Como acosador soy inofensivo, pero también bastante insistente. Te prometo que, si no te lo pasas bien, no te molestaré de nuevo.

—¿No te volveré a ver?

—Tienes mi palabra.

—Está bien —murmuró a regañadientes.

—Tengo mi coche aparcado ahí enfrente.

—No, te seguiré con el mío. Así podré largarme cuando me dé la gana.

—Vale, pero ya verás que no será necesario.

\* \* \*

La entusiasmaba lo bien que se le estaba dando el juego. El truco consistía en soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza, sin pensar demasiado, sin comerse el tarro. Responder sin miedo a las provocaciones de Damián Esquivel con nuevas provocaciones.

Cuando Gara se quitó la chaqueta, notó la mirada de él en los tatuajes de sus hombros. De forma descarada, recorrió con los ojos intensos y azules las rosas y espinas dibujadas en su hombro derecho y parte de la espalda y las letras en árabe con el nombre de Nerea en el izquierdo. Una sonrisa apenas perceptible apareció en los labios de Damián, se alegraba de haber confirmado el tópico. Gara actuó como si nada, ignorando las miradas, como si fuera lo más normal del mundo que aquel hombre tan atractivo la devorara con la vista.

Había cumplido con todas las instrucciones de Claudia y eso la hacía sentirse segura de sí misma. Se había tomado el flirteo como una partida de ajedrez. Se había hecho la esquivada, aunque no lo suficiente como para quitarle las esperanzas y después había aceptado a regañadientes. Todo según el plan.

Contempló el local. Juzgó que debía de tener más de cien años. Presentaba la apariencia de una vieja taberna portuaria a la que habrían acudido a lo largo de su vida millares de marineros del muelle que tenían delante. Sin embargo, no creía que ahora fuera así. A pesar del decorado, aquel bar era caro, muy caro. Se podía ver por el uniforme de los camareros, por las mesas de madera oscura y por los sillones de cuero negro en los que estaban sentados. También por el resto de los clientes. A ninguno de ellos les salía a devolver en la declaración de la renta. En ese momento se lamentó de no llevar encima las prendas caras que le había comprado Claudia.

Nada más sentarse ambos, apareció un camarero con una amplia sonrisa y les preguntó por lo que deseaban tomar.

—Vino blanco —pidió Gara para no alejarse de las instrucciones de su mentora.

—Whisky con hielo —dijo Damián.

El camarero asintió y se dirigió a la barra. Gara se fijó en que Damián la observaba con una expresión de curiosidad, con el ceño ligeramente fruncido.

—Eres la tía más desconcertante que he conocido —comentó.

—¿Por qué?

—Ahora que veo tus hombros al descubierto, me pega más tu aspecto con tu oficio, pero luego vas y pides vino blanco, y me das lecciones de Modigliani y de Juan Gris... Estás llena de contrastes.

—Es que no creo que aquí tengan calimocho.

Damián rio por la ocurrencia.

—No, no creo —respondió sonriente—. La próxima vez eliges tú el lugar.

En ese momento, el camarero apareció con una bandeja en la mano y depositó las bebidas sobre la mesa. Gara y Damián guardaron silencio mientras lo hacía, y cuando se marchó, Gara dijo:

—Hacéis buena pareja, ¿sabes?

—¿Quiénes?

—Tu novia y tú. Os vi juntos en la exposición, con todos aquellos políticos.

—Tú y yo hacemos mejor pareja.

—Me estás embaucando para que me haga ilusiones. Tú no quieres ser mi pareja.

—Y tú te estás pasando la noche leyéndome la mente.

—Eso es porque tu mente es como un libro abierto.

—¿En serio? ¿No me parezco a ti ni siquiera un poquito? ¿No desprendo el menor misterio?

—¿Misterio? No. Se te ve venir desde lejos.

—Bueno, a ti también se te ve venir, pero en el otro sentido de la expresión.

—¿Qué te crees, que porque me digas que estoy buena voy a empezar a aletear mis pestañas

como una idiota?

—¿Y si uso algo más poético?

—Prueba.

Damián se inclinó hacia ella deteniéndose a un palmo y comenzó a susurrar unos versos:

—Y he de caer en ti, vegetal ambrosía, raro grano que arroja el sembrador eterno, porque de nuestro amor nazca la poesía, que hacia Dios se alzaré como una rara flor.

—¡Guau! Eso no es tuyo ni de coña.

—Es de Baudelaire.

Gara recordó que Baudelaire era un poeta francés o algo así. A una amiga suya del instituto le encantaba.

—¿Lees a Baudelaire? ¡Vaya!

—Claro que leo a Baudelaire, y a otros muchos. ¿Piensas que soy un gañán que va detrás de cualquier falda que se le pone delante?

—Eso es justo lo que pienso —replicó Gara divertida—. Ahora sí que me has leído la mente.

—Bueno, al menos te he sorprendido. No creas que le recito Baudelaire a cualquiera.

—Soy especial, entonces.

—Pues sí, lo eres, aunque creas que no.

—¿De dónde te has sacado eso?

—Lo veo en tus ojos, te imaginas que te voy a dejar tirada en cuanto me acueste contigo.

—Nunca me he imaginado que te fueras a acostar conmigo.

—Ahora estás mintiendo. —Damián la señaló con el dedo índice y volvió a recostarse en su sillón.

Gara se llevó la copa de vino a los labios para evitar ruborizarse, pero no estaba segura de haberlo conseguido. Aun así, no se sintió incómoda. Disfrutaba de verdad de aquel duelo dialéctico. Nunca había estado tan relajada ante un hombre tan guapo y que mostraba tanto interés por ella. Tenía que reconocer que las enseñanzas de Claudia le suponían un suelo sólido en el que apoyarse, en el que sentirse segura. Podía coquetear porque tenía claro cuál era su objetivo. Las palabras resonaban en su mente: «Juega con él, deja que te persiga y esquívalo, hazte la escurridiza». Ese juego del gato y el ratón la fascinaba y aún la sorprendía más lo bien que se le daba.

\* \* \*

El resto de la velada se había desarrollado con mucha menos coquetería. Se pidieron otra copa mientras aparecía un lado serio en Damián Esquivel que hizo que a Gara le despertara aún más curiosidad. Ese lado oculto tras la fachada del seductor y mujeriego le pareció mucho más interesante. Su conversación se volvió profunda cuando empezó a hablar de los cuadros. En realidad, quien dirigía *de facto* la fundación era su hermano Javier, le contó, aunque formalmente él fuera el presidente. Todo esto tenía que ver con que Javier no era un Esquivel, sino el fruto de un segundo matrimonio de su madre. La mejor manera de no tener conflictos con sus muchos primos era mantener la apariencia de que mandaba él.

A Gara, una de sus afirmaciones le resultó mucho más definitiva de su verdadera personalidad que todo el coqueteo que se había traído hasta entonces:

—La fundación hace que me sienta conectado con el mundo. Ya sé que es un poco raro, igual

me estoy poniendo *intensito* con el whisky, pero lo he pensado mucho. En los negocios tengo que ser implacable, incluso egoísta. Si no pienso en mis intereses, estoy perdido. Con la fundación, en cambio, y aunque no sea yo quien toma directamente las decisiones, tengo la sensación de que estoy dejando un legado. Traer aquí, a mi tierra, una pequeña parte, al menos, de la cultura tan increíble que hay repartida por el mundo es algo mágico.

»Nos ha costado conseguir los cuadros de Juan Gris, pero no te haces una idea de lo difícil que ha sido que nos prestaran el Modigliani. Javier se ocupó de las negociaciones, no había día en que no lo viera preocupado por el éxito del trato. Ahora estamos en conversaciones respecto a un Picasso, un Munch y un Van Gogh. El día que estos cuadros aterricen en Tenerife me voy a sentir muy bien, te lo juro. Va a ser como si me bebiera un barril de whisky yo solo.

—Seguro que lo consigues —respondió ella levantando la copa y apurándola después.

—¿Quieres otra?

—No, se me hace tarde. Mañana tengo que trabajar.

Al salir a la calle, las temperaturas habían bajado un poco y Gara se puso la chaqueta y comenzó a pasear en dirección a su coche. Damián caminaba a su lado, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. Torcieron hacia la plaza de Isabel II y siguieron andando hacia el Toscal, donde habían aparcado. Aún había gente deambulando, pero a medida que se iban adentrando en las calles estrechas del barrio, la ciudad se hacía mucho más solitaria.

—¿Por qué no sales conmigo? —dijo Damián de pronto.

—Ya hemos salido.

—No, una cita de verdad. Una cena, luego vamos a bailar...

—¿Como si fuera tu novia?

—Algo así.

—Ya tienes novia.

—Si a ella no le importa, ¿por qué te tiene que importar a ti?

—¿A ella no le importa?

—No.

—¿Se lo has preguntado antes de invitarme esta noche?

—No ha hecho falta, tenemos un acuerdo.

—Todavía me parece más raro.

—¿Por qué? Estamos en el siglo XXI. Los compromisos ya no son tan férreos como antes.

—Pues yo me he quedado en el XX.

—No me lo creo.

—¿Qué es lo que no te crees, que exija cierto compromiso antes de meter a un hombre en mi vida?

—Así que eres de esas

Gara rio.

—Sí, soy de esas.

—¡Me rechazas entonces!

—¿Tanto te sorprende?

—La verdad es que sí, no estoy acostumbrado.

—Tal vez no seas mi tipo de hombre.

Sin esperarlo, una mano fuerte se agarró a la suya, pillándola de improviso y obligándola a detenerse. Damián se arrimó a ella y clavó sus pupilas azul oscuro en sus ojos.

—Repíteme eso —dijo serio.

—¿A qué te refieres?

—Di de nuevo que no soy tu tipo.

Gara guardó silencio. El corazón se le había acelerado hasta sentirlo en la garganta. No le salían las palabras, era incapaz de mentir de una forma tan burda.

—Lo que suponía —dijo él.

Y de pronto, se vio arrastrada hasta un portal abierto y en tinieblas que había a su izquierda. La sorpresa del movimiento la dejó tan confundida que no tuvo voluntad para oponer resistencia. Se vio empujada contra la pared y el cuerpo de Damián se apretó contra el de ella mientras sus ojos azules parecían tenerla hipnotizada. Colocó entonces un brazo a cada lado de Gara que le impidió moverse. Sin darle tiempo a actuar, los labios de él se posaron en los suyos. No fue delicado. La besó con ansia, casi con rabia. Y el cuerpo de ella reaccionó justo como no debería, respondiendo a sus besos, abriendo la boca para que fuera su lengua la que rompiera las barreras. El sabor de su saliva la embriagó más de lo que lo habían hecho las copas de vino. Damián apartó su boca de la de Gara para besarle el cuello mientras una de sus manos le acariciaba el pecho por encima de la camiseta y la otra bajaba por su abdomen de forma peligrosa. A esas alturas a ella le faltaba el aire y era incapaz de negarse a nada. Podría huir, la salida estaba a unos metros. O gritar, eso lo detendría. Pero no lo hizo, aunque la asustara que sus dedos hubieran desabrochado el botón de sus vaqueros. Tampoco huyó cuando bajó la cremallera y sus dedos le acariciaron suavemente el vello del pubis.

—Te puedes ir cuando quieras —le susurró él al oído como si le leyera el pensamiento—, pero no lo vas a hacer, ¿verdad?

—No —respondió ella entre jadeos.

Sintió entonces el roce de sus dedos en sus propios pezones erizados por encima del sujetador, así que ella misma los liberó desabrochando la prenda a su espalda. Ahora la mano de aquel hombre tenía acceso libre para acariciarla por debajo de la camiseta al tiempo que la otra había llegado a su destino. Su respiración se convirtió en un gemido cuando las yemas de Damián palparon su clítoris e hicieron estremecer su sexo. Estaba palpitante y húmedo, podía sentirlo, y él también.

Pero no se detuvo ahí. Sus dedos siguieron bajando un poco más hasta que Gara se sintió penetrada por ellos mientras continuaba la caricia con la palma de la mano. Entonces ella lo agarró con fuerza de su muñeca en un acto reflejo, como si por un instante fuera consciente de que se estaba excediendo y tuviera la obligación moral de pararlo. Él se detuvo y la miró extrañado. Luego, le dijo con autoridad:

—Aparta la mano.

Y ella lo hizo. ¿Por qué lo obedecía con tanta sumisión? Retiró la mano y se aferró a su espalda dura, con los ojos cerrados y buscando el aire que cada vez le faltaba más. Él movía sus dedos dentro de ella muy suavemente y, mientras, aprisionaba su clítoris contra la palma. Temblaban su abdomen y sus piernas sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Se dirigía inexorablemente hacia el orgasmo.

«¿Qué estoy haciendo? —se dijo—. Estoy dejando que todas las enseñanzas de Claudia se vayan por el desagüe». Damián continuó con su maniobra. Ahora las olas de placer iban y venían de forma más seguida y los espasmos de su sexo se hacían más incontrolables.

—No —susurró, como si un pequeño rincón de su cerebro aún tuviera fuerzas para oponerse a aquel error. Pero aquella pequeña parte enseguida quedó acallada por la voz profunda de Damián Esquivel.

—Vamos, preciosa.

Y como si esa orden fuera todo lo que necesitara para liberarse, su respiración se detuvo con todo su ser pendiente del pequeño punto de su cuerpo que él acariciaba. Ya estaba a punto. Vio llegar el clímax y estalló en mil pedazos. Así fue como lo sintió. Su garganta liberó un grito al tiempo que su cuerpo se relajó cayendo sobre el pecho del hombre que la había tratado de aquella manera. La mano de Damián aún se movió un poco más despacio y luego se retiró.

Cuando Gara abrió los ojos, él estaba a un palmo de ella. La observaba serio, en silencio. «¿En qué estará pensando? —se preguntó—. ¿Quiere más? Yo, desde luego, sí». Hizo descender su mano por la camisa hasta llegar al cinturón y más abajo. Lo acarició por encima del pantalón. Pudo sentir su erección tras la tela, pero él estaba inmóvil. Se dejó hacer hasta que Gara comenzó a descender la cremallera y entonces la mano de Damián, que un rato antes había estado dentro de su sexo, la sujetó con fuerza por la muñeca.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella confusa.

Él le apartó la mano y se retiró un paso. La contempló de arriba abajo. Gara se sintió expuesta y un poco rara. Ella misma se vio con el pantalón abierto y las bragas bajadas hasta la mitad de las caderas. Sus mejillas se arrebolaron por un pudor que apareció de pronto. Se tapó rápidamente mientras Damián se volvía a acercar. Sus labios estaban muy próximos a los de ella, así que Gara abrió los suyos para recibir su beso. Un beso que no llegó, porque lo que salió de su boca fueron apenas unas palabras que le quitaron cualquier máscara que se hubiera empeñado en lucir.

—La próxima vez que digas que no soy tu tipo de hombre vas a tener que ser más convincente.

En su boca se dibujó una sonrisa triunfante. Fue como si le dijera: «Has jugado y has perdido. Yo he ganado. Eres mía». Y entonces se dirigió hacia el umbral del portal, dándole la espalda, miró a un lado y a otro de la calle y se marchó. Así, sin más, desapareció en la noche.

Y Gara se sintió como una jugadora novata de ajedrez enfrentándose a Kasparov.

## CAPÍTULO VIII

Gara se mostraba taciturna al fondo de la barra de la cafetería Billy Jean. Era la máscara elegida para que nadie le hablara. En aquel lugar se conocían todos y tal vez con ese aire meditabundo evitaría que la saludaran y le dieran conversación. Ni siquiera Ruth se acercaba. De vez en cuando, la miraba de soslayo, pero eso era todo. Al llegar le había dicho que no tenía buena cara y ella contestó con un lacónico «no he dormido bien». Y era cierto. No había pegado ojo hasta bien entrada la madrugada, cuando ya quedaba claro que el mensaje enviado a Claudia a las cuatro no iba a obtener respuesta.

Se llevó el café a los labios y lo sorbió con cuidado de no quemarse, pero ni siquiera disfrutó de su sabor. Era más bien como una medicina, un trámite que debía completar aquella mañana para volver a sentir que regresaba a su antigua vida. Cuando se lo terminó, puso unas monedas sobre la barra y esperó a que Ruth le devolviera el cambio.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—Nada, estoy bien.

Lo último que le apetecía era contarle los pormenores de lo que había sucedido con Damián Esquivel. Se sentía tan idiota, tan ridícula... ¿Cómo se le había ocurrido pensar que ella iba a seducir a un tipo que le daba mil vueltas? A las primeras de cambio se había comportado como lo que era, una pardilla que se creía muy lista.

Se marchó de la cafetería sin despedirse siquiera, ensimismada en la vergüenza de haberse entregado de aquella manera tan impropia de ella. Mientras caminaba hacia su estudio vio quién la esperaba en la puerta y se dio cuenta de que no quería verla ni hablarle. De forma inconsciente ralentizó el paso, como si pudiera retrasar para siempre aquel encuentro inevitable.

—Hola —murmuró cuando ya estaba a su altura, sin mirarla, al tiempo que buscaba las llaves en su bolso.

—¿Cómo que lo dejas? —le preguntó Claudia haciendo referencia al mensaje de WhatsApp enviado a las cuatro de la madrugada. «Lo dejo», había escrito, sin más. Y aguardó sin éxito a que las dos aspas grises se tiñeran de azul hasta que se quedó dormida.

Gara abrió la puerta de su estudio y se adentró en él seguida de Claudia. No la había invitado a pasar, pero no hizo falta. Se la veía tan confusa, tan extrañada y enfadada que aquella mujer educada había olvidado por un momento las normas básicas de urbanidad.

—No puedes dejarlo ahora, después de todo lo que hemos avanzado.

—No sé por qué haces esto ni por qué me has implicado precisamente a mí. Mi madre me dijo que no me fiara de ti y ahora estoy metida hasta el fondo en una situación que no controlo en absoluto. No quiero seguir. Te devolveré los cien mil euros. Aún no sé cómo, pero lo haré.

—¿A qué viene tanta negatividad? ¿Qué ha pasado?

—Nada.

Gara dejó su bolso tras el mostrador y recorrió el pasillo camino de la pequeña oficina donde guardaba los dibujos pendientes. Esa mañana tenía demasiado trabajo y le vendría bien dedicarse a ello. Debía terminar unos cuantos encargos antes de llamar a los clientes para concertar las

sesiones de tatuaje. Eso era lo que sabía hacer y a eso debía dedicarse. Nada de ínfulas de mujer fatal y seductora, porque no lo era.

—Ha pasado algo. Estabas encantada con tus progresos y ahora me vienes con esto.

Gara se sentó a su mesa, sacó uno de los bocetos y lo contempló con ojo crítico. Quizá, si se concentraba en su trabajo, Claudia se cansaría y se iría de una vez.

—No me pienso ir —aseguró ella como si tuviera poderes telepáticos. Gara la miró furiosa—. No hasta que me cuentes lo que ha pasado.

—Soy una mujer adulta, he decidido terminar con nuestro acuerdo, eso es todo. Creo que estoy siendo lo bastante honesta aceptando devolverte los cien mil.

—¿Te quieres olvidar del dinero de una maldita vez y contarme qué ocurre?

A Gara la impactó verla furiosa por primera vez. Tal vez fuera un poco esnob, pero tenía un dominio de sí misma digno de admirar. No le pegaba nada salirse de sus casillas.

—Me da vergüenza recordarlo siquiera —susurró.

Claudia acercó una silla a la mesa de dibujo y se sentó a su lado. El dominio había vuelto y ahora le acariciaba el envés de la mano.

—No tienes de qué avergonzarte, querida. Cuéntamelo. No hay nada que te haya ocurrido por lo que no haya pasado yo antes.

—Lo dudo.

—¿Por qué no pruebas? Empieza por el principio.

Gara lo meditó un momento y luego comenzó a contarle el encuentro que habían tenido en aquel bar que le recordaba a una taberna de marineros. Le habló del juego previo, de sus réplicas agudas que la divertían y de la conversación sobre los cuadros y la fundación. A medida que se iba soltando le resultaba más fácil hablar, hasta que llegó al momento en que se vio arrastrada al fondo de aquel portal oscuro. Entonces se detuvo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Claudia con cautela—. ¿Te obligó a hacer algo que no quisieras?

—No, no... No es nada de eso... Me pilló por sorpresa, pero no me obligó a nada. Es solo que...

Y entonces, con mucho pudor, le contó, intentando no entrar en detalle, toda la escena en el portal. Durante el relato, Gara no se atrevió a levantar los ojos de su escritorio ni una sola vez. Podía sentir la mirada de Claudia mientras la escuchaba, y eso la animaba a continuar, pero se mostraba incapaz de devolvérsela. Tampoco su voz tenía ninguna fuerza. Casi era un susurro saliendo de su garganta. Al terminar, oyó el suspiro de la mujer y notó cómo le apretaba la mano y la daba un par de palmaditas.

—¿Qué es lo que te perturba tanto? Eres una mujer adulta que ha tenido un encuentro íntimo con un hombre adulto. ¿Qué hay de malo?

—No es una cuestión moral.

—¿Qué es, entonces?

—Es más bien... sentimental.

—¿Sentimental? ¿Quieres decir...?

—Creo que si sigo me voy a quedar pillada por él.

—Vale, ¿y cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? Sé cómo va a acabar esto, Claudia. Me han hecho daño demasiadas veces. He sido una idiota pensando que era un juego divertido. Con lo que ocurrió anoche me he dado cuenta de que es algo muy serio, de que voy a volver a sufrir y no quiero pasar por eso de nuevo.

—¿Y cómo estás tan segura de que vas a sufrir?

—Por Dios, Claudia, está clarísimo. Me estoy colgando de un mujeriego. Seré un cromo más de su colección. Un trofeo. Y todavía me sentiría peor porque lo vi venir y no hice nada para evitarlo.

—Y crees que la renuncia es la única forma de evitarlo.

—No se me ocurre otra.

—Si consigues lo que te pedí, no serás ese trofeo. Sigamos como si nada. Adaptaremos la estrategia y saldrás ganadora.

—Yo no quiero ganar nada, yo solo quiero que me dejes en paz. Lamento ser tan dura, Claudia. No es mi intención ofenderte, pero márchate, por favor.

Claudia la miró fijamente, ahora Gara reunió la fuerza suficiente para mirarla también. No iba a permitir que la convenciera. Había sido sincera en lo que acababa de decir y ahora solo quería que se marchara y olvidarse de ella, de Damián Esquivel y de todo el asunto de la seducción.

—Crees que tengo algo contra Damián —dijo Claudia—, y que te estoy utilizando como ariete. Por eso no te fíes de mí. Pero te diré una cosa, Gara, jamás he sido tan honesta con nadie como lo he sido contigo. Es cierto que te estoy ocultando cosas y ojalá pudiera contártelo todo. Ojalá pudiera abrir las ventanas y que entrara el aire, pero no puede ser. No voy a usar tu sufrimiento para ir contra él. Por favor, créeme. Confía en mí. Deja que te guíe y te prometo que todo saldrá bien.

—No puedo, Claudia. De verdad que no. Vete, por favor.

Claudia esperó a que cambiara de opinión. Un minuto, dos... Luego se puso de pie despacio y resignada abandonó la pequeña oficina. Gara no la vio irse. Toda su atención estaba concentrada en el dibujo que tenía delante. Después de media hora repasando la misma línea llegó a la conclusión de que no sería capaz de terminarlo esa mañana, así que tomó su chaqueta y su bolso y salió del estudio.

\* \* \*

Damián observaba la ciudad de Santa Cruz desde la cristalera de la sala de juntas. Tenía un vaso de café en la mano que se le estaba quedando frío. Lo bebía más bien como el suministro de la dosis de cafeína que necesitaba, más que por su sabor o su temperatura. Se preguntaba por qué había dormido tan mal cuando tenía que haberlo hecho a pierna suelta. Hizo un esfuerzo por quitarse de la cabeza la imagen de Gara que lo había asaltado una y otra vez durante la noche y concentrarse en el presente. Podía oír el sonido de los documentos que su hermano revolvía a su espalda.

—Hay un problema con el club de fútbol.

—¿Qué ocurre ahora? —le preguntó exasperado. Estaba empezando a cansarse de oír juntas las palabras «problema» y «club».

—Baldomero se niega a convocar una nueva junta y lo apoya Velasco.

César Velasco debía de estar enfadado por la boda entre su hija y él. Damián no tenía buena reputación con las mujeres, eso lo sabía todo el mundo. Ningún padre lo querría como yerno y, si el acuerdo de matrimonio comprendía el asalto a la presidencia del Tenerife, el accionista mayoritario haría todo lo posible por evitarlo.

—Hoy almuerzo con Vicky. Se lo comentaré, a ver qué podemos hacer.

—Si no te consigues el club, no te tendrás que casar con ella.

—Ya se encargará de que eso no ocurra.

—Eso es un novio enamorado. No hay más que verte.

Damián se dio la vuelta haciendo caso omiso de la broma de su hermano. Se sentó a la mesa de juntas y depositó el café encima.

—¿Qué tal la exposición? —le preguntó.

—Muy bien. Ya la hemos abierto al público y ha sido todo un éxito.

—Sí, ya lo he leído esta mañana en el periódico. Te felicito, has hecho un trabajo increíble.

Aún no me explico cómo has conseguido que te prestaran el Modigliani.

Javier sonrió satisfecho.

—Mis artes en la negociación son legendarias.

—Sí, sí, legendarias. ¿Tuviste que sobornar a alguien?

—No.

—¿Chantaje?

Ahora Javier rio con ganas.

—¡No! ¿Estás loco? ¿Querías que acabara en la cárcel?

—Entonces, ¿cómo hiciste para convencer a aquella gente que no nos conocía de nada?

—Fue una ardua tarea de investigación, adulación, amabilidad...

—Vale, vale... Si no me lo quieres contar, no te voy a insistir. Disfruta de tu éxito.

—¿Y tu éxito?

—¿A qué te refieres?

—A la rubia. ¿Has hecho avances?

—Anoche salimos a tomar una copa.

—¿Una copa? ¿Adónde?

—Al bar Coveray.

Javier soltó una risotada.

—¿Qué cabrón! ¿Al Coveray? Le hiciste el truco del portal.

¿Cuántas veces había empleado ese truco? Solo con las iban de listas y no recordaba ni una sola vez en que no le hubiese funcionado. Siempre les dejaba una salida, pero nunca la tomaban. Se quedaban, aunque solo fuera por la atracción del riesgo o por la curiosidad de saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Después se pavoneaba con su hermano y con sus amigos. Pero ahora no le apetecía hablar de ello. En lugar de eso, se mostraba cabizbajo y meditabundo. ¿Qué tenía de especial esa chica para que el truco del portal, como decía su hermano, no hubiese salido como otras veces?

Eso era lo que no lo había dejado dormir en toda la noche. Se preguntaba por qué no había terminado el trabajo, por qué no se la había llevado a su casa y consumado la conquista. Ella estaba dispuesta. Había conseguido excitarla lo suficiente como para que no se negara. ¿Por qué se paró justo en ese instante? ¿Qué quería demostrar? Fuera lo que fuese, ahora se moría de ganas de volver a verla y no le gustaba nada sentirse así.

Javier se levantó de su asiento sonriente. Recogió los documentos que tenía en la mesa y le lanzó una última mirada de admiración antes de irse.

—No sé cuánto tiempo te va a aguantar Vicky Velasco —le dijo—, pero será mejor que nos aseguremos la presidencia del Tenerife antes de que sea consciente de con quién se casa.

Damián permaneció en silencio mientras su hermano se marchaba. Aún no se podía creer que cuando se hablaba de matrimonio se refirieran a él.

\* \* \*

Desde luego la cerveza estaba mucho más buena que el maldito vino blanco. Ruth la había mirado raro cuando se la había pedido, pero le daba igual. Si le apetecía beberse una birra antes de las diez de la mañana pues lo hacía y punto.

Estaba sentada a una de las mesas de la terraza, contemplando el Atlántico y dejando que el sol que empezaba a fortalecerse le calentara la cara. Era la única clienta y lo vio como una señal. Podría disfrutar de la soledad mientras los pensamientos de culpa se iban alejando. Pero no iba a ser tan fácil. Tan pronto como vio que Ruth se sentaba a su lado con otra cerveza supo que todavía tendría que pasar la prueba de su amiga.

—¿Me quieres decir qué es lo que te pasa? —le preguntó.

—Ahora, nada. Estoy en la gloria.

—Ya. ¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Pfff... Toda la vida.

—Sí, toda la vida. Desde la guardería.

—¿Ahora viene el discurso ese de «te conozco mejor que nadie, a mí no me puedes engañar...»?

—Sí, ahora viene. Te conozco mejor que nadie, a mí no me puedes engañar. Como no me cuentas lo que te ocurre, no te vuelvo a hablar en mi vida.

—Pues es bastante sencillo. El asunto ese de Damián Esquivel no ha salido bien. Tan fácil como eso.

—Ya, tan fácil como eso. Por eso estás tan hecha polvo.

—Yo no estoy hecha polvo.

—¿Empezamos de nuevo con el discurso de «te conozco de toda la vida»?

—No, por favor. Solo quiero disfrutar de mi cerveza en paz. Deberías respetar a tus clientes y no darles la brasa.

—¿Qué ha pasado con ese Esquivel?

Gara dio un nuevo trago a su cerveza y contestó de mala gana.

—Anoche salí con él.

—¿Y?

—Todo iba bien, hasta que se descontroló.

—¿Qué quiere decir «se descontroló»? —Gara se encogió de hombros, como si la respuesta fuera obvia—. ¿Os acostasteis?

Entonces le vino a la memoria los ojos azules de Damián brillando a la débil luz de las farolas que entraba desde la calle. Era una mirada triunfante. «No juegues conmigo», parecía decir. Y habría hecho lo que él hubiera querido en ese momento. Pero ahora, visto en la distancia, iba a ser él el que jugara con ella y después... No quería ni pensarlo, porque nada de eso iba a pasar.

—No llegamos a ello.

—¿Qué fue entonces? ¿Un magreo? El tío está bastante bien, pues eso que te llevas. Qué más te da.

—Fue algo más intenso que un magreo. Sobre todo, mental. Una especie de duelo psicológico raro. Yo que sé.

—¿Un duelo?

—Sí, y adivina quién perdió.

—Ya sé lo que te pasa.

—¿Ah, sí? Qué lista.

—Es otra vez ese miedo absurdo. Un año llevas sin dejar que se te acerque nadie, ¿cuánto tiempo piensas seguir así?

—No sabes como es. Damián Esquivel es la persona menos apropiada para dejar que se me acerque.

—Es que da igual si es Damián o el chico del Mercadona. Todos tienen algo. Lo de Alex tampoco es para tanto. Una ruptura, como tantas otras.

—No es por Alex. Él solo fue la gota que colmó el vaso. ¿Cuántos novios he tenido?

—No sé, tres o cuatro.

—Dos importantes y otros dos que podían haberlo sido, y todos ellos han acabado desenamorándose de mí antes que yo de ellos. ¿Tú sabes lo que duele eso?

—Me lo imagino.

—Y si me hubiera pasado una vez, vale. Pero es que me pasa siempre. Y con este también me va a pasar. Y mucho antes, porque es un mujeriego de mil pares de narices. Cuando empiece a hacerme ilusiones, ¡Pam! Patada en el culo. Adiós, Gara, seamos amigos. No me vengas con cuentos románticos, Ruth. Deja que me tome la cerveza tranquila.

Ruth se recostó en su silla y miró al mismo sitio que Gara, al horizonte. El océano brillaba bravo y las olas saltaban por encima de las rocas mojando el paseo marítimo que tenían delante. Unas minúsculas gotas saladas llegaban hasta ellas refrescándoles el rostro.

—Eso no lo sabes —murmuró Ruth.

—¿Qué es lo que no sé?

—Que te vaya a pegar una patada en el culo.

—¡Por Dios! No soy idiota y tú tampoco lo eres.

—Me contaste lo de la exposición esa. Anda que no estabas contenta de cómo lo habías manejado. Esa Claudia parece que sabe lo que se hace.

—Claudia tiene sus propios intereses.

—Ya, pero si hace que el tipo se cuele por ti...

—Eso no lo puede conseguir, ni ella ni nadie.

—Me da un poco de pena, ¿sabes?

—¿Pena de qué?

—Pues que eres una chica estupenda y tienes la autoestima tan baja que te resulta imposible pensar que el magreo, o lo que fuera que hicierais, fue por algo más que una estrategia. Tal vez se sentía atraído por ti. Tal vez no quería que siguieras jugando con él.

—Si lo conocieras, no pensarías así.

—¿Y si resulta que te equivocas? ¿Y si resulta que lo tienes justo donde querías?

—¿De qué hablas?

—¿Y si ahora está pensando en ti?

—¡Venga ya! No me tomes por tonta.

—No te tomo por tonta, es que lo eres. Dime que no estabas disfrutando del juegucito ese de seducir.

—Eso no tiene nada que ver. Los consejos de Claudia no funcionan con él. Solo han servido para que me engañara a mí misma.

—¿Pero es que no lo ves? Lo tienes delante de los ojos y no te das ni cuenta.

—Pues no, no lo veo. ¿Qué es lo que tengo delante?

—Las enseñanzas de esa mujer van en las dos direcciones. No sirven solo para seducir a un millonario. También para que tú te enamores de ese millonario.

—Pues vaya una mierda de método.

—¿Por qué es una mierda de método? Es un método perfecto. Piénsalo un momento. Todas esas mujeres se dirigen a ella porque se quieren casar con un tipo rico. Ella les dice como hacerlo y funciona. Ahora imagina que ninguna de ellas sintiese nada por el hombre al que seducen. ¿Te das cuenta de en qué infierno se adentrarían si tuvieran que convivir el resto de sus vidas con hombres de los que no estuvieran enamoradas?

—¿Y tú te das cuenta de la tontería que estás diciendo? Las mujeres que se dirigen a ella son unas interesadas sin escrúpulos que solo buscan dinero.

—¿Recuerdas los testimonios de su web? «Llevo ocho con mi marido, gracias, Claudia», «Nos conocimos hace cinco años y todavía estamos juntos, gracias, Claudia» ... ¿Sabes lo difícil que es mantener una relación si solo está enamorado uno de los dos? Imposible, diría yo.

—¿Quieres decir que el método está funcionando?

—No me cabe la menor duda. Si está funcionando contigo, estoy segura de que también está funcionando con él.

Gara miró fijamente a su amiga. Pensó que aquello que decía podía ser la mayor chaladura del mundo o tener todo el sentido. ¿Para qué seducir a un hombre si no sentías algo parecido por él?

—Sabes que digo la verdad —dijo Ruth.

—Hmm...

—Deberías darle otra oportunidad.

Gara movió la cabeza a un lado y a otro negando esa posibilidad.

—Vamos, llámala —insistió Ruth.

—¿Qué dices! Sigo en la misma tesitura. No me quiero enamorar. No pienso seguir poniendo en marcha un método que provoque precisamente eso.

—Si no la llamas, se va a confirmar que eres tonta. Te estás quejando del daño que te hacen los hombres y ahora estás ante una de las oportunidades más claras de aprender cómo evitarlo. Y justo con el que más daño te puede hacer.

Gara pensó en lo que le acababa de decir su amiga. ¿Cuántas veces se había preguntado qué era lo que hacía mal y cómo evitar que la acabaran dejando? Y ahora estaba ante Claudia, la mujer de la que más podía aprender. De repente, todas aquellas palabras absurdas de Ruth parecían tener sentido. Sacó el móvil de su bolso y lo puso sobre la mesa. Lo miró como si este representara un camino desconocido y no se atreviera a dar el primer paso.

—Sé que estás asustada, Gara. ¿Pero qué harías si no tuvieras miedo?

Si no tuviera miedo a que le hicieran daño, se enamoraría con todas las consecuencias. Ni lo dudaría, por eso se llenó los pulmones de aire, tomó el aparato con decisión y marcó el número en la agenda.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó cuando oyó la voz de Claudia.

\* \* \*

Vicky estaba guapa. Llevaba el pelo recogido en la nuca con un moño que dejaba al descubierto su cuello. Inclina un poco la cabeza hacia delante mientras se llevaba la cuchara de

sopa a la boca y luego volvía a enderezarla cuando se dirigía a Damián para decirle algo.

—¿Me estás escuchando?

Damián parpadeó un par de veces. No, no la estaba escuchando, pero le mintió y se esforzó por recuperar el hilo de la conversación.

—Sí, claro.

—Te decía que me quiero casar en septiembre. Tenemos cuatro meses, pero yo creo que nos dará tiempo. Voy a contratar a un *Wedding Planner*. Dicen que Úrsula Restrepo es la mejor. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

—Si quieres aportar cualquier cosa, puedes hacerlo. Al fin y al cabo, también es tu boda.

—No, yo no tengo ni idea de esto. Aceptaré lo que decidas.

—Vale, pues quiero casarme en la playa.

—¿En la playa? ¿En qué playa?

—Mi padre tiene una casa en Fuerteventura. Creo que será un buen lugar.

—¿Vamos a llevar a todos los invitados a otra isla?

—¿Por qué no? Será un día especial.

—Hablando de tu padre...

—¿Sí?

—Su hombre de paja en el Tenerife está poniendo dificultades para que se celebre la asamblea de accionistas. Quiere retrasar lo máximo posible mi nombramiento como presidente. ¿Sabes algo de eso?

—No, hace días que no hablo con él, pero no le hace ninguna gracia nuestro matrimonio.

—¿Qué podemos hacer?

—Organizaré una cena. Así os podréis conocer más en privado y comprobará que no eres el caimán que va a devorar a su hija.

—¿Crees que funcionará? Los Velasco y los Esquivel hemos sido rivales desde que empezaron a venir turistas a la isla. No creo que esas rencillas se puedan olvidar con una simple cena.

—Si nos vamos a casar es, entre otras cosas, para enterrar el hacha de guerra. Hazme caso, cuando mi padre descubra que te pareces más a él de lo que cree, te aceptará.

En ese momento le vibró el móvil.

—No sé yo... —Damián lo levantó un poco para ver la pantalla y se le escapó una sonrisa cuando vio quién lo llamaba—. Lo siento, tengo que contestar.

Se levantó y salió a la puerta del restaurante para hablar en privado. Por nada del mundo quería que Vicky fuera testigo de aquella conversación.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió Gara al otro lado.

—¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien. Te iba a llamar ahora, por si te apetecía salir a cenar esta noche.

—Qué casualidad, ¿no? —dijo Gara—. Parece que estemos conectados. Esta noche tengo otros planes. ¿Te apuntas?

—¿Qué planes son esos?

—Mejor no te lo digo. Así será una sorpresa.

—No me gustan mucho las sorpresas.

—No, ya me he dado cuenta de que prefieres mantener el control. Pero tal vez merezca la pena

que te dejes llevar, al menos esta vez. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas o no?

—Ante tanta intriga, ¿cómo me voy a negar? ¿Dónde quedamos?

—Ven a recogerme a las nueve a mi estudio de tatuaje.

—¿No vas a llevar tu propio coche?

—¿Mi coche? No, no será necesario.

—Tienes una habilidad para hacerte la misteriosa... Ten cuidado, porque puedo derribar tus barreras en un momento.

—Eso solo ocurre cuando me toman desprevenida. A traición.

—¡A traición! No vi que huyeras.

—Lo estaba pasando bien, pero me quedé a medias.

—¿Y ahora quieres que complete el trabajo?

—No sueñes, Casanova. Nos vemos esta noche.

Cuando la llamada se terminó, a Damián se le quedó dibujada una sonrisa bobalicona en el rostro. Al mirar hacia las grandes ventanas del restaurante, se dio cuenta de que Vicky lo observaba atenta desde su mesa. Enseguida volvió a su rictus serio y se dirigió de nuevo a su lado.

—¿Quién era? —le preguntó ella.

—Era Javier, por un tema de los hoteles de Gran Canaria. Nos están dando problemas.

—Ah.

No se lo había creído, pero le dio igual. Hundió sus ojos en la carta de vinos sin fijarse en las letras. Lo único que tenía en la cabeza en esos momentos era la voz dulce de Gara invitándolo a salir.

\* \* \*

El estudio estaba en penumbra. A través de la puerta de cristales, Damián era incapaz de ver nada más que una luz al final del pasillo. Con cautela, giró el pomo y dio el primer paso dentro del local. El sonido del timbre avisando de la entrada de un cliente llenó el silencio del lugar, por ella no apareció. No se oía ninguna voz, como la noche anterior, ni el sonido tan molesto de la máquina de tatuar. Dio algunos pasos más hasta situarse en medio de la sala de espera y aguardó.

—¿Gara? —la llamó cuando vio que no aparecía nadie.

—¡Estoy aquí! ¡Ven, por favor!

La voz venía del final del pasillo, de la luz. Damián avanzó despacio sin saber por qué lo hacía con tanto reparo. La situación le parecía extraña y algo le decía que no se fiara de aquella mujer. Al llegar al umbral de la habitación iluminada, se detuvo, apoyó una mano en el quicio y se asomó al interior, sin entrar. Gara estaba vuelta de espaldas, junto a un sillón reclinable de cuero negro parecido al de los dentistas y manipulando algo en una pequeña mesa.

—Hola —dijo él.

—Pasa, ya casi he terminado.

Damián dio un paso al frente y echó un vistazo a la diminuta sala cuadrada y sin ventanas.

—¿Aquí es donde haces los tatuajes?

—Sí. Siéntate, por favor.

—¿Sentarme? ¿Dónde?

Gara lo miró risueña y dio un par de palmaditas al asiento reclinable.

—Es cómodo —dijo.

—Estoy bien de pie, gracias —respondió Damián.

—Como quieras.

Y ella siguió con su tarea, fuera esta cual fuese. Desde su posición, Damián no podía ver de qué se trataba.

—¿Y se puede saber a dónde te gustaría ir? —preguntó rompiendo un silencio que cada vez le parecía más incómodo.

—No vamos a ir a ninguna parte. La cita es aquí.

Damián arrugó la frente. Aquella mujer no dejaba de sorprenderle. La respuesta lo hacía sentir incómodo, pero la curiosidad le parecía hasta divertida. Se acercó hasta ella por detrás y le rodeó la cintura con los brazos. Olió su pelo y le pareció delicioso.

—¿Ahora quieres acabar lo de anoche? —preguntó ella sin volverse y sin hacer ademán de apartarlo.

—No estaría mal. El sillón es cómodo, tú misma lo has dicho.

Entonces, Gara se dio la vuelta y Damián acercó sus labios para besarla, pero ella se lo impidió poniéndole una mano en el pecho.

—¿Qué ocurre?

Gara levantó la máquina que parecía un lápiz muy grueso con una aguja en un extremo.

—Lo primero es lo primero.

—Espera... No, no, no...

—Sí, sí, sí...

—No pienso dejar que me tatúes.

—Ah, ya entiendo. Muy valiente cuando estamos en tu terreno y un *cagao* cuando estamos en el mío.

—No tengo miedo, es solo que no me gustan los tatuajes.

—Yo creo que sí, que tienes miedo.

Damián se apartó de Gara negando con la cabeza. Se dirigió al pasillo y cuando se iba le espetó:

—Tú estás loca.

—Es posible —exclamó ella desde la habitación mientras él recorría la distancia que lo separaba de la salida—, pero si no dejas que te tatúe, no te molestes en volver. No salgo con cobardes.

Damián se detuvo. No sabía si había sido la palabra «cobarde» o la amenaza de no volver a verla lo que le impedía llegar hasta la puerta y marcharse. Se dio la vuelta y comenzó a avanzar de nuevo por el pasillo. ¿Era miedo a las agujas o más bien a estar en manos de otra persona? Más bien lo segundo. Nada lo hacía sentir más vulnerable que no tener el control. Y entonces, ¿por qué diablos iba a aceptar aquel chantaje? ¿qué tenía aquella mujer para que se dejara manejar de esa manera?

—No tengo ni idea de lo que podría tatuarme —murmuró cuando llegó a la pequeña sala.

Ella sonreía con su arma en la mano.

—No te preocupes por eso, yo elijo el dibujo. Quítate la camisa, anda.

Durante las siguientes dos horas, Damián no podía dejar de pensar que aquello era una estupidez y que estaba cediendo a los deseos de una chiflada. El dolor no era tan intenso como se había imaginado. Pequeñas punzadas, pinchazos que, a medida que iba pasando el tiempo, se hacían más soportables. Sin embargo, lo que le molestaba de verdad era el sonido del motor de

aquella maldita máquina que no dejaba de introducir tinta bajo su piel. Supo en ese instante que iba a tener el ruido metido en la cabeza durante semanas.

Tenía un espejo estrecho y alargado enfrente, colgado en la pared. A través de él, podía verla. Su pelo rubio y corto, sus ojos verde esmeralda concentrados en el trabajo por encima de una mascarilla que cubría su boca y su nariz. No era la mujer más bella con la que había estado, pero su atractivo era innegable. Tenía una forma de mirarlo que lo hacía desearla más que a ninguna otra. Y, sobre todo, era impredecible. En el portal creía que la tenía, ahora se daba cuenta de que había sido un ingenuo. No iba a poseer a aquella mujer sin dar algo de sí mismo. Tal vez demasiado. De la vida de Gara no iba a salir sin mancharse, y eso sí que lo asustaba, no las agujas.

—Esto ya está —dijo ella.

Por el espejo la vio quitarse la mascarilla y sonreír satisfecha. Él comenzó a levantarse, pero ella lo detuvo haciéndole una señal con la mano. Salió de su ángulo de visión y regresó con otro espejo más pequeño y de color azul. Lo levantó por encima de su espalda y a través del espejo de la pared pudo ver el tatuaje.

—¡Joder! Creí que me ibas a tatuar otra cosa. Algún dibujo simpático, algunas letras en chino... Yo que sé. Pero esto... Esto es una broma de mal gusto.

Damián se levantó enfadado y se dirigió hacia el espejo de la pared. Se miró por encima del hombro y aún se cabreó más.

—No es para tanto —dijo Gara con calma mientras recogía sus herramientas.

—Sí, sí que lo es. ¡Me has marcado! Esto no es un tatuaje, es una venganza.

Damián la miró. Se estaba riendo por lo bajo y él no supo si insultarla o besarla.

—Eres una hija de puta —le dijo, pero su tono no sonó a insulto y ella se rio aún más—. ¿Una G? ¿En serio? ¿Me has tatuado la letra G?

—G de Gara —respondió ella.

—¡Es que no se puede tener peor gusto! Creí que eras una artista y no eres más que una *choni* —exclamó enfadado—. Esto es un tatuaje de legionario.

—Es lo que te mereces.

—¿Todo esto es por lo de anoche? ¡Por Dios, cómo se puede ser tan rencorosa!

—Anoche me dejaste huella, más de la que crees. Ahora te la he dejado yo a ti.

Gara salió de la sala y Damián oyó cómo el sonido de sus tacones se alejaba por el pasillo. Fue tras ella. Vio cómo salía del local y luego él se asomó a la puerta y le preguntó:

—¿A dónde vas?

—A mi casa.

—¿Vamos a tu casa ahora? —preguntó sorprendido.

—Vamos, no, voy. La cita ya ha terminado. Tienes algunas vendas en el mueble blanco de la esquina. Cuando hayas acabado, baja la reja y pon el candado.

—¿De qué estás hablando?

—Es fácil. Seguro que alguien tan listo como tú sabe hacerlo.

Gara desapareció en la oscuridad como un fantasma disolviéndose en la noche. Damián se quedó estupefacto, allí con el torso desnudo en medio de la acera. Durante unos instantes no reaccionó. No sabía qué hacer. Miró hacia dentro del estudio, hacia el pasillo, y entró de nuevo para buscar las vendas.

## CAPÍTULO IX

A Vicky le gustaba dormir con él, acurrucarse bajo su brazo después de hacer el amor, aunque pudiera notar su frialdad, y dejar que el sueño la venciera poco a poco. También le gustaba despertarse a su lado. ¿Se estaba convirtiendo en una cursi sin remedio? Era posible, pero lo cierto es que todo lo relacionado con la boda la entusiasmaba. Disfrutaba de los preparativos, de las enhorabuenas de sus amigos, de las miradas de envidia de algunas conocidas... Ahora veía a Damián dormido a su lado y sentía que, con solo eso, con compartir su vida, había llegado a algo importante. Iba a casarse con él. ¿Quién lo hubiera dicho?

Y entonces, mientras lo miraba, se preguntó cómo no se había dado cuenta la noche anterior del apósito que llevaba en la espalda. Vio que el esparadrapo que unía el vendaje a la piel se había soltado un poco. Se inclinó tratando de atisbar la herida que ocultaba, pero las persianas seguían bajadas y estaba demasiado oscuro. Él permanecía bocabajo y el vendaje se encontraba abierto en un ángulo que le impedía la visión. Tal vez si... Alargó el brazo y lo levantó un poco con los dedos, con suavidad, tratando de que no se despertara. Seguía sin ver nada más que una mancha algo oscura. ¿Qué clase de herida era esa? Tiró un poco más del esparadrapo. Ahora sí que pudo verlo con claridad. ¿Un tatuaje? ¿Damián con un tatuaje? En ese momento, él se estiró y levantó la cabeza de la almohada. Parpadeó varias veces y enfocó la vista hacia Vicky.

—Buenos días —dijo ella.

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—Uf... Voy a ducharme. Tengo una cita a las diez.

—¿Qué significa la G?

—¿La G? ¿Qué G?

—La que llevas tatuada en la espalda, detrás del hombro.

—Nada —gruñó—, no significa nada.

—No sabía que te gustaran los tatuajes.

—Y no me gustan. Me lo quitaré en cuanto averigüe cómo hacerlo.

Damián se sentó en la cama. A Vicky le gustaba observar su cuerpo desnudo, los músculos de su espalda y sus hombros torneados. No era de esos gorilas enormes que parecen guardaespaldas, pero estaba fuerte. Alargó su mano y lo acarició. Él volvió la cabeza hacia ella un instante y luego se restregó los párpados con las manos.

—Aún tenemos tiempo —dijo ella acercándose hasta Damián—. Si la reunión es a las diez...

Él la apartó. Lo hizo con delicadeza, tratando de no ser brusco, pero al fin al cabo era un rechazo.

—No puedo, de verdad —dijo, y luego se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

—¡Esta noche cenamos con mi padre!

Damián asomó la cabeza por la puerta del baño y levantó una ceja a modo de pregunta.

—¿Quieres ser presidente o no? —dijo ella.

—Claro.

—Pues tendrás que presentar tus respetos al rey Lear.

—Ya, pues qué bien.

\* \* \*

Gara no se podía creer que en tan solo veinticuatro horas su situación y su ánimo hubieran cambiado tanto. Como el día anterior, Ruth preparaba cafés sin parar en la vieja máquina, vuelta de espaldas y los servía después con presteza. De cuando en cuando le echaba alguna que otra mirada, pero esta vez no estaba preocupada. Ahora Gara se mostraba satisfecha. Ocurriera lo ocurriera en los próximos días no iba a ser un muñeco de trapo en manos de un hombre que hiciera con ella lo que quisiera. Tenía el control y estaba segura de que no la iba a dejar tirada, como a las demás. Aún no podía creer que los consejos de aquella mujer funcionaran tan bien en ese sentido. Sobre todo, interiormente. Porque de eso se trataba. Lo que Claudia había conseguido era darle la confianza suficiente como para creer en sí misma, para no estar al albur de las decisiones de otros. Ahora ostentaba el poder, y lo disfrutaba.

—Tienes buena cara, ¿qué te pasa? —le preguntó Ruth acercándose un momento.

—Anoche me vengué.

Su amiga levantó las cejas sorprendida.

—¿En serio? ¿de qué?

—Del magreo del otro día.

—No sabía que un magreo requiriera venganza.

—Este sí.

—Ya. ¿Fue idea de Claudia?

—Sí, dijo que se la tenía que devolver de alguna manera, para que no pensara que ya no me tenía que conquistar. Ya sabes, yo soy el premio y todo eso... Pero la ejecución fue cosa mía.

—¿Qué le hiciste?

—Lo tatué.

—¡Vaya! ¿Y se dejó?

—Y tanto que se dejó.

—Chica, lo tienes comiendo de tu mano. ¿Cuál es el próximo paso?

—Claudia dice que tengo que seguir provocándolo. Darle la sensación de que va un paso por detrás de mí y no por delante.

—Joder, yo debería estar apuntando estas cosas. Este Pablo está muy confiado últimamente. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Bueno, me ha dado algunas ideas. Debo enviarle un mensaje.

Gara sacó el móvil de su bolso y Ruth apoyó los codos en el mostrador para poder ver bien lo que escribía.

—No me lo pierdo —dijo.

\* \* \*

Damián no entendía por qué, ahora que todo le estaba saliendo tan bien, se sentía tan inquieto y cabreado por un simple tatuaje. Debería estar caminando sobre las aguas y planificando el siguiente paso en su ascenso al olimpo del éxito. César Velasco y él hablaban el mismo idioma en

cuanto a sus ambiciones. Esa noche, en la cena que había concertado su hija, lo convencería de que fueran aliados en el club de fútbol, eso no le preocupaba. Tampoco su matrimonio con Vicky. A medida que pasaban los días se sentía más convencido de que había tomado la decisión correcta. No había pasión entre ellos, ni sentimientos demasiado profundos, pero eso podría ser incluso una ventaja. ¿Y entonces...?

Llegó a su empresa enfurruñado. Pasó delante de la mesa de Rosa y le dio los buenos días casi de compromiso. Ella le contestó con cordialidad, como hacía siempre. Luego se fue directo a su despacho, pero antes de cerrar la puerta se detuvo. ¿Por qué se engañaba? Sabía perfectamente por qué estaba tan molesto. Era por Gara. Lo de la noche anterior había sido un golpe bajo y Damián sabía que con ese tipo de mujeres lo mejor era poner tierra de por medio y olvidarse de ellas. Había perdido el control de la conquista y ahora aquello solo podía acabar mal. Se volvió hacia su secretaria y le dijo:

—Rosa, hazme un favor. ¿Puedes buscar algún lugar en el que borren tatuajes?

A Rosa le sorprendió la pregunta.

—Sí, claro.

—Gracias.

Damián se encerró en su despacho y se acomodó en el sillón. Todo estaba en silencio a su alrededor, cosa que agradeció. Solo unos momentos sin llamadas, sin mensajes, sin visitas de nadie era lo que necesitaba. Cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice, pero entonces, cuando ya se le estaba pasando la inquietud, su móvil vibró. Era mucho pedir. La tranquilidad no duraba demasiado en su trabajo.

Al levantar la pantalla para leer el mensaje recibido, dio un respingo. Pasó un dedo por el cristal para entrar en su WhatsApp y así leerlo mejor. No pudo evitar cierta sonrisa, y luego se sintió culpable por no estar enfadado.

«¿Lo pasaste bien anoche?» —decía el texto. Arriba, en la pequeña foto del perfil de Gara le pareció que estaba más guapa que nunca.

«¡CABRONA!» —le contestó.

«¿Eso es que sí?»

Damián rio. Estaba cabreado, aún le dolía un poco la espalda, pero rio, y no entendía por qué. Apartó el móvil. No le iba a contestar. Debía concentrarse en el trabajo y sacársela de la cabeza, así que encendió su ordenador y entró en su buzón de correo electrónico. Tenía un montón de *emails* sin leer y le daba mucha pereza tener que hacerlo. Sin embargo, uno llamó su atención. Era de diez días atrás y no entendía cómo no lo había enviado directamente a la papelera.

«Invitación para el próximo concierto de Travis Birds», decía el encabezado.

Pulsó para abrirlo y leyó lo que decía. No ampliaba demasiado la información. Simplemente se le habían reservado dos entradas para el concierto de la cantante en Tenerife y debía llamar a un número para confirmarlo.

Se le había ocurrido una idea que... Se lo pensó un momento, pero después se decidió. Tomó su móvil y escribió:

«¿Te gusta Travis Birds?»

«Sí, mucho», contestó Gara.

«Tengo entradas para el concierto de mañana. ¿Te apetece?»

«Joder, claro que me apetece, pero...»

«¿Pero?»

«¿Te vas a atrever a salir conmigo de nuevo? Anoche te vi muy asustado»

«Bueno, el concierto es un lugar público. Habrá mucha gente. Esta vez procuraré que no nos quedemos a solas, maldita psicópata»

«Tú verás. No me hago responsable»

A Damián se le escapó una risita y luego meneó la cabeza como si no se explicara por qué iba a salir con ella de nuevo. Sí, era divertida, y eso siempre resultaba peligroso. Qué fácil resultaba quedarse pillado de una mujer divertida. Mejor tenerlas como amigas y no dejar nunca que la cosa fuera a más. Y contradiciéndose a sí mismo, levantó el auricular de su teléfono y esperó a que sonara la voz de Rosa.

—¿Sí, señor Esquivel?

—Rosa, ¿me puedes mirar una reserva que me enviaron hace unos días de unas entradas para el concierto de Travis Birds de mañana? Están en mi correo.

—Vale, señor Esquivel.

Rosa era la única persona que tenía acceso a su correo electrónico, pero no le importaba. Confiaba en ella más que en cualquier otro. Bueno, tal vez su madre estaba a la misma altura.

Damián continuó con su labor de cribado de los emails. Le molestaba ver que tenía tantos sin leer. Los acontecimientos de los últimos días lo habían vuelto descuidado y eso no se lo podía permitir. La boda con Vicky tampoco requería tanta atención, ella se estaba ocupando de todo y él apenas tomaba decisiones. Y lo de Gara no era nada del otro mundo. Si de algo se enorgullecía era de que ninguna mujer lo había alterado lo suficiente como para que afectara a su trabajo. «Salvo Claudia Ackerman», pensó. Los informes de Ken eran bastante insustanciales, y quizá eso lo inquietaba aún más. ¿Qué estaría tramando? El teléfono sonó de nuevo apartándolo de sus inquietudes.

—Dime, Rosa —contestó.

—Lo de las reservas se ha anulado. Tenía que haberlas confirmado en el momento o un par de días después como mucho, señor Esquivel. Ha pasado demasiado tiempo.

—Qué pena. ¿Me puedes comprar un par de entradas en la taquilla, por favor?

—Eso sí que va a ser imposible. Mi nieta y unas amigas querían ir al concierto y está todo agotado.

—Joder, sí que es difícil. ¿Crees que podrías conseguir las en reventa?

—Podría ser, le preguntaré a mi nieta. Eso sí, la reventa suele ser muy cara.

—Lo que sea, Rosa. Pagaré lo que haga falta.

—Vale. Como quiera. Ah, otra cosa. He encontrado una clínica en la Plaza de los Patos en la que eliminan tatuajes con láser. Rápido y seguro, dicen.

—No, da igual, no importa. Olvida el tatuaje. Gracias, Rosa, eres la mejor.

—De nada, señor Esquivel.

Damián se preguntó por qué ese americano que le estaba costando un buen dinero no era tan eficiente como su secretaria. ¿Cuánto tiempo necesitaba para descubrir el juego de aquella mujer que parecía tan poca cosa? Tomó su móvil y marcó el número.

—Buenos días, Damián —sonó la voz con acento americano.

—Hola, Ken. ¿Alguna novedad?

—Ninguna, Damián. —¿Por qué no le sorprendía?—. Apenas sale de su piso. A veces va al parque a pasear, o al supermercado, pero poco más. Es una mujer bastante casera. La tenemos vigilada día y noche. Si no la sigo yo, lo hace Alicia. Jamás la perdemos.

—Eso no me vale. Está preparando algo contra mí, me lo dejó bastante claro cuando me amenazó. Se tiene que estar viendo con alguien, Ken. Sea lo que sea que Claudia Ackerman tenga

en mente no lo va a hacer sola. Averigua quien la está ayudando o buscaré a alguien que lo haga.

\* \* \*

Mónica, la madre de Vicky, recibió a Damián con mucha amabilidad. Era una mujer sencilla a la que le gustaba preparar la cena en su propia casa y que lo abrazó con alegría y le dio un par de besos para darle la bienvenida. Le hizo cierto reproche por las prisas con la que estaban organizando la boda, pero se mostró contenta de que su hija y él estuvieran enamorados. Al oír la palabra «enamorados», Vicky se puso tensa. Damián pudo percibirlo con claridad, aunque se relajó cuando vio que él le seguía la corriente a su madre.

César Velasco no iba a ser tan fácil. Era el rey en su palacio y se comportaba como tal. Se hallaba en la sala de estar, sentado en un sillón que parecía un trono y con la vista fija en un partido de fútbol en la televisión.

—¿Qué tal, César? —saludó Damián sentándose en el sofá que había junto a él y alargando la mano.

—Hola, Damián —respondió su futuro suegro acercando también su mano para apretársela.

César marcaba distancias, Damián se dio cuenta. No le hacía ninguna gracia que un Esquivel formara parte de su familia. Había sido rival de su padre en los negocios y quién sabe en cuántas cosas más. Su madre le había contado que no se tenían ninguna simpatía, que competían en todo y que casi siempre Jorge Esquivel había salido ganador.

—¿Cómo van? —preguntó Damián señalando al televisor con la barbilla.

—Uno a cero perdiendo.

—Qué mierda.

—Sí. Nos estamos descolgando de los puestos de ascenso. Otro año más hundidos en segunda.

Se le veía verdaderamente contrariado. A Damián no le afectaban tanto los resultados del Tenerife. A pesar de querer ser presidente del club, nunca había sido muy hinch, pero se alegraba cuando ganaba. César, sin embargo, parecía un jugador más. Apoyaba las manos en los brazos del sillón y se alzaba como si él mismo fuera a rematar algún córner. Resultaba hasta divertido ver a aquel hombre de más de cincuenta años comportarse como un niño pequeño animando a su equipo.

—Vamos —murmuró cuando un jugador del Tenerife avanzó por la banda y lanzó un balón al área que no encontró rematador.

—Nos hace falta un buen delantero —dijo Damián.

—Sí, y un buen central, y un extremo en condiciones...

—Y un presidente nuevo.

César apartó la vista de la televisión para mirarlo a él. Damián había conseguido sorprenderlo con su sinceridad.

—¿Crees que puedes hacerlo mejor que Baldomero?

—Sí, estoy convencido.

—Quieres ser presidente por pura ambición personal. El club te importa una mierda.

—Se puede ser ambicioso y aun así hacer un buen trabajo. También puedes amar a tu club y ser un presidente desastroso.

César frunció el ceño y continuó viendo el partido. Durante unos diez minutos no habló más, y Damián tampoco lo hizo. El equipo estaba jugando mal, pero César permanecía pensativo y ni siquiera se quejaba cuando perdían algún balón de forma inexplicable.

Entonces, el árbitro pitó el final del primer tiempo y César se levantó exhalando un hondo suspiro. Damián se le quedó mirando.

—Salgamos a fumar —dijo—. Mi mujer no quiere que llene la casa de humo.

Los dos hombres salieron al jardín donde los recibieron dos perros, un Golden Terrier y un Labrador, moviendo la cola. César alargó la mano para acariciarlo y luego se encendió un cigarrillo después de que le ofreciera uno a Damián.

—No fumo, gracias.

—Yo tampoco debería, pero me calma los nervios.

—Tal vez si el Tenerife jugara mejor...

César esbozó una sonrisa de medio lado, pero no contestó. Dio una larga calada, se llenó los pulmones de humo y lo expulsó lentamente hacia el cielo. Se quedó un rato pensativo y luego preguntó:

—¿La quieres? ¿Quieres a mi hija?

Damián no sabía lo que Vicky le había contado de su relación a su padre, pero estaba seguro de que, en ningún caso, le hablaría de un matrimonio de conveniencia. ¿Qué padre quiere oír de su futuro yerno que no está enamorado de su hija?

—Sí —mintió—, la quiero mucho.

—Yo me casé enamorado de mi mujer. No quiero algo distinto para Vicky.

—Bien.

—Te conozco desde que eras un mocoso. Todas esas mujeres que han pasado por tu vida... En cada acto público, en cada celebración, en cada sitio te veía con una distinta colgada del brazo. No se me ocurre a nadie peor para casarse con mi hija. Si descubro que todo esto no es más que una maniobra para hacerte con la presidencia del Tenerife, te vas a enterar de lo mal enemigo que soy.

Damián se pensó lo que diría a continuación. Debía parecer sincero, si no, todo aquello no serviría de nada. Y engañar a un hombre como aquel sí que era complicado.

—Mira, César. Ya sé que no tienes por qué creerme, pero esto no tiene nada que ver con mis planes. Vicky y yo nos conocemos desde hace mucho. Somos dos personas adultas que han decidido estar juntas. No me van los romanticismos, pero sí que te puedo decir que nuestros sentimientos son sinceros. No podemos evitar ser quienes somos. Ella es una Velasco y yo un Esquivel. ¿Y qué? Estamos en el siglo XXI. ¿Crees que las rencillas que pudieras tener con mi padre nos afectan a nosotros? Nos dan igual.

César apretó los labios. Su mirada fiera escrutaba la expresión de Damián, tal vez buscando algún gesto que lo delatara. Su respiración era pausada, pero la indecisión parecía reflejarse en sus ojos. Luego, volvió la cabeza hacia la entrada al jardín y sonrió.

—¿Qué tal? —dijo Vicky—. Ya veo que aún no habéis sacado las lanzas para el duelo.

—No va a haber ningún duelo —respondió su padre—. Le diré a Baldomero que convoque una junta para la semana que viene. Enhorabuena.

Y César Velasco extendió su mano para que se la estrechara su futuro yerno.

—Gracias, César.

—¡Estupendo! —exclamó ella—. Pues es el momento ideal. Mamá ya tiene lista la cena, más vale que volvamos si queréis llegar sanos y salvos a la semana que viene.

\* \* \*

Gara cortó un trozo triangular de la tortilla que había en el centro de la mesa y le depositó con cuidado en el plato de Marisela.

—¿Por qué no me has dejado hacerlo a mí? —dijo la niña.

—La próxima vez. Mamá, acerca tu plato por favor.

Olivia hizo lo propio y se sentaron a cenar en silencio. A Gara le había alegrado mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir la invitación al concierto de Travis Birds. No esperaba que todo fuera tan bien y gracias a los consejos de una mujer a la que ni conocía. Aún le quedaba cierto resquemor cuando pensaba en ella. Sabía que detrás de lo que estaba haciendo había algo oscuro, si no Claudia se lo hubiera contado sin más. Se olía que estaba siendo utilizada y no conseguía atar los cabos sueltos que deambulaban por su cabeza.

Claudia había sido amiga de su madre. Se había desmayado delante de Gara y empezaba a pensar que aquel día no se encontraba en la cafetería de Ruth por casualidad. Y después estaba lo de su empresa en Nueva York. Una experta en seducción la elige precisamente a ella para seducir a un hombre en concreto. No, definitivamente aquello no era fruto de la casualidad. Se moría por saber más y en aquella mesa la única que la conocía era su madre.

—Mamá —dijo—, ¿tú sabías que Claudia ofrece una especie de servicio de asesoramiento sentimental en América?

—Ni idea. Hacía mucho que no sabía nada de ella. ¿Qué clase de servicio es ese?

—Ayuda a mujeres a encontrar pareja.

Aunque no sabía por qué, Gara decidió callarse lo de que las parejas debían cumplir con el requisito de ser ricos.

—Bueno, si algo se le ha dado bien siempre a Claudia ha sido encontrar pareja.

—Sí, tiene pinta de haber tenido mucho éxito con los hombres.

—Oye, Gara... Ese servicio... ¿te ha implicado de alguna manera?

Gara no sabía por qué su madre la miraba del modo en que lo hacía, pero estaba claro que le preocupaba su relación con Claudia, así que decidió ser cauta.

—No, no... Es sólo que...

—¿Qué?

—Nada. Estoy empezando a salir con un chico y Claudia me da muy buenos consejos, eso es todo.

—¿Qué clase de consejos?

—Ya sabes, cómo debería comportarme y todo eso.

—¿Tienes novio? —las interrumpió Marisela.

—No somos novios.

La palabra «novio» sonaba demasiado grande. Él ya tenía novia. Estaba comprometido y habían llegado a un acuerdo que le permitía salir con otras chicas. Bueno, con ella en concreto. ¿Qué clase de relación esperaba que iba a tener con él? ¿Tendría alguna táctica preparada Claudia para apartar a la adversaria de su camino? Todo eran preguntas y ninguna respuesta. Como las de su madre.

—¿Te ha contado algo de la época en que vivió aquí? —dijo Olivia.

—No, es muy hermética. ¿Hay algo que debería saber? No paras de advertirme de que no me fie de ella, pero nunca me dices por qué.

—En realidad, no es por nada en concreto. Es más bien por su personalidad.

—Me parece una mujer encantadora.

—Sí, sabe cómo serlo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada, no me hagas caso. Me alegro de que estés saliendo con alguien.

Y ahí terminó la conversación. Siguieron cenando en silencio, y Gara se preguntó por qué tenía la impresión de que su madre sabía mucho más de lo que admitía.

## CAPÍTULO X

Travis Birds era una chica menuda en medio de aquel escenario rodeada de hombres. Cuando la veía en los vídeos de YouTube, Gara se la imaginaba con más presencia física, no tan poca cosa, pero aun así le parecía una chica segura que se movía con desparpajo por la escena.

La sala Borneo acogía a unas cuatrocientas personas como mucho, lo que le daba al concierto un aire más íntimo, como de recital. El público estaba muy cerca de los músicos y ellos dos veían el espectáculo en torno a la tercera fila de fans. Travis se acercó al micrófono y se colgó una guitarra al hombro. Luego la afinó girando una de las llaves de la empuñadura y probó con un par de acordes.

—¿Qué tocamos ahora? —preguntó al micrófono para que todo el mundo la oyera y girando la cabeza hacia uno de los músicos que llevaba un saxofón.

—Podíamos tocar *Creature of the night* —respondió el saxofonista.

En ese momento, todos los asistentes comenzaron a aplaudir y a silbar emocionados. Gara la que más. Le encantaba esa canción, así que se puso a saltar eufórica con los puños levantados al mismo ritmo que los que la rodeaban.

—Vale —dijo Travis—. Pues *Creature*.

Sonaron los primeros acordes y con ellos los aplausos, y luego un silencio reverencial mientras por los altavoces se oía la primera estrofa.

—*Esperándote en un banco que hace esquina en Plaza España...*

—*¡y observando fijamente a todo el mundo que pasaba!* —cantó el público.

Gara se sentía como en trance mientras oía y cantaba en voz alta la letra de aquella canción que se sabía de memoria. Parecía que todo a su alrededor desapareciera de pronto, que todos sus problemas se hubiesen alejado de repente y ninguna norma rigiera su comportamiento. Su voz se diluía en la voz colectiva que entonaba la canción y solo mantenía la atención para seguir las subidas y bajadas del ritmo. Mientras cantaba, el tiempo no iba con ella. Solo las estrofas tenían sentido y se deslizaba por ellas como si lo hiciera por un tobogán, sin pensar, tan solo dejándose llevar.

Al terminar, sintió que algo se quebraba de pronto. Como si la realidad irrumpiese de golpe y fuera consciente del lugar en el que se encontraba. Los aplausos y los gritos sonaron fuertes. Travis se apartó del micrófono y se dirigió a un rincón del escenario para beber de un vaso. Gara desvió su mirada hacia la presencia que tenía a su lado. Los ojos azul oscuro de Damián la miraban alegres.

—No me has hecho caso desde que hemos llegado —sonó su voz profunda.

—Perdona —respondió ella.

—Ya veo que te gusta —comentó señalando con la cabeza al escenario.

—Sí, me gusta mucho.

—He acertado, entonces, invitándote.

—Has acertado de pleno.

En los altavoces sonó un pitido y Gara miró hacia el escenario. La intérprete estaba ya ante el micrófono dispuesta a cantar una nueva canción. El público comenzó a aplaudir y a silbar y ella se

unió.

—¡Gara! —la llamó Damián por encima del murmullo.

Gara, sorprendida, se volvió hacia él solo para que la besara sin que se lo esperase. Fue un beso más pudoroso que los del portal, más suave, más romántico... Cerró los ojos y dejó que la boca de Damián se uniese a la suya, que se regocijase en su labio inferior y que su sabor la inundase envueltos ambos en la música de la nueva canción. Gara acarició la barba de su mejilla con la mano respondiendo a su beso. Tras un momento atemporal, donde hasta su respiración se detuvo, se separaron y entonces ella le preguntó:

—¿Todos tus besos son robados?

—Tengo la impresión de que contigo no hay otra manera.

—No me importa que me los robes, siempre que dejes las manitas quietas.

—¿Por qué? ¿No quieres terminar lo del portal? Aquí, delante de todo el mundo...

A Gara la escandalizó sólo pensarlo.

—¡No! —exclamó—. No hay nada que me dé menos morbo.

—Pues bailemos, entonces.

Damián le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. Era una canción lenta, *La chica del tren*. Cuando ella apoyó la mejilla en su pecho se preguntó si lo estaba haciendo bien, si cumplía las normas de Claudia. Y entonces decidió olvidarse de aquella mujer por una vez y limitarse a disfrutar de la noche, de la música, de la cercanía de aquel hombre que le gustaba tanto y del efecto de todo ello en su cabeza.

\* \* \*

Gara no quería pensar en que lo que estaba viviendo formaba parte de unos planes de los que no tenía ni idea. Sentía que se acercaba el final del camino con Claudia y no sabía a dónde la llevaba. Lo que sí sabía era que, fuera lo que fuese lo que aquella mujer tenía planeado, sus caminos se separarían pronto. No sería su cómplice.

Ahora paseaban por las Ramblas, cerca de la antigua plaza de toros y la noche era perfecta, lo bastante fresca para que se le erizara el vello de los brazos, pero no lo suficientemente fría para que resultará incómodo. Y tenía a Damián Esquivel a su lado escuchando sonriente como ella tarareaba las canciones que acababan de escuchar en el concierto.

—¿A ti te gusta Travis Birds? —le preguntó Gara.

—No la había oído en mi vida, pero por su estética pensé que era tu estilo.

—¿Y qué tipo de música te gusta?

—No soy muy de música. Mis aficiones van más por el cine.

—Ah, te van las *pelis*. Déjame adivinar... *Transformers, Too fast & too furious...*

—Te equivocas. Soy un *friki* de las de terror.

—¿En serio? No me lo puedo creer.

—¿Por qué?

—A mí me flipan. ¿Cuál es tu favorita?

—No sé... *El resplandor, El exorcista...*

—¿Qué dices? Esas son muy viejas. Nada que ver con las de *El expediente Warren*.

—No tienes ni puta idea. Esas son de sustos. Música fuerte, golpes de efecto...

—Anda que *El exorcista...* Una niña vomitando mocos. ¿Qué miedo da eso?

—Es mucho más profunda que dar miedo simplemente. Es una alegoría sobre cómo afectan las creencias ancestrales en el progreso de la vida actual. Como una especie de aviso: ¡No olvidéis de dónde venimos!

—¡Madre mía! ¿En serio te crees todo eso? «¡Mira lo que hago con la perra de tu hija!» — exclamó Gara poniendo voz de demonio.

—¡Lo haces fatal! Menos mal que no eres actriz, porque te ibas a morir de hambre.

Gara rio a carcajadas.

—Es cierto —dijo—. Oye, ¿y has estado alguna vez en una casa embrujada?

—¿Una casa embrujada? ¿Qué tienes, quince años?

—¡Uy! Me parece a mí que no solo le temes a las agujas.

—Ya te dije que yo no le temo a las agujas.

—Por esa callejuela hay una casa con fantasmas.

Gara señaló con el dedo a la entrada de una calle estrecha y oscura que se adentraba formando un semicírculo que impedía verla en su totalidad.

—¿Por ahí?

—Sí, cuando estaba en el instituto nos colábamos para ver si se nos aparecía el fantasma. Por lo visto un tío se suicidó en ella. Se ahorcó.

Gara comenzó a caminar en dirección a la callejuela. Cuando se halló a la entrada, se giró para comprobar que Damián la seguía. Este se acercó despacio con las manos en los bolsillos y serio. Le gustaba retarlo, ponerlo en situaciones difíciles. Cuando llegó a su lado, se adentraron en la travesía oscura. Apenas si había una luz al fondo que provenía de una farola y que casi no iluminaba nada. Parecía el decorado de alguna de las películas de miedo de las que habían estado hablando. Era una calle de casas independientes, todas con jardín, que no parecían habitadas. Gara se paró delante de una verja de hierro cerrada con una cadena.

—Es esta. Cuando venía aquí hace años, la calle no era tan inhóspita.

—Es por el plan urbanístico —respondió Damián—. Van a derribar toda la manzana. Han expropiado a los vecinos.

—Ah, no lo sabía.

—¿Cómo sabes que el tipo se ahorcó?

—Es lo que se decía.

—O sea, que podría ser una de esas leyendas urbanas.

—No creo que lo sea. ¿Tienes miedo?

—Te gusta jugar conmigo, ¿eh?

—Bueno, aquí estoy segura, no hay portales cerca. ¿Entramos?

—Está cerrada. ¿Quieres saltar la verja?

—No hace falta, si no me equivoco...

Gara se adentró en un pequeño pasadizo que se habría entre unas hiedras en la separación del muro de la casa del ahorcado y el del vecino. Avanzó con los zapatos de tacón por un suelo embarrado arrepintiéndose al instante de haber tenido aquella idea, pero ahora ya no se podía echar atrás. Anduvo durante unos minutos que se le hicieron eternos entre la oscuridad y seguida por Damián, al que oía refunfuñar a su espalda. Cruzó los dedos deseando no haberse equivocado. Hacía más de diez años que no iba por allí y el tiro le podía salir por la culata.

Respiró aliviada cuando vio la portezuela de hierro que daba al jardín. Desde donde estaban solo se veían las sombras de los árboles y arbustos del terreno abandonado y la silueta de la casa que parecía sacada de alguna de las películas que les gustaban.

—Es aquí —dijo.

—¿Cómo que es aquí? Aquí no hay nada.

Gara introdujo su mano por un hueco minúsculo entre la puerta y la pared de ladrillo y recorrió el pestillo que cerraba la portezuela. Esta se abrió en un rechinar de bisagras y ella sonrió triunfante.

—Y se supone que tenemos que entrar —dijo él.

—Sí.

—Estás muy loca, ¿lo sabes?

—Te puedes quedar aquí si quieres.

—De eso nada. No me pienso perder la cara que vas a poner cuando se te aparezca el fantasma. Tan valiente que eres ahora, y te vas a mear encima.

—Qué más quisieras. ¡Vamos!

Gara avanzó por el jardín lleno de sombras y se dirigió a una terraza con el suelo de ladrillo en la que la familia que viviera allí debió de celebrar todo tipo de comidas y cenas, y recibir amigos, y hacer vida normal. Recorrió una cristalera corredera con los cristales rotos y avanzó hacia el interior de la casa. Sentía cierto placer al regresar a aquel lugar. Siendo adolescente, con su grupo de amigos, y con su hermana Nerea, siempre había cruzado esa entrada muerta de miedo, ahora le divertía.

Los suelos de madera sonaron bajo sus tacones y le sorprendió que no quedara ni un solo mueble. Diez años atrás, la casa permanecía amueblada por completo, aunque todo el mobiliario se hallara en un deplorable estado. Ahora se encontraban en medio de un salón amplio y vacío del que salían los pasillos hacia las distintas estancias de la planta baja. Gara se dirigió al vestíbulo. De él subía una escalera ancha y recta que se perdía en el piso de arriba.

—Por ahí se va a las habitaciones —dijo.

—¿Y dónde se ahorcó el tipo? —preguntó Damián.

—¿Curiosidad morbosa? Por ahí.

Avanzaron hasta una sala desierta con un enorme ventanal que daba a la cancela de la calle, la que se hallaba cerrada con una cadena. El suelo estaba completamente cubierto de polvo y el papel de las paredes había empezado a desprenderse. Del techo salían unos cables a los que Gara señaló.

—Dicen que se colgó de la lámpara —musitó.

—Ya.

—¿No te lo crees?

—No.

—Pues ten cuidado, porque en las películas de miedo los incrédulos son los primeros en morir.

—Las rubias tontas mueren antes.

Gara le soltó un puñetazo en el hombro falsamente ofendida.

—Vamos arriba —dijo.

La planta alta era un pasillo en penumbra con puertas abiertas a ambos lados apenas iluminado por la luz de la luna que se colaba por las ventanas de las habitaciones. Gara avanzó despacio. Tampoco allí había muebles. Sus pasos eran el único sonido. Dejó atrás cada una de las habitaciones vacías y al llegar al final, en el umbral de un cuarto de baño, se dio cuenta de que estaba sola. Por un instante, pensó que se trataba de una broma, que Damián iba a saltar en cualquier momento para darle un susto, pero al llamarlo, contestó:

—Estoy aquí.

La voz provenía de uno de los cuartos. Gara retrocedió hasta una pequeña habitación decorada con dibujos infantiles. La pared se hallaba empapelada en un tono celeste y el suelo aún conservaba losas de colores vivos. Damián se encontraba en el centro, contemplando los dibujos.

—Ahí estaba mi cuna —murmuró, como si hablara consigo mismo.

—¿Tu cuna?

—Sí, esta era mi habitación. Mis padres dormían en la del fondo.

—¿Tu habitación? ¿Te estás quedando conmigo?

—No, recuerdo esos dibujos, aunque no sé quién los puso ahí.

—Espera, entonces, el hombre que se ahorcó...

—Era mi padre.

—Es broma, ¿verdad?

—En absoluto —respondió él serio.

Gara comenzó a deambular nerviosa por la habitación como si buscara un lugar donde esconderse y sin dejar de repetir:

—Mierda, mierda, mierda... ¡Es que soy imbécil! Lo siento, Damián, de verdad, no tenía ni idea, de haberlo sabido...

—No te preocupes, poca gente sabe que vivíamos aquí. Por cierto, lo del ahorcamiento es mentira. No sé de dónde salen esas cosas. De hecho, ni siquiera se suicidó.

—¿Ah, no?

—Se enamoró de otra mujer. Ella lo dejó y se marchó a Nueva York. Luego, él nos abandonó a mi madre y a mí para ir a buscarla. Esa es la historia resumida, más o menos.

¿Nueva York? ¿Una mujer? A Gara la pregunta le salió sola, aunque se arrepintió nada más hacerla.

—¿Cómo se llamaba esa mujer?

—Claudia, ¿por qué?

Gara se encogió de hombros tratando de disimular la sorpresa.

—Mera curiosidad.

—Era una oportunista. Una de esas mujeres que van buscando a hombres ricos a los que encandilar. Tanto les da si están casados, si tienen hijos... Los escrúpulos no son su fuerte.

—Entonces, ¿tu padre está vivo?

—En realidad, no.

—¿Qué le pasó?

—Bueno, es una historia bastante rocambolesca.

—No tienes que contármela, si no quieres.

—No, no me importa. Verás, mi padre se enamoró de Claudia, como ya te he dicho. Vivieron una relación, y estoy seguro de que nos habría dejado si mi madre no se hubiera armado de valor para presentarse en la casa de esa mujer conmigo en brazos. Quería que viera lo que estaba destruyendo, que le pusiera cara, ya me entiendes. El caso es que funcionó.

—¿Funcionó?

—Sí, Claudia se conmovió. Entendió la postura de mi madre y debió de sentirse tan culpable que dejó a mi padre. Él quedó destrozado anímicamente, aunque no tanto como para colgarse de la lámpara. Eso sí, al menos no nos dejó. Durante unos meses fue un padre modélico y un marido cariñoso. Mi madre dice que incluso parecía haber olvidado a Claudia Dorta.

»Sin embargo, un día, cuando mi madre pensaba que todo parecía ir bien, él le confesó que la seguía queriendo y que iba a casarse con ella. Para eso debía marcharse a Nueva York. No le dio

más explicaciones por mucho que ella se las pidiera.

»Cuando ya se había ido, mi madre entró en su despacho. Dice que lo echaba tanto de menos que aquella era la única forma que tenía de sentirlo cerca. Y allí, sobre una mesita auxiliar había un periódico americano. No era de los que solía leer, él no leía periódicos extranjeros. Por eso mi madre, sorprendida, se acercó a verlo y se encontró con una noticia de esas del final, de los ecos de sociedad, rodeada con un bolígrafo. A mi madre le despertó la curiosidad y empezó a leerla. Era la información sobre la futura boda de Claudia con uno de los hombres más ricos de Nueva York. Y entonces lo entendió todo.

»Mi madre dice que unos días antes de marcharse no parecía el mismo. Estaba irritable, continuamente enfadado, y se encerraba en su despacho durante horas. Ella lo achacó al estrés. Al leer la noticia comprendió que era indecisión. Se debatía entre su familia y la mujer a la que amaba. Al final, se decidió por esta última. Se fue a Nueva York para detener la boda y casarse con ella.

—¿Y lo consiguió? ¿Se casaron?

—No. Una desgracia se lo impidió.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué desgracia?

—Su avión se estrelló en mitad del Atlántico. Murieron trescientas diecisiete personas. ¿Te lo puedes creer?

—Es horrible.

—Sí, sí que lo es. Mi madre dice que la forma en que me comporto con las mujeres tiene que ver con cómo murió mi padre. Según ella, he aprendido que el amor hace daño y que es mejor evitarlo.

—¿Y es así?

Damián miró fijamente a los ojos de Gara. Le estaba diciendo algo con ellos, pero no sabía qué era.

—Puede que sí. Tal vez sea mejor que te alejes, no vas a sacar gran cosa de mí.

Gara se preguntó si estaba siendo sincero con esa advertencia. Ahora la miraba de forma distinta que al principio, en la taberna portuaria. Recordó las palabras de Claudia sobre la conexión y pensó que, sin duda, aquello era a lo que se refería. Se estaba abriendo a ella y Gara quería escucharlo. Como el que se acerca a una pared, pega su oreja y es testigo de algún retazo de la vida de otros.

—¿Lo echas de menos?

—Al principio, no. Nunca lo conocí, realmente. Más bien odiaba su memoria, que nos hubiera abandonado. Mi madre me contó lo sucedido a grandes rasgos cuando tuve la edad suficiente para entenderlo, pero yo ya había oído la historia más o menos. Esta es una isla pequeña y los círculos en los que nos movemos son más pequeños aún. En el colegio siempre aprovechaba alguien para pincharme con él, para ofenderme de alguna manera. Poco a poco me estaba haciendo una imagen distorsionada de mi padre, así que ella decidió ser sincera y que tuviera una idea más clara de lo ocurrido. No me contó gran cosa de Claudia, pero sí de él.

»Aunque eso no cambió mi opinión. Durante años me ha parecido un infeliz. Se dejó llevar por los sentimientos y destrozó su vida y a su familia. Y, además, nunca consiguió lo que quería. No me puedo imaginar el horror que debió de sentir cuando supo que ya no tendría a Claudia. Hasta hace poco no había nada que me ofendiera más que me dijeran que me parecía a él.

—¿Hasta hace poco?

—Sí, no sé por qué, pero llevo unos días meditando sobre ello. Empiezo a comprender lo que

hizo. No es que lo justifique, pero... Creo que él no tuvo la culpa, esa mujer lo engañó. Pero todo eso es agua pasada. No hay manera de volver atrás.

»Mi padre sigue allí, en el fondo del océano ¿sabes? Está demasiado profundo para que alguien pueda rescatar ese avión, pero a veces lo siento cerca, como si siguiera vivo. No sé, quizá te parezca una tontería. Es como si no se hubiera ido del todo. ¿Crees que es una locura?

—En absoluto. Yo he sentido muchas veces lo mismo.

Damián la miró serio.

—¿Tú?

Ella asintió.

—Perdí a mi hermana.

—Joder, lo siento.

—Nerea y yo nos llevábamos apenas un año de diferencia. Además de hermana, era mi mejor amiga. Una noche salió de fiesta con unas compañeras del curro y yo me quedé en casa porque tenía que estudiar. No me podía imaginar que no la volvería a ver. Unos niños, que ni siquiera tenían edad para conducir, se saltaron un stop y las sacaron de la carretera. Cuatro chicas jóvenes. Cuatro familias destrozadas. Fue una tragedia. Recuerdo aquellos días como si los hubiera soñado. Yo creía que no se podía sufrir más, pero fue peor acostumbrarse a la pérdida. La ausencia, la cama vacía, su lado de la mesa a la hora de comer... Y su hija.

—¿Tenía una hija?

—Sí, Marisela. Contaba un año cuando Nerea murió. Mi madre cayó en una profunda depresión y yo me hice cargo de ella. —Gara tomó aire. Aún había más. Algo mucho más doloroso. Algo que la atormentaba cada vez que veía a su sobrina. Le costaba hablar y sabía que las lágrimas estaban a punto de asomar. ¿Le iba a contar el motivo por el que sentía tantos remordimientos? ¿Lo que no le había contado a nadie, ni siquiera a su madre? No, no se atrevía. Guardó silencio y bajó la mirada. Sintió correr una lágrima que le cayó por la mejilla.

—Debió de ser muy doloroso —dijo él.

Damián le acarició la cara, le secó con el pulgar la lágrima solitaria, y a ella eso le pareció un gesto mucho más íntimo que cualquiera de los besos que le había dado hasta entonces.

—Hice algo muy cruel —musitó al fin.

—¿A qué te refieres?

Ya no había marcha atrás, se lo iba a contar. Confiaba en él. «Basta de juegos», se dijo. Dejaría que Damián la conociera como realmente era, con todas las consecuencias.

—Hace dos años, Marisela me llamó «mamá» —empezó—. Podía haber sido un momento muy feliz, pero no lo fue. Al contrario, resultó devastador. Era como si le estuviera robando su hija a mi hermana. Como si yo no tuviera derecho a oír aquella palabra. Y no reaccioné bien. Le reñí, le dije que yo no era su madre, que su madre se llamaba Nerea y que estaba mal olvidarse de ella.

»Y entonces, Marisela se puso a llorar. Me explicó como pudo, en el lenguaje de una niña de seis años, que ella también quería tener una madre, como todas sus amigas. Era la única huérfana de su clase y llamándome mamá dejaba de serlo. Tenía que habérselo permitido —dijo Gara entre sollozos—, pero es que no pude. No podía hacerle eso a mi hermana. Yo no estaba preparada para todo lo que me estaba pasando y no tuve en cuenta las necesidades de Marisela. Y cada vez que la veo, pienso que debería darle lo que necesita y no soy capaz porque me siento una usurpadora. ¿Qué clase de persona soy?

Miró a Damián buscando una respuesta con los ojos verdes brillando por las lágrimas y por la luz de la luna que entraba por la ventana.

—Solo haces lo que puedes —contestó él.

Gara no dijo nada más. Tan solo lloró.

—Nunca he conocido a nadie como tú —susurró Damián mientras la abrazaba.

\* \* \*

No podía dormir. No dejaba de dar vueltas en la cama y el maldito dolor que le martilleaba las sienas no se iba nunca, ni siquiera con las pastillas. Se sentó en el borde y se quedó un rato mirando a la nada. Luego se preguntó dónde estaría Jorge. Al levantarse notó una corriente de brisa que le erizó el vello de los brazos. Salió de la habitación y vio que la puerta del balcón estaba abierta, así que se dirigió hasta allí.

Lo vio al otro lado. Su figura descansando en la baranda contra la luz de la ciudad y las volutas del humo de un cigarrillo subiendo hasta el cielo y dibujando formas imposibles. Claudia se situó a su lado y apoyó los codos también en la baranda de hierro. El fresco le alivió el dolor. Luego deslizó sus dedos entre los de Jorge. Aún le parecía sorprendente sentir el tacto de su piel, tan real, tan auténtico.

—No sabes lo mucho que he echado de menos este lugar —murmuró.

—Sí —respondió él—, este tiempo no lo tienes en Nueva York en esta época del año.

Claudia miró hacia el horizonte. La luz plateada de la luna teñía un mar en calma a lo lejos. De repente, unas palabras empujaban por salir, como si sintiera que aliviaría su alma diciéndolas.

—Siento haberte enviado el periódico con la noticia de mi boda, Jorge.

—Ya. Puedes llegar a ser muy retorcida.

—Cometí un terrible error. Lo hice para hacerte reaccionar, porque me parecía injusto que no fueras capaz de ver de quién estabas enamorado en realidad. Me equivoqué. No debí meterme en algo que no me concernía.

—Bueno, de alguna manera, estás intentando enmendarlo.

—Pero nada de lo que haga arreglará el destrozo, ¿verdad?

—No, el tiempo no se recupera.

—No.

—En cualquier caso, te agradezco lo que estás haciendo —dijo Jorge volviéndose hacia ella.

—¿Aunque no funcione?

—Te lo he repetido mil veces, funcionará. Me parece increíble que después de tantos años tengas tan poca confianza en ti misma y en tus métodos.

—No es eso. Lo que he aprendido en todo este tiempo, y trato de enseñarles a las mujeres que se acercan a pedirme consejo, es a alinear los astros, por decirlo de alguna manera. A establecer las condiciones precisas para que el amor florezca. Como si fuera un jardinero, ya sabes. Cuidar de la planta, abonarla, regarla... Pero siempre hay algo incontrolable en estos asuntos. Algo que se nos escapa de las manos. En este caso, ya está todo dispuesto. Si no

funciona esta noche, ya no lo hará.

—Todo irá bien —dijo él con seguridad antes de darle otra calada al cigarrillo.

—¿Y si me descubre?

—¿Crees que Gara le hablará de ti?

—Espero que no. Todo nuestro plan se desmoronaría como un castillo de naipes.

\* \* \*

Gara se apoyó en la pared del pasillo mientras Damián abría su apartamento. Empujó la puerta para invitarla a pasar, pero ella no se movió. Se sentía atemorizada ante lo que significaba cruzar ese umbral. Claudia no estaba allí para darle ningún consejo y tampoco hacía falta. Después de esa noche, el juego habría acabado, para bien o para mal. Si era expulsada de la vida de Damián sufriría de nuevo el rechazo, pero no aceptaría seguir con la pantomima. Esta vez no se dejaría convencer. Y si seguía adelante... Si seguía adelante, Claudia no la iba a manipular para lo que fuera que tuviera en mente. Tomaría partido a favor del hombre por el que estaba allí.

Damián frunció el ceño al ver su inacción.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

Gara no sabía qué contestar. Se quedó en silencio durante unos segundos hasta que al fin susurró:

—Para mí el sexo no es solo un juego. Yo no soy así. Siempre que lo he hecho ha sido con alguien que me importaba.

Damián dio un paso en su dirección y se situó frente a ella.

—Para mí sí que era un juego hasta ahora, pero esta noche... —Gara lo miró a los ojos invitándolo a seguir, a explicarse—. Tú me importas.

—Si me estás engañando solo para que me acueste contigo, me vas a hacer mucho daño.

Él sostuvo su cara entre las manos y le dijo:

—No he sido más sincero en toda mi vida. En estos momentos lo único que quiero es cuidar de ti.

El siguiente movimiento fue un intenso beso que la dejó sin respiración. En el beso había sinceridad, o al menos eso fue lo que sintió Gara. Durante unos instantes se preguntó si no se estaría haciendo ilusiones, pero algo dentro de ella le decía que no. De alguna forma sabía que esta vez era real, que la promesa de Damián no era fingida. Lo ocurrido en la casa de su infancia los había unido. Tal vez tenía que ver con la conexión de la que hablaba Claudia, y lo cierto era que hasta su mirada parecía distinta. Mientras le sostenía la mano y tiraba de ella hacia el interior de su casa, la miró de forma diferente.

Gara se dejó llevar. Llegaron a una sala amplia y moderna, con un ventanal desde el que se veía el mar y el auditorio de Santa Cruz, blanco marmóreo, como si el paisaje fuera una fotografía, con las luces de la ciudad titilando igual que las estrellas y ellos dos allí arriba, viéndolo todo como si les perteneciera. Damián se acercó al interruptor, pero ella lo detuvo.

—No enciendas —le dijo—. Es más bonito así.

Había luz suficiente para que se vieran. Luz suficiente para que él observara su cuerpo cuando le quitó la blusa y después el sostén. Luz suficiente cuando él se desprendió de su camisa. Se besaron de nuevo y se tocaron. Las manos fuertes de Damián le acariciaron los pechos y Gara

sintió que se le erizaba toda la piel, y que estaba dispuesta a que esta vez no se escapara como en el portal.

En el dormitorio se desnudaron por completo. Gara dejó que la contemplara a la luz azulada que entraba desde fuera. La excitó su mirada excitada. La excitaron sus caricias en la espalda y en las nalgas y la excitó ver que era ella la que provocaba aquella erección tan poderosa.

Se sentó en la cama y él la empujó hacia atrás con sus besos, hasta dejarla acostada. Sus labios la poseían y su lengua penetraba en su boca como si fuera suya. Ella le correspondió dejándose llevar, sintiendo la humedad de él entre sus labios y abriéndose ante la mano que subía por el interior de los muslos. Damián le arrancó un gemido cuando sus dedos acariciaron lo más íntimo de su cuerpo. Luego le besó el cuello y Gara cerró los ojos y arqueó la espalda. Suspiró cuando la lengua de Damián le lamió un pezón y al empezar su mano a moverse en su sexo. Sus gemidos se escaparon de su boca sin que los pudiera detener. No supo cuánto tiempo había pasado, pero cuando estaba a punto del orgasmo él se detuvo. Su mano se apartó y le acarició la espalda mientras su boca subía por el cuello.

Pronto su rostro estuvo frente al de Gara, serio, sus ojos azul oscuro concentrados en los verde esmeralda de ella. En ese momento la hizo sentir que no había ninguna otra mujer en el mundo. La besó despacio, muy despacio, recreándose en cada contacto de sus bocas, sin dejar de mirarla. Acomodó su cuerpo entre las piernas de Gara. Quería poseerla, la erección lo decía todo. El cuerpo de ella se abrió para él, para que la penetrara, para que fuera toda de Damián Esquivel. Y entonces lo sintió. Gara se agarró a su espalda mientras él se movía encima y dentro de ella. Primero despacio, con delicadeza, luego con más pasión, con más fuerza. Ella se encaminaba hacia el clímax sin remedio como si se deslizara por una pendiente resbaladiza sin asideros a los que encaramarse. Tan solo las palabras de Damián le sirvieron de apoyo.

—Aguanta —le dijo—, vamos a hacerlo juntos.

Y lo hizo. Lo esperó. Controló su cuerpo como nunca lo había hecho solo porque él se lo había pedido. Y entonces, cuando sintió que las embestidas se hacían más urgentes y que los gemidos de Damián se volvían más primarios se dejó ir. El vientre le temblaba, como las piernas, y el placer surgió de su cuerpo al tiempo que él hundía la cabeza entre el cuello y el hombro de Gara. Y terminaron juntos. Su cuerpo se descargó en una explosión de placer, como si perdiera toda la fuerza de repente, como el de Damián, que se quedó quieto, con la cabeza en su cuello, mientras recuperaba el aliento al tiempo que ella recuperaba el suyo. Quedaron abrazados uno encima del otro, ambos colmados por lo que sentían.

\* \* \*

Las yemas de los dedos de Gara acariciaban en silencio el vello de su pecho. Los dos cuerpos estaban abrazados. En la oscuridad del dormitorio parecían un solo organismo, con una sola respiración, con una sola forma de ver el mundo. Damián nunca se había sentido así, y de repente un vértigo lo hizo agitarse. Algo había cambiado dentro de él, algo que no podía digerir tan fácilmente. Se apartó de Gara y se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella.

—Nada.

—¿Te arrepientes?

Damián pensó en la pregunta. ¿Era eso? ¿Se arrepentía de haberla llevado a su casa, a su

cama? ¿Se arrepentía de haberle confiado los sentimientos que guardaba respecto a la muerte de su padre? ¿O era lo que estaba creciendo en su interior lo que lo hacía sentirse tan extraño?

—No —respondió—, ¿y tú?

Gara avanzó por la cama y se sentó a su lado. Luego le levantó el brazo y se acurrucó debajo de él, como si buscara su refugio.

—No me arrepiento de nada de lo que ha pasado esta noche —le dijo—. Pase lo que pase.

—¿Qué quiere decir «pase lo que pase»?

Gara guardó silencio. Algo le preocupaba y Damián podía sentirlo como si le llegara alguna especie de mensaje desde su cabeza.

—¿A qué te refieres? —insistió.

—Pues que no quiero ser una más.

—No eres una más.

—No quiero que me arrincones, me echas a un lado y sigas con tu vida.

—No voy a hacer eso.

—No me hagas promesas solo para que me sienta mejor.

—Estoy siendo sincero. No quiero echarte a un lado.

Gara se apartó un poco para mirarlo, como si necesitara verle los ojos para comprobar que decía la verdad.

—Yo no quiero compartirte —le dijo con esos enormes ojos verde esmeralda temblando a la luz que entraba por la ventana.

—Bien.

—Tampoco quiero obligarte a nada, pero no me voy a conformar con una pequeña parte de ti mientras otra se lleva todo lo demás.

—Bien.

—¿Eso quiere decir?

—Pues que yo siento lo mismo —respondió él.

—¿Sí?

—Sí. —Y entonces Damián sintió que las palabras le quemaban en el vientre. Unas palabras que jamás en su vida le había dicho a nadie y que ahora luchaban por salir de sus labios, por liberarse y hacerlo a él más libre—. Me estoy enamorando de ti —musitó y luego la besó.

Durante un rato no existió más que ese beso. El tacto de su boca, su mano acariciándole la barba, el olor de su perfume... Cuando separaron los labios, ella dijo:

—Yo también me estoy enamorando de ti.

Y él no sintió miedo, ni vértigo, ni el rechazo habitual a cualquier cosa que se pareciera a un compromiso. Solo tenía ganas de cumplir con la promesa que le había hecho. Cuidaría de ella como si fuese un preciado regalo.

## CAPÍTULO XI

El local estaba lleno. Damián se puso de puntillas y miró hacia el interior del bar entre las cabezas de los numerosos clientes. Lo divisó en una esquina de la barra, hablando con un hombre al que conocían desde hacía años, un asesor financiero que los aconsejaba de vez en cuando sobre las inversiones privadas de la familia. Su hermano asentía, mientras el asesor le contaba algo discretamente, con un brazo rodeando sus hombros.

Damián avanzó entonces entre la clientela por un estrecho carril que se había formado en medio de la gente. Tuvo que hacerlo despacio, paso a paso, para no chocar con nadie. Al llegar a la altura de Javier, tocó levemente con la mano su espalda y este se giró. También lo hizo el asesor financiero que sonrió al verlo.

—¿Qué tal, Armando? ¿cómo estás? —Damián extendió su mano para estrechársela.

—Muy bien, Damián, ¿y tú?

—Genial, gracias.

—Armando me está hablando de una inversión que tiene muy buena pinta —aseguró Javier—. Es una empresa minera en Rusia. ¿Te interesa?

—No, gracias. ¿Tienes un minuto?

—Claro, enseguida voy.

Damián se fue a sentar a una mesa apartada junto a la ventana. Mientras observaba a los transeúntes que caminaban por la calle Valentín Sanz, pensó en su padre. ¿Lo que le estaba pasando fue lo que le ocurrió a Jorge? ¿Tanto podía una mujer cambiar a un hombre? Y se preguntó si también él estaría dispuesto a cruzar el océano si se enterase de que Gara se iba a casar con otro.

Mientras reflexionaba sobre esto, Javier apareció con dos cervezas y le puso una delante.

—Gracias.

—Bueno, ¿qué pasa?

«¿Para qué andarse con rodeos?», se dijo.

—Quiero dejar a Vicky —soltó sin pensárselo.

—¡Qué! ¿Por qué? Si decías que...

—Me enamorado de otra mujer.

Javier lo miró con los ojos como platos.

—¿Enamorado? ¿Tú?

—Sí. Es increíble, ¿verdad?

—Mierda, Damián. ¿Tenía que ser precisamente ahora? La semana que viene vas a convertirte en el presidente del Tenerife. ¿No podrías esperar? Cuando seas nombrado, convocas una ampliación de capital y diluimos las participaciones de los Velasco. Así no nos podrán echar. Luego haces lo que quieras con Vicky.

—No puedo hacer eso, Javier.

—¿Cómo que no? Eres Damián Esquivel. Has hecho cosas mucho peores. Pues anda que no he visto llorar a tías por ti.

—Eso se acabó. Nunca he sentido nada así por nadie y no me lo quiero perder. No es solo que

esté enamorado de Gara, es que sé que no es justo para Vicky. No puedo jugar a dos bandas.

—¿Y tus ambiciones? ¿Qué pasa con la presidencia?

—Sigo siendo ambicioso, pero si tengo que sacrificar esta relación para conseguir esa presidencia, prefiero dedicar mis ambiciones a otra cosa.

—Estamos perdiendo la gran oportunidad, Damián. Eso sin contar con que los Velasco nos van a odiar hasta el fin de los tiempos.

—Ya.

—Entonces, ¿nos olvidamos del Tenerife?

—Me temo que sí. ¿Estás conmigo?

Javier esbozó una sonrisa triste mientras miraba a su hermano.

—Eso siempre, ya lo sabes.

Luego se abrazaron.

\* \* \*

Él le había dicho que cuidaría de ella y ella le había creído. Ella le había contado lo que la atormentaba y él la había comprendido. Ahora Gara se sentía como si flotara entre algodones. Despertó a su lado y luego habían desayunado juntos. Se dedicaron unos arrumacos, y bromas, e hicieron el amor de nuevo bajo la ducha. Con esa sensación de euforia, introdujo la llave en la cerradura de su piso como si todo su entorno hubiera cambiado, como si la luz fuera más luminosa, como si el aire fresco fuera más fresco y como si el olor de la mañana fuera más dulce. En un ataque de lucidez incluso pensó que se había vuelto idiota, pero le dio igual.

Se fue hasta la habitación de Marisela y vio la cama hecha. Habría dormido abajo con Olivia, como hacía las pocas veces que Gara salía, aunque siempre se negara y asegurase que ya era lo suficientemente mayor como para dormir sola. Luego se dirigió hacia su dormitorio y se cambió de ropa. Unos vaqueros y una camiseta y antes de dejar el atuendo del concierto en la ropa sucia lo olió. Aún tenía impregnado el perfume de Damián.

Al salir de nuevo al descansillo de la escalera, oyó que su madre abría la puerta del portal. Sus pasos ascendían despacio los peldaños al tiempo que Gara descendía los suyos. Se encontraron en el umbral del piso de Olivia.

—Hola —saludó esta cuando la vio—, ¿ya estás lista para ir a trabajar? Anoche no te oí llegar.

—Volví tarde —mintió—. ¿Qué tal Marisela? ¿Te ha dado mucha guerra?

—No, no demasiada. La he dejado en la explanada con los demás compañeros. Hoy eran las jornadas esas de senderismo.

—Es verdad, lo había olvidado.

Olivia sacó la llave de su bolso y se encaminó a abrir la puerta de su casa.

—Bueno —dijo—, más vale que nos pongamos en marcha. Que tengas un buen día en el trabajo, hija.

—Gracias, mamá. —Gara se detuvo en el primer escalón. Desde la noche anterior le picaba la curiosidad sobre la historia del padre de Damián y la mujer que lo había empujado a estar con él. Todo tenía un aire misterioso, como de conspiración. —Mamá, ¿tú sabes algo de la historia de Claudia y Jorge Esquivel?

Olivia se volvió para mirarla con el ceño fruncido, extrañada por la inesperada pregunta.

—¿Te la ha contado Claudia?

—No —respondió Gara dubitativa. Tenía la impresión de que había abierto una puerta que debería de haber seguido cerrada.

—¿Quién te la ha contado, entonces?

En su tono, había preocupación y tal vez algo de temor, lo que extrañó a Gara. Decidió ser sincera.

—El chico con el que salgo es Damián Esquivel.

—¿Estás saliendo con el hijo de Jorge? ¿Por qué? ¿Es cosa de Claudia?

Ahora Olivia se había puesto nerviosa. Con su mano apretó el antebrazo de Gara instándola a responder.

—En cierto modo.

—Por Dios, Gara. ¿Es que no escuchas nada de lo que digo? Te dije que te mantuvieras alejada de ella. ¿Qué quiere decir «en cierto modo»?

—Ella me propuso que... De alguna manera... atrajera a Damián.

—¿Qué? ¿Que lo atrajeras? No entiendo nada. ¿Te puedes explicar? Porque no me gusta lo que estoy oyendo.

—Tranquila, es una tontería en realidad. Ya te dije que Claudia tenía una empresa en Nueva York que organizaba seminarios y vendía libros para las mujeres que querían atraer a los hombres que deseaban. —De nuevo se calló lo de los millonarios y se preguntó por qué le daba tanta vergüenza—. Pues me pidió que utilizara sus servicios para atraer a Damián.

—¿Por qué a Damián?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Nunca me lo ha dicho. Se lo he preguntado, pero siempre se mantiene reservada al respecto.

—¿Y tú por qué te prestaste a eso?

Gara suspiró. Ahora sí que estaba en una encrucijada. ¿Y si seguía siendo sincera? Si lo era, su madre se iba a cabrear, y mucho.

—Por cien mil euros —dijo.

—¿Por cien mil...? Mierda, Gara, no me puedo creer...

Olivia entró en su casa dándole la espalda. Gara se fue tras ella. No podía dejar que pensara que solo era una cuestión de dinero, que se había vendido por esa cantidad.

—Espera, mamá, deja que te explique.

—No hay mucho que explicar.

—Fue por Marisela.

Y entonces Olivia se detuvo en mitad del pasillo. Se volvió con los labios fruncidos y una mirada inquisitiva que le hizo helar la sangre.

—¿Qué tiene que ver la niña en esto?

Ahora sí que tenía que decir toda la verdad. Su madre no la iba a dejar marcharse sin que se lo contara todo.

—Fran me pidió cien mil euros por renunciar a la custodia de su hija.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No quería preocuparte y no pensaba darle el dinero. Pensé en esperar a la decisión del juez. Estaba convencida de que nos daría la razón, pero...

—¿Pero?

—La trabajadora social hizo un informe de mierda que prácticamente le entregaba a Marisela a él. El pago era lo único que la mantendría a nuestro lado.

—Y milagrosamente apareció Claudia con el dinero.

—Sí.

—Gara, no me puedo creer que me hayas ocultado todo esto. Es...

—Lo siento, mamá.

—Y dices que Claudia no te ha dicho para qué quería que te acercaras a ese hombre.

—No, nunca comenta nada. Solo le quita importancia y me dice que no me preocupe.

Olivia caminó despacio por el pasillo, con la mano en la frente, y se dirigió a la sala de estar. Luego se sentó en el sillón que había junto al balcón y miró al suelo pensativa. Gara no entendía por qué estaba tan preocupada.

—Hablaré con ella. Le diré que te deje en paz. Esto no va a traer nada bueno.

—No, mamá, no hace falta. Ya ha terminado.

Olivia levantó la mirada.

—¿Cómo que ya ha terminado?

—El trato era que tenía que conseguir que Damián se enamorara de mí y ya lo ha hecho. Ya está.

—¿Damián Esquivel se ha enamorado de ti?

Gara sonrió. Le parecía muy raro que su madre se lo preguntara.

—Creo que sí.

—¿Y tú lo quieres?

—Sí.

—Todo esto es tan extraño.

—Lo sé.

—Son los juegos de Claudia. Siempre lo lía todo.

—Ya no importa, mamá. Se acabó.

—Prométeme que no vas a dejar que te embauque de nuevo.

Gara se arrodilló junto a ella y le tomó la mano.

—Te lo prometo.

Olivia pareció relajarse y Gara también se quedó más tranquila, pero no había resuelto ninguna de sus dudas.

—¿Llegaste a conocer a Jorge Esquivel?

—Sí —respondió Olivia—. Lo conocí bien.

—¿Estaban enamorados? ¿Se querían?

—¿Jorge y Claudia? Sí, mucho. Hacían una pareja estupenda.

—¿Y qué pasó?

—Bueno, que la mujer de Jorge fue a ver a Claudia con ese niño en brazos, tu Damián, y la convenció de que lo que estaba haciendo era horrible. Fíjate que tontería, los matrimonios se divorcian, las parejas se rompen y se hacen nuevas y se vuelven a casar. Pero ella sintió una culpabilidad terrible. Durante semanas se obsesionó con que estaba rompiendo una familia. Decía que no dejaba de pensar en ese niño, que por un capricho iba a provocar que sus padres se separaran.

—Pero quería a Jorge.

—Sí, y se fue convenciendo de que sus sentimientos no eran tan profundos como creía. Lloró muchas veces carcomida por la duda. Se repetía que lo que sentía no era más que una especie de atracción malsana, que aquella relación no tenía nada que ver con el amor. Se convenció así misma de que simplemente había quedado obnubilada por su dinero, su elegancia y su posición

social. Solo tenía que alejarse de él para volver a sus cabales.

—Y se fue a Nueva York.

Olivia se encogió de hombros.

—Se fue lo más lejos que pudo.

—¿Sabías que Jorge Esquivel iba a buscar a Claudia cuando murió?

—¿Te lo ha dicho su hijo?

—Sí. Al parecer, se enteró de que ella iba a casarse en Nueva York y trataba de impedirlo. Por desgracia su avión se estrelló sin llegar a su destino.

—Sí, fue horrible.

—¿Por qué insistes tanto en que no me fie de ella? No era más que una mujer enamorada que creyó hacer lo correcto.

—Bueno, esta fue la parte en la que Claudia mostró su mejor cara. Antes no fue así.

—¿Qué quieres decir?

—Atrajo a Jorge Esquivel con todo tipo de artimañas. Jugó muy sucio para apartarlo de su mujer y de su hijo. Cuando fue consciente del mal que había hecho, se produjo la desgracia, pero ya era tarde para enmendar nada. No era solo una chica enamorada. Se comportó como una auténtica arpía.

A Gara le pareció interesante conocer el mismo relato que le había contado Damián desde el punto de vista de Claudia. En ningún momento se le pasó por la cabeza que aquella historia tuviera tantas aristas.

\* \* \*

Vicky se sentía morir. Se hallaba sentada en el suelo del vestíbulo de la casa en la que iba a vivir con él y no conseguía reunir fuerzas más que para gritar y llorar. Allí mismo se había arrodillado para suplicarle a Damián que no se fuera. Intentó convencerlo de que a su lado podría hacer lo que quisiera, que llevara la vida que deseara, pero que la convirtiera en su mujer.

«Lo nuestro era una farsa, Vicky. No podemos hacernos esto», le había respondido él.

—¡No para mí! —le gritó a la puerta como antes se lo había gritado a él a la cara.

¿Por qué se había engañado? ¿Por qué pensó que lo suyo era solo una cuestión de estatus cuando en realidad sentía algo mucho más profundo? ¿Por qué había dejado que otra se lo robara? Ella lo amó a su manera, aunque tratara de disfrazarlo, aunque se mintiera a sí misma. Siempre estuvo tan convencida de que lo conocía mejor que nadie, de que sabría darle lo que ninguna mujer le daba, que no se le había ocurrido que pudiera perderlo.

Y entonces la sorprendió el sonido de la cerradura al girarse. Por un momento pensó que se trataba de Damián, que regresaba, y el corazón se le llenó de alegría, pero luego recordó que él no tenía llaves y de nuevo la negrura oscureció su mente, la respiración se le volvió entrecortada y las lágrimas inundaron tanto su mirada que apenas pudo distinguir que quien entraba era su prima Eloísa. Ni siquiera se acordaba de que en el momento de mayor desesperación le había enviado un mensaje diciéndole que necesitaba verla. Tan solo le había escrito: «Ven, por favor. Damián se ha ido», sin más explicaciones y envuelta en llanto. Se sentía tan sola, tan desamparada, tan desvalida, que no se le ocurría nadie más que pudiera darle un abrazo. Y ahora ella estaba allí.

—¿Pero qué coño te ha pasado?

—¡Me ha dejado! —respondió llena de rabia.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Os habéis peleado?

—No. Dice que se ha enamorado de otra. ¡Él! ¡Enamorado! ¿Te lo puedes creer?

—Vamos, levántate.

Eloísa la sujetó por las axilas y la alzó con energía. Vicky no tenía fuerzas ni para poner las piernas derechas. Su voluntad se encontraba tan anulada que se dejó conducir por su prima a través del pasillo hasta llegar al cuarto de baño. La inclinó sobre el lavabo y abrió el grifo. Vicky sintió un gran alivio cuando el agua le refrescó la cara. La mano de Eloísa le restregaba las lágrimas y las gotas de rímel que atravesaban sus mejillas. También le quitó el carmín de sus labios. Cuando se vio en el espejo, con la cara lavada, la golpeó la idea de que se había quitado la máscara. Ahora era ella, con todos sus sentimientos, sin aparentar ser una persona fuerte que manejaba su relación con Damián Esquivel con una frialdad digna de cualquier estratega. Al contrario. Lo que reflejaba el espejo era la imagen de una mujer frágil con el corazón destrozado y que sentía que había hecho el ridículo.

—Vamos a la cama —le dijo su prima. Tampoco a esa orden se pudo resistir.

Subieron las escaleras como si ella estuviera enferma. Colgó su brazo izquierdo de los hombros de Eloísa y se concentró en cada peldaño. Al llegar a la cama, el tacto de las sábanas le pareció curativo. Apoyó la nuca en la almohada y cerró los ojos. Tal vez si dormía... Así cuando se despertase se daría cuenta de que todo había sido una pesadilla. Su respiración se calmó mientras la mano de su prima le acariciaba la frente y las mejillas.

Pero de pronto una idea la sobresaltó. Se alzó sobre sus codos y exclamó:

—¡Tengo que saber quién es!

—¿Quién es quién?

—La que se lo ha llevado.

—No pienses en eso ahora.

—Tengo que saber qué tiene de especial.

—¿Qué va a tener? Tú eres mucho mejor que ella. Si él no ha sabido verlo, que se joda.

—Sí, ya sé que soy mejor que ella, por eso tengo que saber por qué me ha ganado.

—Nadie ha ganado a nadie —dijo Eloísa tratando de calmarla con un tono de voz suave—. Esta relación no era natural. Si no hubiera sido ahora, se habría roto dentro de un año, o de cinco.

—Es mi enemiga —murmuró Vicky para sí, como si no estuviera escuchando a su prima.

—Olvídate de ella. Sigue adelante.

—Es mi enemiga y a los enemigos se los aplasta.

\* \* \*

Era la primera vez que visitaba a Claudia en su casa. Vivía en un apartamento en la plaza de los Sabandeños, en el barrio de Tomé Cano. Las vistas desde aquella terraza eran impresionantes. Desde ella se veía el Atlántico, brillante y titilando a la luz del sol, y el centro histórico de Santa Cruz, el Palacio del Cabildo, el de Correos, la iglesia de la Concepción... Podría estar horas contemplando el paisaje.

Pero no, no había ido a eso, sino a dar por terminado su contrato. Cuando le había dicho a Claudia que había cumplido, que Damián la quería, esta casi no se lo creía. Dio un par de palmadas en el aire, eufórica, y luego la besó en la mejilla. Gara sonrió cuando recordó su cara de felicidad. Entró de nuevo en el apartamento y oyó la cafetera silbar en la cocina. Claudia estaba

preparando café, lo que aprovechó Gara para curiosear.

Los muebles no eran muy modernos y le sorprendió que una mujer con tanto estilo se conformara con esa decoración más propia de un hostel que de un hogar elegante. Había una mesa de comedor en el centro de la sala, rodeada de sillas; al fondo un mueble para la televisión, una de pantalla plana de color negro y apagada; y en el otro extremo un sofá de color azul con una mesita baja junto a él. Allí, en la mesita, algo llamó su atención.

Gara se acercó y tomó un folleto que destacaba por encima de unas revistas de moda. Era la publicidad de una exposición del *Metropolitan Museum of New York*. En la foto de la portada aparecía un retrato de un hombre viejo y gordo con una camiseta de rayas azules. Gara leyó lo que decía debajo en tres idiomas. Eligió el español. «Picasso pintado por Botero». Y más abajo aún: «Pintores pintados por pintores». Abrió el folleto y se fijó en que había otras fotos más pequeñas de otros retratos, al menos una decena, pero a una de ellas la rodeaba un círculo dibujado con bolígrafo. Gara reconoció enseguida la imagen. Se trataba del único cuadro de la exposición de Juan Gris en la fundación Esquivel que no había pintado Juan Gris. El Modigliani.

De repente, como si un *flash* iluminara zonas oscuras de su cerebro, cayó en la cuenta de que aquel cuadro venía de Nueva York, como le había dicho Damián, como Claudia. ¿Era una casualidad?

Claudia apareció en la sala con la bandeja del café y unas pastas y la depositó encima de la mesa. Gara levantó el folleto de la exposición del *Metropolitan* para que Claudia lo viera.

—Es de una exposición a la que asistí en Nueva York.

—Y uno de esos cuadros está ahora aquí —respondió Gara—, como tú.

—Sí, el retrato de Juan Gris.

—Qué casualidad, ¿no?

—Sí, qué casualidad. ¿Quieres azúcar con el café?

Gara se sentó a la mesa y colocó el folleto junto a ella mientras Claudia le servía.

—Una cucharada, solo —dijo Gara. Claudia vertió el café en su taza y luego el azúcar.

—No termino de acostumbrarme al café de aquí, querida. He probado ya varias marcas y no hay manera. Soy un animal de costumbres.

—¿Tiene algo que ver el cuadro? —preguntó Gara sin pensárselo.

—¿Con qué, querida?

—Con todo esto de Damián.

—¿Por qué iba a tener algo que ver?

—No lo sé. Todo esto me parece tan misterioso. No sueltas prenda de por qué me pediste que me acercara a él y ahora veo un folleto con el Modigliani destacado con un bolígrafo.

—¿Y qué hipótesis se te ha ocurrido?

—No sé... ¿Pretendes robarlo o algo así?

Claudia soltó una carcajada con la que casi se le cae el café.

—¿Robarlo? ¿Para qué querría yo robar un cuadro?

—Por dinero. El Modigliani vale una pasta.

—Ya tengo dinero. Soy una mujer rica, querida.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Qué tiene que ver el cuadro con todo esto?

Claudia aproximó su cabeza muy seria como si le fuera a contar la gran confianza.

—Si te lo dijera, querida, tendría que matarte.

—¡Bah! Déjate de bromas.

—Está bien. El cuadro no tiene nada que ver, solo forma parte del decorado.

—¿Y por qué está rodeado con un círculo de tinta?

—Lo hice de forma inconsciente cuando me documentaba para la exposición, para la información aquella que te envié.

Gara bebió un sorbo del café algo decepcionada por no haber descubierto la gran clave del misterio. Y entonces decidió probar por otro camino.

—Conozco tu historia —dijo.

—¿Qué historia?

—La tuya con Jorge Esquivel.

—¡Ah! Esa historia.

—Trataba de impedir tu boda cuando murió.

—Sí. ¿Sabes en cuántas películas hay escenas de ese tipo? El caballero que impide la boda con otro de la mujer amada. Y luego son felices para siempre.

—Pero vuestra historia es muy trágica.

—La vida real puede ser muy trágica, querida.

—¿Querías a Jorge?

—¿Yo? La verdad es que no.

—Mi madre dice que sí, que estabas muy enamorada.

—Si lo dice tu madre...

—¿Cómo supiste que había muerto?

—Lo leí en el periódico. Tenía un amigo canario que iba y venía por un asunto de negocios. De vez en cuando me traía El Día. Publicaron un artículo sobre su muerte.

—¿Y cómo te sentiste?

—Muy triste. Aquel viaje fue un error desde el principio.

—¿Te habrías casado si hubiera llegado a tiempo para impedirlo?

—Claro que me habría casado. Trabajé mucho para que mi boda se produjera. No fue fácil que mi marido se fijara en mí.

—Empleaste todos tus trucos.

—Todos.

—Como con Jorge.

—Sí, con Jorge también empleé unos cuantos.

—Lo habrías rechazado si se hubiese presentado en Nueva York.

Claudia suspiró. Se estaba cansando de sus preguntas.

—Si hubiera llegado a Nueva York, se habría dado cuenta de que su felicidad no estaba allí.

—Porque tú no lo querías.

—Ya te lo he dicho.

—¿Cómo puedes ser tan fría?

—No soy fría, solo contesto a tus preguntas. Si tu madre te ha contado la historia, no sé qué más quieres que te diga yo.

—No me vas a contar entonces por qué has hecho todo esto.

—No, solo serviría para estropear tu historia con Damián. Considéralo un regalo. Estoy feliz por mi bella Gara.

—No te creo. Preparas algo que nos va a estallar en cualquier momento.

—¿Quieres un consejo? ¿Un último consejo de tu mentora? Olvídate de mí y disfruta de tu

amor. ¿Hacer cambiar a un hombre como Damián Esquivel? No hay muchas mujeres capaces de conseguirlo. Siéntete orgullosa y mira al futuro con esperanza. Ese pasado al que le das vueltas está lleno de callejones sin salida.

Claudia extendió su brazo y acarició suavemente la barbilla de Gara. Como si fuese una niña pequeña. Aquel gesto era una despedida, Gara podía sentirlo.

\* \* \*

El sol iluminó su cara en cuanto salió del portal. Se sentía liberada. No más lecciones, no más pensar en el siguiente paso. Quería a Damián y él la quería a ella. Aún le preocupaba un poco esa otra mujer, Victoria Velasco. Gara sabía que Damián había dicho la verdad cuando le habló de sus sentimientos. Le daría tiempo para que lo resolviera, pero no mucho. También ella había sido sincera cuando afirmó que no lo compartiría. No quería ser la tercera en discordia. O todo o nada.

Atravesó la plaza de Los Sabandeños con una sensación de bienestar camino del aparcamiento subterráneo. Estaba a punto de bajar las escaleras cuando le sonó el móvil. De pronto, su corazón empezó a latir con fuerza al ver el nombre en la pantalla. Damián.

—Hola —contestó.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, estaba pensando en ti.

—¿Ah, sí? ¿Por eso me pitaban los oídos?

—Eso es cuando hablan de uno a sus espaldas.

—Ah, vale. ¿Y qué estabas pensando?

—Pensaba que... Bueno, que creo que eres sincero.

—Qué pensamiento más raro. ¿Sincero respecto a qué?

—Respecto a nosotros. Creo que te voy a dar un voto de confianza.

—¡Vaya! Gracias. ¿Y aceptaría usted cenar conmigo esta noche? Para celebrar esa confianza que ha depositado en mí.

—Sí, por qué no. Estoy libre.

—¿Qué suerte que me hagas un hueco en esos veinte años próximos tan ocupados! Yo también estoy libre. De hecho, me siento más libre que nunca.

—¿Y eso?

—Acabo de romper con Vicky.

—¿En serio? Lo siento.

—Sí, no ha sido agradable, pero era lo que había que hacer. Me he dado cuenta de lo que es sentir algo de verdad por alguien y no tiene nada que ver con lo que ella y yo éramos.

Gara no sabía qué decir. Se sentía halagada, orgullosa, como le había dicho Claudia, y conectada a Damián. No se podía creer que todo estuviera saliendo tan bien. Era como si de repente la vida se hubiera puesto de acuerdo para que esta marchara sobre raíles. Como si no hubiese ninguna nube en un cielo perfecto y ella estuviera segura de que sería así para siempre.

\* \* \*

Asomada al balcón, Claudia vio cómo Gara cruzaba la plaza y se dirigía al parking. También vio a Alicia en su coche observándola. Luego, esta salió del vehículo y le hizo una foto con su

móvil. ¿Qué les pasaba a esos detectives? Siempre tenían que comerciar con la información como si fueran mercaderes medievales atesorando pequeñas gemas en saquitos de cuero. ¿No le bastaba con el dinero que ella le había dado para que mantuviera la boca cerrada? ¿Para qué quería una foto de Gara? Meneó la cabeza a un lado y a otro indignada y entró de nuevo en su apartamento.

Jorge estaba sentado en el sofá, contemplando el folleto con la exposición de los pintores en Nueva York. El mismo que un rato antes había estado ojeando Gara. Se alegraba de verlo. Había permanecido oculto toda la mañana y ahora su voz sonaría como la de su conciencia. Había algo de comodidad en ello. Como si alguien pensara en su lugar y eso le ahorrara el trabajo.

—Ya está —dijo Jorge.

—Sí, ya está, ya ha terminado. Ha hecho lo que querías, que enamorara a tu hijo.

—Bien, ahora podremos pensar en el último paso.

Claudia se sentó en el sofá, junto a él, y se acurrucó bajo su brazo. El dolor de cabeza apareció como una punzada en su sien derecha. Fue tan repentino que tuvo que cerrar los ojos y no pudo evitar quejarse.

—¿Te duele mucho? —preguntó él.

—Mucho.

Y entonces sintió sus labios en la frente. Como si fuera una niña, le pareció que el dolor menguaba con el beso.

—Sé que estás preocupada —dijo—, pero ya deberías sentirte tranquila, todo saldrá bien.

—¿Crees que esa otra chica se va a conformar?

—¿Vicky Velasco?

—He visto su WhatsApp. La acaban de abandonar y peleará por lo que considera que es suyo.

—Nadie os ha visto juntas. No pueden relacionaros a Gara y a ti y ella está impoluta. Por mucho que escarben...

—Esa chica, Alicia, la detective, sí que nos ha visto. Está ahí abajo sin perder detalle y hasta nos ha seguido alguna vez. También le gusta hacer fotos.

—Esa chica no es nadie. Es insignificante. Cuando nos larguemos, Damián terminará su contrato con ella y con ese americano y ya nunca más se acordarán de ti.

—Cuando nos larguemos. Curioso eufemismo para hablar de la muerte.

—Lo siento —respondió Jorge—, no quería decir...

—Da igual, te entiendo. ¿Qué pasa si le enseña las fotos a Damián?

—Sería demasiado arriesgado para ella. Tendría que admitir que lo engañó durante semanas y si él no se lo tomara bien podría hacer que perdiera la licencia.

—Tienes respuesta para todo.

Jorge acariciaba suavemente su frente para que se sumiera en un sopor agradable que alejó el dolor de cabeza.

—No voy a dejar que el pesimismo se abra paso ahora que estamos a punto de conseguirlo.

\* \* \*

Vicky se había rehecho. Le dolía, sí, pero había convertido el dolor en energía, como hacía siempre, y ahora solo tenía que averiguar quién era la mujer contra la que debía dirigir esa energía. La usurpadora. Tan solo necesitaba un nombre y una cara, y para eso estaba el tipo que tenía sentado enfrente en la terraza de la cafetería.

China había sido policía. Y también lo habían expulsado del cuerpo no se sabía muy bien por qué. Ella había oído toda clase de rumores, desde un asesinato a abundantes corruptelas, pero no le importaba. Lo conocía porque se encargaba de hacer los trabajos que su padre no quería que se supieran. Era un hombre desagradable que parecía sacado de una de esas películas de crímenes. Por supuesto, en ellas él sería el criminal. La observaba con unos ojos oscuros y hundidos en las cuencas tras una nariz afilada y una boca pequeña que resultaba de lo más inquietante. Vicky no recordaba haber hablado nunca con él, pero ahora lo necesitaba, así que hizo de tripas corazón.

—¿Y qué quiere de mí la señorita Velasco?

Su tono de voz era agudo, como el de una mujer, que encajaba de una forma grotesca con sus cincuenta años y su porte enclenque. Todo su aspecto era el de un molesto mosquito dispuesto a sacarle la sangre a su siguiente víctima.

—Necesito una información sobre alguien —le dijo.

—¿Sobre quién?

—Damián Esquivel.

—Ah, tu prometido. No he tenido ocasión de darte la enhorabuena.

A Vicky le molestó que la tuteara sin haberle pedido permiso, pero tampoco podía esperar demasiada educación de aquel hombre.

—Ya no es mi prometido.

—¿Ah, no? Qué pena. Pero bueno, eso significa que estás en el mercado.

La insinuación de lo que aquella frase significaba casi le revolvió el estómago, pero decidió ignorarla.

—Damián está saliendo con alguien —respondió—. Quiero saber quién es. Quiero que lo averigües todo de ella. Todo.

—Ah, los celos. Una mujer como tú no debería sentir esos celos.

En otras condiciones se hubiera levantado e ido de allí sin pensárselo, pero no conocía a nadie que pudiera averiguar lo que quería como China, por muy repugnante que le pareciese.

—¿Puedes hacerlo?

—Claro que puedo. También puedo hacer otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Ya sabes, asustarla. Que sepa que no le puede quitar el novio a Vicky Velasco.

Por mucho que le gustara la idea, Vicky sabía que sería un desastre si dejaba que aquel tipo empleara métodos violentos. Damián no era idiota. Si agredían o amenazaban a su nueva novia, no tardaría ni un segundo en deducir quién estaba detrás.

—No, no hagas nada de eso. Solo necesito información.

—Bien. Solo información. Entonces, hablemos de dinero.

—Ok.

—Te cobraré lo mismo que a tu padre, con el adelanto habitual.

—De acuerdo.

Vicky sacó de su bolso un sobre blanco lleno de billetes y lo depositó sobre la mesa, entre los cafés. China lo recogió como si tal cosa y se lo metió en el bolsillo de la americana. A ella le sorprendió la naturalidad con la que trataba estos asuntos. Luego él se levantó y antes de irse le preguntó:

—¿Para cuándo lo necesitas?

—Cuanto antes mejor.

—Bien. En un par de semanas te digo algo.

Vicky lo vio alejarse calle abajo y perderse entre la gente. Tuvo que beber un sorbo de café para quitarse el mal sabor de boca, pero se alegró de haber recuperado las energías. Iba a defender lo que era suyo con uñas y dientes.

## CAPÍTULO XII

Las siguientes dos semanas fueron de felicidad plena. Gara no quería dar pábulo a la permanente sospecha de que todo se fuera a estropear en cualquier momento. Siempre había sido así en su vida. No importaba lo a gusto que se sintiera, o lo enamorada que estuviese, siempre ocurría algo que lo ensombrecía todo. A veces unas relaciones duraban tres semanas, otras, tres años, pero siempre acababan de la misma forma, con ella hecha polvo y con el hombre al que había amado saliendo por la puerta. Y a partir de ese momento, a remar río arriba. A intentar dejar esos sentimientos de lado como el que se saca una muela sin anestesia.

¿Pero esta vez no podría ser distinto? Estaba sentada a la mesa de un restaurante bueno, con la mano de Damián cogiendo la suya y con su hermano Javier y la novia de este, Beatriz, enfrente, disfrutando de la conversación. «Hay amores que duran toda la vida, ¿por qué este no iba a ser uno de ellos?», se dijo.

—Ya teníamos ganas de conocerte —comentó Beatriz—. Cuando Javier me dijo que Damián tenía novia, creí que era una broma.

Gara sonrió y miró a Damián que también parecía contento. Se preguntó qué tipo de relación tenía con Victoria Velasco para que a aquella chica le pareciera tan extraño que saliera con alguien.

Beatriz era muy joven, seguramente de unos veinte o veintiuno, calculó Gara, y Javier no era mucho mayor, quizá dos o tres más. Ella tenía el cabello largo y castaño claro igual que sus ojos y una mirada limpia y cálida que invitaba a hacerte amiga de ella al instante. Él parecía imitar a su hermano. Llevaba el mismo corte de pelo y la barba similar, pero no se parecían mucho. A Gara se le ocurrió que la razón quizá era que Damián había heredado los rasgos de su padre.

—Vaya fama que tengo —replicó Damián divertido.

—Yo también tenía ganas de conoceros —respondió ella—. Vi tu nombre en el folleto de la exposición de Juan Gris, como comisario —le dijo a Javier.

—Ah, sí. Ya me contó Damián que eres toda una experta en pintura.

—Oh, no, por Dios. Recordaba algunos datos, eso es todo.

—Pues le diste toda una lección sobre el retrato de Modigliani.

«Sí, e iba a seguir con la trola, aunque la torturaran para sacarle la verdad».

—Es que me parecía increíble que hubierais conseguido traerlo.

—Si te soy sincero, a mí también me lo parece —contestó Javier inclinando la cabeza hacia ella, como si le revelara una confidencia—. No sabes lo difíciles que se pusieron los americanos. Al principio, era un no rotundo, luego empezaron a pedir un montón de pasta.

—¿Y cómo los convenciste?

—Bueno, hubo mucho pico y pala. Ya sabes, llamadas, contactos... Te aburrirías con los detalles.

—Pues me alegro de que lo hayas conseguido. Nunca había visto un cuadro como ese tan de cerca.

Y entonces apareció el maître del restaurante y empezaron a pedir las comandas. Damián le recomendó a Gara unas cocochas de bacalao al ajillo y esta asintió. Luego, cuando estuvieron

solos de nuevo, Beatriz fue la que empezó a hablar:

—¿Es verdad que eres tatuadora?

—¡Oh, Dios! —exclamó Javier—. Dile que los tatuajes son superdolorosos.

Gara sonrió.

—Sí, ese es mi trabajo —respondió.

—Verás, llevo tiempo queriendo hacerme un tatuaje en la parte baja de la espalda, pero tengo miedo de que si es muy grande... ¿dolería mucho?

—Algo siempre duele, pero es bastante soportable. ¿Tienes algo en mente?

—Nada, no tiene nada en mente —la interrumpió Javier—, me niego en redondo.

—Ya, pero es que tu opinión en este tema me da bastante igual —dijo ella fingiendo indignación.

—El tatuaje va a estar en la espalda, ni siquiera lo vas a ver —le replicó él—. De hecho, seré yo el que más lo vea. ¿No tengo derecho a opinar?

—No, es mi piel, es mi decisión.

—Damián, díselo tú, eso de los tatuajes...

—A mí no me pidas ayuda, hermanito, yo también caí en sus garras.

—¡No me jodas! O sea, que me he quedado solo.

—Pásate por el estudio cuando quieras, Beatriz. Miramos diseños y así eliges cuál te gusta más.

—Claro, eso haré.

El resto del almuerzo transcurrió entre bromas y chistes, con Javier haciéndose la víctima y Damián pinchándole, diciendo que tarde o temprano él también acabaría tatuado. Gara se sentía cómoda en aquel grupo y las sospechas que permanecían acurrucadas en algún lugar de su cabeza no se dignaron a aparecer.

\* \* \*

Arrastraba una maleta de ruedas y casi no podía con ella. Alicia la contempló mientras cruzaba la plaza y avanzaba en su dirección. Ya no parecía tan decidida como otras veces. Ahora se la veía muy delgada, demacrada y con dificultades para respirar. Ella descendió del vehículo y acudió a su encuentro. Claudia le sonrió.

—¿Se encuentra bien, señora Ackerman?

—Sí, muy bien.

—¿A dónde va? —le preguntó Alicia con los ojos en la maleta.

—De viaje.

—¿Regresa a Nueva York?

—No.

Claudia se volvió para mirar en el interior de su bolso. Sacó un sobre blanco y se lo dio a Alicia. Esta lo recibió, lo abrió y levantó las cejas cuando vio su contenido.

—Es mucho dinero.

—Es un último pago para asegurarme tu lealtad.

—Ya tiene mi lealtad.

—Necesito tiempo, Alicia. Nadie puede saber que me voy.

—Bien, no la he visto, así que puede ir a donde quiera.

—Gracias. También me vendría bien que borraras todas esas fotos que has hecho de Gara y de mí juntas.

—No sé de qué me habla.

Claudia esbozó una sonrisa de medio lado.

—No hace falta que lo admitas, conque las borres estará bien.

Alicia guardó silencio. No sabía qué hacer. Aquella mujer llevaba la enfermedad escrita en el rostro y se hubiera ofrecido a ayudarla en lo que quisiera, pero ya sabía que rechazaría esa ayuda.

—¿Quiere que la lleve a algún sitio?

—No, no hace falta. Voy hacia la parada de taxis. Está cerca.

—De acuerdo, le llevo la maleta.

Al menos, en eso no puso reparos. La acompañó hasta la parada que apenas estaba a unos doscientos metros mientras oía su respiración agitada entrando y saliendo de su boca. Caminaban muy despacio, pero parecía que aquella mujer estuviese corriendo una maratón.

Al abrirle la puerta del taxi, Claudia esbozó una última sonrisa tímida y murmuró las gracias casi sin fuerza. Se sentó en el asiento trasero y sacó su móvil. Buscó un número en concreto, lo marcó y se llevó el aparato a la oreja. Antes de cerrar la puerta, la detective oyó que decía:

—Hola, soy yo. Estoy muy mal.

Cuando vio el taxi alejarse, Alicia se palpó el sobre del dinero que se había guardado en el bolsillo de su chaqueta. Aquel trabajo había resultado mucho más rentable de lo que hubiera pensado en un principio, aunque le daba pena la mujer.

\* \* \*

La playa de las Teresitas ya estaba casi vacía a esas horas de la tarde. Gara disfrutaba del juego como espectadora. Se reía cuando Marisela corría tratando de llegar a una pelota imposible que golpeaba con la pala en el último momento poniendo en dificultades a Damián. Luego, este tenía que correr para alcanzarla. La estaba dejando ganar, pero le había sorprendido que una niña de ocho años fuera tan buena jugando a las palas, y eso era porque no sabía que Marisela se había pasado media vida en aquella playa.

Después de un rato dándole golpes a la pelota, Damián bajó su pala y se rindió. Marisela levantó los brazos y empezó a dar saltos de alegría. Él llegó andando y se tendió junto a Gara. Aún tenía el pelo mojado del último baño y le costaba recuperar el aliento después del partido.

—Esta niña me ha destrozado —dijo haciendo teatro.

Marisela se rio.

—Soy buena, ¿eh? Aquí en San Andrés solo me ganan los más mayores.

—Has elegido mala adversaria —respondió Gara siguiéndole la corriente.

—Te voy a llevar un día al club de pádel, seguro que le das un repaso a más de uno.

—¿Qué es eso? —preguntó la niña.

—Un lugar para jugar a las palas, pero con otra clase de palas.

—Ah, vale.

A Gara le gustaba que se llevaran tan bien. Le había presentado a su madre y a su amiga Ruth, y a Pablo, el marido de esta. Lo estaba metiendo en su vida y él parecía encantado. Eso significaba algo. Se sentía confiada. Damián y ella conectaban y poco a poco sus sentimientos hacia él se iban

haciendo más profundo. Y lo que era mejor, percibía que a él le ocurría lo mismo.

La única nube en el horizonte era Claudia. Desde el día en que se despidió de ella en su apartamento no había vuelto a tener noticias suyas. Ni un mensaje, ni una llamada, ni una visita... La inquietaba no saber cuál era la razón oculta por la que había organizado todo aquello. No podía ser que desapareciera sin más. Algo tenía que haber. ¿Pero por qué iba a ser algo malo? Quizá ni siquiera tuviera que ver con ella. La apartó de sus pensamientos y entrelazó sus dedos con los de Damián.

—¿Es verdad que estás *forrao*, que tienes pasta para comprar el Tenerife? —preguntó Marisela de pie frente a ellos. ¿Dónde lo habría oído? ¿De Ruth?

Damián soltó una carcajada.

—¿Tú qué crees? ¿Lo estoy o no?

—No sé. ¿Tienes más de doscientos noventa y nueve euros?

—No contestes, es una trampa —dijo Gara.

—Creo que sí. ¿Por qué?

—¿Mucho más?

—Marisela, no vayas por ahí —insistió Gara fingiéndose enfadada.

—Algo más.

—Es que eso es lo que vale la *play*. No te costaría nada comprarme una, ¿no? Como estás *forrao*.

—No le hagas caso. Si no hubiera suspendido el examen de *mates*, yo misma se la habría comprado.

—Ah, bueno, si suspendes...

—Es que las *mates* son una mierda.

—Marisela, los tacos.

—Hmm...

—Sí que son una mierda —dijo Damián riendo.

—Eso, tú ánimo.

—Pero tiene razón. ¿A ti te gustaban?

—Eso tía, ¿a ti te gustaban?

—Eso no tiene nada que ver. Tienes que aprobar y punto. Suspendes porque eres una vaga y siempre te bajas a la playa en vez de hincar los codos.

Marisela se quedó callada mirando al horizonte, con los labios apretados y el ceño fruncido.

—¿Quieres jugar otra? —le preguntó a Damián como si lo que le había dicho su tía le hubiera entrado por un oído y salido por el otro.

—Vale —dijo él.

—¿Qué nos jugamos?

—¿Cómo que qué nos jugamos? Esta niña es una tahúr.

—Ni hablar, Marisela.

—Si te gano, me compras la *play*.

—Te compro la *play* si me ganas y apruebas matemáticas, como dice tu tía.

—¡Eso no es justo!

—Y además te compro un montón de juegos.

—¿En serio?

—Los que quieras.

—¡Qué guay! Vale, vamos.

\* \* \*

Caminar descalza por la playa era uno de esos placeres que a Gara le parecían impagables. Caminar descalza por la playa abrazada al hombre al que quería lo multiplicaba todo hasta el infinito. La luna reflejada en el mar y la brisa fría que la obligaba a juntarse más a Damián lo hacía todo mucho más romántico. Marisela había ganado, por supuesto, y ahora debía de estar en casa cenando y contándole a Olivia cómo había conseguido una *Playstation 4*, olvidándose de que también tendría que aprobar matemáticas. Al menos, ahora podían por fin estar solos.

—Me ha encantado tu familia —dijo Damián.

—¿Sí? Qué bien.

—Tu madre me ha parecido una mujer estupenda. Es bastante agradable, pero se la ve seria.

—Ha tenido una vida dura. Perdió a su hija después de criarnos sola a ambas. Le cuesta confiar en que las cosas salgan bien porque sí.

—Perdona que te lo pregunte, ¿pero no tienes padre?

—Por lo visto se largó al poco de nacer Nerea. Mi madre no habla nunca de él.

Gara pensó en el padre de Marisela. Si tampoco él hubiera aparecido, nada de lo que ahora estaba viviendo habría sido posible. Claudia había resultado providencial llegando al rescate en el momento decisivo. Se lamentó de no haberse fiado más de ella. Dio por hecho que tenía una intención oscura con todo el asunto de la seducción, pero lo cierto era que no había recibido más que bendiciones de aquella mujer. Tal vez si le hubiese dado más confianza, le habría desvelado sus intenciones. Y quizá no fueran tan maliciosas como había imaginado. Decidió que al día siguiente iría a visitarla.

Y entonces salió de su ensimismamiento con el sonido del móvil de Damián. Lo sacó del bolsillo de su pantalón corto y la luz de la pantalla brillo en la oscuridad. Leyó el mensaje y dijo:

—Mi madre nos invita a comer mañana. Al parecer, Javier le ha hablado de ti y quiere conocerte. ¿Te apetece?

—Claro, yo también tengo ganas de conocerla.

Damián escribió algo en el móvil y luego lo apago y se lo volvió a guardar. Gara se abrazó más a él. Le gustaban aquellos rituales de los inicios de cualquier pareja. Buscar momentos para estar a solas, presentarse a las respectivas familias, conocer a los amigos de cada uno, volver a buscar momentos para estar a solas... Gara sonrió.

—¿Te quieres quedar esta noche en casa? —le preguntó.

—Vale.

—Pero no podemos hacer mucho ruido, Marisela duerme en la habitación de al lado y las paredes son de papel.

—Esa niña es más lista...

—Sí, sí que lo es.

\* \* \*

Venían riéndose por la calle y Olivia no lograba entender por qué no se podía alegrar por Gara. Se la veía feliz, no solo más feliz que en el último año, sino en toda su vida. No había dudas, aquel hombre la hacía sentir lo que ningún otro. Por eso Olivia se temía que el golpe sería aún

más duro. Porque estando Claudia de por medio las cosas podían salir fatal. Ella misma había tenido ocasión de comprobarlo cuando siguió los mismos consejos que ahora había seguido su hija.

Venían abrazados y él le decía cosas al oído y ella se reía y lo apartaba y se volvían a juntar. Luego él la empujaba con suavidad hacia una farola y ambos se besaban apoyados en ella antes de seguir su camino. Olivia corrió de nuevo la cortina para que no la vieran y se sentó en el sillón de la sala. Oyó cómo abrían la puerta de la calle y subían las escaleras. En la calma de la noche, sonó rotunda la voz de Damián y el siseo de su hija ordenándole silencio. Olivia había dejado dormida a Marisela en el piso de arriba y no creía que la fueran a despertar, pero por si acaso estaba bien que tuvieran esa precaución.

Entonces, los oyó abrir la puerta de su casa y se acordó de cuando ella también se encontraba en la misma situación a su edad. «Si no le hubiera hecho caso a mi amiga hace más de veinticinco años —se dijo—, ahora las cosas serían tan distintas». No habría sufrido tanto, pero tampoco tendría nada de lo que la vida le había dado. Tenía que acordarse de darle las gracias.

Se le escapó un bostezó mientras esperaba a que se cerrara la puerta del piso de Gara. Luego, cogió su bolso y salió al rellano despacio y en silencio. Se quedó parada un momento asegurándose de que no se oía nada. Entonces, bajó las escaleras con los zapatos en las manos para no hacer ruido y salió a la calle. Se calzó y se cruzó de brazos para protegerse de la brisa fría que se acababa de levantar. Al mirar hacia arriba, vio encendidas las luces de la casa de su hija. No se darían cuenta de que se había marchado. Eso estaba bien, así no tendría que dar explicaciones al día siguiente. Le había prometido a Claudia que no le diría a nadie dónde estaba hasta que ya hubiera terminado todo.

\* \* \*

A Damián le parecía que aquello de tener pareja estable no estaba tan mal. Nada que ver a ese simulacro de relación que había sido su compromiso con Vicky. Esa mañana se había despertado antes y apoyó su cabeza en la mano para contemplar cómo Gara dormía a su lado. Le apartó un mechón de la frente y disfrutó al verla moverse sin llegar a despertarse. Luego jugó a ver cuántos gestos lograba hacerle antes de que abriera los párpados. Le acarició suavemente la mejilla, le pasó el dedo por los labios y luego por la oreja que tenía al descubierto...

Ahora se reía mientras caminaba por la avenida La Salle. ¿Se había convertido en el rey de los idiotas? Sí, era posible, pero no le importaba. Se centraría en ver a Ken Worthington para averiguar qué era lo quería. Ni siquiera el mensaje tan sombrío que le había enviado había sido capaz de ponerlo de mal humor.

Lo encontró en el fondo de un bar que hacía esquina con la calle Leoncio Rodríguez. Tenía un vaso de whisky con hielo entre las manos y la mirada perdida en su interior. Lo último que le apetecía a Damián era hablar de Claudia Ackerman.

Llegó hasta su lado y le apoyó una mano en el hombro. Ken le devolvió la mirada con una tristeza más propia de un entierro.

—¿Qué ocurre?

—Te he fallado, Damián.

—¿De qué hablas?

—La he vuelto a perder.

—¿Qué? ¿Otra vez?

—Sí, me he pasado la noche buscándola por todas partes. He enseñado su foto por los hoteles. No sabes cuántas excusas he tenido que inventar solo para que me dijeran que no la habían visto. He investigado las compañías aéreas, los ferris a otras islas. Nada. Si ha salido, lo ha hecho con un nombre falso.

—¿No ha vuelto a su casa?

—No, y Alicia no la ha visto salir.

—¿Y si está dentro y le ha pasado algo?

—Forcé su cerradura y me colé en su apartamento. Allí no hay nada, Damián. Los armarios están vacíos y la nevera también. Estoy convencido de que no va a volver. Lo siento, soy un completo fracaso.

Damián no sabía que decir. Respiró hondo y miró hacia la calle. Antes de entrar en esa cafetería todo le iba tan bien que ahora Claudia Ackerman parecía más un moscardón que le pudiera arruinar una tarde de picnic que un problema real.

—Pero tú no te preocupes, Damián —prosiguió Ken con su letanía—, la voy a encontrar cueste lo que cueste. Y no te pienso cobrar el tiempo que emplee en ello.

Entonces, Damián, mientras lo escuchaba, sintió que había llegado a un límite. Como si no quisiera permanecer ni un minuto más junto a aquel detective ni oír nunca más el nombre de Claudia.

—No —dijo—. Olvídate de ella. Pásate mañana por la oficina. Te pagaré por tus servicios para que puedas regresar a Nueva York. Estoy harto de este asunto.

—¿Estás seguro? ¿Y esa amenaza? Seguro que se ha ocultado porque está a punto de llevar a cabo sus planes.

—Me da igual. No le tengo miedo. Sea lo que sea lo afrontaré. No voy a dejar que Claudia Ackerman me amargue la vida.

Damián no oyó la respuesta de Ken. Salió de la cafetería y al llegar a la calle sintió que su cuerpo pesaba menos, que se sentía más ligero y feliz. Solo quería estar junto a Gara, tenerla a su lado y achucharla junto a su cuerpo. Todo lo que no fuera eso carecía de importancia.

\* \* \*

Gara pulsó de nuevo el timbre. Era la cuarta o quinta vez que lo hacía. Había insistido durante un buen rato y luego bajado a la calle, por si la veía venir del supermercado o de cualquier otro sitio. Después volvió a subir y ahora se sentía preocupada de verdad. Claudia no respondía a sus llamadas y sus mensajes permanecían sin contestar. ¿Dónde se encontraba?

Al inicio del pasillo, las puertas del ascensor se abrieron y apareció una mano avejentada que dejaba una bolsa de supermercado en el rellano. Una anciana salió después cargando otra bolsa. Cuando se percató de la presencia de Gara, la miró extrañada.

—Deje que la ayude —dijo ella.

Atravesó el pasillo y le arrebató la bolsa, levantando después la que estaba en el suelo.

—Muchas gracias, mi niña.

La mujer se dirigió hasta otra de las puertas del rellano con una llave en la mano. Después de abrir, Gara entró en la casa y dejó las bolsas en la mesa de la cocina, que quedaba a la derecha de un largo pasillo. La distribución era muy distinta a la del apartamento de Claudia. Casi no se veía

nada del interior de la casa desde la puerta.

—No está —dijo la anciana señalando con la cabeza hacia la escalera.

—¿Se refiere a Claudia?

—¿A quién si no?

—No, ya veo que no está —respondió Gara—. He llamado durante un buen rato.

—Se ha ido de viaje. Ayer me la encontré al salir a dar mi paseo habitual. Llevaba una maleta y me dijo se iba.

—¿Le dijo a dónde?

—Me dijo que aún no lo tenía decidido. ¿Es familiar tuya?

—No, no... Es una amiga.

—Pues es un poco rara tu amiga. ¿Quién se va de viaje sin saber a dónde? ¿Quieres un café, mi niña?

—No, gracias, señora. Se me ha hecho un poco tarde.

Gara salió del edificio de apartamentos un poco triste. Le hubiera gustado despedirse de Claudia. Sí que era una mujer un poco rara, como decía su vecina, pero echaba de menos haberle dicho adiós. ¿A dónde había ido? ¿Era una marcha para siempre? ¿Ya no la volvería a ver? Entonces, el sol en la cara le hizo bajar los párpados y se llenó de aire los pulmones. Siguió caminando sin dejar de pensar en Claudia. Se le escapó la risa cuando se le ocurrió que había sido una especie de hada madrina que había permitido que encontrara a su príncipe azul. Y luego pensó que era idiota por creer en los cuentos de hadas. Se recordó lo difíciles que eran las relaciones y que solo estaba en la parte bonita con Damián. Los cuentos nunca hablaban de lo que venía después.

\* \* \*

Minerva y Gara se habían caído bien desde el primer momento. Damián las observaba desde el extremo de la mesa mientras su padrastro le contaba algo a lo que apenas prestaba atención. Gara conversaba animada con Minerva y él no perdía detalle de sus rasgos ni de sus movimientos. Siguió los contornos de su melena rubia, de su cuello esbelto y de su mandíbula delicada. Se sumergió de nuevo en esos ojos verde esmeralda cuando ella le dedicó una sonrisa fugaz. ¿De dónde había salido? ¿Cuántas casualidades se habían tenido que dar para que se conocieran aquel día en la exposición? Gara era tan distinta a todas las mujeres a las que había conocido. Tan independiente, tan madura... Asumir la responsabilidad de criar a su sobrina era toda una prueba.

Lo más parecido a una novia que Damián había tenido era Vicky, y lo que sentía por aquella mujer que ahora charlaba con su madre no tenía nada que ver. Durante años pensó que eso de la media naranja, las almas gemelas, no eran más que tonterías, y ahora le confiaría su vida sin pestañear. Era como si se encontrara delante de un desierto largo y árido, quemado por el sol, y solo le bastara con que Gara le diera la mano para reunir el valor y cruzarlo.

¿Y todos esos sentimientos de dónde salían? Él no era así. Hasta el momento, para Damián las mujeres no eran más que una forma de demostrar que se podía ser distinto a su padre, que se las podía utilizar sin que ninguna de ellas lo atrapara, como una especie de batalla en la que él ganaba si salía indemne de cada una de sus relaciones. Y de repente todo eso se había derrumbado como un castillo de arena. Y la ola era Gara. Ya no saldría indemne de ella. Ya no podría apartarla de su vida sin pagar un alto precio.

Ahora comprendía muchas cosas respecto a Jorge Esquivel que antes ni se le hubieran pasado por la cabeza. Su padre era mejor persona de lo que lo había sido él en toda su vida, y viendo a Gara reír por una anécdota que estaba contando su madre, comprendió que ella sola lo redimiría de todo.

«Es mi chica —pensó— y no me queda más que una cosa por hacer con ella».

## CAPÍTULO XIII

Al cerrar la puerta del estudio, Gara se puso las manos en los riñones y arqueó la espalda. Se sentía cansada. Después de la comida con la madre y el padrastro de Damián el domingo, el aterrizaje en la realidad del lunes por la mañana había resultado parecido a que te despierten con un balde de agua fría. Por suerte ya había terminado su jornada y ahora solo deseaba volver a casa, darse una ducha y verse ella sola una *pele* de miedo. Seguramente, Damián la llamaría y hablarían durante un rato, pero después de que Marisela se hubiera acostado, podría quedarse con sus monstruos.

Sin embargo, no iban a ser las cosas como se las había imaginado. La vida era demasiado sorprendente para que así fuera. Por la calle desierta y medio a oscuras donde estaba su estudio, una silueta se acercaba a buen paso. La reconoció al instante y supo que sus planes se habían esfumado como se sacude el polvo de un abrigo. Ruth venía sonriente por la acera.

—Menos mal que te encuentro —dijo—. Temía que ya te hubieras ido.

—Pues casi.

—Oye, Gara, necesito un favor.

Lo que se temía. Ruth no iba a verla si no era por algo importante, y menos a esas horas.

—Dime.

—Tengo que ir a ver a un proveedor al puerto de Candelaria y no quiero ir sola. No lo conozco mucho y Pablo tiene que atender la cafetería. ¿No te importa acompañarme?

—¿A Candelaria? ¿Ahora? ¿No puedes verlo mañana?

—No, por lo visto sale de viaje en un par de horas y tiene que ser ya.

Gara miró su reloj. Las ocho y media. A saber a qué hora regresarían, pero no le podía decir que no.

—Bueno, vale. Voy a llamar a mi madre, para que se asegure de que Marisela se acuesta a su hora.

\* \* \*

Cuando Vicky deslizó la yema de su dedo por el borde del vaso de whisky, se preguntó si no estaba bebiendo demasiado en los últimos días. No obstante, levantó la mano para ordenar al camarero que le sirviera otra copa. Luego se llevó el vaso casi agotado a los labios y lo apuró antes de que el joven *barman* lo retirara y la dejara con el nuevo lleno de alcohol.

El local estaba casi vacío. Un hombre de mediana edad, al final de la barra la había estado observando con insistencia, pero ella le quitó las ganas de acercarse con una mirada fulminante que hizo que él desviara la suya hacia otro lugar. La aborrecía seguir sentada en esa barra, sola, en lugar de estar en su casa bebiendo sin que ningún tipo se insinuara en la distancia. De hecho, no continuaría allí ni un minuto más si no fuera porque prefería verse con China en un lugar público.

El mosquito apareció en ese mismo instante, como si lo hubiera invocado con el pensamiento. Iba vestido con una americana gris, una camisa blanca con lamparones y unos pantalones vaqueros de color azul que le quedaban al menos dos tallas grandes. Llevaba la barba más descuidada que

la última vez, como si no se hubiera afeitado desde entonces y sus ojos hundidos sonrieron al verla, como su boca fina, estirando las dos arrugas que se le formaban en las comisuras de los labios.

Se aproximó despacio, con un suave bamboleo de sus hombros, y se sentó a su lado. Luego acercó más la banqueta a Vicky —demasiado, a juicio de ella— y levantó la mano para avisar al camarero.

—Tomaré lo mismo —dijo.

No tardó ni un segundo en aparecer un vaso con el líquido anaranjado y el hielo correspondiente. Chinaa llevaba una carpeta de cartulina de color verde claro que puso sobre la barra. Después se llevó el vaso a la boca y se lo bebió de un trago.

—¡Aaah! ¡qué bueno está! Cómo se nota que es de calidad. ¡Muchacho, ponme otro, que paga la jefa!

—¿Qué tienes? —preguntó Vicky tratando de acortar lo máximo posible aquel encuentro.

—Al grano, ¿eh? Pues vale. He averiguado lo que me encargaste —respondió el detective echando mano a la carpeta verde—. Damián Esquivel se ve con una mujer.

Chinaa sacó varias fotos y se las acercó a Vicky deslizándolas por el mostrador. Ella aguzó la vista cuando vio la imagen de aquella chica rubia. ¿De qué la conocía?

—Se llama Gara San Román. Tiene un estudio de tatuajes en San Andrés.

«G de Gara —pensó—. El tatuaje de la espalda de Damián».

Era la joven de la exposición de Juan Gris. Aquella que contemplaba solitaria el retrato de Modigliani. Damián había retado a Vicky. Le preguntó si sentiría celos al acercarse a ella y Vicky le había respondido que no. «Qué idiota fui», se dijo.

—¿Tatuajes? —preguntó extrañada. ¿Qué hacía una tatuadora en la exposición de la fundación Esquivel?

—Tiene veintisiete años, no solo trabaja en San Andrés, también vive allí, con una sobrina de la que ha obtenido la custodia recientemente.

—¿Una sobrina?

—Sí. Al parecer, su hermana, la madre de la niña, murió hace unos años en un accidente de tráfico.

«Es guapa —pensó Vicky—, pero aparte de eso, ¿qué ha visto Damián en esa chica?»

—¿Eso es todo? ¿No tiene nada que pueda utilizar contra ella?

—Sí, hay algo, pero no estoy seguro de qué se trata.

—¿Qué quieres decir?

—Esta Gara recibió una transferencia bancaria de cien mil euros hace unas semanas. Después, se los entregó a su cuñado, el padre de su sobrina que tiene una lavandería en Ámsterdam y además está implicado en el menudeo de drogas de síntesis.

—¿Esta chica está metida en drogas?

—No lo sé, pero lo más interesante es quién le envió el dinero.

—¿Quién?

—Claudia Ackerman.

—¿Quién es esa?

—Antes de decírtelo, tendría que contarte otra cosa que he averiguado.

—Adelante.

—Mientras seguía a Damián Esquivel me he topado con un asunto, cuanto menos, curioso. Desde luego no se trata de ninguna coincidencia. Damián tiene contratado a un detective

norteamericano llamado Ken Worthington. Este cuenta con una ayudante española, Alicia Mencheta. Se turnan para vigilar un edificio de apartamentos en Tomé Cano.

—¿Por qué?

—No lo sé. Lo que sí sé es que el objeto de su vigilancia es Claudia Ackerman.

—¡Claudia Ackerman! ¿Me vas a decir quién es esa mujer?

—Paciencia. Eso es lo más peculiar de todo. Tiene doble nacionalidad. Española y norteamericana, pero normalmente reside en Nueva York. Allí se dedica desde hace unos diez años, desde que enviudó por última vez, a dar conferencias y a asesorar a mujeres para que consigan casarse con millonarios.

—¿En serio? ¿Eso existe?

—Por lo visto es un servicio bastante popular en Estados Unidos. Es una especie de gurú de citas.

—Una mujer que enseña a otras a casarse con millonarios y una joven que seduce a un millonario y que recibe cien mil euros de ella para dárselos a su cuñado. ¿Por qué? Si hubiera contratado sus servicios, tendría que ser ella la que pagara.

—Sí, todo es muy raro. No tengo ni idea de lo que hay detrás, pero sé cómo puedo averiguarlo.

—Dime.

—La señora Ackerman tiene sobornada a la ayudante del americano, a Alicia Mencheta. Le paga dinero cada tarde y sospecho que es para que no la siga a algún lugar en concreto. Lo único que tengo que hacer es amenazar a esa detective con denunciarla y lo cantará todo.

Vicky observó las fotos en las que se veía cómo una mujer de pelo gris y corto le entregaba un sobre blanco a una joven apoyada en el capó de un coche.

—¿Y por qué no lo has hecho ya? —preguntó intrigada.

—Porque me puedo poner muy duro con esta Alicia y tenía que saber si querías que siguiera adelante. ¿Quieres que lo haga?

—No, dime dónde puedo encontrar a la detective.

—¿Estás segura? Deberías dejarme esto a mí, tengo más experiencia.

Vicky estaba deseando quitarse a China de encima, y con lo que le había dado, podía seguir ella sola por su cuenta. Lo miró fijamente con los ojos duros y vidriosos por el alcohol. No necesitó decir nada más. Su mirada dejaba claro que se ocuparía ella. Él se encogió de hombros y dijo:

—Tiene una pequeña oficina en Ofra, cerca de la Avenida de los Príncipes de España. —China sacó una pequeña tarjeta de la carpeta verde y se la entregó a Vicky—. Esta es la dirección.

Ella extrajo un sobre de su bolso y se lo dio al mosquito. Se vio a sí misma como a aquella mujer de la fotografía que le entregaba el dinero a la joven detective.

Mientras él se marchaba, Vicky sonrió satisfecha. Había dado con una pepita de oro en medio de la nada.

\* \* \*

Al aparcar frente al puerto, Gara se dirigió hacia la zona de bares y restaurantes, pero Ruth la detuvo.

—No es por allí, vamos al muelle.

Gara la miró extrañada.

—¿Has quedado con el proveedor en el mismo muelle?

Ruth no respondió. Empezó a caminar por la acera y a Gara le pareció que estaba rara, pero aun así la siguió. Llegaron hasta la explanada asfaltada desde la que se podían ver dos docenas de pequeños barcos pesqueros y algún que otro navío de recreo. Ruth avanzaba sin detenerse. Gara hacía todo lo posible por no quedarse atrás sin dejar de mirar a la oscuridad de la noche que ya se les había echado encima. El puerto estaba iluminado por unas farolas precarias, y cada hueco en tinieblas le parecía una amenaza.

Llegaron hasta una de las zonas de atraque y se encontraron frente a un barco pequeño en el que esperaba sentado un hombre de unos cincuenta años vestido en vaqueros y camiseta y una gorra marinera. Se estaba fumando un cigarrillo en el borde de su embarcación. Cuando oyó los pasos de las dos mujeres levantó la vista. Hizo un gesto de reconocimiento al comprobar que se trataba de Ruth y se puso de pie al mismo tiempo que tiraba el cigarrillo al mar. Ambas se detuvieron frente al barco.

—Sube —dijo Ruth.

—Oye, ¿de qué va esto?

—Ya te lo he dicho, tengo que ver a un proveedor.

—¿En un barco?

—Pues sí, ya sé que es un poco raro, pero tiene su yate en alta mar y sale para Las Palmas en un rato.

De no haber sido porque era Ruth, Gara habría salido corriendo sin mirar atrás. Cuando miró al hombre del barco, este le devolvió una mirada impaciente.

—Sé lo que parece —insistió su amiga—, pero no te preocupes. No hay nada que temer.

Gara trató de buscar en los ojos de Ruth alguna señal que aclarase qué era lo que estaban haciendo en mitad de la noche a punto de subirse a un barco en un muelle desierto. Pero Ruth mantenía una especie de sonrisa burlona en los labios, como si el hecho de que Gara pensara que aquello era lo más parecido a un encuentro de narcotraficantes que había tenido en toda su vida fuera de lo más divertido.

Entonces, el marinero suspiró haciéndoles ver que su paciencia se había agotado. Se acercó al borde del barco y extendió un brazo para que Gara se apoyara. No sabía qué la ponía más nerviosa, si toda la situación en la que estaba o el silencio de aquel hombre. Decidió confiar en Ruth. Apoyó su mano en el antebrazo del marinero y dio una larga zancada para adentrarse en la cubierta del pequeño navío. Luego, Ruth hizo lo mismo y ambas se sentaron en un banco en un lateral, que Gara no recordaba si era babor o estribor. Y eso que vivía en un pueblo pesquero. «Si se enteraran mis vecinos —pensó—, me expulsaban del pueblo».

Entonces el marinero se acercó a los mandos de la embarcación y el motor se puso en marcha. Y con él sus tripas, que empezaron a agitarse y ya no dejaron de hacerlo en todo el viaje, no sabía si por los nervios o por el vaivén del mar.

—Agárrense bien, señoritas —dijo el hombre con una voz ronca que a Gara le pareció la de un mafioso acostumbrado a deshacerse de cadáveres en alta mar.

Navegaron durante un cuarto de hora al menos. La mar estaba tranquila y el barco apenas saltaba sobre las olas. Pero solamente ese pequeño movimiento hacía que a ella el estómago empezara a asomarle por la garganta. Ruth en cambio estaba imperturbable a su lado. Al menos, esa calma la tranquilizaba algo. Se habría asustado de verdad si la hubiera visto nerviosa.

—Ya queda poco —dijo mientras mantenía su mirada fija en el horizonte.

Gara dirigió sus ojos hacia el mismo lugar y divisó unas luces solitarias en medio del océano. Era otro barco. Lentamente se fueron acercando y la nave cada vez se hacía más grande y definida en su forma. Se trataba de uno de esos yates de recreo de color blanco y mucho más grande que el barquito en el que estaban. El marinero hizo las maniobras de aproximación con mucho cuidado y, cuando se situó a unos centímetros de la escalerilla, apagó el motor.

—Vamos —dijo Ruth.

Gara se puso de pie y sintió por primera vez la inestabilidad de la embarcación. Tuvo que abrir las piernas y fijar bien los pies al suelo para no caerse. Luego avanzó despacio, con cuidado y moviéndose como un pato borracho. Se encaramó a la escalerilla del otro barco y miró a Ruth.

—Sube —dijo esta.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. No pasa nada.

Gara miró hacia arriba. La escalerita metálica tenía apenas cinco peldaños, pero lo que más la inquietaba era la oscuridad y la soledad que se divisaba al final de esta. Se armó de valor y subió un peldaño tras otro. Las ideas que aparecían en su cabeza como si salieran de un proyector de cine sin control la asustaban más que todas las películas de miedo que había visto. Sin embargo, estaba con Ruth. Fuera cual fuese la situación, no era lo que se estaba imaginando.

Llegó hasta el final de la escalera y vio por primera vez la cubierta del yate. Se encontraba en un lugar lujoso, pero desierto. Sin rastro de ningún proveedor. Entonces oyó el motor del barquito a su espalda. Se dio la vuelta sin saber qué pensar y vio a Ruth de pie en el barco que se alejaba. Su amiga levantó una mano a modo de despedida sonriéndole en la distancia.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? —le gritó, pero no obtuvo respuesta.

El barco se hizo más pequeño en el horizonte recortado contra la inmensa mole de roca oscura que era la isla de Tenerife.

Gara echó un vistazo a su alrededor. No había nada amenazante, salvo que estaba sola en mitad del océano y a merced de cualquier loco que se hubiera escondido en algún recoveco.

—¡Hola! —exclamó a medio camino entre la pregunta y el saludo.

Luego avanzó por la cubierta. Se le ocurrió que aquella sería otra de esas maniobras extrañas de Claudia y estuvo a punto de decir su nombre en voz alta, pero entonces vio la mesa con las velas en la proa del yate. También había algunos platos y una de esas tapaderas plateadas y abovedadas que servían para mantener la comida caliente debajo.

Gara se dirigió hasta allí. Estaba ante el decorado de una cena romántica y sonrió por primera vez. Se acercó a la mesa, vio la cajita aterciopelada negra junto a una de las servilletas y la sostuvo entre sus manos. Quedó perpleja al ver la joya que había dentro. Un anillo de oro rematado con un rubí o un brillante —no estaba segura— de color rojo.

Esta vez no se inquietó cuando oyó los pasos aproximarse a su espalda. Ni cuando unos brazos fuertes rodearon su cintura provocando que oliera su perfume. Ni cuando sus labios besaron su cuello obligándola a cerrar los ojos de placer.

—¿Te gusta el anillo?

—Me encanta.

Y entonces Gara se volvió y se encontró con los ojos azul oscuro de Damián que la miraban de forma distinta. Había duda en ellos, como si quisiera decir algo, pero no se atreviera. Se le escapó una risa nerviosa, pero finalmente se lanzó.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó.

—¿Qué?

Por un momento le pareció que no había oído bien. Luego miró el anillo y se sintió estúpida. ¿Qué creía que significaba aquello?

—¿Te repito la pregunta?

—No hace falta.

—¿Y entonces?

En ese momento tomó conciencia de todo lo que aquello significaba. Lo había visto tantas veces en películas y leído tanto en las novelas que no había sido capaz de entenderlo en toda su profundidad. Damián le estaba pidiendo que se entregara sin reservas, como él a ella, que lo acompañara en la vida y que confiara en él. Y Gara sintió que nunca había confiado tanto en nadie.

Pensó en Claudia, en todas sus enseñanzas. Había utilizado sus tácticas para atraer a Damián, pero ahora estaba ante la verdad absoluta. Y esa verdad era que ninguna de sus tácticas habría servido de nada si sus sentimientos no fueran reales.

—Claro que sí —dijo enamorada hasta el tuétano de sus huesos.

Damián la besó. Y entonces el mundo se detuvo. Los contornos se desdibujaron y una oscuridad luminosa se abrió paso al cerrar los ojos, cuando sintió que los labios de él se posaban en los suyos. Ni siquiera tuvo fuerzas para respirar mientras sentía su beso. Como si las más mínimas actividades vitales la distrajeran de lo importante. Esa noche haría el amor con Damián Esquivel como su prometida.

\* \* \*

La mañana amaneció nublada, pero le dio igual. Respiró hondo cuando descendió de su vehículo y sintió que una nueva vida se abría ante ella. Los días amargos del pasado habían quedado atrás y ahora caminaba por aquella avenida como si lo hiciera sobre las nubes que cubrían el cielo. Aún no había hecho nada, pero tenía motivos suficientes para esperar que de ahí en adelante todo saldría bien.

Cruzó el paso de peatones y luego torció la esquina para adentrarse en una calle estrecha de edificios altos. Vio a lo lejos el lugar al que se dirigía. El número diecisiete aparecía claro sobre la puerta de una construcción moderna de fachada blanca y grandes ventanales acristalados. Llegó hasta el lugar y miró los pequeños carteles de los porteros automáticos. Allí estaba el que buscaba. «Alicia Mencheta. Detective privado». Pulsó y sonó un timbre agudo y molesto. Luego, sin contestar, un nuevo sonido hosco le abrió la puerta.

La oficina de la detective estaba en la primera planta. Era un lugar pequeño según se vía desde el pasillo. Apenas una mesa casi a la entrada y una sala más al fondo. Algo limpio y sencillo que no mostraba demasiadas pretensiones. Una mujer se asomó al umbral de la habitación al fondo de la oficina con un móvil en el oído y exclamó:

—¡Enseguida la atiendo! ¡Póngase cómoda, por favor!

Vicky se adentró en el lugar despacio y observando el entorno. Tenía algunos diplomas detrás de la única mesa de la sala y en la otra pared un sofá de color azul que no se veía desde la puerta. Se preguntó dónde esperarían los clientes si alguna vez tenía que atender a más de uno, pero luego llegó a la conclusión de que aquella era una posibilidad bastante remota.

Se sentó en la silla, frente a la mesa, y esperó a que la conversación telefónica terminara. Aquella mujer hablaba con total falta de pudor y si Vicky hubiera prestado atención se habría enterado de todo lo que decía, pero tenía cosas más importantes en las que pensar. Colocó la

carpeta verde que le había dejado China la noche anterior sobre la mesa y luego suspiró para armarse de paciencia.

Unos minutos después, la joven detective apareció disculpándose mientras cruzaba la sala y se sentaba en su mesa, frente a ella.

—Hola, me llamo Alicia Mencheta —le dijo extendiéndole la mano. Vicky se la apretó—. Antes de empezar, le diré que soy una profesional con experiencia que la atenderé con total discreción. La ampara el secreto profesional y nada de lo que diga saldrá nunca de este despacho.

Vicky dirigió su mirada hacia la puerta de la oficina, que seguía abierta, y desde la que se veían las escaleras del edificio de una forma muy poco discreta.

—Perdón —dijo Alicia y se levantó de nuevo para cerrarla y volver a sentarse—. Bien, pues usted dirá.

—Tengo entendido que ha estado realizando un encargo para Damián Esquivel.

Alicia la miró entornando los ojos. Ya debía de estar suponiendo que Vicky no era una clienta como las demás.

—No puedo hablar de eso —dijo—. Ya sabe, secreto profesional. ¿Es él quien le ha hablado de mí?

—No, no...

Vicky sacó una foto en la que se veía al detective americano junto a ella sentados en un coche. Después se la entregó y Alicia frunció el ceño al verla.

—¿Qué significa esto?

—¿Quién la contrató, Damián o Ken Worthington?

Alicia reflexionó antes de contestar. Parecía dudar si responder o echarla de su oficina. Algo le decía a Vicky que optaría por lo primero.

—Ken Worthington. El caso era suyo, yo solo hice de apoyo.

Vicky volvió a sacar unas fotos de la carpeta de cartulina verde y también se las entregó. Disfrutó viendo cómo las mejillas de Alicia Mencheta se encendían hasta alcanzar un rojo intenso más cercano al púrpura que al rosa. Se la veía respirar con dificultad, como si le fuera a dar un ataque de ansiedad allí mismo.

—¿De dónde ha sacado esto? No sé lo que pretende, pero no podrá demostrar...

—Puedo enseñarle esas fotos a tu cliente. Se ve con mucha claridad cómo Claudia Ackerman te da dinero. Damián tiene muy buenos abogados, hará que te quiten la licencia. No me hables de lo que puedo o no puedo hacer.

Alicia se calló. Se le veía el miedo en su rostro.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—¿Para qué te pagaba?

Alicia volvió a mirar las fotos. Parecía avergonzada.

—Para que no la siguiera. Para que hiciera creer a Ken Worthington que seguía en su casa cuando en realidad se había ido.

—¿Y a dónde iba?

—No lo sé. Yo me quedaba en el coche.

—Mientes. Seguro que en algún momento sentiste curiosidad. La seguiste alguna vez ¿verdad?

Alicia bajó la mirada sin responder. Quería esconderse en su silencio, pero Vicky no la iba a dejar. Se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en la mesa de la detective.

—¿A dónde iba? —insistió.

Alicia suspiró antes de claudicar.

—Iba a ver a una mujer. Se reunió varias veces con ella. Es una tatuadora de San Andrés que se llama Gara. Le juro que no sé nada más de ella. No tengo ninguna información sobre el motivo por el que se veían.

Vicky sacó una de las fotos que le había entregado China la noche anterior. Se la mostró a Alicia para que corroborara su identidad, aunque no hacía falta que lo hiciera. Ya sabía que se trataban de la misma persona.

—Es ella —murmuró la detective.

—¿Hiciste fotos de ellas juntas?

Alicia asintió y Vicky sonrió satisfecha. Luego guardó de nuevo todas las fotografías en la carpeta de cartulina verde.

—¿Por qué teníais que vigilar a esa mujer?

—Ken Worthington la había seguido desde Nueva York. Era un asunto personal del señor Esquivel. Al parecer su padre había tenido una relación con ella hacía mucho. Damián quería verla, hablar con ella, no sé por qué. El caso es que, cuando lo hizo, ella lo amenazó.

—¿Lo amenazó? ¿De qué manera?

—Dijo que iba a acabar como su padre. Ya sabe, él está muerto. Nos encargó que la mantuviéramos vigilada.

—Y aparte de los encuentros con la tatuadora, ¿descubristeis cómo pensaba cumplir su amenaza?

—No, nunca descubrimos nada.

Aún le quedaba una pregunta por hacer.

—¿Dónde está Claudia Ackerman?

Alicia levantó los ojos hacia Vicky, estaba algo asustada.

—No lo sé. Le juro que no lo sé.

—Mientes.

—No, no miento. Se ha ido. Salió con una maleta y me pidió que no dijera nada.

—¿Y qué ocurrió después?

—Ken se desesperó al no ver movimiento en el piso y se coló en la vivienda. Comprobó por él mismo que ya no vivía allí y me echó la bronca porque se escapara delante de mis narices. Luego me despidió.

Vicky juzgó que esta vez era sincera. Pensó que tampoco era tan importante encontrar a Claudia Ackerman. Con lo que tenía, podía destruir a esa muchacha y con ella cualquier sentimiento que Damián albergara.

\* \* \*

¿Por qué odiaba tanto los números? ¿Por qué no podía ser como esa gente capaz de hacer operaciones solo con la cabeza mientras ella no se entendía ni siquiera con una calculadora? Y lo que era peor, ¿cómo podía reñir a Marisela por haber suspendido matemáticas si ella misma no daba nada de sí con las malditas cuentas? Las facturas se le amontonaban en el pequeño mostrador y Gara rezaba para que entrara algún cliente al estudio y la apartara de ese tedio tan insoportable. Pero era un martes por la mañana y a esa hora ¿quién se iba a hacer un tatuaje?

Por eso se sorprendió cuando sonó el timbre que anunciaba la entrada de alguien. Se sorprendió menos cuando vio que era Ruth la que aparecía. Esbozaba una sonrisa pícaro mientras

se acercaba despacio, como si midiera cada paso. Gara bajó la cabeza y volvió a sus números.

—Zorra conspiradora —murmuró entre dientes.

Ruth se rio.

—Te acojonaste, ¿eh?

—Joder, pensaba que te habías metido en un lío y que íbamos a acabar en el fondo del mar.

—Te lo he dicho siempre, no deberías ver tantas películas de miedo. ¿Y la sorpresa?

—No sé de qué me hablas.

—Venga ya. Lo sé todo. Tu futuro marido me lo contó cuando me pidió que le ayudara.

—¿Das por hecho que he dicho que sí?

—¿Has dicho que no?

Gara se rio y levantó la mano moviendo los dedos en el aire y dejando ver la sortija.

—¡Joder! ¡Vaya pedrusco!

Ruth se inclinó para ver la joya más de cerca. Le daba la vuelta a la mano como si fuera una verdadera experta. Luego le acarició la mejilla con ternura.

—Así que te casas.

—Necesitaremos unos meses para organizarlo todo, pero supongo que sí.

—¿Entonces, ya está? ¿Es él?

El rostro de Gara se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es él —dijo con seguridad.

Ruth rodeó el mostrador y la abrazó con fuerza.

—Cómo me alegro, cariño. Te lo mereces tanto.

Pero una inquietud en la cabeza de Gara no desaparecía.

—Me preocupa algo —dijo.

—¿Qué te preocupa ahora?

—¿Debería contarle lo de Claudia?

—Bueno, sonaría un poco raro. Yo dejaría pasar el tiempo, hasta que os podáis reír de ello y tomároslo a broma.

—¿Qué crees que esconde?

—¿Claudia? A saber. Quizá ni siquiera estuviese muy bien de la cabeza. Anda que no hay ricas excéntricas a las que les da por cualquier cosa. Hay quien le deja toda su herencia a un gato y quien vive en la miseria más absoluta a pesar de estar forrado.

—¿La has visto? ¿Ha pasado por tu cafetería en todo este tiempo?

—No, hace mucho que no. Yo de ti, me olvidaría de ella. No sabes lo estresante que es preparar una boda. Como para estar dándole vueltas a estas otras cosas.

—Ya —respondió Gara pensativa. A pesar de que su amiga tenía razón en casi todo, no creía que Claudia fuese una loca excéntrica. Le hubiera gustado hablar de nuevo con ella.

\* \* \*

—Está aquí Victoria Velasco, señor Esquivel —dijo la voz de Rosa al otro lado del teléfono.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Dice que verle.

Lo último que le apetecía a Damián era otra escena de súplicas y de humillaciones. Apreciaba a Vicky, no había deseado hacerle daño y verla en esa situación también lo hacía sufrir a él. La

despedida de ambos lo hizo sentir incómodo y culpable. Por nada del mundo querría repetirla.

—Dile que estoy ocupado.

—Solo te pido unos minutos —alzó la voz Vicky para que pudiera oírlo por el auricular. Luego sonó una especie de revuelo y la voz de Rosa de fondo.

—Señora Velasco, por favor.

—Déjame verte, Damián —dijo Vicky alto y claro. ¿Le había arrebatado el teléfono a su secretaria?

—Vicky, no hay ninguna posibilidad de que volvamos a estar juntos. Si hubiera sabido que guardabas esos sentimientos hacia mí, jamás habría aceptado tu oferta. Tal vez no me creas, pero nunca quise hacerte daño.

—Solo unos minutos. Si después de que veas lo que tengo que enseñarte no quieres volver a verme, desapareceré de tu vida para siempre. Te lo juro.

Damián meditó qué hacer. Se imaginaba que le traería alguna foto juntos o algún recuerdo para comoverlo, y no tenía ninguna gana de pasar por eso.

—Vicky, déjalo ya.

—Un minuto, por favor. Es todo lo que te pido. Un último minuto.

Damián suspiró. Si tenía que aguantar un minuto con tal de que Vicky se desengañase y se apartara de su vida, tampoco le parecía tan mal negocio.

—Vale, un minuto —respondió con desgana.

Vicky entró en el despacho con paso decidido. Iba vestida con elegancia. Una blusa blanca, un blazer azul y unos pantalones negros de pinzas, calzada con unos tacones altos. También llevaba una carpeta de cartulina de color verde. No dijo nada, no hizo el menor gesto. Seria, se sentó en la silla que Damián tenía en frente y puso la carpeta sobre la mesa, delante de él.

—¿Qué es esto?

—¿Por qué no lo ves por ti mismo?

Damián la miró fijamente. Su actitud desafiante le decía que lo que aquello contenía no eran simples recuerdos. Vicky no había ido a suplicar, más bien se comportaba como una serpiente a punto de morder. Entonces él se inclinó hacia delante y abrió la carpeta. Lo primero que apareció ante sus ojos era la fotografía de dos mujeres caminando por un parque. El García Sanabria, le pareció. A una de ellas la reconoció al instante, Claudia Ackerman. La otra era joven y llevaba una larga melena ondulada de color castaño con algunas mechas rubias. Iba vestida con una camiseta gris de manga larga y un pantalón vaquero azul ajustado.

—¿No la reconoces?

—Claro que sí, ¿pero por qué me traes una foto de Claudia Ackerman? ¿Qué tienes tú que ver con ella?

—No me refiero a Claudia, sino a la otra.

Damián fijó la vista más detenidamente en la joven que acompañaba a la amante de su padre. Claro que la conocía, solo que en la imagen no llevaba el pelo rubio y recortado por debajo de la nuca, ni iba maquillada, ni se vestía como lo había hecho cuando habían salido. Damián no reaccionó. No supo cómo hacerlo. Algo en su cerebro había entrado en cortocircuito y se negaba a encajar las piezas. Hasta que una idea se abrió paso en la confusión.

—Es un montaje —dijo.

—¿Un montaje? ¿Tan bien funcionan sus tácticas que incluso a ti te han convertido en un pelele en sus manos?

—No es ella. Has puesto su cara en el cuerpo de otra. Ni siquiera es su pelo, ni su ropa, ni

su...

—Era ella antes de que Claudia Ackerman le cambiara la imagen para que te resultara más atractiva.

—Hay programas informáticos que hacen estas cosas.

—¿Por qué no ves las demás fotos?

Damián pasó a la siguiente. Ahora sí que podía reconocer su aspecto actual. Gara estaba sentada en la terraza de una cafetería, elegantemente vestida y con el pelo rubio mostrando su esbelto cuello y escuchando atentamente a la mujer que tenía al lado, Claudia Ackerman.

—También esto es un montaje. ¿De verdad piensas que me voy a creer esta mierda? ¿Cuánto te ha costado?

Vicky se acercó. Una sonrisa de suficiencia se reflejó en su rostro, como si ya esperara que Damián iba a reaccionar así y aún tuviera un as en la manga.

—¿Sabes a qué se dedica Claudia?

—Claro que lo sé.

—Es una celestina. Adiestra a mujeres oportunistas para que seduzcan a millonarios. ¿Crees que Gara San Román ha salido de la nada? ¿Crees que estaba en aquella exposición por casualidad? ¿Por qué no miras el siguiente documento?

Damián no se atrevía a decir nada. Su propia mente le advertía que no siguiera adelante, que si lo hacía, todas sus ilusiones se desvanecerían como si estuvieran hechas de ceniza. Pero le pudo la curiosidad. Apartó las fotos y encontró un papel impreso con unos números. Reconoció una transferencia bancaria en la que la beneficiaria era Gara y la ordenante, Claudia Ackerman. ¿La cantidad? Cien mil euros. Era demasiada información para que pudiera digerirla de una vez.

—¿Qué es esto?

—Está claro, ¿no? Es el pago por un servicio. Cien mil euros es demasiado dinero como para que sea un simple favor.

—Puede haber una explicación para ello.

—Claro que sí. Yo te pago cien mil euros y tú seduces al hombre del que quiero vengarme. Esa es la explicación.

Damián negó con la cabeza y luego se masajeó la frente con la mano.

—Te lo has inventado todo —murmuró, pero ya no estaba tan convencido de lo que decía.

—Escúchame, Damián. Sea lo que sea lo que Claudia Ackerman tiene contra ti, Gara es su arma, es su caballo de Troya. Ha introducido un virus en tu vida que te destruirá. Puedes creerme o no; incluso seguir adelante con vuestra relación como si yo no te hubiera dicho nada, pero siempre sabrás que lo que digo es verdad.

Vicky se levantó de la silla despacio. No dijo nada más. Se dirigió hasta la puerta y se giró antes de salir. Damián estaba hundido en su asiento. La observó. Ella se encogió de hombros, satisfecha, a modo de despedida y se marchó.

\* \* \*

Si Damián hubiera podido hacer desaparecer aquellas fotos con la mirada, lo habría hecho. Hacerlas desaparecer de su vista, de sus recuerdos... Que no quedara nada de ellas. Cerró la carpeta verde y apoyó el codo en el brazo de su sillón y la cabeza en su puño. Su mente se hallaba como si la hubieran metido en un congelador, paralizada por un frío intenso que recorría todo su

cuerpo.

Cuando meses atrás, Ken Worthington le habló de la empresa de Claudia Ackerman le había parecido una excentricidad, pero encajaba a la perfección con la imagen que tenía de ella. Una cazafortunas enseñando a otras cazafortunas a hacer lo mismo. No obstante, no le había dado la menor importancia. Ahora entendía que había sido un error, que él mismo había caído en esas tácticas como un idiota porque no estaba preparado.

Y, sin embargo, le resultaba imposible creer que Gara formara parte de aquello. Se había enamorado de ella, de su autenticidad, de su sinceridad... ¿Todo era falso? Seguro que no, seguro que había una explicación razonable que justificara las pruebas que tan bien dispuestas le había mostrado Vicky.

Su cabeza empezó a repasar cada uno de los encuentros que había tenido con Gara. Aquello no podía ser fruto de unas argucias planeadas de antemano. Se lo pasaban genial cuando salían. Fue más bien él quien empleó algún que otro truco sucio, como el del portal. Y después, el tatuaje... No, todo eso no podía estar planeado. ¿Qué clase de mente...? Pero entonces se acordó de que en el informe de Ken se hablaba de unos vídeos... Había un *pendrive* por algún sitio. Se agachó hacia un cajón de su escritorio y sacó todos los papeles de él. Allí estaba, en el fondo, el pequeño aparato informático de almacenamiento esperaba agazapado como un depredador.

Contenía retazos de las conferencias que daba Claudia en Estados Unidos. Como si se activara un resorte en su cerebro congelado, encajó el *pendrive* en el puerto USB y se abrió una ventana con todos los recuadros de los vídeos con sus títulos. Uno de ellos captó su atención por encima de los demás. No sabía muy bien por qué precisamente ese. Se titulaba *La importancia de la conexión*. Pulsó el *play* y escuchó atento.

Claudia aparecía en medio de un escenario sin apenas iluminación. Tan solo un foco dirigido hacia ella como la gran estrella del espectáculo. No había más decorado que la oscuridad a su alrededor y ella se movía con soltura. Iba vestida con elegancia, con una camisa violeta arremangada hasta los codos y unos pantalones blancos ajustados. A pesar de su edad, seguía siendo una mujer muy atractiva. Hablaba a través de un micrófono que rodeaba su oreja y quedaba fijado cerca de su boca sin que tuviera que sostenerlo con las manos.

—Ya hemos hablado del tiempo —comenzó a decir con una voz profunda de oradora—. Solo para que os quede claro. Tenéis que ganar tiempo. No podéis entregaros tan fácilmente. Sois un premio, no os olvidéis nunca de eso. Es muy importante conocer a la otra persona, pero más importante aún es que os conozcan. No se puede amar lo que no se conoce.

»Bien, una vez que ha quedado esto claro, voy a contaros cómo despertar interés. Para ello es necesaria la diferencia. Los hombres se sienten atraídos por la novedad. A nosotras tampoco nos gusta la rutina, pero para ellos es mucho peor, es el veneno para sus sentimientos. La novedad despierta sus fantasías. La chica nueva de la clase, la nueva trabajadora de la oficina... Cuando nos conozcan, nosotras debemos ser esa novedad. Pero también debemos representar alguna diferencia que amplíe su vida, sus horizontes, que lo saque de la rutina. Tenemos que conseguir que intuyan que su vida ha cambiado de alguna manera al conocernos. Y lo que es más importante, que seguirá cambiando a medida que siga conociéndonos.

»Hay muchas maneras de hacerlo, pero la más importante es comportarnos como si no tuviéramos miedo de nada. Con descaro. Desterrar el pudor de nuestras vidas. Tenemos que ser valientes y divertidas. Conservar en nuestras manos el timón de las primeras interacciones. En definitiva, provocar y sorprenderlo. Que sienta que no se va a aburrir mientras esté a vuestro lado.

»Sin embargo, no podemos quedarnos ahí. Está muy bien el flirteo, es muy excitante, pero

queremos ir a más, ¿verdad? —La audiencia gritó un ruidoso «¡Sí!»—. Queremos que se vuelvan locos por nosotras, ¿verdad? —De nuevo otro «¡Sí!»—. Pues para enamorarlos hay que establecer una conexión. Y esta conexión debe ser profundamente emocional. Si no, no dejaréis huella en vuestro hombre más allá que la de una simple chica alegre. El objetivo debe sentir que sois almas gemelas. Tenéis que conseguir que se abra y os cuente lo que siente respecto a algo de su vida, de su pasado. Eso que lo atormenta. Lo que sea. Todos tenemos algún recuerdo que ha marcado nuestras vidas de alguna manera. Dadle confianza, que no sienta que va a ser juzgado. Tal vez lo que os cuente sea algo que lo avergüence, o que lo haya traumatizado. Tal vez os hable de una pérdida. Sea lo que sea, seguro que compartís alguna experiencia parecida. ¿Quién no ha perdido a alguien en la vida? Entonces habrá llegado el momento de abriros vosotras. Tendréis que ser muy sinceras con lo que sentís. No se trata de mentir, ni de engañar, sino de compartir. Ese instante de conexión es mágico. Muy poca gente se puede resistir a alguien con quien ha conectado de esa manera, a alguien que siente lo mismo.

Damián detuvo el vídeo. El rostro seguro y concentrado de Claudia Ackerman se había quedado estático en la pantalla. Aquella mujer le pareció el mismísimo diablo. No se le iba de la cabeza esa frase que había salido de su boca. «¿Quién no ha perdido a alguien en su vida?».

Así que se trataba de eso. La noche que compartieron sus penas Gara y él en la casa abandonada de su niñez no había sido un momento mágico y en el que se había sentido más cerca de nadie que en toda su vida, sino una estrategia diseñada para atraerlo. ¿Cómo era posible que se hubiera dejado engañar tan fácilmente? ¿Cómo había sido tan idiota?

\* \* \*

—¿Qué haces aquí? Aún me queda una hora para el almuerzo.

—Quería verte.

A Gara le pareció que estaba un poco serio, pero al mismo tiempo era tan romántico que se hubiera acercado a San Andrés solo para verla... Rodeó el mostrador y se dirigió hasta él. Sin embargo, cuando intentó besarlo, Damián retiró el rostro.

Gara lo miró confusa.

—¿Qué ocurre?

Él sacó un trozo de papel doblado del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó. Cuando Gara lo desenvolvió, observó la imagen. Al principio no sabía lo que era, pero luego identificó a Claudia y a ella misma caminando a su lado, con su antiguo peinado castaño y alborotado. Fue el día en que había decidido aceptar su trato, mientras paseaban por el parque García Sanabria. Poco después fueron a comprar, y más tarde a la peluquería. ¿Pero por qué tenía Damián esa foto?

—¿Qué significa esto? —preguntó atemorizada. Se avecinaba una tormenta. Podía sentirlo en cada hueso de su cuerpo y el corazón empezó a latirle con fuerza.

—Conoces a Claudia Ackerman —afirmó él con sequedad y una mirada de hielo clavada en Gara.

—¿Quién ha hecho esta foto?

—¿Eso importa?

—Escucha, Damián...

—Tenía la esperanza de que lo negaras.

—Claudia no tiene nada que ver con nosotros.

—Cuando me contaste el accidente de tu hermana, y me hablaste de tu sobrina, después de que yo te contara la historia de mi padre, ¿te dijo ella que lo usaras para manipularme?

—Nunca te he manipulado.

—¿Te lo dijo Claudia?

Gara podía sentir la furia contenida en su voz, como si estuviera a punto de estallar. Ella sintió una gran tristeza en ese momento. Lo estaba perdiendo, podía notarlo. Tan solo le quedaba ser sincera y esperar a que, diciendo la verdad, Damián la comprendiera.

—Me dijo que tenía que encontrar algo con lo que conectar contigo, pero mis sentimientos eran... son auténticos. Todo lo que te dije era verdad y no tenía ninguna intención de manipularte.

—Esta es la venganza, ¿verdad?

—¿De qué hablas? Yo no tengo nada que ver con Claudia. Apenas la conozco. Tú y yo... Lo nuestro es lo importante. Nos queremos, estamos juntos, vamos a casarnos.

—¿Qué es lo que tenéis pensado hacer? ¿Me abandonarás en el altar? ¿Me harás la vida imposible después de que nos casemos?

—¿Por qué me preguntas todas esas cosas? Yo no...

—¡Esa mujer destruyó a mi familia! ¡Me amenazó y te utilizó para seducirme! —Damián le estaba gritando a un palmo de su rostro y la tenía sujeta por los brazos—. ¡Dime que es lo que pensáis hacer!

A Gara se le derramaron las lágrimas.

—Me haces daño, Damián.

Él tomó consciencia en ese instante de lo mucho que apretaba su brazo y la soltó. Luego se dio la vuelta para quedarse mirando a través de los cristales de la puerta hacia la calle, dándole la espalda. Ella estiró la mano para acariciarle, pero se arrepintió de inmediato y encogió su brazo.

—¿Por qué lo tienes que ver todo desde un prisma tan negativo? —murmuró—. Manipulación, venganza, amenazas... Yo no tengo nada que ver con eso. ¿Por qué no puedes creerme? Anoche me pediste que me casara contigo y acepté ser tu mujer. ¿Por qué me hablas como a una extraña? Puede que no te haya contado mi relación con Claudia, pero todo lo demás es auténtico. Jamás he fingido un sentimiento contigo.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—¿Hecho qué?

—Contármelo.

—Porque temía perderte. Porque no sé cuáles son las intenciones de Claudia y temía que ocurriera justo lo que está ocurriendo.

—¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—¿Cuenta de qué?

—De que todo esto se parece demasiado a la historia que tuvieron ellos.

—Esto no se parece en nada.

—Me iba a casar con Vicky y rompí mi relación para estar contigo. El guion se ha ido cumpliendo paso a paso. Después me dejarás tirado y yo me quedaré con el corazón roto para que vuelva con una mujer a la que no amo. ¿Esa es la venganza retorcida que tiene esa mujer en la cabeza?

—No lo sé —dijo Gara entre llantos—, pero yo no te pensaba dejar tirado. Yo quiero casarme contigo y tener un matrimonio feliz.

—¿Y cómo pretendes que te crea? —respondió Damián dándose la vuelta de nuevo para quedar frente a frente—. Me has ocultado lo más importante.

—¿No te basta mi palabra?

—¿Tu palabra? ¿La palabra de una mentirosa? ¡Aceptaste sus cien mil euros!

Gara se quedó de piedra, estupefacta durante un momento, sin saber qué decir. No esperaba que también supiera lo del dinero. Comprendió entonces que nada de lo que hiciera o dijera iba a cambiar la forma de pensar de Damián. Todas las pruebas habían sido ordenadas de tal manera que la tenían acorralada. ¿Era posible que hubiera algo de verdad en lo que decía? ¿Que aquella era la venganza que preparaba Claudia? ¿Hacer que se enamoraran y después destruir su relación como el que le pega un martillazo a un espejo? Ya solo le quedaba ser sincera. Así al menos defendería su propia decencia.

—Me hacían falta —dijo—. Mi cuñado estaba a punto de quitarme a Marisela y los cien mil euros eran lo único que podía impedirlo. No me puedes echar en cara eso. Hubiera hecho cualquier cosa por mantener a Marisela a mi lado.

—¿Cualquier cosa? ¿Cuál era el trato?

Gara no quería contestar. También eso parecía una trampa.

—¿A cambio de qué te dio los cien mil euros? —insistió él como si no supiera cuál era la respuesta.

Gara comenzó a llorar de nuevo. Ya no había nada que arreglar. Aquello era una despedida.

—Tenía que conseguir que te enamoraras de mí —contestó entre sollozos.

Damián negó con la cabeza sin dejar de mirarla. Tomó aire y apretó los labios. La furia se había apoderado de él y nada lo apartaría de aquel odio que sentía por Gara.

—Todo es falso —murmuró entre dientes—. Todo ha salido de la cabeza de esa mujer.

—Yo me he enamorado de ti —respondió Gara.

Ahora las lágrimas corrían por sus mejillas y lo único que deseaba era que el sufrimiento se transparentara tanto en su rostro que le hiciera entender a Damián que, si era verdad que aquello no había sido más que una venganza de Claudia, no tenía nada que ver con Gara. Pero las palabras de él hicieron morir toda esperanza. Damián habló despacio, como si quisiera que cada sílaba quedara grabada en su memoria.

—Has hecho todo lo que te ha dicho. Obediente. Eres una cazafortunas, como ella. Una oportunista que ha querido aprovecharse de mí, como Claudia quiso aprovecharse de mi padre. Te creería si hubieras sido sincera, pero no, no pensabas decírmelo hasta que estuviéramos casados, si es que me lo hubieras dicho entonces, que lo dudo.

En ese momento, la sangre de Gara hirvió hasta tal punto que sentía un calor abrasador en las mejillas. Cada una de aquellas palabras la ofendía. Le molestaba de tal forma que se hubiera hecho esa idea de ella, a pesar de sus sentimientos, que hubiera saltado sobre él con mucho gusto, y lo hubiera golpeado con toda la fuerza que era capaz de esgrimir. Ninguna de esas palabras la definía y le parecía inconcebible que se las lanzara el hombre al que amaba. A nadie le hubiera permitido que le hablara de esa forma.

—No me lo puedo creer —dijo con una voz gutural que no parecía la suya—. Márchate. ¡Márchate! —gritó, y lo agarró del cuello de la camisa y tiró de él hasta la puerta del estudio. Damián no se resistió. Se dejó empujar hasta la calle y después ella se sacó el anillo del dedo y se lo tiró a la cara—. ¡No quiero nada de ti!

Y cuando se vio sola, cayó de rodillas dejando que el llanto se enfrentara a la desesperanza.

## CAPÍTULO XIV

Gara sostenía el botellín de cerveza mientras observaba cómo Marisela jugaba con sus amigas en la orilla. Las niñas se intercambiaban las únicas gafas de bucear que tenían y se retaban a ver quién era capaz de aguantar más tiempo bajo el agua. Ruth y Pablo estaban a su lado, abrazados y mirando también a las pequeñas. Gara vio entonces que Rubén, uno de los chicos del pueblo al que conocía de toda la vida, se acercaba por la izquierda.

—¿Qué tal? —dijo a modo de saludo.

—¿Qué pasa, pibe? —contestó Pablo.

—Hola —saludó Gara.

—¿Cómo estás? —le preguntó Rubén a ella. Gara sintió los ojos de Ruth y Pablo clavados en ambos.

—Bien, ¿y tú?

—Bien. Verás, es que unos colegas y yo —señaló a un grupo de chicos y chicas que lo esperaba a unas decenas de metros— vamos al rompeolas. Me preguntaba si te apetecería venir.

—No puedo dejar sola a Marisela —dijo, como si la niña necesitara que la vigilaran.

—Si quieres, la vigilo yo —dijo Ruth.

—No hace falta, gracias —le respondió Gara malhumorada.

Rubén la miró decepcionado, pero después recuperó la compostura y le dedicó una sonrisa.

—De acuerdo. Si cambias de idea, ya sabes dónde estamos.

—Vale.

Ruth esperó a que Rubén se alejara antes de hablar.

—¿Por qué te has negado?

—¿En serio? ¿Rubén? Es buen tío, pero...

—La invitación no venía de él —dijo Pablo—. El tipo aquel alto le ha pedido que te lo preguntara. Supongo que le gustas.

Gara se llevó la mano a la frente para hacerse sombra en los ojos y poder verlo mejor. Era un joven fuerte, sin camiseta y bronceado, y con el cuerpo esculpido en el gimnasio.

—No lo he visto nunca, ¿quién es?

—Tiene un bar en Güímar —dijo Ruth—. Por eso no viene mucho por aquí, pero si la das un poco de vidilla vendrá más a menudo.

—Paso —respondió seca Gara antes de echar un nuevo trago a la cerveza y perder la vista en el horizonte. Por desgracia, su amiga no iba a dar la conversación por terminada.

—Ya sabes, la mancha de una mora...

—Es un refrán de mierda. Y está equivocado. Las manchas de las moras se quitan en la lavadora.

—Entonces, ¿vas a volver a las andadas?

—Sí. Pienso olvidarme de los hombres.

—Lo de Damián no ha sido culpa tuya.

—Claro que lo ha sido. Todo este asunto era un delirio desde el principio. Claudia es una pirada y yo me dejé llevar por su locura. Simplemente, tenía que haber cogido el dinero y seguirle

la corriente. Soy una imbécil sentimental que se ha creído sus patrañas y se ha dejado utilizar. Era imposible que esto saliera bien.

—No lo era. Conseguiste que se enamorara de ti y tú te enamoraste de él. Todo eso era real.

—Sí, ya has visto lo real que era.

—¿Y vas a dejar que siga pensando que eres una especie de estafadora?

—Me da igual lo que piense.

—No te da igual. Por eso estás tan jodida.

—¿Y qué quieres que haga? Claudia lo ha liado todo bien. Si al menos supiera dónde está...

—No me creo que Claudia haya hecho todo esto por alguna intención malvada. Parecía una buena mujer.

—Mi madre no piensa lo mismo, y la conoce mucho mejor que tú. Ya me advirtió de que tuviera cuidado.

—Aun así.

Gara guardó silencio. A pesar de lo que pensaba Olivia, ella tampoco terminaba de creerse que Claudia hubiera hecho todo aquello con malas intenciones, pero ahora ya daba igual. Había salido rematadamente mal.

—Tenía que habérselo contado cuando me pidió que me casara con él.

—Visto lo visto, se habría puesto igual de histérico.

—Ya, pero lo habría sabido por mí. Se lo podía haber explicado con calma, sin que estuviera tan a la defensiva.

—No te comas la cabeza. Damián es un capullo integral. Dilo.

—¿Qué?

—Damián Esquivel es un capullo. ¡Vamos, repite!

Gara la miró con el ceño fruncido. No creía que esos mantras absurdos funcionaran, pero su amiga se podía poner muy pesada.

—Damián Esquivel es un capullo.

—Más fuerte, mujer, con más energía.

—¡Damián Esquivel es un capullo!

Unas cuantas cabezas de la playa se giraron para mirarla y Pablo se rio junto a su mujer.

—¡Eso es! ¿Te sientes mejor?

—No.

—Bueno, tiempo al tiempo.

\* \* \*

Era una callejuela nada transitada. Bajo aquel balcón, medio ocultos en el rincón, se sentían seguros. Como si la clandestinidad de la que gozaban los excitara aún más. La mano derecha de Damián descendió por la cintura hasta acariciar una de sus nalgas. La izquierda la tenía debajo de la camiseta, donde había retirado el sujetador y tanteaba su pecho. Su boca la besaba con ansia, chupando y mordisqueando sus labios mientras sentía cómo la respiración de la muchacha se hacía más anhelante y su corazón se aceleraba. Ella le devolvía las caricias con la mano palpando su erección por encima de los pantalones. Y entonces se le ocurrió una idea ridícula. Era tan absurda que enseguida trató de quitársela de la cabeza. Sin embargo, cuanto más lo intentaba, más lo martilleaba. Consistía en una especie de condición que se había instalado en su cerebro como si

tuviera vida propia. Una condición con la que aquella joven debía cumplir si quería que la pasión siguiera su curso. «Pregúntaselo», tronó la voz de su subconsciente, pero él no le hizo caso. Se centró en lo que estaba haciendo, se resistió lo que pudo hasta que finalmente se detuvo.

—¿Qué pasa? —inquirió ella algo confusa.

«Pregúntaselo».

—Nada, es que... Es una tontería.

Ella lo miró atenta. «Pregúntaselo».

—Oye, ¿a ti te gustan las películas de miedo?

—No mucho, ¿pero por qué me preguntas eso ahora?

—Por nada, da igual.

Damián la volvió a besar y pensó que, dicha en voz alta, la pregunta era aún más absurda que en su cabeza. Claro que no le gustaban las películas de miedo, solo a unos cuantos *frikis* como él le gustaban. Como él y como Gara. De nuevo ese nombre que no sabía cómo olvidar. Continuó besándola, pero ahora la cara de aquella rubia que decía que *El exorcista* iba de una niña que vomitaba mocos se cruzó en su mente. Y entonces ya no pudo seguir.

—¿Qué pasa ahora?

—Perdona, es que me he acordado... —Damián se apartó de ella tan avergonzado que no se atrevía a mirarla a la cara—. Lo siento, tengo que irme.

—¿Ahora?

—Sí, discúlpame. Ya nos veremos en otro momento. Te llamaré.

Apretó el paso por la callejuela y torció la primera esquina sin mirar atrás. «¿Qué coño ha pasado?», se preguntó. Deambuló durante un buen rato por las callejuelas menos transitadas del barrio del Toscal sin encontrar respuesta a la pregunta. La noche se estaba echando encima de la ciudad y Damián sintió cierto alivio al verse cobijado por la oscuridad que se abría paso, como si esta se ensamblara de una forma perfecta con su propio estado de ánimo.

Se detuvo entonces frente a un portal. El interior le recordaba a la boca de un lobo a punto de devorarlo. No podía ser el mismo. Dio un paso atrás en la acera y se fijó en el edificio y en el resto de la calle. Sí, sí que lo era. ¿Cómo podía haber acabado allí de una forma tan azarosa? ¿Es que no iba a haber manera de olvidarse de esa mujer?

—¡Lárgate de aquí, mirón! —le espetó una voz masculina desde el interior de la boca del lobo. Aguzó la vista e intuyó, más que vio, dos siluetas abrazadas.

Damián se ruborizó. Se metió las manos en los bolsillos avergonzado, agachó la cabeza y huyó con paso vivo calle abajo. ¿Cuánto había pasado desde que él mismo había estado allí con Gara?

—Siglos —murmuró. Tantos siglos que parecía estar recordando otra vida, la vida de otra persona.

¿Eso era lo que había ocurrido? ¿Que había salido de ese portal siendo otro? ¿Fue aquel día cuando se produjo la transformación? Se creía dispuesto a volver atrás, pero la experiencia de hacía un rato le había enseñado que le iba a resultar difícil. Gara era de las que dejan huella, de ese tipo de mujeres que había evitado toda su vida. De cualquier forma, lo iba a lograr, de eso estaba seguro. Volvería a ser el mismo.

\* \* \*

El día amaneció radiante y Minerva podía disfrutar de la mañana en el jardín, feliz por

Damián. Le había caído bien su novia y la noticia de la boda la tenía llena de alegría. Estaba segura de que Gara era una buena chica que había conseguido lo que ninguna otra, que su hijo aprendiera a confiar en el amor.

Le preocupaba que Damián acabara convertido en uno de esos misóginos para los que las mujeres no eran más que un medio por el que obtener placer y no unas compañeras de vida. Desde luego, Gara debía de tener algo especial para haberlo apartado de las garras materialistas de Vicky Velasco. Esa chica no le gustaba lo más mínimo. Continuamente preocupada por la imagen que proyectaba, pendiente de los negocios de su familia y de la posición social. Bueno, eso ya había quedado atrás y ahora había que ocuparse de lo importante.

Abrió el navegador de su ordenador y comenzó a ojear uno de esos portales de viajes que te ofrecen todo tipo de destinos. Por supuesto irían a donde ellos quisieran, pero nada le impedía hacer alguna sugerencia ni enterarse de los precios en los que se manejaban. Mientras mantenía los ojos sumergidos en la pantalla, su marido llegó con un plato en las manos y se sentó frente a ella. Traía un enorme bocadillo de chorizo al que le dio un mordisco más propio de un cocodrilo que de una persona. Ella levantó la vista por encima de la tapa de su portátil.

—¿Ya no saludas? —dijo.

—Perdona. Buenos días, cariño. ¿Quieres que te dé un beso?

—Ni se te ocurra después de haberte metido eso en la boca.

—¿Qué haces?

—Estoy mirando viajes.

—¿A dónde vamos esta vez?

—No es para nosotros. Quiero regalarles a Damián y a Gara la luna de miel. Me estoy poniendo al día en cuanto a precios.

—Pues te puedes ahorrar el esfuerzo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has enterado? Han roto.

—¿Cómo que han roto?

—Sí, me lo ha dicho Javier. Hace unos días. Por lo visto, se han peleado.

—¿Unos días? ¿Y por qué nadie me lo ha dicho?

—No sé, creí que lo sabías.

—Pero bueno, ¿por qué soy siempre la última en enterarme en esta casa? Este chico es tonto. Me va a oír.

Minerva se puso de pie y se dirigió furiosa a su habitación para vestirse.

\* \* \*

Gara aprovechó el hueco libre que dejaba una furgoneta al salir para aparcar. Era amplio y pensó al verlo que sería un buen día, que la suerte empezaba a sonreírle. Detuvo el coche y observó a Marisela a su lado, con el cinturón de seguridad puesto, y sin moverse.

—Ya hemos llegado al *cole*.

—Ya.

—¿Qué pasa?

—Entonces, ¿Damián y tú ya no sois novios?

—No.

—¿Por qué? ¿Ya no os queréis?

—Verás... Las relaciones son complicadas. A veces, cuando te gusta un chico, estáis bien un tiempo, sobre todo al principio, pero luego las vidas de cada uno tienen que cuadrar. El pasado y la forma de pensar han de encajar. Ambos se tienen que adaptar y aprender a confiar el uno en el otro. La confianza es muy importante en... —Marisela la miraba como si le estuviera hablando en chino—. No estás entendiendo nada de lo que te he dicho, ¿verdad?

La niña se encogió de hombros.

—Aunque ya no seáis novios, ¿tú crees que me comprará la *play*?

Gara no pudo evitar reírse.

—¿La *play*? ¿Eso es lo que te preocupa?

—Igual a ti ya no te quiere, pero yo le caigo bien —dijo refunfuñando mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad—. No sería justo que me quedara sin el regalo porque vosotros ya no seáis novios.

—Anda, interesada, corre, que te van a cerrar el *cole*.

Marisela descendió del vehículo y cerró la puerta. Luego se apoyó en la ventanilla abierta mirando a su tía.

—Entonces qué, ¿tú crees que me la regalará?

—No te preocupes por la *play*. Ya te la compro yo.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¡De puta madre!

La niña salió corriendo hacia las compañeras que la esperaban en la puerta del colegio mientras Gara le gritaba:

—¡Marisela! ¡Como vuelvas a decir un taco te quedas sin regalo!

\* \* \*

«¿Quedamos hoy para comer?»

El mensaje de WhatsApp era de Vicky. Durante un buen rato, Damián lo estuvo mirando mientras trataba de decidir si ser cortante y frío para acabar con cualquier esperanza, o amable y educado, para no sentirse culpable después. Lo que sí tenía claro era que no iba a quedar nunca más con Vicky Velasco. De ninguna manera iba a sustituir a Gara por ella, sobre todo, porque Vicky no resistía la comparación. Jamás podría hacerlo sentir lo que le había hecho sentir ella. Jamás hubiera dejado el hueco en su cama que ella había dejado. Tendría que aprender a borrarla de su memoria, a vivir sin Gara, pero ninguna otra mujer ocuparía su lugar.

«No puedo. Ya he quedado»

«Vale. Otro día, entonces»

Cuando depositó el móvil en la mesa, sonó el timbre de la calle. «¿Es que no me van a dejar en paz?», pensó. Se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies, como si cargara una piedra enorme y pesada.

—Hola, mamá —dijo al abrir.

Minerva no necesitaba permiso para entrar en la casa de su hijo, así que, furiosa, le dio un empujón y se abrió paso.

—¿Qué es eso de que has roto tu compromiso con Gara? Esa chica era fantástica. ¿Otra vez vas

a empezar con esa vida de crápula? ¿Es que no puedes sentar la cabeza? ¿Qué es lo que ha pasado?

A Damián no le apetecía dar explicaciones, bastante desanimado se encontraba ya. Después de lo sucedido la noche anterior con aquella joven de la que no recordaba ni su nombre y la estúpida pregunta sobre las películas de miedo, había decidido tomarse la mañana libre para descansar. Sin embargo, no se le ocurría nada más opuesto al descanso que tener a su madre en el salón de su apartamento dirigiéndole reproches.

—¿Te preparo café? —le dijo para intentar cambiar de conversación.

—Sí... Digo, no. No desvíes el tema. ¿Qué ha ocurrido?

Damián se encogió de hombros y se dirigió hacia la mesa donde tenía el ordenador portátil.

—Que me ha engañado.

Minerva se llevó una mano a la boca.

—¿En serio? ¿Con otro hombre? No me lo esperaba de Gara. Lo siento, hijo. ¿Tú cómo estás?

—No me ha engañado con otro hombre. —Damián abrió el navegador y se fue a la web de su correo electrónico.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Pues resulta que es una cazafortunas adiestrada por una experta salida del infierno.

—Damián, como no seas más claro no me voy a enterar de nada. Y no pienso irme de aquí hasta tenerlo todo muy claro, así que tú veras.

Damián suspiró resignado y se dio la vuelta en la silla.

—Claudia Ackerman tiene algún plan oculto contra mí, no sé cuál. El caso es que contrató a Gara por cien mil euros para que me sedujera.

—¡Qué barbaridad! ¿Estás seguro de lo que dices? Esto suena...

—Me lo ha confesado ella misma.

—¿Entonces todo era un montaje? ¿No sentía nada por ti?

—Ella dice que sí, que estaba enamorada, pero como comprenderás, a estas alturas, me cuesta mucho creerla.

—O sea, que era una especie de profesional que nos ha engañado a todos.

—No, exactamente.

—¿Volvemos a los mensajes en clave? Hijo, explícate.

—Perdona. La profesional es Claudia. Tiene un servicio en Nueva York con el que da cursos y conferencias a otras oportunistas como ella para que puedan seducir a hombres ricos.

—¿En serio? ¿Eso existe?

—Y tanto que existe. Mira.

Damián buscó en el navegador la web de la empresa de Claudia y se la mostró a su madre.

—Cómo seducir a un millonario —leyó esta—. ¡Madre mía!

—Sí, ahí tienes a Claudia, en todo su esplendor. Dando lecciones para que hagan con otros hombres lo mismo que ella hizo con mi padre.

—¿Dónde está Claudia? —preguntó Minerva con la vista fija en la pantalla.

—Joder, mamá, ¿dónde va a estar? Solo hay una mujer en la web. Es ella presentando su negocio.

Minerva entornó los ojos y luego buscó las gafas en su bolso. Cuando se las puso empezó a negar con la cabeza.

—¿Necesitas las gafas para verla? Pues está bien grande. Ocupa media pantalla.

—Esa mujer no es Claudia.

—¿Cómo que no es Claudia? Ahí lo dice bien claro: Claudia Ackerman. Y la he tenido delante en la terraza de una cafetería. Te aseguro que son la misma persona.

—Puede que sean la misma persona, pero entonces ninguna de las dos es Claudia Ackerman.

—¿Te estás quedando conmigo? Porque sería una broma bastante estúpida.

—Hijo, yo estuve una tarde convenciendo a Claudia de que dejara a tu padre y te puedo asegurar que no es la que está en el ordenador. De hecho... —Minerva se inclinó aún más hacia la pantalla y se quedó un rato contemplando las facciones de la supuesta Claudia Ackerman—. Yo la conozco. ¡Es la otra! Bastante mayor, eso sí, pero estoy segura de que es ella.

—¿Quién es la críptica ahora, mamá? ¿De qué estás hablando? ¿Quién es la otra?

—Todo esto es muy raro, hijo.

—Ya, y más raro me parecerá si no me cuentas lo que quieres decir.

—¿Recuerdas cuando te conté cómo había sido mi encuentro con Claudia? Te llevaba en mis brazos.

—Sí, me acuerdo.

—¿Recuerdas que te dije que ella también llevaba a una niña en brazos?

—Sí.

—¿Y recuerdas que era la hija de su compañera de piso y que la llamó para que se llevara a la niña y que pudiéramos hablar tranquilas?

—Que sí, mamá. Abrevia, por favor.

—Pues la mujer que está en el ordenador era su compañera. ¿Cuál era su nombre? La llamó en voz alta porque estaba en su habitación. Tenía el nombre de unos dibujos animados. ¿Cómo era? ¡Olivia! La mujer de Popeye. Te encantaban esos dibujos, pero no había manera de que te comieras las espinacas.

—Olivia —susurró para sí Damián. Conocía a una Olivia y no podía ser casualidad.

Damián se quedó mirando a la pantalla. «Si ella es Olivia —pensó—, entonces Olivia es Claudia». Y cerró los ojos para recordar aquel momento en que le había preguntado a Claudia: «¿Lo querías?», y ella le había respondido que no. Ni su padre la quería a ella, porque ella no era Claudia. Había muerto por la persona equivocada.

Entonces se dirigió hasta la puerta y cogió las llaves del cenicero que había en el mueble del vestíbulo.

—¿A dónde vas? —le preguntó su madre.

—Tengo que ver a alguien.

## CAPÍTULO XV

—Hola, Claudia.

—Si no hubieras venido tú —respondió Olivia—, habría ido yo a buscarte. No es justo que hayas tratado a Gara como lo has hecho.

—Tal vez si la dos hubierais sido más sinceras... ¿Ella no sabe nada?

—No. ¿Cómo lo has descubierto tú?

—Mi madre vio la página web de Claudia Ackerman y descubrió que ella era la verdadera Olivia.

—Pasa.

Damián entró en la casa y siguió a la madre de Gara por el vestíbulo hasta el salón. Allí esta lo invitó a sentarse a la mesa.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una cerveza, un café...?

—Nada, gracias. Estoy bien.

Olivia se sentó frente a él, apoyó los codos en la mesa y se cubrió la cara con las manos. De pronto se puso a llorar. Damián se sintió incómodo al verla. Todo su cuerpo se agitaba, sus hombros temblaban y un suave quejido surgido de entre sus manos recordaba al de una niña pequeña.

—Perdona —dijo entre sollozos—. No sabes lo que ha sido guardar este secreto durante años.

—Debe de haber sido un infierno —replicó Damián serio.

—Yo soy su madre, yo la he criado. La verdadera Olivia se fue y la dejó tirada.

—Estoy seguro de que lo entenderá.

—Eso espero.

—Mi padre murió creyendo que iba a impedir tu boda cuando en realidad era ella la que se casaba.

—Sí.

—¿Cuándo supiste que había muerto de esa manera?

—No lo supe, lo deduje en cuanto vi la noticia. El vuelo se dirigía a Nueva York y ella estaba allí, a punto de casarse con mi nombre, así que...

—¿Por qué no me cuentas tu historia?

Olivia respiró hondo. Damián se preguntó si aquella mujer tendría fuerzas para desahogarse, si sería capaz de relatar una vida que llevaba años bajo llave. Y entonces, casi en un susurro, empezó a hablar.

—Yo vine de La Gomera a Tenerife a trabajar. En lo que fuera, me daba igual. El año anterior había perdido a mi padre, y a mi madre siendo muy niña. No tenía nada más que una casucha rural en Alajeró. Un trabajo era lo único que necesitaba. Y el primer empleo lo encontré en uno de los hoteles de tu familia. Al principio, estaba en servicio de limpieza. Más tarde ascendí a recepcionista, y allí fue donde conocí a Jorge. Bueno, conocerlo es un decir. En realidad, él no sabía que yo existía. Pero me parecía un hombre tan educado, tan guapo, tan amable... Se parecía mucho a ti. Tenéis los mismos ojos azul oscuro.

—Te enamoraste de él.

Claudia sonrió entre las lágrimas.

—Sí —dijo—, pero no era amor. Se trataba más bien del encandilamiento en la distancia de una chica casi sin experiencia con los hombres. Como te digo, él ni siquiera me veía. Yo parecía transparente.

»Todo era una fantasía en mi cabeza. Jorge era un hombre rico, un príncipe azul, y yo vivía en una pensión de mala muerte cerca de San Juan de Dios. No tenía la menor posibilidad.

»Pero en este nuevo trabajo, en la recepción, empecé a ganar más dinero, así que decidí dejar la habitación de la pensión y me puse a buscar piso para compartir. Y así llegué al apartamento de la Avenida Pérez Armas. Olivia había puesto un anuncio buscando una chica de una edad parecida a la suya que estuviera interesada en compartir la vivienda. Cuando la conocí, me cayó genial y yo a ella también. Era una muchacha muy alegre y con muchos planes en la cabeza. Era la mujer más inteligente que había visto nunca, pero nada parecía salirle bien. Acababa de dar a luz y dormía poquísimo porque Gara le daba mucha guerra por las noches. Supongo que aparecí en su vida como una liberación y yo estaba encantada de ayudarla. Enseguida adoré a la niña.

—¿Ella no estaba casada ni tenía pareja?

—No. Y ese era un tema que nunca se tocaba. Luego, cuando la fui conociendo mejor, entendí por qué. Tenías muchas relaciones, los novios no le duraban nada. Ninguno cumplía con sus expectativas. Eso sí, en cuanto acababa con uno, enseguida aparecía otro. En aquella época ya apuntaba maneras. Supongo que Gara fue el fruto de alguna historia que le salió mal, pero nunca me habló de ello, y las pocas veces que le saqué el tema me hizo ver que le incomodaba, así que no insistí mucho.

»El caso es que nos hicimos íntimas amigas y le acabé contando que estaba enamorada de mi jefe. Imagínate lo que eso provocó. Inmediatamente se ofreció a ayudarme. Olivia lo sabía todo de los hombres y yo era una pobre campesina que no tenía ni idea de nada, así que me puse en sus manos. Gara me contó hace poco que tenía una empresa en Nueva York con la que enseñaba a las mujeres a seducir a hombres ricos. Se podría decir que yo fui su primera alumna.

»Empecé a actuar como ella me decía, a hablar como ella me decía y a mirar como ella me decía. Su secreto era bastante sencillo. Finge hasta que se convierta en realidad. Finge que te sientes bella; finge que tienes éxito; finge que eres una mujer segura de ti misma... Aprendí que todo era cuestión de ganar confianza. Si te veías guapa, los demás te veían guapa, eso era todo. Y así fue como dejé de ser transparente para Jorge Esquivel.

»Empezamos a charlar de vez en cuando, luego a conocernos mejor, y más tarde salimos a tomar alguna copa. Todo muy casto al principio, pero bajo el adiestramiento de Olivia, la relación fue a más. Yo sabía que era un hombre casado y no creas que me daba igual. Al contrario, me atormentaba. Lo pasaba muy mal cuando estaba sola. Pero luego, me veía con él y todas las preocupaciones desaparecían. También me resultaba muy atractiva la clandestinidad de nuestra relación. Me hacía sentir lo que nunca había sido, una mujer libre, sin prejuicios, capaz de hacer con su vida lo que le daba la gana.

»Para él tampoco era fácil. Me habló mucho de su familia. Me decía que me quería, pero que también quería a Minerva y tenía un hijo... Lo veía sufrir y sentía que lo podía perder en cualquier momento. Nuestro amor pendía de un hilo muy endeble que cada vez se debilitaba más. Podía ver la duda reflejada en los ojos de Jorge. Y toda esta preocupación se la contaba a Olivia, mi mejor amiga, y ella me aconsejó, como hacía siempre. Solo que esta vez... El consejo que me dio fue un gran error y Dios me lo ha hecho pagar.

—¿Qué consejo fue?

—Me dijo que tenía que darle a Jorge lo que ya le había dado su mujer. Un hijo. Insistió mucho. Me decía que yo estaba en desventaja, que si me quedaba embarazada igualaba las fuerzas con Minerva. Que no fuera tonta, que lo acabaría perdiendo si no me decidía a actuar. Había una frase que siempre me repetía: «En el amor, las pusilánimes pierden».

»Me lo pensé mucho. Estuve varias noches sin dormir, pero al final claudiqué. Lo quería y pensé que era la única forma de conservarlo a mi lado. Así que dejé de tomar los anticonceptivos.

»No sé cuánto tiempo transcurrió, no mucho, pero entonces me tuve que enfrentar a la realidad de mi situación. Una realidad para la que no estaba preparada. Un espejo que reflejaba una imagen despreciable de mí.

»Tu madre se presentó en nuestro apartamento contigo en brazos el mismo día en que me enteré de que estaba embarazada. Fui consciente por primera vez de lo que estaba haciendo. Cuando la vi en el umbral pensé que me iba a echar la bronca del siglo. Sin embargo, se comportó con mucha amabilidad, con mucha clase. Hablamos durante horas. Me hizo comprender que mis sentimientos no eran inocuos, que alguien perdía con ellos.

»—Tuvimos a este hijo porque quisimos tenerlo —me dijo—, porque estábamos enamorados y ahora apareces tú...

»Y entonces me di cuenta de mi grave error. Lo que yo había hecho no era fruto de nuestro amor, por mucho que este fuese real, sino de un engaño. No lo habíamos decidido ambos. Se trataba de una trampa para ponerlo entre la espada y la pared.

»Tu madre me contó que antes de que yo apareciera eran felices. No se trataba de una de esas parejas en crisis que al final acaba rompiéndose porque llega una tercera persona. Nada de eso. Minerva seguía enamorada de Jorge y además se llevaban muy bien. Yo pretendía destrozar su hogar con engaños.

—Y lo dejaste —dijo Damián.

—Sí, pero no ocurrió tan fácilmente. Fueron semanas de dudas. Olivia me intentaba convencer de que siguiera adelante. Me decía que, como Minerva, yo también lo quería, y él a mí, y que por qué no iba a tener el mismo derecho que esa mujer, pero yo no lo veía tan claro.

»Por aquel entonces, me había inscrito en unas ofertas de empleo en Londres que organizaba una empresa de trabajo temporal. Iba a ir durante mis vacaciones, para mejorar mi inglés. Decidí que era una buena ocasión para tomar distancia, así que les pedí que adelantaran las fechas. Estar apartada de él tal vez me ayudase a decidir. Pedí cita en una clínica abortiva y luego le expliqué a Jorge que quería irme, que necesitaba estar sola. Nunca le dije que estaba embarazada. Él trató de convencerme de que no lo hiciera, pero en ningún momento se planteó dejar a su familia por mí. Yo me acordaba de las palabras de Minerva y tampoco pretendía forzarlo a nada. No estaba segura de que lo quisiera tanto como para obligarlo a dar un paso tan decisivo. Así que me gasté todos mis ahorros en los billetes de avión y, con ayuda de Olivia, preparé todo para mi marcha.

»Ella no estaba de acuerdo, por supuesto. Durante un tiempo, me estuvo insistiendo en que siguiera con él. Decía que tarde o temprano se decidiría por mí, que me quería más que a tu madre y que solo necesitaba tiempo para hacerse a la idea. Pero yo me mantuve firme. Estaba segura de que, si nos queríamos de verdad, el tiempo reforzaría nuestros sentimientos, sin engaños, sin un embarazo que interfiriera, y si no era así, también el tiempo nos ayudaría a saberlo. De ninguna manera quería romper un matrimonio sin estar segura de que no se trataba de un capricho pasajero.

»Sin embargo, no pude hacerlo. Estaba en aquella sala de espera, con Olivia a mi lado sosteniéndome la mano y le dije que no podía. Ella me miró como si yo hubiera decidido de repente hacerle caso.

»—¿Entonces vas a hacer lo que te he dicho? —me preguntó—. ¿Vas a pelear por él?

»—No —respondí dejándola confusa y me marché de la clínica sin mirar atrás.

»Después de esta decisión no podía irme a Londres, ni seguir trabajando en el hotel. Intenté que la compañía aérea me devolviera el dinero del viaje, pero se negó. Y en la empresa de trabajo temporal me dijeron que si rechazaba la oferta me harían retroceder en la bolsa de trabajo y después me costaría mucho más encontrar un nuevo empleo. En esos momentos, tenía la sensación de que estaba perdiendo una gran oportunidad en mi vida.

»Y Olivia se ofreció a ayudarme. Me dijo que era una pena que perdiera el trabajo en Londres, que si en algún momento me apetecía irme no era muy conveniente que me cerrara puertas con la empresa que me lo había conseguido. De nuevo vi en ella esa mezcla de fantasía soñadora y valiente y de realismo brutal para sacar siempre réditos de cualquier situación. Trazó un plan rocambolesco por el que se haría pasar por mí. Se iría a Londres, me pagaría el viaje, y cumpliría con el trabajo como si fuera yo. Y yo decidí regresar a La Gomera para continuar con mi embarazo. Allí me quedaría en la casa de mis padres y podría estar sola para reflexionar.

»Tenías que habernos visto, parecíamos dos espías. Ella se tiñó el pelo para parecerse un poco más a mí y yo me lo corté para parecerme un poco más a ella y cambiamos nuestra documentación. Hace veinticinco años las medidas de seguridad no eran tan severas como ahora, así que su locura funcionó. Ella se convirtió en Claudia y yo en Olivia. Me dejó a Gara para que la cuidara mientras estaba fuera y se marchó emocionada a la aventura.

»Y en la Gomera nació Nerea. Una niña feliz que se marchó tan pronto... Fue un castigo, estoy segura de ello. No debí engañar a Jorge.

—Fue un accidente —dijo Damián—. Nadie tiene la culpa, más que los que lo provocaron.

Olivia se encogió de hombros, como si ya la hubieran dicho tantas veces lo mismo que no iba a cambiar de opinión porque él también se lo dijera.

—Entonces, Nerea era mi hermana —dijo Damián.

—Sí. Tiene gracia que Marisela sea más sobrina tuya que de Gara.

—¿Tenías pensado decírselo a mi padre alguna vez?

—En una ocasión oí que la vida es eso que pasa mientras hacemos planes. Pues eso fue lo que ocurrió. Mientras miraba a mi hija recién nacida comprendí que tenía que saberlo, que no tenía derecho a ocultárselo. Decidí que volvería y se la presentaría. Llamé a una compañera de trabajo y me dijo que Jorge le había preguntado por mí. Eso me confirmó que me seguía queriendo. De nuevo me preparé para el regreso. Dejaría pasar un par de semanas para recuperarme del parto y volvería. Y en ese tiempo... Bueno, fue entonces cuando su avión se estrelló en el mar. Primero apareció en la televisión la noticia del accidente y unas horas después, la foto de tu padre mientras informaban de que el presidente del Grupo Esquivel había fallecido en aquel viaje a Nueva York.

»Fue devastador. No te puedes imaginar el dolor que sentí. Durante mucho tiempo me negué a creer que estaba muerto. Me seguía imaginando el día en que nos volviéramos a encontrar. Me veía a mí misma presentándole a su hija y admitiendo el error que había cometido. Me costó mucho asumir la realidad.

»Poco después, Olivia se presentó en mi casa, en La Gomera. Parecía otra persona. Iba vestida como una de esas ricas de las series de televisión, conducía un coche de alquiler de alta gama y observaba lo que me rodeaba como si aquella vida ya hubiera quedado atrás para ella. Seguía siendo amable y cariñosa conmigo, pero se notaba, al menos yo lo noté, que ya había cortado los lazos que nos unían. Me contó que en Londres había conocido a un neoyorquino rico y que se iba a casar con él en Nueva York. Teníamos que regularizar nuestra situación, por eso había vuelto.

»—¿A qué te refieres? —le pregunté.

»—Pues a nuestros nombres. Ahora todo el mundo me conoce como Claudia. No me puedo permitir que se sepa todo esto y acabar sembrando sospechas a mi alrededor.

»Entonces me dio a firmar unos papeles y me dijo que un tipo al que conocía se iba a ocupar de todo.

»—¿Pero esto es legal? —le dije y ella se rio.

»—Claro que no, querida —me respondió—, aunque solo es delito si nos pillan.

»—¿Qué vas a hacer con la niña?

»—De momento tendrá que quedarse contigo. Ya encontraré la forma de hablarle de ella a Charlie, mi futuro marido. No te importa, ¿verdad?

—¿Por qué aceptaste el cambio de identidad? —inquirió Damián.

—En parte por Gara, en parte por mi amistad con Olivia. Yo sabía que ella nunca se llevaría a su hija. No encajaba en su nueva vida y siempre había sido pragmática hasta el extremo. La niña estaba empezando a hablar y ya me llamaba «mamá». Yo acababa de tener a Nerea, pero te aseguro que no había ninguna diferencia entre lo que sentía por ambas. Las dos eran mis hijas. Así que, si me convertía oficialmente en Olivia, también me convertiría oficialmente en la madre de Gara. Nadie me la podría quitar. No habría proceso de adopción, ni tendría que intervenir el juzgado, ni los servicios sociales... Me pareció una solución tan simple que ni me lo pensé.

—Y mi padre se enteró de la boda de Olivia con ese rico neoyorquino y trató de impedirlo.

—Sí. Caí en la cuenta unos días después. Un vuelo a Nueva York que se estrella, una boda de una española llamada Claudia Dorta con un rico heredero, la noticia publicada en algunas revistas... Me imaginé que Jorge lo habría leído en algún sitio.

»Pero si la noticia de su muerte fue devastadora, estas conclusiones lo fueron aún más. Me sentía tan culpable que, si no fuera porque mis hijas me necesitaban, no habría querido seguir viviendo. Los remordimientos me han acompañado todos estos años como si fuera una sombra pegajosa de la que me era imposible desprenderme.

—¿Por qué nunca dijiste nada? ¿Por qué no volvimos a saber de ti?

—¿Para qué? Yo no era nadie. Tenía que sacar a dos hijas adelante, no podía estar dándole vueltas al pasado continuamente.

—¿Y qué hay de los derechos de Nerea?

—¿Derechos?

—Mi padre era un hombre muy rico. Ella tenía derecho a una parte de la herencia.

—Reclamar cualquier derecho hubiera significado tener que contar toda la verdad. Gara hubiera sabido que no soy su madre. Nunca pensé en arriesgar la estabilidad de mi familia por dinero. Eso no va conmigo. Me basté yo sola para salir adelante y les enseñé a mis hijas que hicieran lo mismo.

—¿Dónde está Olivia ahora?

Claudia miró con duda a Damián, como si no estuviera segura de que debiera contestar a esa pregunta. Luego tomó aire y respondió:

—Está muerta.

—¿Muerta?

—Murió el martes pasado. Padecía un cáncer terminal. Me llamó poco antes y me dijo que estaba muy mal. La acompañé en los últimos momentos y durante toda una noche revivimos los tiempos en que fuimos amigas. Creo que no tenía a nadie más. Fue muy triste. Murió al amanecer.

Claudia se secó las lágrimas de los ojos.

—¿Qué tenía contra mí?

—¿Quién? ¿Olivia? Nada que yo sepa. ¿Por qué lo preguntas?

—Me amenazó.

—¿Te amenazó? No me pega nada con ella.

—Sus palabras fueron: «Vas a acabar como tu padre, te lo prometo». Si eso no es una amenaza... Mi padre acabó muerto.

—No lo sé.

Damián recostó la espalda en la silla y suspiró. ¿Era posible que tampoco la mujer que ahora tenía delante supiera lo que Claudia, u Olivia, tenía planeado?

—Olivia me dio algo para ti.

—¿Para mí?

Claudia se levantó de su silla y se dirigió al mueble donde se apoyaba el televisor. Abrió el cajón que había debajo y sacó un sobre blanco cerrado. Se lo dio a Damián y volvió sentarse.

—Me dijo que te diera esa carta si averiguabas la verdad.

Damián observó el sobre con su nombre escrito en el anverso.

—¿Se lo vas a contar a Gara? —le preguntó ella.

Damián la miró a los ojos. Pudo reconocer el miedo en ellos. Un terror como nunca había visto en nadie.

—Su madre eres tú —le dijo—, pero ella tiene que conocer tu historia.

—Ya perdí a Nerea. No quiero perderla a ella también.

—Por lo que la conozco, no creo que la vayas a perder. Basta ya de secretos. No le voy a contar nada, pero tú sí tienes que hacerlo, tienes que contárselo todo como me lo has contado a mí.

En ese instante, oyeron girar la cerradura de la puerta de la calle. Después la voz de Gara sonó en alto.

—¡Mamá! ¿Estás?

—¡Sí, hija, estoy aquí!

Damián vio asomar por el salón el rostro sorprendido de la mujer a la que había amado tanto y a la que aún quería.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó.

—Ya me voy —dijo él—. Deberías hablar con tu madre.

\* \* \*

Le devolvía la mirada aquel joven de ojos lánguidos y pelo negro que no había conseguido ser tan importante como su amigo Picasso o el propio Modigliani. Juan Gris no alcanzó la gloria del público mientras estuvo vivo. Tan solo tras morir le llegó el reconocimiento. Ahora Damián lo observaba mientras miraba el sobre blanco que tenía en las manos y que no se atrevía a abrir. ¿Qué última sorpresa le deparaba?

Volvió a mirar el cuadro. Allí, en ese mismo lugar, la había conocido. ¿Quién le hubiera dicho entonces que Gara sería una mujer tan importante para él? Suspiró cuando recordó su imagen, vuelta de espaldas, observando la pintura. Ni siquiera se acordaba de sus palabras, tan solo que había hablado del pintor italiano con tanta pasión que parecía la única en toda la exposición que entendía la importancia de que el Modigliani estuviese allí.

Y entonces suspiró y abrió la carta. Extendió la hoja de papel doblada y escrita a mano, con

tinta azul y una letra temblorosa. Damián comenzó a leer:

*Mientras escribo esta carta, le estoy pidiendo a todos los dioses del universo que me den fuerzas para terminarla. Ya sé que esa mujer, Vicky Velasco, te ha enseñado toda la información sobre Gara y sobre mí. También le pido a los dioses que no la creas, que confíes en la mujer que amas y sigas adelante. Pero si estás leyendo esto, me temo que no ha sido así. Pensarás que te hemos embaucado en un plan retorcido.*

*No la culpes a ella, te lo ruego. Yo lo he organizado todo. Si estás enfadado, yo soy la bruja perversa que se merece tu odio. Gara era tan ignorante como tú. La he manipulado, la he utilizado y la he engañado. También es posible que creas que lo hice por alguna venganza, por algún rencor que guardaba del pasado. Y todo por la estupidez que te dije en aquella cafetería de Tomé Cano. Sé cómo sonaba mi frase. ¿Que acabarías como tu padre? Tu padre acabó muerto, pero yo no pensaba en esto cuando pronuncié esas palabras.*

*A Jorge también le costó entender quién era la mujer de su vida, pero al final lo supo y fue a buscarla, aunque estuviera en un error. Me refería a esto último, pero estaba tan enfadada por tu actitud que parecía todo lo contrario. Pensé en enmendarlo, pero no podía hacerlo sin desvelar mis planes. Supongo que habrás hablado con Claudia, la verdadera Claudia, y te habrá contado la verdad. Es la mujer que más ha sufrido en esta historia y se lo ha callado todo por miedo a perder a su hija. Porque Gara es su hija, no la mía. Ella la crio, yo la abandoné.*

*Imagino que también te estarás preguntando por qué lo hice. Pues bien, lo puse en marcha por culpa. No hay otra respuesta. Yo soy la responsable de la muerte de tu padre. Todas mis ideas condujeron a su final. Yo aconsejé a Claudia cómo seducirlo. A mí se me ocurrió que se quedara embarazada para forzarlo a decidirse y yo la convencí de que cambiáramos de identidad, provocando la confusión que llevó a Jorge a tomar aquel avión. Y no solo eso, yo le envié el periódico con la información de la boda para que se diera cuenta de que no podía soportar la idea de que Claudia se casara con otro hombre. Y todo me salió mal. Esto último no lo sabe Claudia, solo tú y yo. ¿Para qué hacerla sufrir más?*

*Con los años he ido viendo cómo nuestros errores afectaron a la siguiente generación. La hija de Claudia, Nerea, murió sin saber quién era su padre. Mi hija fue una desgraciada en el amor, cuando su madre era toda una experta y podía haberla ayudado. Y tú serías completamente distinto si no hubieras perdido a tu padre de la forma en que lo hiciste.*

*Por eso se me ocurrió esta idea delirante. Leí una entrevista tuya y no había que ser muy lista para notar cómo te esforzabas por no ser como él. Pensé que ese esfuerzo te acabaría haciendo un hombre muy infeliz. Te veía una víctima indirecta de todo lo que hice. Así llegué a la conclusión de que si te enamorabas te salvarías de ti mismo, del hombre en el que te estabas convirtiendo.*

*Y Gara no era muy distinta a ti. Por motivos diferentes, también ella había dejado de creer en el amor. También ella necesitaba una cura. Y era mi hija, y yo me estaba muriendo, y tenía los conocimientos para ayudarla. ¿Cómo no actuar?*

*Si estás leyendo esto, supongo que ya lo sabes todo. En estos momentos, puedes creer que has sido engañado, pero piensa que ella también lo ha sido. Si tienes que echarle la culpa a alguien, aquí estoy yo. Como te decía antes, no culpes a Gara, porque ella también se ha enamorado de ti. Por favor, no veas todo esto como un conjunto de estrategias y tácticas para manipularme, sino como un regalo. Un regalo de despedida que os he hecho a ambos.*

Damián se quedó un rato mirando la carta. Aquello era un testamento y él el destinatario. Volvió a doblar la hoja y a meterla en el sobre. Luego inspiró hondo y se preguntó qué demonios iba a hacer él sin Gara.

\* \* \*

—Cuando aquel día te pregunté por Jorge Esquivel y me dijiste que Claudia lo quería...

—Hablabas de mí.

Olivia era incapaz de levantar la vista. Gara la observaba enfadada. Se sintió como si se hubiese metido en aquella película de Jim Carrey, *El show de Truman*, donde todos sabían la verdad menos el protagonista. Una enorme conspiración en la que aquella mujer, que ahora resultaba que era su verdadera madre, había decidido que ella y Damián debían estar juntos.

—¿Y todas esas advertencias sobre Claudia?

—Tenía miedo. Temía que descubrieses la verdad. Que se encariñase contigo y te acabara contando que no soy tu madre, aunque me sienta como tal.

Gara tenía ganas de golpear algo. Se reprimió, pero le hubiera dado un buen puñetazo a la mesa. Empezó a temblarle el labio inferior de rabia y una lágrima se deslizó por su mejilla. Si hubiera sabido todo aquello antes...

—¿Y no creías que tenía derecho a saberlo?

Olivia levantó la mirada y la fijó en su hija. Sus ojos estaban vidriosos y se notaba que le costaba hablar sin ponerse a llorar.

—Se había convertido en una mujer muy importante. Salía en las revistas extranjeras. Se casó varias veces con americanos muy ricos. Si te hubiera dicho quién era tu madre cuando tenías quince o dieciséis años, hubieras querido conocerla. Y entonces, o te habrías tenido que enfrentar a su rechazo o te habría acogido con los brazos abiertos, lo que aún hubiese sido peor. Porque cómo iba yo a competir con ella.

—¿Se interesó alguna vez por mí?

—Nunca. Jamás envió regalos o dinero o preguntó si te hacía falta algo.

—¿Quién es mi padre?

—No tengo ni idea.

—¿Seguro?

—Ya no guardo ningún secreto, Gara. Te lo prometo. Te lo he contado todo. Cuando la conocí, acababa de traerte al mundo. Nunca me habló de ningún padre ni yo le pregunté.

—¿Y por qué dudaste de ti misma? Yo era tu hija. ¿Crees que me habría ido con ella y me habría olvidado de vosotras?

—Ya has visto como era. Una experta en seducción. También a ti te habría seducido como madre si hubiese querido. Te mostraría su mejor cara y te contaría la versión edulcorada de todo lo que ocurrió.

Gara sabía que todo lo que decía Olivia era verdad. ¿Cómo iba a juzgarla precisamente ella que se había sentido exactamente igual cuando Fran le había intentado quitar a Marisela? Se había metido en la locura de Claudia por conseguir los cien mil euros para su excuñado. No, no tenía derecho a reprocharle nada a su madre. Porque eso era, su madre.

Se puso de pie y se acercó para sentarse a su lado. Entonces le cogió la mano y se lo dijo:

—No hay nadie más, mamá. Solo tú.

Olivia se abrazó a ella y hundió su cabeza en el hombro de su hija. Gara la oyó llorar durante un buen rato mientras no paraba de decir «Lo siento». Luego, cuando se calmaron, Gara dijo:

—Marisela, tú y yo somos una familia. Ella no. Lo decidí hace muchos años.

Olivia asintió secándose las lágrimas.

—Es verdad.

Gara sonrió al acordarse de algo.

—¿Ahora usarás tu verdadero nombre? ¿Harás que te llamen Claudia?

—Llevo tanto tiempo llamándome Olivia que ya no me reconozco con mi verdadero nombre.

Gara se rio entre las lágrimas que habían empezado a asomar.

—Mejor, porque Claudia no te pega nada.

\* \* \*

La vio al inicio de la calle, entre las tumbas verticales. Estaba de pie, con los brazos cruzados observando una lápida de mármol negro. En los dos últimos días, no le había respondido a ninguno de sus mensajes ni contestado a sus llamadas. Así que esa mañana llamó a su madre y esta le dijo dónde la encontraría. Damián avanzó con cautela sin apartar la vista de Gara. Ella volvió la cabeza un instante al ver que se acercaba, pero luego, su mirada regresó a la lápida.

Cuando llegó a su altura, se detuvo a su lado y contempló la pequeña foto de Claudia Ackerman, o Claudia Dorta, como aparecía grabada en la tumba. Le hizo gracia que ninguno de los dos nombres fueran los de la difunta que se hallaba en su interior.

—Si no me hubiese visto en una situación tan desesperada —dijo Gara—, jamás habría aceptado la oferta de Claudia, o de Olivia, o como se llame. Los cien mil euros no eran para mí.

—Lo sé. He sido un auténtico imbécil.

—Sí, sí que lo has sido.

—¿No habría alguna manera de empezar de nuevo?

—No creo, me hiciste mucho daño.

—¿Y si lo intentamos? Te pediré perdón las veces que haga falta.

Gara guardó silencio. Seguía con la vista fija en aquella fotografía en la que la mujer sonreía a cámara con una pose entre profesional y cálida. Entonces, Damián se dio cuenta de que se trataba de la misma imagen que aparecía en la web de su negocio.

—Mi madre no tenía ninguna foto actual de ella —dijo Gara.

—Creo que es la que mejor le va.

—Sí.

A Damián le pareció irreal que apenas unas semanas atrás, esa misma persona estuviese sentada frente a él con aire de suficiencia y diciéndole que acabaría con su arrogancia. ¡Y tanto que lo había conseguido! ¡Qué idiota se sentía por haber perdido todo aquel tiempo!

—¿Te apetece ir a tomar algo? ¿Un café?

—¿Eso es lo que pretendes? —respondió Gara— ¿Que haga como si no hubiera pasado nada?

—Dime lo que quieres que haga y lo haré.

Ella se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —le preguntó—. ¿Por qué hace unos días no querías ni verme y ahora pretendes que sigamos juntos a pesar de las circunstancias? Sigo siendo la misma cazafortunas. Te seduje con sus trucos.

—Me equivoqué, y mucho. Estabas en la misma situación que yo y no me di cuenta.

—¿Y te ha tenido que contar mi madre toda su vida para saberlo? ¿No te bastaba con mi palabra?

—Gara, tienes que entender...

—Tengo que entender.

—No quería decir eso. Es que Claudia... Olivia me puso en una situación en la que no veía con claridad. Cuando Vicky me enseñó las fotos, me monté la película y... Todo parecía tan claro. Y después, lo de los cien mil euros. Yo soy un hombre muy rico. A veces atraes a ciertas personas que solo se acercan por el dinero. Bueno, ya me entiendes.

—La primera vez que nos acostamos te pedí que no me hicieras daño y tú me prometiste que cuidarías de mí. Ya sé que son cosas que se dicen en momentos de intimidad, de cercanía, pero jamás esperé que, a las primeras de cambio, con la más mínima duda, te tragaras esas palabras. Esa novia tuya te dio tres piezas y tú solito montaste el puzle completo. En lugar de preguntarme y dejar que me explicara, me insultaste. Me llamaste oportunista y cazafortunas. —Gara levantó el dedo índice—. Entérate bien, Damián Esquivel, todo lo que tengo me lo he ganado con mucho esfuerzo. He trabajado cada céntimo. No he heredado nada. ¿Puedes decir tú lo mismo?

—No.

—Pues entonces, no te des tanta importancia con tu puto dinero.

Damián vio cómo se alejaba con paso firme y decidido. No iba a mirar atrás, eso lo tenía claro.

\* \* \*

Había ganado la discusión, lo había puesto en su sitio, pero ahora estaba sola. De nuevo. No tuvo tiempo de recibir esa enseñanza de Claudia y ya no la recibiría. ¿Cómo retener a un hombre? Movi6 la cabeza a un lado y a otro y se temió que si, para conseguirlo, tuviera que mostrarse más sumisa de lo que era, ya se podía ir olvidando.

Trató de quitarse a Damián de la mente y se concentró en la testa de lobo que tenía dibujada en un papel sobre el mostrador. Luego colocó el esbozo sobre el papel hectográfico y comenzó a repararlo con un bolígrafo. En un par de horas vendría su cliente para que se la tatuara y al menos así podría pasar la tarde sin pensar demasiado.

Por supuesto, no iba a resultar tan fácil. Lo supo en cuanto oyó el timbre. Alguien había cruzado la entrada y, al levantar la mirada, torció el gesto y lo mantuvo así mientras lo veía acercarse por la sala. Damián dejó una hoja de papel sobre el mostrador, frente a Gara, y apoyó las manos en la tabla.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Quiero hacerme un tatuaje.

Gara cogió el papel y le dio la vuelta. El dibujo era el de unas ramas con espigas que enmarcaban unas letras en el centro que decían: «Perdóname».

—¿Dónde te lo quieres tatuar?

—En la frente.

Gara levantó las cejas.

—¿Es un chiste?

—Es una prueba de amor, y una petición de disculpas en toda regla.

—¿Quién te ha dicho que te vaya a perdonar si haces eso? Lo único que conseguirás es quedar en ridículo. Nada más.

—¿Nada más?

—Ya te lo he dicho, nada más.

—No te creo.

Gara se encogió de hombros como respuesta.

—A pesar de lo que te he hecho, aún sientes algo por mí.

—No te preocupes, tengo experiencia reprimiendo mis sentimientos.

—Ya, pero ahora es distinto.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque te mueres por perdonarme.

—Te equivocas.

Damián rodeó el mostrador y se colocó frente a Gara. Su olor le despertó de nuevo un montón de emociones que se revolvió sobre sí mismas como si formaran un remolino en su vientre. La miraba fijamente mientras ella trataba de eludir sus ojos. Temía que, si le correspondía a esa mirada, todo su orgullo se vendría abajo como una muralla hecha de paja.

—Solo necesitas un empujoncito —dijo—. Si para que des ese paso que te falta y me vuelvas a admitir en tu vida me tengo que tatuar esto en la frente, lo haré.

—Los clientes tienen que colocarse al otro lado del mostrador.

—Yo no soy un cliente cualquiera.

—Eso es lo que crees, pero en realidad no tienes nada de especial.

—Te enamoraste de mí. Eso me hace especial. No todos pueden presumir de ello.

—Sí, y no lo supiste apreciar. Ahora ya es tarde.

Damián dio un paso más hacia ella y Gara retrocedió hasta notar la pared en la espalda. Ahora sí que estaba cerca, demasiado. Tanto que sentía su aliento en la mejilla.

—¿Vas a repetir lo del portal? Porque esta vez te calzo dos hostias.

—¿De cuántos hombres has estado enamorada?

En ese momento, Gara se acordó de las instrucciones de Claudia, u Olivia, mejor dicho. «No se habla de relaciones pasadas». Sin embargo, decidió ignorarlas porque la pregunta le había puesto en bandeja bajarle los humos al gallito.

—No has sido el primero —le respondió mirándolo desafiante, esta vez sí, a los ojos—. No eres más que el tercero, o el cuarto quizá.

—Yo solo te he amado a ti. Y no va a haber ninguna otra. No es que no quiera que haya más, es que sé que no va a haber más. Si me rechazas, tal vez vuelva a lo de antes, o tal vez no, quién sabe. De lo que si estoy seguro es de que no voy a poder sentir lo mismo por otra mujer.

El tiro le había salido por la culata. Quería ver cómo sufría imaginándola con otros hombres y ahora la que sufría era ella porque no sabía cómo pedirle que la besara sin sentir que se traicionaba a sí misma. Y el siguió hablando, declarándose, y ella renunciando a sus defensas con cada una de las palabras que escuchaba.

—Dime que estás dispuesta a dejar entrar a un cuarto hombre, o a un quinto, en tu corazón y me largo ahora y no me vuelves a ver. No te molestaré más. Pero si me dices que no, que tu búsqueda se acaba aquí, conmigo, me quedaré para siempre.

—¿Hace falta que lo diga?

—Sí, hace falta. Y después me arriesgaré a que me pegues esas dos hostias.

Gara lo miró en silencio. Mil pensamientos circulaban a toda velocidad por su mente.

Recuerdos del pasado se mezclaban con los sueños del futuro. Y entonces, simplemente dijo:

—No te vayas.

Damián sacó algo de su bolsillo y le mostró a Gara la sortija que sostenía en la palma de su mano. La misma que ella había llevado en su dedo tan solo unas horas antes de tirársela a la cara.

—Póntelo. Vas a ser mi mujer.

—Tienes que saber algo antes. No soy quien crees. Hasta el día de la exposición de Juan Gris, no tenía ni puta idea de quién era Modigliani.

Damián se rio.

—Me da igual.

# EPÍLOGO

## Un año antes

En el Hotel Regency, a Claudia le gustaba sentarse en una de las mesas situadas junto a la ventana del bar. Desde allí podía ver una pequeña muestra de la vida de Manhattan con una copa de vino blanco en la mano. La gente estaba muy ocupada a media mañana, siempre con prisas, pero de vez en cuando se alegraba al observar a alguna pareja joven paseando, cogidos de la mano, como en ese momento. Ella debía de tener unos treinta años, pelo rubio y largo, y embarazada de siete u ocho meses, calculó. A su lado caminaba su marido, o su novio. La intuición le decía que lo primero. Andaban despacio y cada cierto tiempo se miraban y sonreían. ¿A cuántas parejas habría unido en los años que llevaba al frente de su agencia? A aquellos no los conocía, pero por todo el país debía de haber un montón de matrimonios a los que sí, sobre todo a ellas.

La visión de la pareja la había puesto de buen humor, y más después de haber despistado a ese imbécil que llevaba unas cuantas semanas siguiéndola. Un tipo que se parecía a Chuck Norris. Era un detective penoso. No le había costado nada detectarlo y más tarde averiguar quién le pagaba. En un rato tendría una conferencia no muy lejos de donde se encontraba con unas sesenta mujeres deseosas de sus consejos. Suponía que el detective aparecería por allí, para recuperar su rastro. Había estado a punto de anular el acto por un dolor de cabeza, pero al final se le pasó milagrosamente.

Se llevó el vino a los labios y recordó las primeras palabras con las que empezaba cada conferencia: «Antes que nada, fuera culpas. Si creéis que hacéis algo malo por venir a escucharme, ya podéis marcharos. Este lugar no es para vosotras». El siguiente cuarto de hora lo dedicaría a convencerlas de que era correcto querer mejorar sus vidas. Todo el mundo se enamora, ¿por qué no elegir al protagonista de ese amor? ¿Y por qué no un millonario?

Y entonces miró la pantalla de su *iPad*. Allí estaba la foto de Gara, en su Instagram, con una niña de unos siete u ocho años tumbada junto a ella en la playa y con el mensaje: «Mejor solas que mal acompañadas». En la última semana, la palabra «sola» insertada en mensajes que parecían sacados de libros de autoayuda aparecía con frecuencia. Sobre todo, desde que ya no se hacía fotos con ese chico que ahora se mostraba con otra joven en actitud romántica. A Claudia no dejaba de sorprenderle la falta de pudor de esa nueva generación. Con qué facilidad colgaban sus vidas en la red para que todos opinasen.

De pronto, una luz cegadora parecía salir de la pantalla y aumentar su dolor de cabeza a límites insoportables. Se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos, pero la luz blanca y poderosa seguía allí, quemándole los párpados por dentro. Durante un buen rato se quedó inmóvil, esperando a que el dolor pasase.

Y pasó, aunque no supo cuánto tiempo había transcurrido. Cuando abrió los ojos de nuevo, el bar del hotel estaba vacío. No había ni un solo cliente, ni camareros, ni el *barman* detrás de la barra. Tan solo un hombre sentado unas mesas más allá y observándola tranquilamente. Al principio, no lo reconoció, pero luego le vino a la memoria su rostro. Recordó las escenas en las que aquel hombre pasaba por su apartamento en Santa Cruz de Tenerife a recoger a su amiga

Claudia, cuando ella era Olivia. Estaba igual, no había envejecido ni un solo día, pero por alguna razón no la sorprendía.

Jorge Esquivel se puso de pie, elegantemente trajeado, y, con una mano en el bolsillo, se dirigió hasta su mesa. Se sentó frente a ella y se recostó en el respaldo de la silla para cruzar una pierna sobre la otra. Luego, sacó un paquete de tabaco de su chaqueta y se lo ofreció.

—¿Quieres uno, Olivia?

—No, gracias. Lo dejé hace tiempo.

Él se llevó entonces un cigarrillo a la boca y lo encendió con un mechero plateado. Dio una larga calada y lo sujetó entre dos dedos mientras posaba la mirada en ella.

—Hace más de veinticinco años que nadie me llama Olivia. ¿Qué eres? ¿Una especie de fantasma? ¿Me vas a llevar por las navidades pasadas, presentes y futuras?

—Ni siquiera es Navidad, pero supongo que sí, que seré algo así como un fantasma.

—¿Y qué haces aquí?

—Se me ha ocurrido una idea. —Jorge desvió la mirada hacia el *iPad* de Claudia—. Es paradójico que a tu hija se le den tan mal las relaciones cuando tú eres toda una experta.

—Experto, experto no hay nadie. Solo me sé algunos trucos.

—No te hagas la modesta, se te da bien emparejar a gente.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Por qué no la ayudas?

—¿A Gara? No necesita mi ayuda. Sabrá salir adelante, Claudia ha hecho un buen trabajo estos años.

—No es lo que se ve. En lo que respecta a los hombres, se parece más a ella que a ti.

—Pues a ti te volvió loco.

—Con tu asesoramiento.

—Y ya viste como salió. Además, ¿con quién se iba a emparejar, con un chico de su barrio? ¿De verdad crees que le hacen falta mis consejos para encandilar a uno de esos muchachos? Con un par de sonrisas, y escucharlos un poco, los tendrá comiendo de la mano.

—¿Y por qué no alguien más especial?

—Ya, algún rico. No tengo tiempo para ir hasta allí y buscar a algún tipo que encaje con el perfil.

—¿Por qué das tantos rodeos si ya sabes en quién estoy pensando?

—Porque me parece que no pegarían ni con cola.

—Damián se parece más a mí de lo que él mismo piensa.

Olivia se acordó de una entrevista a Damián Esquivel que había leído unos meses atrás y que había guardado en sus «favoritos». Se fue a la sección y se puso a buscarla. Jorge la observaba sin perder la compostura. Cuando la encontró, le ofreció el *iPad* para que él mismo la leyera.

—Ahí tienes a ese hijo que se parece tanto a ti. —Olivia leyó el titular—. «No sé con cuantas mujeres me he acostado». Un hombre que presume de sus conquistas es un imbécil.

—No es más que una fachada. Serían perfectos el uno para el otro.

—¿Gara y él? No sé yo... ¿Y por qué me iba a meter en un lío como ese?

—Sientes remordimientos por haberla abandonado. Era tu niña pequeña y se la diste a otra mujer. Echas de menos cuando le cantabas por las noches para que se durmiera y cuando se agarraba con sus deditos a los pliegues de tu blusa. Te arrepientes de haberla dejado atrás en tu carrera hacia una vida mejor. Sería una buena oportunidad para hacer algo bueno por ella antes de...

No terminó la frase. Se quedó callado como si temiera ofenderla.

—¿Antes de?

—¿Crees que este desmayo y los dolores de cabeza que has sufrido en las últimas semanas están causados por un catarro?

—Ya imagino que no, pero quizá haya esperanza.

Jorge se encogió de hombros.

—Puede —dijo y luego miró de nuevo al *iPad*—. También me harías un favor a mí. No me gusta nada ver a mi hijo comportarse de esa manera. Es una buena persona, pero le ocurre lo que a ti, que se niega a admitirlo.

—De todas formas, ¿qué te hace pensar que ella aceptaría?

—Bueno, seguro que se te ocurre alguna forma de que no le quede más remedio. Creo que esa niña, Marisela, tiene un padre por ahí.

—Sí, también sale de vez en cuando en las redes sociales de Gara. Felicita a su hija por su cumpleaños desde Ámsterdam y luego se despide con la promesa de que hablarán más a menudo. Hasta el año siguiente, en el que repite el mismo ritual.

—Tal vez puedas utilizarlo. No costará mucho convencerlo de que se comporte como el codicioso que es.

—Eso sería demasiado retorcido, incluso para mí, querido.

—El fin justifica los medios. ¿No es eso lo que siempre dices?

En ese momento, la imagen de Jorge Esquivel pareció difuminarse frente a ella, y con él todo lo demás. El bar se disolvía como si estuviera hecho de barro y se reblandeciera a su alrededor; el mobiliario se venía abajo muy lentamente como un helado de chocolate derritiéndose al sol; y a la calle, a los coches, los árboles y la gente se los llevaba el viento como si se hubieran convertido en polvo. Pronto todo se había vuelto negro y lo único que Claudia percibía era la voz lejana de una mujer que cada vez se acercaba más.

—¿Señora Ackerman! ¿Me oye? ¿Puede oírme? Abra los ojos si me oye.

Obedeció con esfuerzo. Al principio la luz de la sala en la que se encontraba la hizo parpadear varias veces y luego trató de resistir el escozor que le producían las lámparas fluorescentes que colgaban del techo.

—Ha sufrido un desmayo —dijo una mujer de mediana edad vestida con una bata blanca—. Puede que esté un poco desorientada, pero se encuentra a salvo, en el hospital Monte Sinaí.

Necesitó varios parpadeos para acostumbrarse a la luz y, cuando lo hizo, se encontró con los mofletes hinchados y rojizos de la doctora frente a ella.

—¿Me ve con claridad? —le preguntó.

Claudia asintió algo confusa y luego echó un vistazo a su alrededor. Se hallaba tumbada en una camilla y rodeada de personal sanitario, algunos con uniformes azules, otros verdes, pero la única que tenía una bata blanca era la doctora que la había despertado.

—¿Puede hablar?

—Sí —respondió Claudia.

—¿Recuerda su nombre?

¿Qué clase de pregunta era esa? Claro que recordaba su nombre. Tal vez si se lo decía, la dejarían en paz y podría llegar a tiempo a la conferencia.

—Olivia —dijo y se arrepintió enseguida—. No, Claudia.

La doctora la miró preocupada.

—¿Me puede decir de nuevo su nombre?

—Claudia.

—¿Está segura?

—Sí. Claudia Ackerman.

—Bien.

No llegó a tiempo a la conferencia, por supuesto. Ni siquiera pudo salir del hospital tan pronto como pensaba. En los días siguientes le practicaron todo tipo de pruebas, le hablaron de tratamientos y de lo que se suponía que le pasaba. Al parecer tenía dos tumores alojados en el lóbulo frontal de su cerebro que le habían producido una metástasis en los huesos. La doctora se lo anunció con expresión grave y palabras técnicas y, con un optimismo estudiado, le habló de las esperanzas que tenía. Muy pocas, juzgó Claudia. Luego se refirió a los efectos que uno de los tumores le podía provocar.

—A veces se producen unas alucinaciones que pueden resultar muy perturbadoras. Pueden ser auditivas o visuales, o ambas. Hay pacientes que han informado de voces permanentes en su cabeza, o de la presencia de familiares o de viejos amigos junto a ellos. Si ese es su caso, podemos tratar las alucinaciones con medicamentos antipsicóticos hasta hacerlas desaparecer. ¿Ha sufrido alguna de estas alucinaciones de las que le estoy hablando?

Claudia miró de soslayo la figura sentada en el sillón del rincón. Le hizo gracia ver que Jorge estaba enfurruñado. No le había gustado nada enterarse de que no era ningún fantasma, como si ser el simple producto de una mente enferma le quitara valía.

—No —mintió ella—, no he sufrido ninguna alucinación.

Y entonces pensó que, para hacer lo que le había pedido Jorge Esquivel, tendría que desaparecer. No podía permitir que ese tipo que se parecía a Chuck Norris mantuviese informado a Damián de cada paso que daba.

## Un año después

—¿Los notas? —dijo Gara.

Marisela tenía una de sus manos en su barriga y permanecía muy atenta. Hacía unas semanas que Gara había regresado de Nueva York, de recibir la herencia de Claudia Ackerman, y desde entonces la niña no se separaba de ella. Era la vez que más tiempo habían pasado separadas.

—¡Sí! —dijo Marisela al fin—. ¡Qué fuerte! Se están moviendo ¿no?

—Un poco. Ya no les queda mucho espacio.

—¡Ja! —Marisela apartó de pronto la mano de la barriga de Gara—. Me han dado una patada.

—Sí, son fuertes.

—¿Quién habrá sido? ¿El niño o la niña?

En esos momentos, entró Damián en el dormitorio y se tumbó en la cama, junto a su mujer.

—Conociendo a esta familia —dijo—, la niña, seguro.

Damián acercó sus labios a los de Gara y le dio un beso. Luego puso también su mano sobre la barriga de ella.

—Ya queda poco.

—Sí —respondió Gara—. Dos semanas, y ya podremos verles las caras a estos dos.

—Solo dos semanas.

—¿Estás preocupado?

—No, lo estoy deseando.

—¿Les temes más a las agujas que a esto?

—Qué manía, que yo no le temo a las agujas.

—¿Le tienes miedo a las agujas? —dijo Marisela burlándose de él.

—¡Madre mía! —exclamó Damián mirando al techo—. ¿En qué familia me he metido? —Gara rio y Marisela también—. Anda, vamos, que te van a cerrar el *cole* y hoy tienes un examen de matemáticas.

—Hmm...

Marisela se inclinó sobre Gara y le dio un beso en la mejilla.

—Adiós, cariño —le dijo esta.

—Adiós, mamá.

Antes de que te vayas...

Gracias por el tiempo que le has dedicado a leer «Has sido un regalo». Espero que te haya gustado y resultado entretenida. Si es así, te estaría muy agradecida si dejaras tu opinión en Amazon. Solo te llevará un momento y me ayudarás a seguir escribiendo historias como esta. ¡Gracias por tu apoyo!